'Absorbente' - Mail on Sunday

EL TRAIDOR HONORABLE



Para salvar a su país, debe traicionarlo

OWEN CONLON

El Traidor Honorable

Owen Conlon

Whitebury Press

Si Alemania pierde, será una catástrofe para Alemania.
Pero si Hitler gana, será una catástrofe para la humanidad.
Almirante Wilhelm Canaris

A mis padres.
Al final, todo ese tiempo en el salón leyendo la enciclopedia no cayó en saco roto.

Terminología

Abwehr: La organización de inteligencia militar del Tercer Reich. Nominalmente, se encargaba de la recopilación de inteligencia en el extranjero, aunque muchas de sus funciones se solapaban con las de su organismo rival, el SD.

Der Widerstand: Literalmente, «La Resistencia», el movimiento secreto antinazi dentro del Tercer Reich.

Kriegsmarine: La armada del Tercer Reich.

Luftwaffe: La fuerza aérea del Tercer Reich. Debido a su traducción literal, el término se mantuvo en uso después de 1945.

Schutzstaffel (SS): Originalmente, una organización paramilitar que servía de cuerpo de seguridad para el Partido Nazi; terminó convirtiéndose en un poderoso Estado dentro del Estado bajo el mando de Heinrich Himmler.

Sicherheitsdienst (SD): El brazo de inteligencia de las SS. Supuestamente encargado de la recopilación de inteligencia nacional, desarrolló una rivalidad mortal con la Abwehr.

Reich Security Main Office (RSHA): Oficina Principal de Seguridad del Reich, una organización de seguridad coordinadora que englobaba al SD, a la policía secreta (la Gestapo) y a la *Kriminalpolizei* u ordinaria Policía Criminal.

Wehrmacht: Las fuerzas armadas unificadas del Tercer Reich, compuestas por el *Heer* (ejército), la *Kriegsmarine* (armada) y la *Luftwaffe* (fuerza aérea). Sin embargo, el término *Wehrmacht* se utilizaba a menudo para referirse simplemente al ejército.

NKVD: La agencia de inteligencia soviética, precursora del KGB.

Personajes

TenienteAkoWolff: un oficial de la Abwehr y miembro secreto de Der Widerstand.

Almirante Wilhelm Canaris: el comandante de la Abwehr y uno de los principales líderes de Der Widerstand.

Coronel Hans Oster: el hombre de confianza de Canaris en la Abwehr y una figura muy activa en Der Widerstand.

General de las SS Reinhard Heydrich: jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich y antiguo subordinado naval de Canaris.

Teniente Coronel de las SS Walter Schellenberg: el hombre de confianza de Heydrich en el SD.

Prólogo

Moscú,
25 de julio de 1941

—Entonces, estamos de acuerdo. ¿Nos hará este favor?

Ivan Stamenov vaciló. Como embajador del Zarato de Bulgaria, gozaba de plena protección diplomática en virtud del derecho internacional.

Aun así, esas sutilezas podían ignorarse convenientemente en tiempos de guerra, sobre todo con los alemanes habiendo cercado Smolensk y a no más de diez días de avance de Moscú.

Levantó la cuchara y se tomó su tiempo soplando la sopa caliente. Cada segundo extra le daba tiempo para sopesar su situación. El *kharcho* era excelente; la ternera especiada se le derretía en la boca y contrastaba marcadamente con el puré agrio de ciruelas y cerezas.

El asiento de cuero negro de aquel reservado privado era mullido y el mantel blanco y almidonado estaba impecable. Era tan lujoso

como cabía esperar de un restaurante frecuentado por la élite de la sociedad soviética.

Había otras razones más burdas para que Stamenov midiera su respuesta. El Aragvi había abierto apenas tres años antes, a solo unos minutos en coche de la Lubianka, la tristemente célebre sede de la policía secreta del NKVD. Se rumoreaba que había sido diseñado personalmente por el igualmente infame jefe del NKVD, Lavrentiy Beria.

También se decía que las mesas tenían micrófonos ocultos, un método ideal para grabar las conversaciones triviales de los dignatarios extranjeros a los que el NKVD agasajaba allí. Además, se suponía que el hombre con el que estaba hablando, el emisario de Beria, Pavel Sudoplatov, había organizado personalmente el asesinato de León Trotski en México.

—Explíqueme de nuevo qué es exactamente lo que requiere de mí, camarada —respondió Stamenov al fin—. Me cuesta comprender la naturaleza de esta petición.

Sudoplatov esbozó una sonrisa.

Comprendía la vacilación de Stamenov, y los temores del embajador no eran infundados. Pero las cintas de esas grabaciones se entregarían directamente al propio Beria y, una vez escuchadas, serían destruidas.

Incluso si el plan funcionaba, jamás se permitiría que el hecho de que la Unión Soviética lo hubiera propuesto originalmente quedara para la posteridad.

Sin embargo, Stamenov accedería a la petición del NKVD.

Al final, todo el mundo lo hacía.

1

Una semana después,
La frontera entre Letonia y Estonia

El sargento Ako Alfredo Wolff estudiaba el mapa, extendido sobre el tocón de un árbol enraizado en un gran claro justo al borde del frente alemán. Un bosque separaba a sus hombres de su objetivo.

El pueblo estaba a unos tres kilómetros de distancia y situado justo en la carretera principal —si es que se le podía llamar así— que llevaba a Leningrado.

Riga había sido tomada la semana anterior, pero Wolff no había tenido tiempo de visitar la capital letona como tanto había deseado.

A pesar de su agotamiento y de la mugre de sus uniformes y su ropa interior, habían denegado sus solicitudes de permiso de unos días. Su unidad era demasiado valiosa como para prescindir de ella en el combate.

El regimiento Brandeburgo se había convertido en víctima de su propio éxito. Aunque técnicamente estaba bajo el mando directo de la *Abwehr* —la inteligencia militar alemana— y no del ejército, el regimiento iba adonde más se lo necesitaba.

Hacía dos semanas, habían garantizado la rápida caída de la segunda ciudad más grande de Letonia, Daugavpils, al tomar un puente clave tras llegar en dos camiones capturados, haciéndose pasar por tropas del Ejército Rojo que huían del imparable avance alemán.

En aquella ocasión, había sido un «camuflaje a medias» —guerreras enemigas sobre las suyas— y la batalla había comenzado antes de lo previsto cuando uno de los Ivanes se percató de que los recién llegados llevaban pantalones gris campaña.

Se desencadenó una lucha de dos horas, pero los Brandeburgueses se alzaron con la victoria, aunque con cuantiosas bajas. Por eso Wolff estaba allí, con hombreras de sargento, examinando un mapa arrebatado a un soviético derrotado. Un puesto que ni buscaba ni deseaba, pero así era la guerra.

—¿Y bien?

El comandante del ejército, cuyo nombre Wolff había olvidado hacía mucho, lo miraba con impaciencia. Solo faltaban unas horas para que anocheciera, pero la presión de Berlín para avanzar hacia Leningrado era incesante.

Wolff le devolvió la mirada. Con su metro ochenta, le sacaba varios centímetros al hombre. Era de hombros anchos y musculosos y, aunque solo tenía veintidós años, poseía un aire de autoridad natural que le conferían media docena de misiones de infiltración superadas con éxito.

El rango era algo teórico aquí. Estaba claro quién mandaba de verdad. —Tengo los uniformes de los Ivanes, mi sargento. —Wolff se giró al oír la interrupción. Lenz había regresado del campo de prisioneros de guerra al que lo habían enviado un par de horas antes.

Un buen hombre, Lenz, que, aún más importante, había sido sastre antes de la guerra y, por tanto, era un experto a la hora de

juzgar las tallas. Si sus hombres iban a morir con la ropa de otros, al menos merecían llevar una que les quedara bien.

—¿Suficientes para un camuflaje completo? —preguntó Wolff, sin hacer caso todavía al comandante.

—Sí, mi sargento. Hasta los cascos.

—No querrá que se pongan estos uniformes rusos completos sobre los suyos —farfulló el comandante a su lado—. Sois soldados alemanes, aunque en realidad no seáis de…

—Si eso significa que mis hombres tienen más posibilidades de sobrevivir —lo interrumpió Wolff—, haré que todos se dejen un bigote como el de Stalin. —Lenz soltó una risita. Al comandante se le arrebolaron las mejillas, pero no dijo nada. Todo el mundo sabía lo peligrosas que eran esas infiltraciones y cuántas vidas habían salvado.

Aun así, como había demostrado la batalla de Daugavpils, los soviéticos estaban empezando a aprenderse sus tácticas. Para evitar ser identificados como alemanes al instante, los comandos Brandeburgueses estaban exentos de muchas de las normativas de la Wehrmacht.

No se les exigía adoptar el corte de pelo al rape tan querido por Himmler, y los hombres llevaban guerreras sin cuello para evitar engancharse en las alambradas bajo las que a menudo tenían que arrastrarse.

Sin embargo, un capote del Ejército Rojo echado sobre el *feldgrau* de la Wehrmacht ya no bastaba para dar el pego. En teoría, los Brandeburgueses debían quitarse los uniformes enemigos antes de lanzar el ataque, pero la teoría y la brutal y agotadora realidad de la guerra en el Este se habían divorciado hacía mucho tiempo.

—¿De cuándo es esta información? —preguntó Wolff, volviendo al asunto que los ocupaba.

—No lo sé —dijo el comandante con desdén—. Vino de sus superiores de la Abwehr. ¿Por qué no se lo pregunta a ellos?

—De hace dos días —dijo Lenz—. Interrogué yo mismo a los hombres en el campo de prisioneros cuando fui a por los uniformes. Uno de ellos me dijo que los *bolos* se preparaban para retirarse cuando lo capturaron.

Wolff chasqueó la lengua. Dos días. Era demasiado tiempo en un conflicto en el que el ritmo del avance alemán hacía que la información obtenida por la mañana quedara a menudo obsoleta por la tarde. Era posible que los defensores se hubieran retirado del pueblo hacía tiempo y se hubieran unido a sus camaradas en otro lugar. Tomó una decisión.

—Pronto oscurecerá. Esperaremos hasta entonces y haremos un reconocimiento. Si la información sigue siendo correcta, entraremos por la mañana vestidos como Ivanes.

—¡Imposible! —volvió a farfullar el comandante—. Tenemos órdenes de tomarlo hoy y continuar el avance. Según nuestro calendario, el martes que viene tenemos que estar en Pskov.

—Esa es mi valoración —respondió Wolff con calma—. Por supuesto, es libre de dirigir la misión usted mismo. Por cierto, ¿qué tal lleva el ruso, comandante?

Esta vez no hubo respuesta; el comandante se limitó a darse la vuelta y marcharse hacia sus propios hombres, que habían estado observando toda la interacción a distancia.

Wolff vio cómo uno de ellos articulaba la palabra *Beutegermanen* en su dirección, a lo que Lenz respondió con una sonrisa y una peineta. «Alemanes de botín». Todos habían oído el término muchas veces.

Como *Volksdeutsche*, alemanes étnicos criados en el extranjero, se suponía que debían ser acogidos en el seno del Reich como primos lejanos. En cambio, se les ridiculizaba como mestizos y parásitos que supuestamente se aprovechaban de su herencia teutónica perdida hacía mucho tiempo para beneficiarse del sistema.

Por eso todos habían acabado en el 800.º Regimiento de Instrucción para Fines Especiales Brandeburgo, conocido simplemente como los Brandeburgueses por la ciudad al oeste de Berlín donde se encontraba su cuartel general.

El regimiento era el único de la Wehrmacht donde hablar un idioma extranjero y estar familiarizado con otras culturas se consideraba una ventaja en lugar de algo de lo que avergonzarse.

La 1.ª Compañía, a la que pertenecía Wolff, estaba formada por alemanes del Báltico, rusos y finlandeses, aunque como él se había

criado en Brasil con padres nacidos en Letonia, podría haber pertenecido igualmente a la 2.ª Compañía, de habla romance.

Su pelo y ojos castaños y su piel, que se bronceaba con facilidad, habrían hecho que encajara en esa unidad sin que se notara. Pero Wolff había pedido que lo asignaran a la 1.ª Compañía con la esperanza de llegar antes a Riga.

Había otra razón para la tensión entre su grupo y la infantería regular. De los segundos se esperaba que obedecieran órdenes sin rechistar, a los primeros se los animaba a ser individualistas de carácter fuerte que pensaban con rapidez.

Como les había dicho su antiguo sargento mayor de instrucción, Horst Salomon, en su primer día de instrucción en las fuerzas especiales: «Me da igual que seáis unos *Arschloch* mientras seáis unos *Arschloch* competentes».

El *Landser* que había estado mirando fijamente a Wolff y a Lenz desvió la mirada ante sus miradas de vuelta. Los dos Brandeburgueses se miraron y sonrieron con suficiencia. Eso también lo habían visto antes. La infantería podía despreciarlos y resentirse de ellos, pero sabían que los Brandeburgueses habían recibido un riguroso entrenamiento en combate cuerpo a cuerpo.

Wolff y Lenz retomaron su conversación sobre cómo sería el reconocimiento. La charla había derivado hacia qué medidas había tomado Lenz para asegurarse de que los uniformes soviéticos que había obtenido no tuvieran piojos cuando oyeron por primera vez acercarse a los panzers. Más bien, los sintieron.

Había algo primitivo en la forma en que los tanques hacían temblar la tierra bajo sus pies que hacía que todos los soldados se detuvieran. La infantería había dejado de montar las tiendas que habían empezado a levantar en cuanto quedó claro que pasarían la noche allí. Todos se quedaron de pie, observando cómo los tres panzers se acercaban retumbando.

—Ahí vienen los piratas negros —murmuró Lenz. No fue hasta que los recién llegados se detuvieron al borde del claro cuando Wolff pudo ver que Lenz tenía razón. Había oído que una división blindada de las SS había sido asignada al Grupo de Ejércitos Norte después

de que terminaran los combates en Francia, pero aún no había visto a ninguno en acción aquí en el Báltico.

Ahora había aquí tres Panzer Mark III, con una calavera y tibias cruzadas pintadas en la torreta junto al número de identificación de cada tanque. *SS Panzerdivision Totenkopf*. La División de la Calavera.

Al igual que sus homólogos del ejército, estos tanquistas de las SS vestían de negro, pero el apodo despectivo utilizado by Lenz se refería a los oscuros uniformes de gala por los que eran tan famosas las «Escuadras de Protección» del Partido Nazi.

La rama de combate *Waffen* —o «Armada»— de las SS había cambiado hacía mucho tiempo al gris campaña, pero la arrogancia de unos hombres a los que se les exigía demostrar su ascendencia aria hasta 1800 todavía los distinguía del resto. Sobre todo porque su impecable «higiene racial» era la antítesis de la filosofía brandeburguesa.

Hubo un cambio sutil pero detectable en el ambiente del claro.

Los Brandeburgueses y la infantería podían estar normalmente a la greña, pero todos cerrarían filas ante aquellos capullos de las *Schutzstaffel*. Wolff observó cómo el capitán al mando de los recién llegados bajaba de la escotilla de su tanque y se acercaba al comandante. Ambos hombres se dedicaron el saludo de Hitler.

Aunque era de menor rango, Wolff podía ver por el lenguaje corporal del capitán de las SS que estaba asumiendo el mando de inmediato, y por la postura del comandante, que se lo estaba cediendo. Tras una breve charla, el de las SS se giró y caminó con paso decidido hacia donde Wolff y Lenz seguían de pie junto al tocón del árbol, con el comandante pisándole los talones a toda prisa.

—Esto no pinta bien —murmuró Lenz. Wolff y Lenz ofrecieron sendos saludos militares breves en lugar del equivalente nazi, y los ojos del capitán se entrecerraron. Su mirada recorrió de arriba abajo, y Wolff observó cómo la boca del hombre se tensaba al ver sus cabellos revueltos y sus camisas de cuello abierto.

—El capitán Stumpfegger está de acuerdo con mi valoración de que la infiltración debe llevarse a cabo hoy —dijo el comandante. Wolff lo miró. Ahora detestaba a aquel hombre aún más.

—Con el debido respeto, capitán, como le he explicado al comandante…

—Tonterías, sargento. Berlín nos espera en Leningrado para noviembre. El *Führer* ha ordenado que la ciudad sea arrasada. Tenemos un calendario que cumplir. Llevará a cabo su misión de inmediato. Sin retrasos.

Wolff se enfureció.

—Mi capitán, el pueblo está a solo un kilómetro y medio. —Por el rabillo del ojo, vio cómo el cobarde del comandante se tensaba ante la reducción arbitraria de la distancia, pero continuó impertérrito—. Es probable que los rusos hayan oído los motores de los panzers y estén en guardia.

—Si queremos que el ataque de infiltración tenga éxito, es mucho mejor reconocer el pueblo y luego llevarlo a cabo por la mañana. Si entramos ahora, el enemigo podría estar completamente alerta y ofrecer una resistencia mucho mayor, lo que solo ralentizará aún más el avance sobre Leningrado.

—También podría perder algunos de sus panzers. Muchos de los ivanes con los que nos hemos estado topando últimamente tenían ese fusil antitanque que usan. El PTRD. —Wolff maldijo al hombre en silencio por obligarlo a adelantar sus planes.

Los Brandeburgueses eran la punta de lanza, pequeños grupos diseñados para infiltrarse, sembrar el caos y desbaratar las defensas enemigas hasta que el grueso de la infantería llegara para sellar la victoria. Pero a Wolff no le gustaban las operaciones nocturnas. Demasiadas cosas podían salir mal en la oscuridad.

Los ojos de Stumpfegger se desviaron hacia arriba y a la derecha mientras calculaba qué resultado podría empañar más su reputación: un gran número de bajas o un avance lento. Tras un instante, su mirada volvió a posarse en Wolff, a quien se dirigió directamente, olvidándose del comandante.

—Creo que podría tener razón, sargento. —Wolff se sobresaltó. No se había esperado una respuesta así. Stumpfegger continuó—: Si cree que ya sospechan que nuestros tanques están ahí, entonces se lo confirmaremos. —Tras anotar las coordenadas de la aldea del mapa de Wolff, se giró y gritó una orden.

Los dos panzers que habían estado siguiendo al blindado de Stumpfegger comenzaron a formarse a su lado. —Ako… —Lenz se volvió hacia él. Wolff asintió.

—¡Señor!

Stumpfegger, que estaba en pleno proceso de bramar más instrucciones a sus tanquistas, se dio la vuelta.

—Señor, ¿me permite hablar con usted un segundo?

Stumpfegger lo miró, irritado. —¿Qué ocurre, sargento?

—Verá, señor, el cabo Lenz ha oído a un prisionero de guerra decir que el enemigo podría haber abandonado la aldea por completo —dijo Wolff—. De verdad creo que debería permitirnos llevar a cabo un reconocimiento antes de empezar a bombardear, señor. Para ahorrar munición, quiero decir. Nuestras líneas de suministro están bastante sobrecargadas en estos momentos.

Pero Stumpfegger caló la treta al instante y se encaró con él.

—Primero me dice que me arriesgo a perder tanques y ahora que podría estar malgastando munición. Sabe, sargento, hay muchos en el Reich que cuestionan dónde residen realmente las lealtades de gente como usted y su unidad. Obviamente, el Führer, en su sabiduría, ha considerado oportuno devolverlos a todos ustedes a una Alemania más grande, pero aun así. Como decían los antiguos romanos, *qui cum canibus concumbunt cum pulicibus surgent*.

Stumpfegger soltó la complicada frase en latín con un aire ensayado que sugería que le gustaba bastante citarla. Sonrió con condescendencia a Wolff y le ofreció la traducción. —Quien con perros se acuesta, con pulgas se…

—Ninguno de nosotros tiene pulgas, capitán —lo interrumpió Wolff bruscamente.

La irritación de Stumpfegger por haber sido interrumpido en mitad de su discurso fue superada por su sorpresa. —Vaya, vaya. Un hombre educado. Una relativa rareza en el ejército, debo decir. —Stumpfegger miró al comandante, que no dijo nada a pesar del insulto a sus tropas y a sí mismo. Se volvió de nuevo hacia Wolff.

—Lo creeré bajo su palabra, sargento. Aunque me han dicho que usted y sus hombres tienen la costumbre de ponerse los uniformes de estos animales. —Esperó otro instante y sonrió con aire de

satisfacción antes de volverse hacia donde los tres panzers se habían alineado.

Sus torretas ya habían girado ligeramente al unísono, los largos cañones de sus piezas de 50 mm apuntando en el mismo ángulo. Wolff, Lenz и el comandante se apartaron rápidamente a un lado mientras comenzaba el tiroteo, tapándose los oídos contra la cacofonía.

Si el suelo había temblado antes por el traqueteo de las orugas de los tanques, ahora directamente reverberaba mientras los panzers se encabritaban ligeramente por el retroceso de los proyectiles antes de que sus veinte toneladas volvieran a estrellarse contra la tierra. A los dos Brandeburgueses se les unieron los otros seis miembros de su pequeña unidad.

Cuatro de ellos habían estado con Wolff y Lenz desde el comienzo de la Operación Barbarroja, la invasión de la URSS. Habían superado juntos más de una docena de estas misiones y sabían instintivamente que podían confiar los unos en los otros.

Los dos recién llegados se habían unido a ellos recién salidos del entrenamiento tras la última batalla en el puente de Daugavpils, en la que su teniente había sido asesinado. Wolff todavía estaba calibrando a la pareja. No albergaba dudas sobre su competencia.

Ninguno de ellos estaría aquí a menos que hubieran superado los mismos ejercicios exigentes que se impartían en el cuartel general del regimiento, en el lago Quenz. Las dudas se cernían sobre sus inclinaciones políticas. No necesitaba a ningún nazi acérrimo en su pequeño grupo. Era el único lugar del Reich en ese momento donde había logrado mantenerse libre de ellos.

Los ocho hombres se quedaron mirando cómo los tanques retrocedían sobre sus orugas con cada proyectil de alto explosivo que lanzaban. Wolff intercambió una mirada con Lenz. Ambos habían visto las secuelas de bombardeos como aquel.

—¡Eso no les va a gustar a los rojos! —gritó Scherwinsky. Wolff miró sin expresión la sonrisa extasiada del hombre. De los dos novatos, era Scherwinsky quien más le preocupaba. El hombre se había presentado como procedente de Danzig.

Eso había hecho sonar las alarmas.

Se suponía que los miembros de la Compañía Brandeburgo I debían haberse criado en lugares de fuera del Reich con grandes poblaciones de etnia rusa y hablar el idioma. Se decía que un Brandeburgués no solo debía saber cómo actuar como un ruso, sino que debía saber escupir como uno.

Danzig, en la antigua franja de territorio polaco entre Prusia oriental y occidental, estaba muy lejos de cualquier lugar así.

Al ser presionado, Scherwinsky había admitido que se había criado en Estonia, pero que ahora se consideraba de Danzig, ya que su familia había sido reasentada en el Reich como parte de la evacuación de alemanes bálticos en virtud del malogrado tratado de Hitler y Stalin en 1939. La mentira era tonta, pero reveladora.

—Eso si es que todavía están ahí, Scherwinsky —respondió Lenz tras un momento. —Sí, tienes razón —gritó Scherwinsky de vuelta, sin captar la indirecta—. Probablemente ya estén huyendo, los cobardes. Da igual, ya los alcanzaremos y tendremos nuestra oportunidad de conseguir una Cruz de Caballero.

Las miradas de Wolff y Lenz se cruzaron de nuevo. Justo lo que necesitaban. Un maldito *Halsschmerz*, un «dolor de cuello». Al teniente, junto con todas las demás bajas de Daugavpils, le habían concedido una Cruz de Caballero a título póstumo. Este idiota los llevaría a ellos también a la tumba en un intento de conseguir su propia corbata de hojalata.

El bombardeo continuó durante un rato antes de que Stumpfegger lo considerase suficiente y ordenara a los tres tanques que avanzaran, seguidos por la infantería regular. Wolff y los otros siete Brandeburgueses iban a la retaguardia. Al llegar al linde del bosque, el comandante hizo que sus hombres se desplegaran en abanico y se flanquearan unos a otros mientras corrían, con la cabeza gacha, hacia las afueras de la aldea.

Era un ataque de envolvimiento de manual, con un asalto frontal completo acompañado de tropas que se abrían a ambos lados. Pero no hubo fuego defensivo.

Cualquier fuerza del Ejército Rojo que hubiera en la aldea o bien se había marchado hacía tiempo o bien había saltado por los aires. Con la cabeza baja, Wolff y sus hombres los siguieron, aunque antes

de que estuvieran siquiera a medio camino del terreno despejado, se dio la señal de que todo estaba despejado.

Wolff, Lenz y los otros seis entraron en la aldea y se toparon con lo peor que habían visto hasta la fecha, incluso para los espantosos estándares de la guerra que habían estado librando. Varios soldados de la Wehrmacht estaban vomitando violentamente contra la pared de los edificios que aún seguían en pie.

El bombardeo de alfombra con proyectiles de alto explosivo había hecho su trabajo, tanto en las pequeñas *izbas* de troncos como en los ocupantes que se refugiaban en su interior. Había partes de cuerpos por todas partes, esparcidas por la única calle principal.

Trozos de carne se adherían a los tejados de las chozas. Los ojos de Wolff buscaban desesperadamente, deseando que hubiera alguna justificación débil para lo que estaba viendo. Pero ni uno solo de los cuerpos desmembrados vestía el monótono verde oliva del uniforme del Ejército Rojo.

En su lugar, eran de mujeres, niños y ancianos. La información de Lenz había sido correcta; las fuerzas defensivas se habían retirado, dejando solo a aquellos que no tenían a dónde ir y la esperanza de que los invasores los trataran con justicia.

En una casa, Wolff encontró una guirnalda de flores de aspecto patético. Era algo que habían visto una y otra vez desde que entraron por primera vez en los países bálticos. Lugareños que salían a recibirlos cuando entraban en las aldeas abandonadas por los soviéticos.

Algunos de sus hombres lo tomaron como una justificación legítima de la guerra que estaban librando, al igual que la jerarquía nazi, que publicaba alegremente fotos de las entregas en los periódicos de la patria. Pero Wolff lo reconoció por lo que era.

Gente que entendía que su destino no estaba en sus manos y cuya mejor esperanza de que los dejaran en paz pasaba por congraciarse con sus nuevos amos. Sintió que sus dedos se cerraban con fuerza alrededor de su fusil. Solo Stumpfegger parecía impasible ante todo aquello, paseándose e inspeccionando la eficacia con la que se habían ejecutado sus órdenes.

La furia en el rostro de Wolff debió de ser evidente, pues el capitán de las SS lo había mirado con el más leve atisbo de una sonrisa, desafiándolo sin palabras a que hiciera algo al respecto. Fue entonces cuando uno de los soldados de infantería enviados a comprobar si había enemigos ocultos regresó, arrastrando a una joven rubia que aparentaba unos nueve años.

Wolff había visto la expresión del rostro de la niña muchas veces antes en prisioneros de guerra rusos capturados que habían sobrevivido a bombardeos similares. Neurosis de guerra.

Dejaron a la niña delante de Stumpfegger, que se inclinó y le acarició la mejilla, diciéndole en alemán lo guapa que era. Solo recibió a cambio una mirada desorbitada e inexpresiva. Stumpfegger suspiró y se enderezó. —Usted y sus hombres hablan el idioma de esta gente, ¿verdad, sargento? Venga aquí y tradúzcame.

Wolff avanzó y se arrodilló junto a la niña. Por lo menos, podría asegurarse de que cualquier trauma adicional que sufriera se minimizara. Tras comprobar que hablaba letón, pasó un par de minutos hablando con la niña y se enteró de que su nombre era Lazda.

Lazda le contó que el Ejército Rojo no se había ido hacía dos días, sino tres, llevándose toda la comida que pudieron encontrar y obligando a su padre y a todos los demás hombres sanos a acompañar la retirada. Ella regresaba de buscar agua cuando empezó el bombardeo y al llegar a casa descubrió que el techo de paja de su casa se había derrumbado. Creía que su madre, sus abuelos y sus hermanas seguían dentro.

Stumpfegger, que había estado tamborileando con el pie con impaciencia, interrumpió, reconduciendo la conversación hacia las fuerzas soviéticas que se habían marchado. ¿Cuántos eran, qué armas tenían? ¿Tenían artillería? La niña, aturdida, no fue capaz de responder a nada de eso.

Cuando Stumpfegger terminó, el comandante del ejército planteó tardíamente un par de preguntas totalmente superfluas sobre cuánto tiempo habían estado allí los rusos y de dónde eran originarios, antes de que el interrogatorio se extinguiera. Stumpfegger no hizo

ningún intento por ocultar su irritación. La cuestión de qué hacer con la niña quedó flotando en el aire sin que nadie la mencionara.

—¿Así que se fueron hace tres días? —dijo Stumpfegger al cabo de unos minutos, mirando a Wolff con sorna—. Enhorabuena, sargento. Parece que tenía usted razón desde el principio. —Luego, sin mediar más palabra, desabrochó su funda, sacó la pistola y le pegó un tiro en la frente a la niña.

Durante una fracción de segundo, nadie se movió.

Todos habían visto ejecuciones arbitrarias de enemigos capturados. La tristemente célebre Orden de los Comisarios, emitida apenas unas semanas antes, exigía que los oficiales políticos soviéticos fueran ejecutados en el acto y se obedecía invariablemente. Pero esto era diferente. Esta era una niña aterrorizada.

Antes de saber lo que hacía, Wolff dio un paso al frente.

2

Dos semanas después.
Cuartel general del Abwehr, Berlín

"Podrían haberle fusilado, Wolff. ¿Es eso lo que quería? ¿Que lo fusilaran?"

Wolff bajó la mirada hacia el almirante Wilhelm Canaris desde su posición de firmes y sopesó cómo responder a una pregunta tan ridícula. Por un momento, se planteó decir la verdad. Que lo habría agradecido. Para entonces ya había soportado bastante. Interminables intentos de labrarse una nueva vida en el Reich y de recomponer las cosas con su padre.

Incluso el juramento que le hizo a *Mammu* en su lecho de muerte. Todo había quedado en nada. Pero se contuvo. Ya estaba metido en suficientes líos. Miró a su izquierda, donde el coronel Hans Oster, el segundo al mando de Canaris, que se estaba quedando calvo, le

devolvía una mirada gélida. Tenía el aire de un prusiano típico. *Sé siempre leal y fiel*, rezaba su antiguo código.

Solo que Wolff había sido demasiado sincero y no muy leal. Bueno, no al nazismo, al menos.

Wolff devolvió la mirada a Canaris, que técnicamente era el oficial al mando de su regimiento y a quien, por lo tanto, estaba obligado a responder. —Asumo la responsabilidad de mis actos y de las consecuencias que de ellos se deriven —masculló finalmente.

—¿Ah, sí? —replicó Canaris en voz baja—. ¿De veras? —Como Wolff no respondía, el almirante continuó—: Bueno, ya volveremos a eso, y puede que incluso veamos qué podemos hacer al respecto. —Wolff se le quedó mirando, pero Canaris había vuelto a leer el expediente que tenía sobre el escritorio, a pesar de que Wolff tenía la sensación de que ya sabía todo lo que contenía.

Para no arriesgarse a recibir otra vez la mirada penetrante de Oster, Wolff desvió la vista hacia la estantería que había detrás de Canaris. Había allí volúmenes en alemán, francés, español e incluso ruso. Wolff se sorprendió.

No porque Canaris fuera políglota; muchos marineros lo eran como resultado de sus viajes y de los largos periodos en el mar sin nada más que hacer que estudiar. Sino porque el almirante era una figura de alto rango en un país que oficialmente consideraba esta última lengua como 'infrahumana'.

Detrás de Canaris había un mapamundi gigante. De nuevo, nada inesperado para un antiguo marino. A su derecha estaba el preceptivo retrato de Hitler, aunque bastante pequeño. A la izquierda del mapa había una fotografía enmarcada mucho más grande de un perro salchicha. De hecho, casi del doble de tamaño.

Wolff no sabía qué pensar de aquella yuxtaposición. Había oído cotilleos de que Canaris no era el nacionalsocialista más devoto, y no había habido saludo a Hitler cuando lo hicieron pasar. Pero quizá estaba analizándolo todo en exceso.

—¿Es usted nazi, Wolff?

Alarmado, devolvió la mirada a Canaris, que lo observaba con una expresión difícil de descifrar. Era como si el anciano le estuviera leyendo la mente. La pregunta lo había descolocado por completo.

La formulación rozaba la falta de respeto, sobre todo entre militares que debían prestar juramento de lealtad personal al Führer.

Los términos preferidos en la sociedad del Reich eran 'nacionalsocialista' o simplemente 'miembro del Partido'. El término 'nazi' lo habían acuñado originalmente los oponentes de izquierdas del partido, sobre todo porque la palabra era también un coloquialismo despectivo para referirse a un paleto en Baviera, escenario de la base de poder original de Hitler.

También estaba el hecho de que Wolff seguía sin tener ni idea de lo que hacía allí. Si, como suponía, se trataba de una especie de vista disciplinaria, era desde luego una muy extraña. —¿Es usted nazi? —repitió Canaris, con un tono ligeramente más impaciente que dejaba claro que esta pregunta también merecía una respuesta.

—¡Responda al almirante! —espetó Oster. Wolff reprimió una mueca de sobresalto. Uno no se acobardaba ante sus superiores. Ni siquiera ante aquellos cuyo papel allí parecía ser el de un perro de presa.

—Fui miembro del Partido —dijo Wolff, reconociendo su propio tono defensivo. Esto era ridículo. Le estaban haciendo sentir vergüenza por algo de lo que la mayoría de la gente en Alemania presumía llevando insignias en la solapa.

—Sí, en Brasil. Donde se crio y vivió hasta que se mudó aquí en el 38. —¿Se lo estaba imaginando o había un deje de burla en las palabras de Canaris?

—En efecto, señor, mi padre fundó la sección de Porto Alegre después de que nos instaláramos allí.

—Ako, sin embargo. No es un nombre alemán, ¿verdad?

—No, señor. Nací en Riga en 1919. Mis dos padres eran *Volksdeutsche* cuyas familias habían vivido en Letonia durante siglos, pero la gente de mi madre se había, eh, integrado un poco más con los lugareños que la de mi padre.

—Nos fuimos cuando yo era aún muy pequeño. Mi padre llevaba tiempo planeando mudarse al extranjero antes de que yo naciera. Decía que los letones se habían vuelto antialemanes después de la última guerra.

—¿Pero aun así le pusieron un nombre letón?

—Mi madre, señor. Quería que tuviera un nombre que reflejara mi… lugar de nacimiento. Por si no volvíamos nunca. —*Y mi padre nunca dejó de recordarme que habría preferido Heinrich.*

Wolff había dado esa explicación docenas de veces desde su llegada a Alemania con el viejo tres años antes, pero todavía tropezaba de vez en cuando. El Reich no era lugar para usar la expresión 'herencia letona'.

—¿Así que su madre le puso el nombre de un caudillo pagano que luchó contra los cruzados cristianos alemanes?

Wolff no pudo evitar que la boca se le abriera un poco por el asombro. Un levísimo atisbo de sonrisa cruzó el rostro de Canaris, y este volvió a su lectura. Wolff se le quedó mirando un poco más, pero tenía la clara sensación de que Canaris saltaba de un tema a otro para desestabilizarlo.

Sintió crecer su irritación y permitió que sus ojos recorrieran de nuevo el despacho de Canaris mientras intentaba calmarse. La habitación estaba en gran medida en consonancia con el resto del Bendlerblock, como se conocía al cuartel general de inteligencia en forma de H en el elegante distrito berlinés de Tiergarten.

A pesar de su exterior majestuoso y neoclásico y su pintoresca ubicación a orillas del canal Landwehr, el interior del edificio era lúgubre y su decoración no era en absoluto suntuosa. *Der Fuchsbau*, lo llamaban, muy apropiadamente. La Guarida del Zorro.

Aparte de su escritorio, las dependencias personales de Canaris contenían una alfombra raída, unas sillas junto a la ventana y un sofá bajo. Había un catre de campaña de estilo militar en la esquina y lo que parecía una cesta de perro debajo. De hecho, todo el despacho olía a perro.

Wolff nunca había estado en el Alto Mando del Ejército en Zossen, a una hora al sur de Berlín, pero algunos de los oficiales de instrucción de su unidad habían hecho el corto viaje desde su base en Brandeburgo, en la periferia occidental. Por sus descripciones, había esperado que el Bendlerblock estuviera mucho más suntuosamente decorado.

Al fin y al cabo, como jefe del Abwehr, Canaris era un miembro de primer nivel de la jerarquía del Reich. Un faisán dorado, aunque

evitara la chaqueta de color miel que les había valido el apodo a gente como Goebbels y a otros altos cargos nazis.

Tras ser liberado de la custodia de la *feldgendarmerie*, a Wolff le habían ordenado que se pusiera su uniforme de gala antes de presentarse aquí, pero se sentía excesivamente arreglado en un entorno tan venido a menos. Los dos oficiales que tenía delante distaban mucho de las imágenes cuidadosamente confeccionadas que estaba acostumbrado a ver de las altas figuras del Reich.

La guerrera azul marino de la Kriegsmarine del almirante parecía gastada y arrugada. A su lado, Oster vestía un traje de civil, a pesar de su rango de coronel. Ninguno de los dos parecía afectado por el calor de agosto, que había vaciado Berlín mientras la flor y nata de la sociedad del Reich huía a la costa del Báltico o a los Alpes bávaros para refrescarse.

Wolff se estiró distraídamente el cuello alto de su propia guerrera. No tendría que haberse molestado en arreglarse. Sus días de llevar la insignia regimental de la máscara y la daga estaban casi con toda seguridad contados. El capitán de las SS Stumpfegger tenía contactos, al parecer.

El peligro de las misiones que llevaban a cabo los Brandeburgueses había hecho que su regimiento fuera apodado los 'Comandos del Día de la Ascensión'. Pero Wolff tenía la sensación de que cualquier unidad de castigo a la que lo asignaran recibiría misiones suicidas que superarían incluso aquellas.

Ataques frontales contra ametralladoras pesadas, tal vez. O cargas a través de supuestos campos de minas. Canaris volvió a levantar la vista hacia él, esta vez con otra intervención desconcertante. —¿Por qué se ofreció voluntario para los Brandeburgueses, Wolff?

Era otra pregunta difícil de responder. ¿Por qué demonios alguien abandonaría voluntariamente la infantería de línea para alistarse en una unidad cuyos miembros eran enviados repetidamente vestidos con uniformes enemigos, lo que permitía que fueran ejecutados como espías si los capturaban?

¿Por qué, en efecto?

¿Para quitarse de encima la etiqueta de 'alemán de botín'? ¿Para demostrar su valía después del incidente de Hamburgo?

¿O porque ofrecía la mejor oportunidad de llegar a Riga antes de que fuera demasiado tarde?

Pero se ciñó a la versión oficial. —Consideré que mis conocimientos de idiomas podrían servir mejor al Führer de esta manera, almirante. —El más mínimo rastro de una sonrisa de suficiencia cruzó el rostro de Canaris antes de que volviera a su expresión inexpresiva.

—Ya veo. ¿Y cuál es exactamente su nivel de ruso?

—Totalmente fluido, diría yo, señor. Mi madre me lo hablaba junto con el letón en casa cuando crecía en Brasil. —*Cuando su marido se iba a trabajar*.

Canaris y Oster intercambiaron una mirada antes de que el almirante prosiguiera. —Portugués y español fluidos, algo de inglés… ¿qué tal? —Wolff levantó la mano con la palma hacia abajo y la agitó de un lado a otro en el gesto universal de autocrítica.

Canaris sonrió con aprobación antes de volver a ponerse serio. —Bueno. El incidente en el frente. Intentó usted estrangular a este… —Bajó la vista hacia el expediente que tenía en su escritorio—. Capitán Stumpfegger. ¿Considera que tal comportamiento es aceptable?

Wolff suspiró. —Pues, señor, según la sección 5.1 de la Ordenanza sobre el Derecho Penal Especial de Guerra, no, no debería haber…

—Oh, olvídese del reglamento, sargento. —Canaris se recostó y se cruzó de brazos. El viejo cabrón estaba disfrutando de esto—. ¿Cree usted que se comportó de una manera digna de un oficial alemán?

Wolff dudó un segundo. Estaba lo que quería decir y lo que podía decir. —Creo que a lo que me opuse fue a un comportamiento indigno de un oficial alemán —dijo finalmente. Otra lenta sonrisa se extendió por el rostro de Canaris.

—Buena respuesta, Wolff —dijo—. Muy buena respuesta, la verdad. ¿No te parece, coronel Oster? —Oster lanzó al almirante una mirada que transmitía una familiaridad que iba más allá de la de comandante y subordinado, pero no dijo nada.

Canaris volvió al principio del expediente de su escritorio y comenzó a pasar las páginas lentamente de nuevo. —Sabe, no me ha respondido antes, Wolff. Cuando le he preguntado si era nazi.

Mucha gente es o fue miembro del partido por todo tipo de razones, pero no todos ellos son verdaderos creyentes. —Volvió a levantar la vista—. ¿Y bien?

El anciano estaba sondeando, buscando algo. A Wolff le costaba creer qué era, pero decidió dárselo de todos modos. Al menos en parte. —Mi padre es nazi, señor. Más que yo. —Se detuvo ahí. Incluso ese tipo de declaración limitada era suficiente en estos días para merecer un informe a la Gestapo.

La sonrisa de Canaris se ensanchó y miró a Oster casi triunfalmente, como si hubiera ganado alguna apuesta secreta entre ellos. —Gracias, Wolff. Apreciamos su franqueza. —Canaris cerró el expediente que tenía delante y lo apartó—. Tome asiento, sargento. —Wolff asintió en agradecimiento y se acomodó en uno de los sillones orejeros de cuero.

El almirante se aclaró la garganta y se reclinó en su silla. —Está usted entre almas afines en esta sala, Wolff. Ni yo ni el coronel Oster somos nazis. Más bien todo lo contrario, de hecho. —Wolff frunció el ceño ligeramente. ¿Qué demonios era esto?

—Ambos creímos inicialmente que Adolf Hitler era la respuesta a los problemas de este país —continuó Canaris—. Pero pronto se nos hizo meridianamente claro que nos estaba conduciendo por el camino de la perdición de Alemania. ¿Sabe por qué perdimos la última guerra?

Wolff abrió la boca para responder y luego la volvió a cerrar. La respuesta correcta en la Alemania de hoy era que la culpa era de la *Dolchstosslegende*. La 'puñalada por la espalda' al valiente e invicto ejército alemán por parte de fuerzas nebulosas, en su mayoría judías. Pero podía sentir que tales tonterías no eran necesarias aquí.

—¿El bloqueo naval británico de materias primas? —aventuró. Canaris asintió, como si hubiera superado otra pequeña prueba.

—En parte correcto, Wolff. Pero principalmente fue porque el káiser se vio envuelto en una guerra agotadora en dos frentes. Tuvimos un golpe de suerte en 1917, cuando los bolcheviques derrocaron al zar y pidieron la paz en el este.

—El tratado que firmamos posteriormente con ellos en Brest-Litovsk nos dio el control de Polonia, los estados bálticos y Ucrania.

Todo el *lebensraum* con el que Hitler podría soñar. Deberíamos haber negociado una paz en el oeste en ese momento, pero Ludendorff presionó en dirección a París.

—Eso fue un error. Uno que estamos repitiendo ahora a una escala aún mayor, a pesar de que el propio Hitler advirtió específicamente sobre los peligros de un conflicto en dos frentes en *Mein Kampf*. —Canaris hizo una pausa por un momento y se inclinó hacia delante.

—Pero ¿y si le dijera que existe la posibilidad de terminar la guerra en el este ahora mismo de una manera similar, lo que nos daría margen para negociar una paz por separado con los británicos? ¿Qué pensaría de eso, Wolff?

Wolff no estaba seguro de qué pensar en absoluto. Había visto de primera mano cuántos soviéticos lucharían desesperadamente hasta la muerte en lugar de rendirse, a pesar de la interminable serie de aplastantes victorias alemanas.

—Diría que eso pondría al Reich en una posición muy fuerte, señor —dijo con cautela al fin—. Pero incluso si fuera posible, no estoy seguro de que al Führer le interesara. —Canaris inclinó la cabeza, admitiendo lo evidente. Hizo otra pausa y miró a Oster, que asintió apenas con la cabeza.

Canaris se volvió hacia Wolff. —¿Y si ya no dependiera del Führer? —dijo en voz baja.

Wolff permaneció quieto por un momento y observó a los dos hombres que tenía delante mientras ganaba tiempo. Sintió que su ánimo se elevaba, pero todo lo que había aprendido desde su llegada a Alemania tres años antes le decía que no reaccionara abiertamente. No había duda sobre lo que Canaris estaba sugiriendo.

Hochverrat. Alta traición.

Wolff ya estaba acusado del delito menor de traición a la patria en tiempo de guerra, que también conllevaba técnicamente la pena de muerte, pero que más probablemente lo enviaría a los batallones de castigo. Allí, la pura suerte decidiría su destino. Pero conspirar contra Hitler y su banda de fanáticos era otra historia.

Eso era un viaje de ida garantizado a la guillotina de la prisión de Plötzensee, a una media hora en coche de donde estaban sentados.

Por no hablar de la *Sippenhaft*. La odiosa teoría de la culpabilidad familiar colectiva por las acciones de un pariente haría que la Gestapo investigara sus antecedentes y enviara a un campo de concentración a cualquiera relacionado con él.

Lo que básicamente significaba su padre, un nazi ferviente. Su relación distaba mucho de ser ideal, pero aun así no podía consentir aquello. Por otro lado, las posibilidades de salir indemne de uno o dos años de servicio como carne de cañón también eran bajas. Incluso si lo lograba, para cuando volviera al servicio regular de nuevo, sería demasiado tarde.

El 18.º Ejército de Kuchler había 'liberado' recientemente Riga de las garras de Stalin. Tenía que llegar allí antes de que toda la administración cleptocrática del Reich se instalara por completo. Pensó en la foto que *Mammu* le había dado de su antigua casa, cuidadosamente doblada y metida en su cartera.

Ella le había pedido que le prometiera algo en ese momento, que era lo único que aún consideraba sagrado. Había llevado la foto consigo en cada misión de combate que había emprendido desde que fue reclutado inicialmente en el ejército antes de ofrecerse voluntario para los Brandeburgueses.

Un recordatorio de que tenía algo más por lo que luchar más allá de la simple supervivencia. Wolff levantó la vista de su introspección para encontrar a Canaris y Oster mirándolo expectantes.

—¿Qué desea que haga, señor? —preguntó en voz baja.

Canaris miró a Oster y sonrió de nuevo, mientras que, por primera vez, algo parecido a la satisfacción apareció en los ojos del coronel.

3

—Lo que el almirante está a punto de decirle es un asunto del más alto secreto que conocen muy pocas personas, Wolff. Si abre la boca sobre esto con quien sea, es muy posible que nos perjudique, pero también se asegurará su propia muerte. Y si no, ya me encargaré yo.

Wolff asintió ante la crudeza de la advertencia de Oster, que ahora había recuperado su habitual mirada vacía. Otra amenaza de un oficial superior de la que preocuparse. Canaris hizo una ligera mueca, pero no intentó frenar a su subordinado. En lugar de eso, el almirante se aclaró la garganta una vez más y empezó a hablar.

—Hace unas semanas, el embajador búlgaro en Moscú recibió la llamada de un contacto de alto nivel del NKVD para solicitar una reunión. Se encontraron en un restaurante georgiano llamado Aragvi en... —Canaris volvió a bajar la vista hacia el expediente que había sobre su escritorio.

—La calle Tverskaya. El Aragvi es el lugar favorito de Lavrentiy Beria para comer en Moscú, a solo unos minutos en coche del cuartel general del NKVD en la Lubianka. Tiene allí su propio comedor privado. A decir de todos, las mejores empanadillas georgianas fuera de Tiflis.

Canaris miró de nuevo a Wolff. —¿Sabe quién es Lavrentiy Beria, supongo?

Wolff asintió. —Por supuesto, señor.

Durante los dos últimos meses, había estado fingiendo con regularidad ser un soldado ruso. Y todo Iván conocía el nombre del jefe del todopoderoso y odiado NKVD. El esbirro de Stalin, que había orquestado la Gran Purga en nombre del líder soviético firmando decenas de miles de sentencias de muerte y enviando a cientos de miles más a los gulags.

—Bien —prosiguió Canaris—. El caso es que al embajador, Stamenov, le dijeron que cenaría con el propio Beria en el restaurante, pero este nunca apareció. En su lugar, Stamenov se reunió con un oficial del NKVD llamado Pavel Sudoplatov, que afirmó haber sido enviado en nombre de Beria.

—Dado que la reunión tuvo lugar en el comedor privado de Beria, debemos suponer que fue así. Es difícil saber por qué Beria no acudió en persona, pero ya llegaremos a eso más tarde. En cualquier caso, Sudoplatov tenía algo muy interesante que decirle al embajador.

—Tenía una oferta de un acuerdo de paz para el Reich, que presentó como procedente del propio Stalin. Stamenov fue un poco vago en los detalles cuando se lo transmitió al Ministerio de Asuntos Exteriores búlgaro, que a su vez informó a nuestra gente sobre el terreno en Sofía.

Wolff contuvo su reacción a un mero asentimiento. Por dentro, intentaba averiguar por qué demonios le estaba contando Canaris aquello. Por mucho que lo intentaba, no lograba ver qué pretendía aquel hombre.

—Afortunadamente, los búlgaros acudieron directamente al hombre de más alto rango de la Abwehr en nuestra legación de Sofía, el doctor Wagner, que supo que debía venir directamente a mí —continuó Canaris—. La esencia del acuerdo sigue a grandes rasgos los términos del Tratado de Brest-Litovsk de 1918. Nos quedaríamos con Ucrania, Bielorrusia y los países bálticos, y cesarían todas las hostilidades. En teoría, claro.

—¿Es genuina? ¿Una táctica dilatoria? —Canaris se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Debe recordar que esta oferta llegó justo cuando cercábamos a tres ejércitos soviéticos en Smolensk. Perdieron trescientos mil hombres. Nuestra información también es que, tras la caída de Minsk a finales de junio, Stalin sufrió una crisis nerviosa y se encerró en su dacha.

—Cuando Mólotov y los demás fueron a convencerlo de que saliera, pensó que iban a detenerlo y a fusilarlo. Después de todo, había sido advertido por los británicos, por sus espías aquí e incluso por nosotros mismos de que la invasión se avecinaba, y nos ignoró a todos.

—Sin olvidar que la desastrosa actuación de su ejército se debe en gran medida a que hizo que Beria masacrara a todos los mejores oficiales por si podían suponer una amenaza contra él. —Canaris negó con la cabeza, asombrado ante tal comportamiento, a pesar de que Hitler había hecho más o menos lo mismo con sus antiguos camaradas de la milicia de las SA durante la Noche de los Cuchillos Largos allá por el 34.

Pero a Wolff le preocupaba menos eso que el hecho de que el jefe de la inteligencia militar del Reich hubiera admitido, por segunda vez en media hora, alta traición.

¡La Abwehr había avisado a los soviéticos de la invasión!

Había oído que Canaris tenía fama de intrigante, pero esto era increíble. ¿Sería una trampa? Mientras su mente trabajaba a toda velocidad, Wolff se dio cuenta de que Oster lo observaba atentamente, como para calibrar su reacción a lo que se estaba discutiendo.

Repasó mentalmente lo que ya había dicho por si toda la conversación estaba siendo grabada como una especie de extraña prueba de su disposición a conspirar contra el Estado. —Pero incluso si la oferta de los soviéticos fuera genuina, señor, el Führer nunca la aceptaría —repitió.

Canaris sonrió, como si le divirtiera la comprensible cautela de Wolff. —¿Sabe qué es lo que más importa del acuerdo, más que si es genuino o no? ¿Lo sabe, Wolff?

Habiéndose proporcionado a sí mismo una posible, aunque algo débil, coartada por si la Gestapo irrumpía por las puertas, Wolff era reacio a comprometerla aventurando una respuesta. En cualquier caso, no tenía ni idea de qué respuesta buscaba Canaris.

Esta vez fue Oster quien habló, y su tono plano y ligeramente agresivo fue suficiente para convencer finalmente a Wolff de que todo aquello —increíblemente— iba en serio. —Nos da la oportunidad de eliminar por fin al cerdo que actualmente ocupa la Cancillería, ahí en la Wilhelmstrasse —dijo. Hubo silencio en la sala durante unos segundos.

Cada uno de los hombres era consciente de que lo que acababa de decirse era suficiente para asegurar que todos ellos, incluso figuras tan importantes como Canaris y Oster, sufrirían las muertes más horribles. Canaris reanudó la conversación en voz baja.

—Lo que le he dicho antes acerca de que el coronel Oster y yo nos oponemos a los nazis no era una exageración, Wolff. Ni somos los únicos con esas opiniones dentro del Reich. Formamos parte de un grupo pequeño pero importante que cree que Hitler está llevando a Alemania a la perdición.

—La determinación de arrastrarnos a la guerra. La ridícula obsesión con los judíos. La intolerancia hacia otras opiniones políticas. Ya hemos intentado que lo destituyan. Pero siempre, en algún punto del proceso, algo ha salido mal.

—Cuando lanzó el ultimátum a los checos para que cedieran los Sudetes o se enfrentaran a la guerra, teníamos hombres fuera de la Cancillería preparados para asaltar el edificio, llevárselo a rastras y declararlo clínicamente loco. Una hora antes de que tuvieran que entrar, el primer ministro británico Chamberlain anunció que volaría a Berchtesgaden para mantener conversaciones, y tuvimos que cancelarlo.

—Entonces solo tenía una docena de guardias de las SS a su alrededor —murmuró Oster, casi para sí mismo—. Qué oportunidad fue aquella. —Canaris se encogió de hombros como diciendo «son cosas que pasan» y, por primera vez, Wolff notó una ligera divergencia entre los dos hombres.

—Volvimos a reunir nuestras fuerzas un par de semanas más tarde, cuando parecía que estaba a punto de apoderarse de Checoslovaquia —continuó el almirante—. Esta vez Chamberlain fue y le rogó a Mussolini que ayudara a organizar las fallidas conversaciones de Múnich.

—Después, contactamos con los británicos y les dijimos que estábamos preparados para actuar antes de lo de Polonia, y de nuevo antes de la invasión de Francia, pero no obtuvimos respuesta por su parte. Todas y cada una de las veces que Hitler nos llevó al límite, las cosas le salieron bien.

—Su prestigio entre el pueblo se disparó, y los cobardes del Alto Mando de la Wehrmacht, que son los únicos con acceso a él en estos días, vacilaron aún más. Pero esta vez, es realmente diferente.

—Cuando Hitler firmó el Pacto de no Agresión con Stalin, pensamos que lo habíamos subestimado de nuevo. Lamentablemente, la verdad resultó ser aún peor. Hitler cree que la guerra en el este ya está ganada, pero los listos de Zossen saben que no es así. Un tonto podría ver que invadir Rusia acabará en desastre.

—Los generales, incluso el jefe del Estado Mayor Halder, estaban uniformemente en contra, aunque ninguno de ellos lo dijera en voz alta. Pero esta oferta de Stalin es una oportunidad real. Una oportunidad para terminar con esto antes de que nos explote en la cara y posiblemente incluso negociar una paz duradera con los británicos.

—Algo que finalmente debería infundir algo de valor en nuestros colegas prevaricadores del Alto Mando. Y ahora llegamos a lo que todo esto tiene que ver con usted, un sargento de los Brandeburgo, Wolff. Los soviéticos han propuesto una reunión en terreno neutral. En este caso, Bulgaria, y quiero que usted vaya como mi representante.

El ligero sudor que se había formado entre los omóplatos de Wolff se sentía ahora como un torrente que le corría por la espalda. Metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó un pañuelo, apretándoselo contra las gotas de su frente. En lugar de responder directamente a

la última observación de Canaris, preguntó: —¿Le importaría si abro una ventana, señor?

Canaris asintió con la cabeza, y Wolff se tomó su tiempo para hacerlo. Se entretuvo junto a la ventana de guillotina como si disfrutara de la brisa, aunque no la hubiera. Necesitaba salir de allí, y no solo por el calor. Volvió a ocupar su asiento. —Con el debido respeto, señor, no tengo ni la más remota idea de cómo negociar tratados de paz internacionales. Yo solo...

—No lo envío como negociador, Wolff. Lo envío como mensajero. Y uno cuya existencia tendré que negar si alguna vez llega el caso —añadió—. Pero no creo que sea necesario. Lo hemos elegido precisamente porque es un desconocido, Wolff.

—Hay muchos miembros en nuestro grupo, pero no todos son militares o tienen formación en inteligencia. Los que sí la tienen son demasiado conocidos como para arriesgarse a enviarlos a una misión así. Pueden estar en el radar de mi antiguo colega de la marina, el general Heydrich, cuyo *Sicherheitsdienst* siempre está al acecho de un trofeo para presentárselo triunfalmente a Hitler.

—Pero no sabrán nada de usted. —La mención del *Sicherheitsdienst*, o la SD, como se les conocía comúnmente en los círculos militares, no hizo nada por aliviar el malestar de Wolff. Ya era objetivo de venganza dentro de las SS. Podía prescindir de ponerse en el punto de mira de su rama de inteligencia.

Responsable de erradicar el sentimiento antiparlamentario dentro del Reich, no se consideraba limitada a espiar a los ciudadanos de a pie. Los oficiales del ejército, los funcionarios y, al parecer, los supuestos colegas de la SD en la inteligencia militar también eran un blanco legítimo.

Canaris seguía hablando. —También debemos considerar la posibilidad de que se trate de una iniciativa en solitario de altos cargos del NKVD que planean derrocar a Stalin. El equivalente soviético de nuestro pequeño grupo, por así decirlo. Si ese es el caso, los leales a Stalin pueden estar al tanto de la reunión en Sofía y podrían representar otro peligro.

—O podría ser una simple trampa de desinformación, aunque realmente no veo por qué se tomarían tantas molestias. Los

Brandeburgo lo entrenaron para operar tras las líneas enemigas, haciéndose pasar por otra persona, en diversas armas y combate sin armas —continuó Canaris—. Para ser autosuficiente y tomar decisiones por sí mismo sobre la marcha.

—Habla ruso con fluidez. Y lo más importante de todo, ha demostrado con sus acciones que está tan asqueado de este régimen como nosotros mismos.

Oster intervino ahora. —Y si lo devuelven al Frente Oriental, las posibilidades de que sobreviva a múltiples salidas en un batallón de castigo no son muy altas. —Esta vez, Canaris miró con reproche a su segundo, que mantuvo los ojos fijos en Wolff.

El almirante devolvió su mirada al visitante. —No quería expresarlo en términos tan crudos, pero el coronel tiene razón —dijo. Wolff miró al suelo para darse la oportunidad de serenarse. Se oyó un crujido cuando Canaris se recostó en su silla, terminada su exposición.

Ni él ni Oster dijeron nada más, y Wolff de repente se dio cuenta de que esperaban que se ofreciera voluntario para el trabajo. Quizás esa era otra razón por la que estaba allí. Una de las muchas maneras en que su regimiento se diferenciaba de todos los demás de la Wehrmacht era su espíritu de voluntariado.

A ningún Brandeburgo, por humilde que fuera, se le podía ordenar que emprendiera una misión tras las líneas enemigas. Se le presentaba, y podía aceptarla o negarse a participar sin más consecuencias que el posible desdén de sus camaradas. Del mismo modo, a Wolff no se le podía ordenar que participara en un subterfugio contra Hitler.

Tendría que aceptarlo por su propia voluntad. Si no, simplemente volvería a enfrentarse a las consecuencias de su ataque a Stumpfegger. Aunque Oster le pareció un hombre que podría asegurarse rápidamente de que su unidad de castigo fuera enviada a algo de lo que nunca regresaría.

Una cosa, sin embargo, estaba abundantemente clara. Aquello era mucho más grande que él. Si lo rechazaba, Canaris y Oster simplemente encontrarían a otro. ¿Y él quería participar?

Ciertamente era verdad que odiaba a los nazis. Había despreciado sus detestables teorías raciales desde que su padre se las explicó por primera vez al ordenarle que dejara de jugar al fútbol con los chicos negros y mestizos de los muelles de Porto Alegre.

Ese desprecio no había hecho más que aumentar desde su llegada a Alemania y el descubrimiento de la sociedad que habían construido aquí. Una sociedad en la que había luchado sin cesar, y sin éxito, por encontrar su lugar. Tanto como un *Volksdeutsch* nacido en el extranjero como alguien que tenía la convicción aparentemente novedosa de que el color o la religión de una persona no definían qué tipo de persona era.

¿Qué era lo que Canaris le estaba pidiendo que hiciera, después de todo? Viajar a un destino civil, asegurarse de que no estaba bajo vigilancia y reunirse con unos rusos. Escuchar lo que tuvieran que decir, regresar a Berlín e informar.

Se aclaró la garganta. —¿Y después, señor? —preguntó, con un tono y una frase tan casualmente evasivos como pudo.

Pero Canaris sonrió como un vendedor que sabe que ya se ha ganado la comisión.

—Ya le encontraremos algo, Wolff. Siempre tendré trabajo para un hombre de su talento y actitud, por no hablar de su capacidad lingüística. Pero paso a paso. Primero, necesitará algo más de entrenamiento. Podemos hacerlo en nuestras instalaciones de Hamburgo.

—Eso también le dará la oportunidad de... ver a quien necesite antes de ir a Bulgaria. Como a su padre. *—¿Por última vez, quiere decir?,* quiso preguntar Wolff.

No obstante, el comentario de Canaris insinuaba lo arriesgada que el almirante obviamente consideraba la misión. Sería un tipo de encargo muy diferente a todo lo que había emprendido hasta ahora. En el frente, los objetivos eran claros y el enemigo fácilmente identificable.

Se tomaba un puente o una ciudad y se defendía contra el contraataque. Si algo salía mal, hacías lo que podías y esperabas a que llegara la caballería. En Sofía, a juzgar por lo que le estaban

diciendo, estaría completamente solo. No solo tendría que estar atento a las amenazas del otro bando, sino también del suyo.

Bulgaria era un aliado del Eje, aunque uno que no se había unido a las declaraciones de guerra a la Unión Soviética y todavía tenía una embajada allí. Había permitido que las tropas alemanas atravesaran su territorio para atacar Grecia y era esencialmente un estado vasallo de los nazis, lo que hacía aún más desconcertante para Wolff el porqué los rusos habían sugerido una reunión allí. Pero no era momento de preocuparse por eso, ni por la curiosa fe de Canaris en una especie de levantamiento de la Wehrmacht contra Hitler.

Wolff ya había visto cómo el ejército estaba haciendo la vista gorda en el este mientras las SS asesinaban a mujeres y niños a sangre fría, por lo que no compartía tal optimismo. Levantó la vista y miró al otro lado del escritorio. —Necesitaré algún tipo de órdenes, señor. Para liberarme oficialmente de la custodia de la policía militar.

Canaris volvió a sonreír. —No se preocupe por eso, Wolff. Preste mucha atención a su entrenamiento. Ah, y no hace falta decir que, ahora que trabaja directamente para la Abwehr, no le diga a nadie dónde va ni qué está haciendo. Y me refiero a nadie, Wolff, ¿entendido?

Wolff asintió, y Canaris y Oster se pusieron de pie, dando claramente por terminada la conversación. Para evitar identificar a los oficiales al mando en territorio hostil, a los Brandeburgo se les permitía darse la mano entre sí en lugar de saludar.

Pero aun así, a Wolff le sorprendió cuando Canaris, un almirante, se inclinó sobre su escritorio para hacer lo mismo, aunque observó que Oster no hizo tal gesto. —Buena suerte, sargento —dijo Canaris, volviendo a sentarse y sacando otro expediente de un cajón.

Oster señaló con la barbilla hacia el pasillo sin decir palabra, y Wolff captó la indirecta. Estaba a punto de salir por la doble puerta cuando la voz de Canaris lo detuvo de nuevo.

—Este caudillo báltico pagano por el que su madre le puso el nombre, Wolff, el que lideró la rebelión contra los cruzados teutónicos. ¿Qué le pasó al final?

Wolff se volvió por un momento. —Fue traicionado por los que creía que eran sus compañeros de tribu y ejecutado, señor. Su cabeza fue entregada a sus enemigos como ofrenda de paz.

Canaris asintió y sonrió con tristeza. —Tenga cuidado, Wolff.

4

Wolff estaba sentado junto a la ventanilla y observaba cómo desfilaba el llano y verde paisaje del norte de Alemania. En el tren procedente de Berlín viajaba un nutrido grupo de cadetes navales con destino a Wilhelmshaven y su juvenil alegría contrastaba marcadamente con su propio estado de tensión.

Debería estar loco de alegría. La intervención de Canaris lo había salvado de ser utilizado como distracción para las ametralladoras soviéticas a cambio de llevar a cabo lo que parecía una empresa comparativamente mucho más segura.

Había salido del Bendlerblock animado al saber que una oposición de tan alto nivel a este repugnante régimen no solo existía, sino que estaba tomando medidas para derrocarlo. Y no solo eso, sino que había recibido un ascenso a teniente por la misión, algo que nunca habría podido imaginar apenas unos días antes, en las celdas de la prisión militar de Tegel.

Sin embargo, al reflexionar, su entusiasmo había dado paso al nerviosismo. Se estaba adentrando en un mundo sombrío del que no sabía nada y en el que su destino podía decidirse por acontecimientos que quizá nunca llegara a comprender.

Canaris había sido tajante al negar cualquier conocimiento del viaje a Sofía si era necesario, y tanto él como Oster quizá ocuparan una posición lo suficientemente alta como para protegerse si se llegaba a ese extremo. Pero Wolff no.

Cerró los ojos e hizo una mueca cuando una imagen acudió a su mente: un confuso Ludwig Wolff agitando inútilmente su insignia de fundador de la sección del partido ante la Gestapo mientras lo sacaban a rastras de su cuchitril.

Tenía cuatro días en Hamburgo y había pospuesto la visita a su padre hasta el final, diciéndose a sí mismo que necesitaba concentrarse en el entrenamiento intensivo que le esperaba. Tenía varios conocidos en la ciudad, por supuesto, pero ninguno lo bastante cercano como para merecer realmente una visita.

De todos modos, a estas alturas ya los habrían llamado a filas, excepto Lothar, que probablemente estaría trabajando. Aparte de eso, solo quedaba el viejo Ludwig, quien, a su llegada a la ciudad tres años atrás, había estado tan desesperado por ofrecerse voluntario para obtener cualquier tipo de aceptación que había acabado en la milicia de las SA.

La importancia de la *Sturmabteilung* había disminuido considerablemente desde que su cúpula de poder fue, literalmente, aniquilada durante la Noche de los Cuchillos Largos. Aunque técnicamente estaba a cargo del entrenamiento militar para posibles reclutas, en realidad era un hogar para matones nazis demasiado viejos, gordos o bien relacionados para estar en el frente.

Con poco más que hacer, algunos de ellos habían empezado a pasar el tiempo comprobando que se respetaran los apagones y otras infracciones, lo que les permitía hacer valer su mermada autoridad.

Al llegar en medio del caos de la estación de tren de Hamburgo, Wolff agachó la cabeza y se bajó la visera de la gorra todo lo que pudo, por si acaso algún conocido se encontraba en el andén. No estaba de humor para intercambiar batallitas.

Los cadetes navales salían en tropel de los vagones mientras él se dirigía al exterior, donde consiguió que un camión del ejército lo llevara al cuartel general del Abwehr en la General-Knochenhauer-

Strasse, cerca del límite norte del más grande de los dos lagos de la ciudad. Dentro, su encuentro con su contacto, el capitán Voigt, fue, para su alivio, un mero trámite.

Era evidente que Wolff no era la primera persona que se presentaba en el despacho de aquel hombre con órdenes misteriosas de las que no deseaba saber más. Voigt le dijo que fuera a su alojamiento y se pusiera ropa de civil. Su entrenamiento iba a empezar de inmediato.

La escasa red de tranvías de la ciudad no llegaba hasta el distrito de Harvestehude, donde se encontraba el cuartel general del Abwehr, así que Wolff caminó durante media hora por la orilla del Alster exterior hacia el centro de la ciudad. No había estado en esta parte de la ciudad desde que recibió la orden de reclutamiento dos años antes.

Wolff recordaba el enorme lago del verano del 38 lleno de remeros en sus aguas, con jóvenes parejas paseando de la mano por las orillas. Ahora, solo se veía algún hombre o mujer de mediana edad caminando deprisa o algún uniforme gris marengo o azul marino a lo lejos.

Llegó al edificio utilizado por el Abwehr en la esquina de Klopstockstrasse con Alsterglacis y levantó la vista sorprendido. Había pasado con frecuencia junto a aquel anodino edificio de piedra rojiza, que sobresalía como la proa de un barco hacia el lago Alster interior, y nunca le había llamado la atención. Pero claro, al fin y al cabo, era una base de entrenamiento secreta para una agencia de inteligencia.

Le abrió la puerta un anciano de rostro amable, y Wolff dijo la contraseña antes de que lo hiciera pasar a un vestíbulo de aspecto realista con un mostrador de estilo hotelero. Allí, una mujer que presumiblemente era su esposa hablaba discretamente por teléfono.

El hombre cogió una llave de detrás del mostrador y lo condujo escaleras arriba hasta una pequeña habitación amueblada con una cama de aspecto robusto y un armario en la esquina. A través de la ventana se veía una hermosa vista del puente Lombardsbrücke, bordeado de árboles, que separaba las dos grandes masas de agua de la ciudad. Pero no tuvo tiempo para admirarla.

Apenas había deshecho su pequeña maleta y se había cambiado el uniforme por ropa de civil cuando volvieron a llamar a la puerta. Estaban fuera esperándolo, le dijo en voz baja el hombre de la planta de abajo.

Bajó las escaleras y subió a un coche conducido por un hombre de mediana edad, que no le ofreció más saludo que un simple asentimiento. Preparado para un largo viaje, descubrió que solo lo llevaban a unos cientos de metros, a un edificio en Glockengiesserwall, junto a la jefatura de policía.

Allí, lo condujeron a una gran sala sin ventanas, donde solo se encontraba Voigt. El capitán le indicó que se sentara. —¿Cuánto sabe de vigilancia? —le preguntó.

Wolff le dijo que parte de su entrenamiento en el Brandenburgo había incluido ser capaz de inspeccionar el terreno en zonas enemigas en busca de señales de movimientos de tropas. Huellas, rodadas de vehículos, colillas. Y, de manera crucial, cualquier indicio de trampas explosivas.

Voigt asintió. —¿Así que sabe cómo seguir al enemigo?

—Sí, mi capitán.

—Bien. Preste atención. Voy a enseñarle cómo evitar que ellos lo sigan a usted.

Durante las siguientes horas, Voigt le explicó detalladamente cómo podía detectar que lo seguían en un entorno urbano. El capitán del Abwehr recorrió la habitación de un extremo a otro, demostrando cómo aumentar y disminuir bruscamente la velocidad de su paso.

Cómo girar en las esquinas y esperar para ver si alguien se apresuraba tras él y cómo detenerse de repente en la calle para atarse el cordón de un zapato. Las estrategias más evidentes incluían darse la vuelta repentinamente y desandar el camino, o establecer contacto visual con el mayor número posible de personas que caminaban hacia él.

—Los ojos siempre los delatan —dijo Voigt—. Busque a aquellos que apartan la mirada al instante o que de repente encuentran desmesuradamente interesante un escaparate cercano. O, por el contrario, si mantienen el contacto visual. Si un extraño lo mira

fijamente en la calle, su inclinación natural es apartar la vista con disimulo.

—Cualquiera que no lo haga es un posible seguidor. Preste atención a las caras para ver si las mismas aparecen en diferentes momentos. Especialmente al salir de donde se aloje, ya que es muy probable que sea ahí donde intenten empezar a seguirlo.

—Me han dicho que su misión será en el extranjero y que podría implicar la vigilancia por parte de una agencia hostil de terceros. Eso es positivo, ya que significa que probablemente tendrán un personal limitado y tendrán que usar a los mismos agentes, lo que le dará una mayor oportunidad de detectarlos.

—Sin embargo, hay ciertas cosas de las que debe ser consciente para no facilitarles la vida. Cámbiese de ropa todos los días. Si vigilan su hotel y usted sale cada mañana con el mismo abrigo, le resultará mucho más fácil de localizar.

—Lo mismo se aplica a que le tomen una fotografía a escondidas. A todos nuestros agentes en el extranjero les decimos que mantengan la cabeza gacha y usen sus sombreros para cubrirse la cara cuando sea posible si creen que están siendo observados.

—Al parecer, nos ha valido el apodo de los *Schlapphüte* —los sombreros flexibles— entre nuestros colegas del SD —añadió Voigt, con un desprecio audible en la voz—. Lo cual es irónico, ya que parece que pasamos tanto tiempo eludiendo la vigilancia de la gente de Heydrich como la de las agencias extranjeras.

Era la segunda mención al general de las SS Reinhard Heydrich y otro recordatorio de lo que estaba en juego en el asunto en el que Wolff se veía arrastrado.

La avalancha de información sorprendente que había recibido en Berlín lo había abrumado. Tanto que no había preguntado sobre el nivel real de peligro que representaba la organización del SD de Heydrich para la conspiración en la que ahora estaba implicado, le gustara o no.

Como capitán, Voigt estaba mucho más abajo en la cadena de mando que Canaris u Oster. No obstante, el almirante se había referido a él como «uno de los nuestros». Era hora de averiguar hasta qué punto estaba implicado Voigt.

—¿Cuánto saben de nosotros? ¿El SD? ¿Sobre lo que estamos haciendo?

Los ojos de Voigt se entrecerraron, y su lengua presionó contra la parte posterior de sus dientes mientras miraba a Wolff en silencio por un momento. Este teniente que le habían enviado era claramente un novato, pero uno que contaba con la confianza del almirante Canaris. Tras unos segundos, habló.

—¿Recuerda lo que pasó en Venlo en 1939?

Wolff miró al suelo y se frotó la barbilla. Recordaba vagamente alguna sandez triunfalista en la prensa controlada por Goebbels sobre cómo la captura de espías británicos en la frontera con Holanda demostraba que los holandeses estaban conspirando con Londres para asesinar a Hitler.

No le había prestado mucha atención, consciente de que la mayor parte de lo que se publicaba en los periódicos alemanes en esos días tenía solo un remoto parecido con la verdad. Pero era crucial en este momento que rescatara todo lo que pudiera de las profundidades de su memoria.

—Arrestaron a dos británicos que le habían suministrado los explosivos a aquel tipo que puso la bomba en la cervecería de Múnich —dijo después de unos segundos.

Voigt resopló. —Sí, esa fue la versión que se difundió. Lo que realmente ocurrió es que se estaban llevando a cabo negociaciones activas con los británicos entre bastidores sobre lo que aceptarían para un acuerdo de paz. Recuerde, esto fue poco después de que se declarara la guerra.

—Habíamos invadido Polonia, pero el resto aún estaba por llegar. Había una posibilidad real de que se hubiera podido alcanzar un acuerdo. —Voigt lo miraba fijamente ahora. El hombre se había arriesgado. Necesitaba que Wolff hiciera lo mismo. Que dijera lo que no se había dicho.

—Y eliminar a Hitler —dijo Wolff. Él mismo le estaba cogiendo el tranquillo a esto de la alta traición. Voigt esbozó una pequeña sonrisa y asintió. Otra prueba superada.

—Por desgracia, el SD se enteró de lo que estaba ocurriendo y envió a sus hombres haciéndose pasar por miembros de la

resistencia para reunirse con los británicos en Holanda —continuó Voigt—. Heydrich utilizó a un comandante llamado Walter Schellenberg, que los atrajo a una reunión y los secuestró al otro lado de la frontera, en Alemania.

—Heydrich le dijo a Hitler que había capturado a los agentes extranjeros que le habían dado la bomba a Elser. Heydrich se llevó la gloria, Schellenberg la Cruz de Hierro y Hitler lo usó como pretexto para invadir Holanda y…

Voigt se interrumpió y abrió los brazos. Wolff recordó entonces haber visto el rostro desafiante y hosco de Georg Elser en las portadas de los periódicos, flanqueado por dos hombres identificados como agentes de la inteligencia británica. Los titulares pregonaban una gloriosa operación encubierta alemana.

—¿Así que los británicos no tuvieron absolutamente nada que ver con la bomba de Múnich?

Voigt negó con la cabeza. —Elser lo hizo todo solo. Un bolchevique, y valiente, por cierto. Pero Heydrich le dijo a Hitler lo que quería oír. Después de eso, cualquier posibilidad de apoyo británico para el movimiento se fue al traste.

«El» movimiento, no «nuestro» movimiento. Aunque ambos habían puesto las cartas sobre la mesa, Voigt aún mantenía ese punto de cautela. Era difícil culparlo.

—En fin —dijo Voigt rápidamente—, sigamos con la tarea que nos ocupa.

A continuación, repasó otros conceptos básicos, como detenerse frente al escaparate de una tienda que hiciera de espejo para intentar discernir si alguien lo observaba desde la distancia, o levantarse bruscamente de la mesa de un café y ponerse el abrigo como si se preparara para marcharse, solo para cambiarse a una mesa cercana.

El truco de desandar el camino podía emplearse de forma natural pasando por delante de un bar y dándose la vuelta para entrar como si de repente decidiera tomar una copa. —Muchos de los que lo seguirán nunca habrán recibido un entrenamiento adecuado, por lo que serán más fáciles de detectar —dijo Voigt.

—Por supuesto, otro problema es qué pasará si los descubre. Porque en ese punto, solo les queda una opción: llevárselo por la fuerza. —Wolff sonrió mientras le aseguraba a Voigt que esa era un área en la que ciertamente no le faltarían recursos.

Los dos días siguientes consistieron en una serie de largos y a menudo tediosos ejercicios de entrenamiento en los que Wolff tenía que moverse por Hamburgo e intentar discernir si lo seguían o no. A veces lo estarían, le dijo Voigt, otras no. En otras ocasiones, era Wolff quien seguía a alguien.

Voigt seleccionó al azar a varias personas para él, desde policías hasta mujeres con la compra, y las siguió con éxito por el centro de la ciudad durante una hora sin ser descubierto. Ninguno de ellos habría tenido motivos reales para sospechar que los estaban siguiendo, pero había pocos sitios donde esconderse en la ciudad desierta, por lo que no había sido un ejercicio exento de complicaciones.

Sin embargo, el entrenamiento también le trajo algunos recuerdos desagradables. La segunda tarde, uno de sus objetivos había girado por Rathausstrasse, y él había seguido al hombre pasando por el lugar del incidente del 38, el que realmente le había hecho comprender cómo sería la vida en su nuevo hogar.

Su intento de defender a un anciano comerciante judío de un grupo de matones de las SA, la paliza que recibió a continuación y su ridículo arresto por agresión. Su humillación por no haber podido defenderse había sido una parte importante de su motivación para unirse a los brandenburgueses una vez que se enteró del énfasis del regimiento en el combate sin armas.

Eso y la reacción incandescente de su padre. Wolff había pensado que el viejo iba a pegarle. Y podría haberlo hecho, de no ser porque para entonces Wolff ya era más grande que él. Se sacudió el profundo ardor del recuerdo y siguió adelante. El ritmo implacable del entrenamiento impuesto por Voigt significaba que tenía poco tiempo para pensar en ello.

Una parte clave de las técnicas del Abwehr consistía en el traspaso de objetos pequeños, como una cajetilla de cigarrillos o un sobre, mediante un pase de refilón. Voigt hizo que Wolff pasara una tarde

entera practicando hasta que estuvo satisfecho de que su nuevo pupilo podía llevarlo a cabo sin problemas.

A continuación, envió a Wolff a buscar buenos lugares para buzones muertos, que debía señalar con su propio y sencillo código de marcas de tiza. También le dieron una cámara en miniatura Minox, un ingenioso dispositivo no más grande que un estuche de gafas, y lo enviaron a un estanco para fotografiar subrepticiamente las portadas de los periódicos.

La Minox había sido desarrollada por un alemán del Báltico de Riga llamado Walter Zapp, que había ido a trabajar para los nazis tras ser reasentado en el Reich junto con cientos de miles de personas más después del malogrado Pacto de no Agresión entre Hitler y Stalin en el 39.

¿Se habría visto Wolff obligado a trabajar para el régimen de forma similar si sus padres nunca se hubieran mudado a Brasil? Era difícil de decir, pero desde luego esperaba que no.

Todos los brandenburgueses recibían formación en radiotelegrafía y código morse, aunque Voigt le había informado a Wolff de que tendría un radiotelegrafista de confianza en la legación alemana en Sofía.

Aun así, Voigt lo puso a prueba con el transmisor para que se tomaran notas de su «puño», el ritmo de cada operador, considerado tan individual como una huella dactilar.

Era política habitual del Abwehr tener una «señal de socorro» —una letra de más, una mayúscula o un error gramatical deliberado— insertada en las transmisiones de todos los agentes. Su ausencia, o la presencia de otra, indicaría que el mensaje se estaba enviando bajo coacción. Le darían esta clave por si acaso.

La mayoría de las noches, estaba tan agotado por el constante subterfugio que simplemente regresaba a la pensión y se acostaba. Aun así, al final del entrenamiento había logrado detectar al seguidor en casi todas las ocasiones y podía realizar un pase de refilón sin alterar el paso.

También sentía un nuevo respeto por el Abwehr, a quienes él y sus camaradas del frente solían despreciar llamándolos

Etappenschweine. Cerdos de la retaguardia, escondidos de la verdadera lucha.

Al final de su último día, Wolff entró en su habitación de la pensión regentada por la pareja de ancianos y se quitó los zapatos para tumbarse en la cama. Le dolían los pies de dar varias vueltas por el centro de Hamburgo, atento a la vez a los hombres de Voigt y a la posibilidad de encontrarse con alguno de sus pocos viejos conocidos.

No quería tener que explicarles a estos últimos qué hacía de vuelta del frente. Lo último que le apetecía ahora era volver a salir, pero era inevitable. Lo había pospuesto todo lo posible, y ahora había llegado el momento.

5

Wolff había reflexionado larga y tendidamente sobre cómo abordar a su padre y al final había decidido que la única opción era exponerle sin rodeos sus planes para llegar a Riga y cumplir la promesa que le hizo a su madre. No esperaba una respuesta positiva, pero tenía que intentarlo. ¿Existía la posibilidad de que Ludwig Wolff fuera capaz de ver más allá de las patrañas de Goebbels y se diera cuenta de lo que se avecinaba?

No muchos de sus conciudadanos eran capaces de hacerlo en aquel momento. Ni tampoco muchos de los que estaban en el frente. A veces sentía lástima por el viejo. La casa que sus padres habían dejado en Riga por insistencia de su padre había sido magnífica. Podía comprobarlo en la foto que *Mammu* le había dado.

Su hogar en Porto Alegre también había sido cómodo, si no lujoso. Su padre había esperado que en Alemania lo recibieran como a un valiente héroe nacionalsocialista que huía de una nueva opresión, pero al comité de vivienda no le interesaron en absoluto sus historias sobre la promulgación del mensaje del partido en Brasil.

En su lugar, lo habían metido en un pisucho en Ottensen, una de las peores zonas de Hamburgo. No era de extrañar que el viejo estuviera tan amargado. Wolff se había vuelto a poner el uniforme,

con la esperanza de que eso ablandase a su padre ante lo que se avecinaba.

Aún se estaba acostumbrando a su graduación de teniente y a los saludos que le dedicaban los soldados rasos con los que se cruzaba por la calle. Ludwig no sería tan deferente, pero le otorgaría más estatus que el de soldado raso que ostentaba la última vez que se vieron. Al llegar al piso, llamó discretamente a la puerta.

Hoy en día, los golpes fuertes solo significaban una cosa. En cualquier caso, no quería alertar a Frau Graf, la vieja arpía cotilla de al lado. A su manera, la apergaminada pensionista había sido la introducción perfecta a la vida en el Reich tres años antes.

Sus intentos de presentarse y sus ofrecimientos de ayuda con la compra se habían topado con la desconfianza y con preguntas sobre sus orígenes y su acento. No tenía ningún deseo de volver a verla.

La reacción inicial de su padre fue casi exactamente como Wolff había previsto, solo que se desarrolló de una manera casi cómica a través de expresiones visuales en cuestión de microsegundos.

Primero, parpadeó sorprendido de que su hijo estuviera allí delante, sin avisar. Aquello dio paso rápidamente a una sonrisa agria, que a su vez fue sustituida por la intriga cuando Ludwig observó la trenza de oficial y las insignias del cuello. Fue este último factor el que resultó claramente decisivo, pues Wolff padre emitió un gruñido de bienvenida y se volvió hacia la cocina, dejando la puerta abierta.

El hombre llevaba meses sin ver a su único hijo, y así era como lo recibía. Pero Wolff no se sintió decepcionado. Así estaban las cosas entre ellos.

—Tiene buen aspecto —dijo Wolff al entrar. Ludwig le devolvió la mirada, buscando cualquier indicio de burla. En los dos años que había estado fuera, su padre no había hecho nada en el piso, probablemente en consonancia con su afirmación de que el alojamiento era «temporal».

El moho seguía a la vista en el techo de la cocina y, debajo, las mismas sillas desvencijadas y la misma mesa coja. En el diminuto salón, pudo ver el certificado enmarcado que declaraba a Ludwig

Wolff miembro fundador de la *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei-Ortsgruppe Porto Alegre*.

Expuesto en un lugar destacado para impresionar a las visitas, aunque por supuesto no había ninguna. Una vez, Wolff había enfurecido al viejo Ludwig al decirle a un fontanero que había ido a arreglar una fuga que, de todos modos, en la sección de Porto Alegre solo había habido quince miembros.

Aquello fue hacia el final, cuando sabía que lo enviaban al frente a alguna parte y ya no le importaba lo que su padre pensara de él. Sin embargo, en esta ocasión se requería un enfoque más conciliador.

—¿No vas a ofrecerme un café? —preguntó con una sonrisa. Quejarse del insípido *Kornkaffee* de sucedáneo que había en la Alemania de la guerra había sido uno de los pocos puntos en los que habían encontrado un terreno común.

Ambos recordaban el intenso aroma de los granos frescos, que había llenado el almacén de Ludwig en Porto Alegre mientras esperaban a ser exportados a Europa. En ocasiones, Wolff había percibido el mismo olor saliendo de las tiendas de los oficiales mientras se desplazaban de una ciudad a otra en Letonia.

Saudade, lo llamaban en Brasil. Melancolía por algo que posiblemente nunca volvería a experimentar.

—No puedo quedarme mucho —interrumpió bruscamente su padre sus cavilaciones—. Tengo que salir a comprobar si hay alguna infracción del apagón. —Wolff lo miró y resopló. La transparencia de la mentira era intencionada; no anochecería hasta dentro de al menos dos horas. En realidad, debería estarle agradecido al viejo por ahorrarle el tiempo.

—No te molestes con el café, padre —dijo enérgicamente—. Esto no llevará mucho. —Aun así, vaciló—. Por cierto, ¿cómo has estado?

Ludwig pareció desconcertado por la pregunta. —¿Pues cómo voy a estar? Estupendamente, claro. El trabajo va bien. La guerra va bien. Tengo mis deberes aquí en la ciudad. Muy pronto todo habrá terminado y las cosas volverán a la normalidad.

—Volveremos a tener nuestro lugar en el mundo, y esta vez nadie nos lo quitará. Ojalá mi padre viviera para verlo.

El arranque de falso entusiasmo se fue apagando y un silencio incómodo descendió una vez más. Su padre miró a Wolff con las cejas arqueadas. No hubo pregunta de vuelta sobre el bienestar de su hijo.

Wolff respiró hondo. Más valía quitárselo de encima. —Me alegro de oírlo, padre. De verdad. —Ludwig frunció los labios. Aquel no era su tipo de conversación habitual.

—Bueno, he venido a decirte que he recibido permiso para viajar a Riga y...

—¿Riga? —Ludwig Wolff lo miró—. ¿Para qué demonios quieres volver allí? El Führer evacuó a los alemanes que quedaban el año pasado, y menos mal que lo hizo. ¿Te imaginas lo que los comunistas les habrían hecho?

Su padre seguía mirándolo con extrañeza. Wolff se lanzó. —Antes de morir, *Mammu* me pidió que...

—Oh, por el amor de Dios —se mofó Ludwig. Sus facciones se habían recompuesto ahora en su familiar expresión de irritante desprecio. Sacudió la cabeza con sorna—. Me imagino de sobra lo que te pidió. A mí me pidió lo mismo, al final. Le dije que era ridículo.

Wolff estaba atónito. No solo porque había pensado que todo era un pacto secreto entre él y *Mammu*, sino también por la crueldad con que su padre se refería a su difunta esposa.

Pero Ludwig ya era imparable, enfrascado en una de sus diatribas cargadas de desdén. El motivo de su visita se estaba desmoronando, a los pocos segundos de empezar.

—¿Cómo podía esperar que fueras un buen alemán si ella te llenaba la cabeza con semejantes tonterías? Vives en el país más poderoso del mundo, muchacho. Deberías estar agradecido por las oportunidades que te ofrece.

Los ojos de Wolff se dirigieron por reflejo al linóleo gastado y al yeso agrietado de las paredes antes de volver a mirar a su padre.

Nada bueno saldría de aquello, lo sabía. Debería poner fin a la conversación y marcharse, dejando las cosas a un nivel razonablemente civilizado. Pero las miradas, y el desafío inherente a ellas, no habían pasado desapercibidas para Ludwig.

—Soy consciente de que esto no es un palacio, pero estamos en guerra. Todos tenemos que sacrificarnos un poco. Cuando acabe, podré conseguir algo mejor. Habrá mucho alojamiento de sobra cuando los colonos empiecen a trasladarse al este.

Su padre lo miraba fijamente, retándolo a seguir. Todas las conversaciones que mantenían acababan así. Ludwig nunca se cansaba de decir a la gente lo mucho mejor que estaban en Hamburgo que en Brasil, aunque en realidad fuera todo lo contrario. Solía sacar el tema con Wolff, buscando su aprobación.

—Sí, padre. Seguro que te meten en un apartamento en la Altstadt en un abrir y cerrar de ojos. El conserje podrá plancharte el uniforme cada noche antes de que salgas a intentar curiosear por las ventanas de la gente. —Las palabras salieron de su boca antes de que Wolff pudiera detenerlas.

El rostro de su padre se crispó. Aquel era un terreno dolorosamente familiar para ambos. —¿Ah, sí? ¿Tú lo sabes mejor que yo? —espetó con desdén.

—Bueno, uno de nosotros está en el frente y el otro obtiene su información del *Völkischer Beobachter*. Así que sí. Lo sé.

Incapaz de rebatir ese argumento, Ludwig cambió de táctica. —¿Cómo demonios te ascendieron con esa actitud de mierda y derrotista? Sabes, estuve preguntando por ese regimiento al que te uniste, y los informes no eran muy halagadores.

—Me dijeron que era una panda de rateros que andaban por ahí haciéndose pasar por bolcheviques en lugar de plantarse y luchar como soldados de verdad. ¿Por qué no te uniste a una unidad de verdad? El hijo de Streithorst está en las SS y ya le han concedido la Cruz de Caballero.

—Claro que probablemente tú no sirvas para ese tipo de milicia. Siempre preferiste andar a hurtadillas con negros. En parte, es una de las razones por las que decidí mudarme aquí. Para ayudarte a ver la luz, a darte cuenta de tu potencial como alemán. En lugar de eso, tenías que decepcionarme otra vez. La verdad, no sé qué más debería haber esperado.

Fue la comparación negativa con las SS lo que inclinó la balanza. Wolff sabía que estaba siendo provocado por un viejo ignorante que

no sabía de lo que hablaba. Tampoco era la primera vez que su padre lo acusaba de cobardía, pero la provocación añadida de alabar a una panda de asesinos de niños fue demasiado.

—¿Milicia? ¿Qué coño sabrás tú de eso, viejo estúpido? Lo único que has sabido hacer es huir. Cuando las cosas se pusieron demasiado difíciles para ti en Riga, huiste a Brasil. Luego, cuando Vargas vio que tus queridos nazis eran los matones detestables que realmente son y los prohibió allí, te escabulliste a Alemania y me arrastraste contigo.

—Supongo que era una excusa conveniente, dado que habías llevado el negocio a la ruina y te habías convencido a ti mismo de que aquí te esperaba una especie de paraíso comercial que explotar.

—En cambio, te tratan como a un lacayo y tú lo aceptas con gusto, porque temes que te consideren un fracasado si vuelves a Brasil. Y en cuanto a tus héroes de las SS, déjame que te cuente un par de cosas sobre ellos. La mayor parte de lo que hacen en el frente no tiene nada que ver con enfrentarse a los Ivanes.

—Llegan cuando los combates han terminado, reúnen a todos los judíos y se los llevan al bosque para fusilarlos a sangre fría. Vi cómo uno de ellos le metía una bala en la cabeza a una niña delante de mí.

—¿Quizás fue por eso por lo que el niño de Streithorst consiguió su medalla, por enfrentarse valientemente a unas mujeres y niños desarmados? Y déjame decirte algo más. Los que de verdad entienden de estrategia militar saben el error colosal que ha cometido ese imbécil del *Gröfaz*.

Ya sorprendido por la ferocidad de la respuesta de Wolff, los ojos de su padre se abrieron de par en par, alarmados por el apodo despectivo para Hitler. *Gröfaz* era un acrónimo sarcástico que se usaba con sumo cuidado en el frente entre colegas de ideas afines. Significaba *Grösster Feldherr aller Zeiten*: el general más grande de todos los tiempos.

La furia de Wolff había sido tal que lo había soltado sin saber si Ludwig lo entendería, pero por su reacción quedó claro que el término ya había llegado a Hamburgo.

Su padre se acercó rápidamente a la ventana trasera abierta y la cerró de un portazo, como si pudiera evitar que el insulto saliera al exterior y fuera captado por oídos indiscretos. Wolff había ido demasiado lejos. Aquello era el tipo de cosa que podía acarrear una visita de la Gestapo si lo oía la persona equivocada.

Como Frau Graf.

—¡Fuera! —siseó su padre, furioso—. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí, cobarde de mierda, y no vuelvas o, por Cristo, te denunciaré yo mismo! Eres una deshonra para tu gente. No quiero volver a verte en mi vida.

Wolff no vio sentido a continuar la discusión, aunque tenía muchas ganas. Había venido para intentar salvar al viejo de sí mismo, pero en lugar de eso había perdido los estribos y, potencialmente, los había puesto a ambos en un riesgo mayor.

Echando pestes por su propia estupidez, se dio la vuelta y salió a grandes zancadas.

6

Wolff salía del edificio y se dirigía a coger el tranvía de vuelta al centro de la ciudad cuando vio a Lothar cojeando hacia él. Se obligó a tragarse la rabia.

El chaval del piso de abajo era probablemente una de las pocas cosas positivas de su estancia en Hamburgo y alguien con quien había congeniado bien. Ambos eran unos marginados a su manera: Wolff, como «alemán de botín», y Lothar, que tenía diecinueve años, de una forma aún menos afortunada.

Un ataque de polio en la infancia le había dejado al vecino una pierna atrofiada que arrastraba al caminar. Un impedimento considerable en la vida, pero mucho más en una sociedad que hablaba abiertamente de la eutanasia para los «no aptos». Ambos sabían lo que era luchar por ser aceptados en el Reich.

Wolff le había pedido en broma a Lothar que le enseñara a hablar con el acento bajo alemán de Hamburgo en lugar del dialecto *baltendeutsch* que había aprendido de sus padres. Lothar le había respondido que lo haría encantado, en cuanto Wolff le enseñara a marchar como un auténtico *Landser*.

Ambos habían acogido también la guerra como una oportunidad para demostrar su valía a sus compatriotas. Tras ser reclutado, Wolff

se había ofrecido voluntario para los Brandeburgueses, para poder servir en un regimiento donde sus orígenes serían una ventaja en lugar de un obstáculo.

En el caso de Lothar, la escasez de mano de obra le había permitido conseguir un empleo en una fábrica de piezas de tanques, un trabajo que nunca habría obtenido de otro modo. Fue la guerra la que hizo que a Lothar lo designaran *k.v.H. - kriegsverwendungsfähig Heimat*, o apto para el servicio en la patria, una designación que solía darse a los que tenían heridas de guerra graves.

Aunque el propio Lothar se refería con frecuencia a la sarcástica versión en argot del acrónimo. *Kann vorzüglich humpeln.* «Sabe cojear de maravilla».

El adolescente lo saludó con genuino afecto, y Wolff recordó la admiración que sentía por alguien a quien nunca veía sin una sonrisa en la cara, a pesar de tener más motivos para quejarse que la mayoría.

Así, cuando Lothar le propuso con esperanza que se reunieran para tomar una copa una vez se hubiera cambiado de la ropa de trabajo, Wolff aceptó de buen grado. La otra opción —yacer en una cama llena de bultos en un piso franco de la Abwehr, rememorando otra desastrosa interacción con su padre— no era una alternativa muy tentadora.

Acordaron encontrarse en una taberna de la Groninger Strasse que Wolff no conocía, pero cuyo dueño, según Lothar, era amigo suyo. Wolff supuso que se refería a un lugar donde Lothar no sería importunado por borrachos nazis maleducados, algo que no se podía dar por sentado.

Wolff llegó primero a la taberna y pidió una jarra de cerveza y un chupito de schnapps, para empezar como pensaba seguir. Había cogido un tranvía de vuelta a la pensión para quitarse el uniforme. Tenía la intención de emborracharse como una cuba esa noche y quería hacerlo de forma anónima.

Todavía echaba chispas por el encontronazo con su padre, pero la mayor parte de su ira iba dirigida contra sí mismo. La conversación había degenerado tan rápido que Wolff ni siquiera había sacado a relucir el verdadero motivo de su visita.

En realidad, el viejo fanático probablemente habría rechazado la oferta de plano de todos modos, aunque, al dejarse arrastrar a una pelea a gritos, Wolff se había asegurado de que así fuera. El cruce de insultos había seguido un guion de sobra conocido, pero, como siempre, las pullas tachándolo de cobarde eran las que más escocían.

Antes de mudarse a Alemania, ni siquiera se había visto envuelto en una pelea, a pesar de las frecuentes advertencias de Ludwig sobre los peligros de asistir a fiestas en las *favelas* de Porto Alegre. Allí, todo el mundo conocía al *alemão* de piel pálida, el único de su comunidad que se dignaba a mezclarse con ellos.

Eso no había pasado desapercibido en la comunidad de expatriados alemanes. Cuando Wolff se negó a participar en un grupo de linchamiento que se adentraba en el barrio de chabolas de Bom Jesus tras la supuesta violación de una chica blanca, se distanció aún más de lo que su padre denominaba sus «iguales étnicos».

Acompañar a regañadientes a Ludwig a Alemania después de que el dictador brasileño Vargas ilegalizara el nazismo había sido un vano intento de recuperar el respeto de su padre. En cambio, la aversión palpable de Wolff hacia las crueldades de la sociedad del Reich y luego el incidente con las SA lo habían convertido en una decepción aún mayor si cabe.

Se terminó la cerveza y pidió otra ronda. La taberna era bastante sencilla, aunque tenía algunos detalles que indicaban que el dueño no estaba del todo encandilado con los nazis. Si bien detrás de la barra había, como era preceptivo, un cuadro de Hitler con el ceño fruncido, este se veía contrarrestado por un retrato del general Hindenburg, el último presidente de la República de Weimar, que colgaba en una pared a un lado.

Era perfectamente legítimo llorar la muerte del héroe que había asegurado la derrota de Rusia en la primera guerra, pero quienes conocían la caída de la República de Weimar también sabían que Hindenburg había sido el último freno a la avariciosa ambición de Hitler. No fue hasta después de su muerte, en 1934, que los nazis pudieron hacerse con el poder por completo.

El borde negro que rodeaba el retrato de Hindenburg arrastró sus pensamientos de vuelta a su padre. Durante las interminables marchas de avance en el este, Wolff a menudo había reflexionado sobre cómo reaccionaría su padre a la llegada de los «pájaros de la muerte», como se conocía a los funcionarios subalternos del partido encargados de entregar las cartas oficiales.

Para la mayoría de las familias eran las peores noticias posibles, pero Wolff podía imaginar a su padre recibiéndolas con agrado. Había visualizado a Ludwig invitando solemnemente al visitante a entrar y recabando todos los detalles que el ejército solía difundir en tales ocasiones.

Más tarde, mencionaría el asunto como si tal cosa mientras paseaba con sus colegas de las SA y luego aceptaría estoicamente sus condolencias mientras los animaba tácitamente a hacer tantas preguntas como fuera posible sobre lo sucedido. Quizá incluso llenando los vacíos de su conocimiento con alguna especulación propia disfrazada de hecho.

Esbozó una sonrisa amarga al pensar en Ludwig tratando desesperadamente de encontrar una foto apropiada de uniforme del héroe que murió por la Patria para colocarla junto a su certificado del partido. Apenas se habían hablado desde que lo llamaron a filas, y mucho menos se habían intercambiado fotografías.

Lothar llegó en ese momento y recibió un gesto de asentimiento del camarero. Wolff había tenido la intención de coger una mesa para que pudieran sentarse, pero el chaval insistió en que se quedaran en la barra a pesar de la incomodidad que le supondría.

Wolff no puso objeciones. La política oficial del Estado ya hacía que Lothar se sintiera como un hombre inferior, y no quería contribuir a ello. Además, quedarse donde estaban garantizaba que no hubiera ningún impedimento entre Wolff y el flujo constante de alcohol.

Lothar no tardó en desviar la conversación hacia la vida en el este. Parecía fascinado hasta el infinito por los lugares en los que Wolff había estado, los combates que había presenciado, y le preguntó a cuántos hombres había matado.

Wolff se encogió de hombros, incómodo. No lo sabía, dijo. Nunca te parabas a contar esas cosas. Lothar siguió haciendo todo tipo de preguntas.

—Tienes suerte, ¿sabes? —le dijo a Wolff al cabo de un rato—. Ahí fuera tienes la oportunidad de demostrar que eres un hombre. Lo mejor que puedo hacer yo es decir que fabrico piezas de tanques.

Wolff hizo una mueca. Era demasiado temprano para que un aire tan sensiblero se apoderara de la conversación.

—¡Oh, vamos, Lothar! —respondió, intentando aligerar el tono—. Trabajas en una fábrica rodeado de mujeres. La mayoría de los tipos con los que sirvo se cambiarían por ti sin pensárselo dos veces.

Pero, por una vez, Lothar no hizo gala de su ingenio habitual.

—No si supieran la verdad —contestó con amargura—. La mayoría de las chicas de la cadena de montaje están esperando a que sus novios vuelvan para casarse con ellas.

»Cotillean entre ellas sobre dónde están sus novios, en qué unidad. Dónde piensan vivir, cuántos bebés quieren tener. Cosas de las que las mujeres normalmente solo hablan entre ellas. Pero lo discuten delante de mí.

Wolff desvió la mirada, sin saber qué responder. Había esperado una noche de intercambiar observaciones mordaces *sotto voce* sobre el Reich, la forma conspirativa que solía adoptar su conversación. No había previsto esto. Mientras pensaba en la mejor manera de responder, su mirada se desvió hacia la esquina donde dos soldados de uniforme habían entrado y se habían sentado.

Uno de los hombres le resultaba vagamente familiar, y Wolff se le quedó mirando, tratando de recordar si había servido a su lado. Los Brandeburgueses no solían mezclarse con soldados de infantería rasos para evitar que las tensiones desembocaran en una confrontación física.

Como resultado, su único contacto directo con el ejército era en las reuniones informativas de planificación de oficiales, donde se exponían el calendario y los términos de las ofensivas, junto con la prioridad de cualquier punto de referencia enemigo que hubieran tomado. Sin embargo, este hombre no era un oficial, desde luego.

Al cabo de unos instantes, el soldado levantó la vista, como si sintiera los ojos de Wolff sobre él. Wolff se apartó y dio otro gran sorbo a su cerveza. Hubo un movimiento a su derecha, y levantó la vista una vez más para ver que el soldado se había acercado a la barra.

El hombre era unos diez años mayor que él, pero más bajo y con un cuerpo como un barril. Ahora que estaban más cerca, Wolff pudo ver en su uniforme el galón y las estrellas de un cabo, pero no había ninguna insignia que indicara su unidad.

No obstante, estaba claro que el hombre también lo reconocía. Sus ojos recorrieron con desdén la chaqueta del mejor traje de Wolff, ya muy gastado. Antes de la guerra, Wolff habría apartado la mirada, evitando un posible problema. Pero esos días habían quedado muy atrás.

Así que Wolff le devolvió la mirada descaradamente, y el hombre le hizo un saludo insolente con la cabeza antes de volverse hacia el camarero, con una leve sonrisa de suficiencia en el rostro mientras pagaba su bebida. Volvió a saludar a Wolff con la cabeza y se dirigió hacia su compañero en la esquina.

Wolff observó cómo se sentaba y, tras unos segundos de conversación en susurros, los ojos del segundo soldado se desviaron hacia él un instante. Era evidente que, fuera cual fuera la historia que había entre él y el cabo, el hombre se la estaba contando a su amigo.

—¿Quién es ese? —preguntó Lothar. Wolff negó con la cabeza—. No sé. No lo ubico. Quizá alguien con quien me crucé en el frente.

Pero Lothar había perdido el interés en el soldado.

—De todos modos, ¿cómo es aquello, una vez que los combates han pasado de largo?

Wolff lo miró.

—¿Por qué preguntas todo esto, Lothar?

El chico respiró hondo.

—Bueno, necesitarán gente, ¿no? Para dirigir el lugar después de que el ejército se haya ido. Personal administrativo y gente para administrar el nuevo territorio.

Wolff negó con la cabeza.

—Lothar…

—No. Escúchame. —Había en la voz de Lothar un tono decidido que reconoció—. Necesitarán gente para llevar las cosas, ¿no? Sobre todo cuando empiecen a trasladar allí a los colonos, a asignar las tierras. Quiero decir, aquí cumplo una función, pero allí podría hacer más, ¿no? Labrarme una carrera.

Wolff pensó en lo que había oído sobre los *Einsatzgruppen*, las fuerzas especiales organizadas por las SS, que se desplegaban después de que el frente se adentrara más en el este para librar la zona de «indeseables».

—No estoy seguro de que sea un lugar al que quieras ir, Lothar.

Pero su vecino no estaba dispuesto a ver cómo su idea, a todas luces largamente acariciada, era descartada tan fácilmente. Estaba claro que Lothar tenía segundas intenciones para la reunión, más allá de tomarse unas copas él mismo.

—¿Por qué no? —insistió—. Aquí estoy desaprovechado fabricando piezas de tanques. Y las chicas de la cadena de montaje ni me ven. Allí fuera podría ser alguien. Quizá incluso conseguirme una novia.

Wolff lo miró. ¿Sería tan malo, en realidad? En el este, incluso con su discapacidad, Lothar seguiría formando parte de la *Herrenrasse*, la raza superior. Digno de algún tipo de respeto, por disminuido que fuera. ¿Quién era él para cargarse los sueños del chaval?

La conversación se vio interrumpida por el portazo de la puerta principal a sus espaldas, y Wolff vio cómo el camarero se ponía rígido. Giró la cabeza y vio la espalda de un hombre corpulento con uniforme de las SA que se dirigía hacia donde estaban sentados los dos soldados.

A juzgar por la forma en que ambos se pusieron en pie de un salto, estaba claro que mostraban respeto al recién llegado. Todavía de espaldas a Wolff, el hombre se sentó a la mesa, y Wolff observó con ociosa curiosidad cómo el cabo hacía un gesto hacia la barra.

El hombre mayor asintió con autoridad, lo que provocó que el cabo se inclinara y bajara la voz antes de murmurar algo con malicia al otro lado de la mesa. Aunque sus ojos no se hubieran desviado momentáneamente hacia él, Wolff habría sabido de quién estaban

hablando. Cuando el corpulento recién llegado se giró para mirarlo, comprendió por qué.

La última vez que se había quedado mirando esa cara había sido tres años antes.

7

El miembro de las SA formaba parte de un grupo con el que Wolff se había topado una gélida tarde de noviembre de 1938 mientras volvía a casa de su trabajo de estibador.

La *Kristallnacht*, la noche nacional de terror inspirada por Goebbels que había dejado cristales rotos y sangre judía esparcidos por las calles de Alemania, había tenido lugar la semana anterior, pero algunas de sus víctimas todavía intentaban seguir con su vida con normalidad.

Quizá para pagar el *Judenvermögensabgabe*, el absurdo impuesto colectivo sobre el capital judío que los nazis les habían impuesto por el privilegio de ser apaleados y asesinados en sus propias ciudades.

Quizá porque intentaban reunir el dinero para huir al extranjero. O quizá porque sencillamente no sabían qué más hacer ni adónde más ir. Conmocionados por el coste económico de lo que habían instigado, los líderes nazis habían prohibido cualquier otro pogromo.

No deseaban que las propiedades judías que planeaban expropiar sufrieran más daños. Pero eso no significaba que sus dueños fueran intocables. Uno de esos individuos intentaba cerrar su pañería —o lo que quedaba de ella— en la Rathausstrasse aquella tarde mientras

tres jóvenes rufianes, de no más de dieciocho años, lo esperaban en la calle como hienas.

Más tarde, Wolff había intentado racionalizar por qué se había detenido a observar lo que sucedía en lugar de seguir su camino. Había pasado el día trabajando junto al padre de Lothar, un ex sindicalista de izquierdas que de algún modo se las había apañado para conservar su puesto en el puerto.

Durante la pausa para comer, habían comentado en voz baja los sucesos de la semana anterior. Como la mayoría de la gente, Wolff se había quedado atónito ante la orgía de violencia contra gente indefensa que pocos años antes habían sido conciudadanos respetados, pero su indignación no era nada comparada con la que manifestaba el padre de Lothar.

Nativo de Hamburgo, el hombre había insistido con rabia en que el antisemitismo de los nazis nunca había echado raíces del todo en su ciudad natal, tradicionalmente de izquierdas, y que la violencia había sido llevada a cabo por matones traídos de otras partes de Alemania.

Wolff no estaba seguro de creerlo, pero al principio se preguntó si parte de la indignación de aquel hombre se le habría contagiado esa tarde.

Aunque, cuando lo consideró detenidamente, se dio cuenta de que lo que lo había hecho detenerse fue la tranquila e inflexible dignidad del dueño de la tienda, un hombre de unos sesenta años, mientras el trío se turnaba para zarandearlo e intentaba provocarlo para que se defendiera físicamente.

Antes de que Wolff se diera cuenta de lo que hacía, les había gritado a los tres matones adolescentes que dejaran en paz al hombre. Poco acostumbrados a que los desafiaran e inseguros de qué hacer al respecto, lo hicieron. Se acercó un poco más al grupo, con la esperanza de que la distracción permitiera al anciano escabullirse ileso.

Y fue entonces cuando el hombretón había salido del callejón de enfrente, desde donde lo había estado observando todo. Llevaba una porra en la mano, a un lado, y una sonrisa profundamente desagradable en la cara.

El anciano había huido y las hienas lo habían dejado marchar. Wolff no podía culparlo. Sabía lo que se avecinaba, aunque este desconocido que intervenía en su favor no lo supiera. Cuando terminaron con él, llamaron a la *Ordnungspolizei* y Wolff fue arrestado por agresión. Ahora recordaba de qué le sonaba el cabo.

El hombrecillo regordete había llegado al lugar mientras esperaban a la policía y se había reído servilmente mientras el individuo mayor se jactaba de cómo le habían hecho un favor al maltrecho Wolff al enseñarle sobre «el nuevo orden del Reich».

El viejo policía que se lo había llevado fue bastante comprensivo e informó a Wolff de que haría todo lo posible para que el asunto desapareciera discretamente, pero que no podía hacer mucho. La *Orpo*, como todo lo demás en la Alemania de Hitler, estaba bajo el control del Partido y haría lo que se le ordenara.

Al final, los papeles de reclutamiento de Wolff llegaron unas semanas después y nunca más volvió a saber del asunto, aunque imaginó que seguía archivado. Latente, pero listo para ser resucitado cuando fuera necesario. Como Hans Oster, si Canaris se viera obligado a negar cualquier conocimiento de las actividades de Wolff en Sofía.

Mientras tanto, a Wolff le habían quedado la cara y el cuerpo llenos de moratones y el duradero desprecio y vergüenza de su padre, que se negó a escuchar sus explicaciones de lo que había sucedido.

Los tres pares de ojos del rincón estaban ahora fijos en Wolff, y el hombretón le puso la mano en el brazo al cabo como si lo estuviera refrenando. Se levantó lentamente de su propio asiento y se enderezó la guerrera sobre su corpulenta figura.

Junto a Wolff, Lothar había enmudecido, acallada toda su cháchara sobre el frente. Su amigo tenía suficiente experiencia con hombres como este como para no llamar la atención.

El hombre se acercó a la barra, donde el camarero ya estaba cogiendo y llenando una jarra del grifo. —Hauptsturmführer Fuchs —murmuró con deferencia. El oficial de las SA lo ignoró y le dedicó una sonrisa desagradable a Wolff.

—¿Disfrutando de un permiso? —preguntó Fuchs, aceptando la jarra que le ofrecía el camarero sin apartar la vista de Wolff. Wolff se limitó a asentir como respuesta. Por el tono del otro hombre, era evidente que no consideraba a Wolff un oficial.

Quizá fuera su relativa juventud o la tela desvaída de su traje. Hasta hacía unos días, habría estado en lo cierto. Aún con la mirada fija en Wolff, Fuchs le ofreció unas monedas al camarero, que, nervioso, protestó diciendo que no hacía falta.

Fuchs volvió a sonreír, como si lo hubiera esperado, y se guardó el dinero en el bolsillo. Agarró la jarra con su otra mano gigantesca y se la llevó a la boca para dar un largo trago, con una exagerada actuación de saborearla después.

—Bien, bien —dijo Fuchs—. Nuestros combatientes deben aprovechar al máximo su tiempo en casa visitando a amigos y familiares. ¿No es así, Ziegler? —El camarero sonrió y asintió obsequiosamente, pero rápidamente volvió a centrar su atención en Wolff. En su mirada había ahora una advertencia.

Los ojos de Fuchs se deslizaron hacia Lothar, cuya propia mirada estaba ahora clavada en la barra que tenía delante. —¿Y tú, muchacho? —Lothar levantó la vista y retrocedió un paso involuntariamente, un movimiento que delató su discapacidad.

—Yo… yo trabajo en la fábrica de armamento de Altona-Nord —masculló en voz baja. Fuchs sonrió con suficiencia. Solo había una razón para que un hombre de la edad de Lothar tuviera ese trabajo, incluso si el chico no lo hubiera dejado claro sin querer.

—Bien, bien —repitió Fuchs—. Todos debemos hacer lo que podamos para contribuir al esfuerzo de guerra. Incluso los que podrían ser considerados… lastre humano.

Lothar se estremeció ante el término utilizado para justificar la campaña de eutanasia del Partido contra la «vida indigna de ser vivida». La Iglesia católica, junto con el resto de la sociedad alemana, había hecho la vista gorda ante la mayoría de las atrocidades de Hitler.

Pero gasear y aplicar inyecciones letales a adultos y niños con discapacidades físicas y mentales había sido demasiado incluso para ellos. La Aktion T4, como se la conocía oficialmente, había sido

detenida por Hitler pocas semanas antes tras las protestas a nivel nacional encabezadas por el obispo de Münster.

—Sin embargo —añadió Fuchs, haciendo una exhibición aún más ostentosa de mirar su reloj—, hay toque de queda a las diez de la noche, así que me temo que ambos tendréis que terminaros las bebidas y marcharos. —Wolff miró el reloj que había detrás de la barra, que marcaba las nueve y diez.

Su mirada se cruzó con la del camarero, que asintió de forma casi imperceptible. Era evidente que no era la primera vez que veía a Fuchs representar esa escena en particular. —Sí, vámonos, Ako —dijo Lothar a su lado en voz baja, bebiendo rápidamente el resto de su cerveza y empujando el vaso vacío sobre la barra.

Wolff miró a su amigo y le dio una palmada en el brazo, igual que Fuchs le había hecho al cabo momentos antes. Luego levantó su propia bebida y dio un largo y pausado trago antes de dejarla. Los ojos de Fuchs se entrecerraron antes de que una lenta sonrisa se extendiera por su rostro, el desafío reconocido.

—Soy teniente de la Wehrmacht —dijo Wolff, todavía con la mirada fija en Fuchs—. Como tal, estoy exento de dichas regulaciones. Mi colega y yo estamos disfrutando de una copa, como es nuestro derecho. —En el rincón, los dos soldados se pusieron de pie.

Fuchs echó la cabeza hacia atrás sobre su grueso cuello en un gesto de falso reconocimiento. —¡Un teniente! —Dirigió su mirada a los otros dos, que le devolvieron la sonrisa, disfrutando claramente de la teatralidad. Las únicas otras personas en el bar, una pareja de mediana edad, miraban fijamente sus bebidas.

Fuchs cogió su cerveza y avanzó por la barra hacia donde estaba Wolff. Bajó un poco la voz, pero siguió siendo lo suficientemente alta como para que todo el mundo en la ahora silenciosa sala pudiera oírlo.

—Puede que seas teniente —dijo—. Pero incluso si lo eres, yo tengo más rango que tú. Así que si te digo que te vayas a casa, te vas. Coge a tu amiguito lisiado y lárgate. Si no, quizá tengamos que darte una lección. Otra vez.

Wolff cogió su cerveza e hizo ademán de terminarla. En verdad, no estaba seguro de si lo que Fuchs decía sobre el rango era cierto. Las

SA habían perdido gran parte de su poder desde sus días de gloria.

Aun así, estaba claro que Fuchs sentía que los sucesos de tres años antes le daban un poder sobre Wolff que podía explotar. Ningún oficial del ejército querría verse envuelto en una defensa contra una embarazosa acusación de traición a la raza.

De ahí la arrogante seguridad en sí mismos de Fuchs y sus dos compañeros. Esto nunca se convertiría en un asunto oficial. Sin importar cómo acabara, terminaría aquí mismo. Ese conocimiento, combinado con un día terrible y la constatación de que su noche de copas había llegado a su fin de todos modos, hizo que Wolff tomara su decisión.

Mientras bajaba el vaso tras apurar la última gota de líquido, giró la jarra en horizontal, pivotó y la estrelló con toda su fuerza en el puente de la nariz de Fuchs.

Aturdido, su oponente retrocedió un par de pasos y se llevó la mano a la nariz, de donde manaba sangre a borbotones. Luego, con un rugido de furia, se abalanzó de nuevo sobre Wolff, con sus carnosas manos extendidas hacia el cuello.

Sorprendiéndose a sí mismo por su destreza a pesar de lo que había bebido, Wolff se agachó y se hizo a un lado, permitiendo que el peso y el impulso de Fuchs lo llevaran hacia delante, antes de clavar su puño derecho en el riñón expuesto del hombretón.

Fuchs gritó de dolor, pero aun así hizo un valiente esfuerzo por volverse de nuevo hacia Wolff, que lo detuvo en seco clavándole la rodilla en la entrepierna. No tuvo tiempo de apreciar su obra, ya que el cabo se abalanzó sobre él con la jarra de cerveza en alto, con la clara intención de hacerle a Wolff lo mismo que Wolff le había hecho a su amigo.

Wolff agarró el brazo con el vaso y la otra extremidad que el hombre agitaba, pero fue empujado contra la barra, cayendo hacia atrás sobre el cuerpo tendido de Fuchs y perdiendo el equilibrio mientras forcejeaba con su segundo oponente.

El cabo era fuerte como un toro, y Wolff se dio cuenta de que estaba en serios problemas si caía al suelo. Esta vez no llamarían a la policía. Podría haber sobrevivido a lo peor que le deparaba el combate solo para morir a golpes en un bar lúgubre de Hamburgo.

El tercer hombre también estaba ya de pie, listo para ayudar en cuanto el cabo le diera una oportunidad. Wolff seguía siendo empujado hacia atrás contra la barra, pero su oponente se había excedido en su alcance, y eso le dio a Wolff una oportunidad.

Girando su cuerpo en ángulo recto, acortó su agarre hasta el codo del brazo extendido del cabo que sostenía la jarra. Movió su otra mano hasta la axila opuesta del hombre y enganchó su pierna izquierda detrás de la rodilla de su oponente.

Usando el peso del hombre en su contra, completó una clásica proyección de judo al suelo, golpeando la cabeza del cabo contra el borde de la barra al hacerlo. El cabo cayó como un saco de patatas.

El tercer soldado se quedó allí, paralizado por el pánico por un momento, sin saber muy bien cómo sus dos compañeros habían acabado en el suelo en un abrir y cerrar de ojos. Finalmente, cargó torpemente y con miedo contra Wolff, que lo esquivó con facilidad y lo golpeó en la garganta con los dedos y el pulgar formando una uve rígida, dejando al hombre asfixiándose y arañándose el cuello en el suelo.

Hubo silencio en el bar durante unos segundos, la pareja horrorizada miraba a Wolff desde su mesa, donde estaban encorvados de terror. Lothar lo miraba con una mezcla de alarma y asombro por igual. Volvió a mirar al camarero, que instintivamente levantó las manos en señal de defensa como si Wolff fuera a atacarlo.

Oyó a la pareja levantarse y salir a toda prisa por la puerta principal. Era hora de irse, antes de que encontraran una patrulla de la *Orpo* que pasara por allí y les contara lo que había sucedido. O peor aún, a algunos de los colegas de las SA de Fuchs.

Pero en su estado de embriaguez, parte de la imprudencia de Canaris y Oster pareció contagiársele. Estaba harto de huir de esta gente. El camarero tenía las manos en alto a la defensiva mientras Wolff se acercaba a la barra. —Mire, no quiero más problemas. Coja lo que quiera y váyase. Por favor.

Wolff vio el auténtico pavor en los ojos del otro hombre. Podría enfrentarse a una visita de la Gestapo por esto en un intento de establecer la identidad de Wolff, a pesar de que era la primera vez

que entraba en este bar. También, se dio cuenta, había arruinado posiblemente el único lugar en Hamburgo donde a Lothar se le permitía beber en paz.

—Oh, no habrá problemas, Herr Ziegler —balbuceó Wolff. Se sintió tambalearse ligeramente.

Lárgate de aquí.

No, al diablo con eso.

—Sin embargo, ¿debe de tener algún aguardiente mejor aquí que el que he estado bebiendo toda la tarde? —El camarero asintió frenéticamente, dispuesto a ofrecerle cualquier cosa con tal de que Wolff se fuera.

—Bueno, entonces, nos tomaremos dos copas de ese para el camino. —Mientras Ziegler buscaba bajo la barra donde se guardaba lo bueno para los clientes favoritos, Wolff miró a su derecha, donde el cabo seguía inconsciente en el suelo.

El tercer hombre con el que había lidiado seguía hecho un ovillo, jadeando contra su laringe malherida. Mientras tanto, Fuchs se había incorporado sobre un codo, los ojos por encima de su rostro ensangrentado llenos de odio, pero sin mostrar ningún deseo de levantarse.

Ziegler dejó dos vasos llenos hasta el borde en la barra e inmediatamente retrocedió, como si no confiara en que Wolff cumpliera su palabra después de semejante despliegue de ferocidad. —Invita la casa, pero después, por favor, márchese.

—No, no. No podría aceptarlo de ninguna manera —sonrió Wolff, levantando las palmas de las manos como si la sugerencia lo ofendiera. Se inclinó hacia Fuchs, que se encogió contra la barra mientras Wolff se inclinaba sobre él, palpándole los bolsillos hasta que encontró la cartera del hombre de las SA.

—Tome —dijo, apoyando un pie en el pecho de Fuchs para estabilizarse mientras se levantaba y le entregaba a Ziegler el billete más grande que pudo encontrar dentro.

—Paga el *Hauptsturmführer*. Quédese con el cambio.

8

Wolff y Lothar salieron del bar después de zamparse los chupitos de aguardiente, aunque Ziegler, el camarero, le había aguado un poco la fiesta a Wolff al negarse a coger el dinero de Fuchs. Después, Lothar prácticamente salió disparado por la puerta a pesar de su discapacidad.

Wolff no había querido irse. Quería quedarse, beber un poco más y, con suerte, enfrentarse al trío que había tumbado si volvían a levantarse. Solo la insistencia de Lothar lo había convencido para marcharse.

Aun así, Wolff insistió en acompañar a Lothar a su parada del tranvía, casi con la esperanza de que algún ciudadano impertinente hiciera más comentarios sobre el chico. Pero no ocurrió nada por el estilo y, mientras Wolff estaba con el subidón de adrenalina de la venganza consumada, Lothar permaneció en completo silencio.

No se habló más del este y la despedida fue apresurada y superficial. Era como si su viejo amigo ahora le tuviera miedo.

A la mañana siguiente, Wolff se maldijo por su estupidez y salió de la ciudad lo más rápido que pudo en tren. Esperó en el andén de la estación, medio esperando el sonido delator de unos pasos a su espalda mientras aguardaba la llegada de su vagón.

Sabía cuáles serían las consecuencias de una segunda detención por agredir a miembros de las SA. Canaris, como era de esperar, lo consideraría un bruto poco fiable y Oster se haría cargo de su futuro.

Y si te devuelven al frente oriental, las probabilidades de que sobrevivas a múltiples misiones en un batallón de castigo no son muy altas.

Eso era lo que ocupaba su mente cuando se presentó en el Bendlerblock para otra breve sesión informativa con Canaris y Oster. Wolff estaba tan nervioso que casi no se atrevió a solicitar lo que necesitaba para el viaje a Riga.

Para su alivio, el almirante accedió de buen grado y ordenó que se preparara la documentación y se le entregara a Wolff antes de que se fuera. También le proporcionó una carta firmada que ordenaba a todos los miembros de las fuerzas armadas alemanas que cooperaran con las instrucciones de su portador, ya que él —Wolff— estaba «en una misión especial en interés del Reich».

El documento añadía ominosamente que «cualquier interferencia o retraso será considerado un obstáculo para operaciones de importancia nacional». Wolff estaba impresionado, pero se preguntó cuán efectivo sería en la práctica.

Ahora estaba sentado en el avión, leyendo el material comercial que tenía en el regazo, intentando memorizar los detalles. Su tedioso contenido, la resaca aún considerable que arrastraba y el rugido de los motores del avión lo hacían difícil.

Necesitaría al menos algunos conocimientos básicos de su mercancía por si lo ponían a prueba, pero, a diferencia de algunos de los chicos de granja ucranianos de su unidad, no tenía el más mínimo interés en las virtudes relativas del Z-960 de la empresa de Mannheim. «El tractor estrella del Reich», como presumía el documento con la típica grandilocuencia.

Esos conocimientos podrían ser necesarios si alguien de la sección de inteligencia de la Dirección de Policía de Bulgaria decidía detenerlo para interrogarlo y poner a prueba su tapadera.

Aunque todo era tan transparentemente falso que los búlgaros probablemente no se molestarían, a menos que estuvieran decididos a marcar el territorio de alguna manera. Ninguna empresa de

tractores fletaría un Junkers Ju-52 de 17 plazas solo para llevar a un único vendedor a Sofía para que pudiera colocar unas cuantas unidades.

Wolff había señalado esto en su intento de que le permitieran viajar en tren, pero Oster le había cortado en seco. No había tiempo que perder y eso tenía prioridad sobre cualquier otra consideración.

Como era la primera vez que volaba, no estaba seguro de qué esperar. Se había saltado el desayuno esa mañana con las prisas por salir de Hamburgo y se alegró muchísimo de ello. Con los botes que estaba dando aquella cosa en el cielo —algo totalmente normal, a juzgar por el comportamiento del piloto—, ya lo habría echado todo.

Cuando el «Tía Ju» aterrizó en Sofía y rodó hacia la terminal, Wolff vio que tenía un comité de bienvenida. Un coche alemán, un Daimler, al menos, significara eso algo o no.

Sin embargo, el individuo de unos cuarenta y tantos que estaba apoyado en él era claramente de allí. Wolff no estaba familiarizado con los uniformes búlgaros, pero la edad del hombre y la pequeña fila de condecoraciones en el bolsillo izquierdo de su pecho indicaban que tenía un rango relativamente alto.

Wolff desembarcó con gratitud y caminó hacia el coche, que estaba aparcado justo delante de la entrada del pequeño edificio de la terminal. Vio cómo su anfitrión lo medía con la mirada mientras se acercaba, aparentemente sorprendido por su juventud.

Oster le había informado a Wolff de que debía decir que padecía epilepsia si le preguntaban. Era la mejor manera de explicar qué hacía un alemán aparentemente sano y en edad de servicio militar sin vestir uniforme.

Esto también contaba con un cierto grado de ignorancia por parte de los búlgaros hacia la repugnante legislación eugenésica de Hitler. Bajo la Ley para la Prevención de Descendencia con Enfermedades Hereditarias, todos los epilépticos estaban obligados a someterse a esterilización forzosa.

Por desgracia, le había informado Oster con una sonrisita, no daría tiempo a infligirle una cicatriz de vasectomía falsa. Mejor así, pensó Wolff, pues no le extrañaría que el hombre hubiera insistido en ello.

El búlgaro se despegó del coche mientras él se acercaba, arrojando el cigarrillo que había estado fumando.

—¿Herr Hermann Schreiber? —dijo en un alemán con fuerte acento, sus ojos todavía sondeando el físico de Wolff en busca de cualquier discapacidad visible. Wolff sonrió—. ¿Sí? ¿Quiere ver mi pasaporte? —metió la mano en el abrigo y le entregó el documento recién hecho que Oster le había dado en Berlín.

El oficial se lo cogió, lo abrió de un tirón y le echó un vistazo antes de devolvérselo. Todo el mundo sabía la facilidad con que se falsificaba ese material en tiempos de guerra. La Abwehr incluso tenía su propia oficina de creación de pasaportes para ese mismo propósito. El búlgaro no se presentó, sino que simplemente abrió la puerta del pasajero del coche.

—Por favor.

Salieron del aeropuerto sin que nadie los detuviera; el centinela militar de la puerta levantó la barrera en cuanto el coche se acercó. —¿Es usted más joven de lo que esperaba? —le dijo el hombre. Todavía no se había presentado y estaba intentando desmontar la tapadera de Wolff desde el principio.

Wolff ignoró la descarada maniobra. —¿Disculpe, es usted de aduanas? Esperaba que me recogiera alguien de mi hotel. —El hombre lo miró y sonrió—. Sí, no se preocupe. Ya nos hemos encargado de eso, Herr Schreiber.

—¿Adónde vamos? —preguntó Wolff. —No se preocupe —respondió el hombre—. Irá a su hotel. Solo hay que atender primero unos... trámites.

—¿Qué trámites?

El hombre lo miró y suspiró. —Me llamo comandante Tashev. Soy del Departamento D de la Seguridad del Estado. Simplemente necesito que venga a mi despacho unos momentos antes de permitirle continuar con su... viaje de negocios.

Wolff ignoró el cebo que contenía la inflexión al final de la frase, y siguieron en silencio hacia el centro de Sofía. Tashev había sido bastante descarado, considerando que Wolff era ciudadano de una nación aliada del Eje.

Siguieron conduciendo. El río estaba ahora a su izquierda, así que, según los cálculos de Wolff, iban por el bulevar Slivnitsa. Se había tomado el tiempo de memorizar las principales arterias del centro, aunque Oster había admitido que el mapa de la ciudad en su maleta encajaba con su tapadera y le había permitido llevarlo.

Unos segundos más tarde, una señal de calle en cirílico confirmó su suposición. Cruzaron el puente de los Leones, con sus dos grandes felinos de bronce montando una guardia silenciosa a cada lado. Tashev aparcó frente a un edificio amarillo de cuatro plantas que lograba ser a la vez elegante e imponente.

Wolff lo siguió mientras el búlgaro lo guiaba, pasando junto a un soldado de guardia y subiendo por una oscura escalera. Mientras ascendían, una puerta doble en el segundo piso se abrió y un oficial uniformado pasó junto a ellos. Wolff tuvo una breve visión del interior: una oficina grande y ajetreada llena de otros uniformados.

En el siguiente nivel, Tashev abrió la puerta de una habitación y lo hizo pasar. Wolff se encontró en una estancia de igual tamaño, pero notablemente con menos ajetreo. De hecho, aparte de una secretaria sentada detrás de un escritorio, no había nadie más.

Tashev giró a la izquierda y Wolff lo siguió a través de una puerta hasta un espacioso despacho, donde Tashev le indicó un asiento frente a un gran escritorio. El único teléfono, que destacaba en su centro, acentuaba su tamaño. Había un archivador en la esquina, pero ningún otro mueble.

Tashev tomó asiento frente a él, ya en modo profesional. —¿Me permite? —preguntó, alargando la mano hacia la maleta de Wolff. Wolff se la entregó, y el búlgaro abrió los cierres de golpe. Levantó la tapa y rebuscó dentro, sacando el mapa de Sofía y abriéndolo con un bufido.

Aparte de la ropa, los artículos de aseo y algunos folletos más de Wolff, no había nada más. —¿Su pasaporte de nuevo, por favor? — Wolff se lo entregó y Tashev salió del despacho, presumiblemente para fotografiarlo.

Wolff se quedó sentado allí sin la menor idea de cómo se suponía que debía comportarse un espía en una situación así. ¿Ofendido? ¿Resistente? También se preguntó cómo reaccionaría un verdadero

vendedor ante un escrutinio tan inusual. Cortés y complaciente hasta cierto punto, quizá, aunque no dispuesto a dejarse avasallar indefinidamente.

Tashev regresó con sus documentos y se sentó detrás del escritorio, mirando a Wolff durante unos segundos como si decidiera qué hacer a continuación. —Así que, Herr Schreiber —dijo finalmente—, ¿está aquí para vender coches?

—Tractores —lo corrigió Wolff. Fue un intento flojo, y la expresión agria del búlgaro lo reconoció.

—¿En qué puedo ayudarle, Herr...?

—Tashev.

—Mis disculpas. —El silencio pesaba entre ellos. Sin querer poner aún sus cartas sobre la mesa, Tashev lo intentó de nuevo.

—Es usted mucho más joven de lo que esperaba. Pensaba que un hombre de su edad estaría en el ejército.

—Sí, por desgracia padezco una afección médica que me impide servir a mi país.

—Ah, así que usted es... ¿cuál es la palabra, *kv*...?

—KvH —terminó Wolff por él con fluidez. Tashev estaba haciendo todo lo posible por provocarlo, y Wolff se sintió ofendido en nombre de su historia inventada.

—Se decidió que debía ayudar al esfuerzo de guerra de otra manera, impulsando la economía nacional. Alemania necesita inversión extranjera, y quién mejor para buscarla que uno de nuestros aliados más cercanos. —Tashev sonrió educadamente ante la pullita nada sutil.

Cogió el folleto de la maleta de Wolff, que yacía sobre la mesa frente a él, y comenzó a hojearlo antes de detenerse en una página al azar. —¿Sería tan amable de explicarme la función del cigüeñal en el Z-960, Herr...?

Tashev levantó la vista hacia Wolff con expectación. —Schreiber —le apuntó Wolff en voz baja. No dijo nada más, tan perplejo ante la pregunta como Tashev había previsto.

Tashev volvió a sonreír, esta vez triunfante. —No sé por qué está aquí, pero sea lo que sea, es evidente que se organizó con bastante

prisa. En realidad, la forma en que ha llegado es lo que me resulta perturbador.

—No hay escasez de oficiales militares alemanes, ni de hecho de personal de inteligencia alemán, destinados en Sofía, y sin embargo ha venido bajo la apariencia de un civil. Es tan intrigante como irrespetuoso. Es casi como si se estuviera escondiendo tanto de su propia gente como de la nuestra. —Los labios de Tashev se fruncieron con desaprobación.

Wolff permaneció en silencio, aunque por dentro sintió un vuelco en el estómago. Llevaba poco más de una hora en el país y su tapadera ya había saltado por los aires.

—El Departamento D —mi departamento— se creó para vigilar el espionaje alemán dentro de las fronteras de Bulgaria —continuó Tashev—. Como puede ver, estoy algo... falto de personal en este momento en comparación con el Departamento B, por el que pasamos al subir las escaleras, pero eso es simplemente porque los comunistas que ellos vigilan son una amenaza mayor. Los bolcheviques han intentado derrocar al gobierno dos veces en los últimos veinte años.

—Su país, por otro lado, ha demostrado ser un aliado útil últimamente. Gracias a las invasiones alemanas de Yugoslavia y Grecia, hemos podido recuperar la Macedonia del Vardar y la Tracia Occidental, que nos fueron arrebatadas injustamente después de la última guerra.

—La devolución de estas ha supuesto un tremendo impulso para la nación. Soy consciente de la identidad de sus operativos aquí en Sofía, y siempre se han comportado de manera cortés en el pasado. Sin embargo, eso no significa que esté dispuesto a permitir que su gobierno actúe como le plazca en nuestro territorio.

Wolff invocó la indignación llena de pánico que tan bien le había servido en las misiones de infiltración en el este. —No estoy seguro de a qué se refiere, Herr Tashev —dijo Wolff—. Solo soy un vendedor. Se suponía que tenía que reunirme con gente en el aeropuerto, y ahora se estarán preguntando dónde estoy. No sé de dónde ha sacado esa idea, pero...

—Hay un delicado equilibrio en este país como resultado de la guerra —continuó Tashev, como si Wolff no hubiera abierto la boca —, y mi trabajo es mantener ese equilibrio.

—Si llego a sospechar que está implicado en cualquier actividad que dañe las relaciones de este país con la Unión Soviética, haré que lo arresten y lo expulsen, con una protesta formal a la legación alemana.

Wolff se puso en pie. —Esto es indignante. ¡Estoy aquí en un viaje de negocios diseñado para mejorar el comercio entre nuestras dos naciones aliadas!

—¡Siéntese! —dijo Tashev en voz alta. Wolff se sentó.

—Y lo que es más importante —Tashev reanudó su sermón—, mi gobierno es plenamente consciente del apoyo de las SS al intento de golpe de la Guardia de Hierro en Rumanía el pasado enero. Si descubro cualquier intento por su parte de azuzar de forma similar a nuestra propia chusma fascista, los rátniks, contra el zar Boris III, las consecuencias serán mucho más graves.

—Incluso podría encontrarse cayendo accidentalmente en manos de algunos de esos rebeldes comunistas que mencioné antes. No les gustan mucho los fascistas. He oído que uno de sus trucos favoritos es cortarles los cojones a los rátniks y obligarles a comérselos. Imagine lo que le harían a un nazi.

Esta vez Wolff no dijo nada. La ira en sus facciones tampoco requería actuación. Ahora todo el mundo tenía planes para sus pelotas.

Tashev lo observó durante unos segundos más antes de coger el folleto del tractor, tirarlo dentro de la maleta y cerrarla. Bufó y la empujó sobre el escritorio hacia Wolff.

—Le deseo la mejor de las suertes impulsando su economía.

9

Fuera, Wolff se tomó un momento para orientarse y recuperar la compostura.

Tashev lo había calado al instante, pero ¿qué más daba? Después de todo, no estaba allí para organizar un golpe de Estado ni para provocar problemas con los rusos. Más bien todo lo contrario, de hecho.

En todo caso, decidió, la reunión había demostrado que la situación le era favorable. El poco sutil intento de intimidación de Tashev indicaba que el hombre no tenía muchos más ases en la manga. Quizá el Departamento D no era más que una operación unipersonal, sin recursos para lograr mucho más.

Tampoco lo habían cacheado, cosa que Wolff agradeció. No quería preguntas incómodas sobre la documentación que llevaba encima. O sobre la navaja de explorador del Ejército Rojo que tenía de recuerdo en la zona lumbar.

Aun así, tendría que andarse con cuidado. Los límites de su papel habían quedado claros. Todavía no había sido incorporado al Abwehr propiamente dicho. Era un *Vertrauensmann*, un colaborador de confianza, contratado para una tarea específica.

Pero para mantener esa confianza, un V-man tenía que cumplir con lo esperado.

Estaba intentando averiguar en qué dirección se encontraba su hotel cuando oyó arrancar un coche a su izquierda, en la misma calle, y avanzar lentamente con un estruendo hacia donde él estaba. Se detuvo frente a él y el conductor, un hombre de paisano de unos treinta y tantos años, se inclinó y abrió la puerta del copiloto.

—Ahí estás —dijo en alemán mientras se inclinaba para mirar a Wolff. Supuso que era el capitán Wagner, el que debía haberlo recibido en el aeropuerto. Wolff entró en el coche, Wagner se presentó y arrancó. Le dedicó una sonrisa a su pasajero.

—Así que Tashev te ha llevado a charlar un ratito, ¿eh? Se está volviendo bastante descarado. Me retrasé al salir hacia el aeropuerto y, como no te vi por ninguna parte, me imaginé lo que debía de haber pasado. —Wolff le resumió los detalles de su encontronazo con el búlgaro.

Wagner asintió. —¿Ya veo, no le dijiste por qué estabas aquí? —Wolff se le quedó mirando—. Por supuesto que no. —Tuvo la sensación de que la pregunta de Wagner tenía más que ver con su propia curiosidad que con otra cosa.

Canaris y Oster le habían explicado que el *Ast* local del Abwehr se mantenía al margen, sobre todo porque se creía que algunos de sus miembros también facilitaban información al SD. Les habían dado una tapadera: Wolff había sido enviado para reclutar fuentes de información sobre el reciente levantamiento partisano en Yugoslavia, que se creía que los soviéticos estaban apoyando a través de Sofía.

Estaba claro que Wagner no se creía ni una palabra. Él había sido la persona a la que los búlgaros se habían dirigido originalmente con los detalles de la oferta de Moscú, pero no había vuelto a saber nada más del asunto. Ahora, alguien había llegado misteriosamente de Berlín —un tipo mucho más joven, para colmo— y a Wagner lo mantenían en la ignorancia a pesar de ser el *leiter* de la ciudad. Tenía que escocerle, pero Wagner era lo bastante listo como para no preguntar abiertamente.

Como Wolff no le contó nada más por iniciativa propia, Wagner insistió: —¿Mis instrucciones son llevarte a los lugares donde se

hacen los negocios en esta ciudad y dejarte hacer tu trabajo. ¿Necesitas informar primero?

Wolff negó con la cabeza. No parecía tener mucho sentido explicarle a Berlín el comité de bienvenida de Tashev. Se lo dejaría a Wagner, si es que a este le apetecía comunicarlo. A juzgar por lo que había visto del hombre del Abwehr hasta ese momento, lo dudaba.

En lugar de eso, le pidió a Wagner que lo llevara a su hotel. Tras un trayecto de cinco minutos, el capitán detuvo el coche frente al Slavyanska Beseda, un moderno edificio de siete plantas con vistas a una calle adoquinada. Wolff se bajó y quedaron en verse en un par de horas en un bar italiano llamado Riunione.

Era donde bebían la mayoría de los empresarios extranjeros de la ciudad, así como todos los espías que se hacían pasar por tales. Canaris le había explicado que gran parte de lo que pasaba por trabajo de inteligencia secreta en realidad se llevaba a cabo abiertamente.

Alemanes, rusos, británicos y estadounidenses frecuentaban los mismos lugares, alternando la cooperación con los intentos de frustrarse mutuamente y, a veces, ambas cosas a la vez. Se regateaba e intercambiaba todo tipo de información; el truco consistía en filtrar la auténtica.

Riunione era el lugar donde Wolff podía dejarse ver y esperar a que el NKVD diera el paso. Como instigadores de la oferta, la responsabilidad recaía en ellos. Después de asearse en el hotel, cuyo nivel de lujo le sorprendió, Wolff se dirigió al bar, que se encontraba a cinco manzanas de distancia, en el bulevar Dondukov.

Aunque era temprano, ya había bastante gente dentro, y algunos parecían llevar allí toda la tarde. El ambiente era casi desesperadamente festivo; los presentes aprovechaban al máximo su tiempo en uno de los pocos rincones neutrales de Europa mientras el resto del continente ardía.

Wolff sintió varias miradas curiosas sobre él al entrar y echar un vistazo. El local era grande, pero bastante sencillo, con una barra que recorría un lado y reservados a lo largo de la pared opuesta. También había algunas mesas en el centro, con una pista de baile

encajada entre estas y un diminuto escenario contra la pared del fondo, ocupado por una banda de jazz.

Se sintió aliviado al ver a Wagner de pie en la barra, haciéndole señas para que se acercara. —Bueno, al menos ya sé lo que se siente al ser Kristina Söderbaum —murmuró, refiriéndose a la bella y rubia estrella de cine que era la musa favorita de Joseph Goebbels.

Söderbaum había acabado ahogándose trágicamente en tantas producciones cinematográficas del ministro de Propaganda que la apodaban la *Reichswasserleiche*, el Cadáver Estatal del Agua.

—¿Halagado por la atención? —Wagner sonrió mientras pedía güisquis sin preguntarle a Wolff si quería uno—. De eso se trata —dijo, una vez que el camarero se hubo alejado—. Quienquiera que hayas venido a ver a Sofía probablemente esté aquí, entre la multitud.

—Aquí, o en el Etoile, o en el Maxim's o en el Imperial. ¿Ves a esas chicas que andan por ahí charlando con la gente? —Wolff miró a su alrededor detenidamente por primera vez.

La clientela del Riunione era casi exclusivamente masculina y principalmente de mediana edad. Las pocas mujeres que había eran prácticamente todas jóvenes, guapas y bien arregladas. Algunas se sentaban en los reservados ocupados por grupos de hombres, mientras que otras estaban en la barra o contra la pared intentando llamar la atención de los clientes aburridos.

Mientras la mirada de Wolff recorría el bar, un par de ellas lo miraron directamente y le sonrieron. Se volvió hacia Wagner, que seguía sonriendo con suficiencia. —Las lugareñas las llaman «chicas taxi». Creo que es porque son ellas las que piden un coche para volver a casa a los clientes que no pueden hacerlo por sí mismos al final de la noche.

—No te hagas una idea equivocada. No son prostitutas, aunque he visto a algunas subirse al mismo taxi si el tipo tiene pinta de ser especialmente adinerado. Por lo general, están aquí para encandilar a los clientes, asegurarse de que se lo pasen bien, sacarlos a bailar. Ese tipo de cosas.

—Pero también se dedican a pasar mensajes entre gente que no quiere abordarse abiertamente. Y se les da buena propina, así que

son bastante discretas. Así es como se hacen los negocios aquí. Hay un equilibrio delicado, y las más listas lo mantienen.

Hizo una mueca y señaló con la barbilla una mesa a espaldas de Wolff. —Por desgracia, no todos nuestros compatriotas entran en esa categoría. —Wolff se giró hacia un reservado donde cinco aviadores alemanes intentaban vociferar a voz en grito algo por encima de la música de la banda de jazz.

Wolff reconoció la canción como *Sieg Heil Viktoria*, una de las endechas favoritas de las Waffen SS. Parecía ir dirigida a una mesa cercana donde tres hombres con el aire bien alimentado de los estadounidenses hacían todo lo posible por ignorarla.

—Ese es el agregado militar de la embajada de Estados Unidos —dijo Wagner, asintiendo hacia el más corpulento del trío—. Esos pilotos probablemente perdieron a muchos camaradas durante la batalla de Creta, derribados por aviones suministrados a la RAF en virtud de la Ley de Préstamo y Arriendo. Ha habido algunos conatos de pelea con los yanquis aquí, pero normalmente la cosa no pasa a mayores.

Wolff asintió. Los estadounidenses eran nominalmente neutrales en la guerra, pero el presidente Franklin D. Roosevelt había dejado clara su postura hacia el Eje enviando destructores, tanques y aviones a Gran Bretaña desde la firma de la Ley de Préstamo y Arriendo el marzo anterior.

Estaba a punto de preguntarle a Wagner si también debería preocuparse por una posible vigilancia estadounidense en Sofía cuando una de las chicas taxi apareció entre ellos. Era menuda, con el pelo castaño cortado a la moda, corto, a lo *bob*, y llevaba un vestido de flores que realzaba su esbelta figura.

—¿Y cómo se encuentran los señores esta noche? —Wagner miró a Wolff y volvió a sonreír antes de excusarse, diciendo que tenía que hablar con alguien. La chica se presentó como Anna y Wolff como Hermann. Aceptó su ofrecimiento de una copa de champán.

Tenía acento vienés, y charlaron brevemente antes de que Anna se declarara «un poco aburrida», al tiempo que elogiaba la pegadiza música que la banda estaba tocando a todo trapo. Wolff captó la indirecta y la sacó a la pista.

Había estado nervioso desde que llegó a la ciudad, pero por fin se encontraba en un terreno en el que tendría el control absoluto. Wolff se consideraba un hombre polifacético. Atribuía su sensatez y su actitud calmada ante la vida a su sangre alemana, y su comodidad con la soledad a su lado letón.

Pero su forma de divertirse era enteramente producto de haberse criado en Brasil. Y ningún varón brasileño que se preciara era incapaz de defenderse en la pista de baile.

Mientras hacía girar a Anna, captó miradas de envidia ocasionales de otros reservados. Incluso los pilotos odiosamente borrachos habían dejado de chillar para observarlos en acción. Su instinto natural fue detenerse, diciéndose que llamar la atención no era la forma en que un espía debía comportarse.

Pero entonces recordó que Wagner le había dicho que era allí donde probablemente se produciría el contacto. En lugar de parar, hizo girar a su compañera de baile aún más, aprovechando los movimientos para escrutar a la multitud en busca de los estereotipados rostros anchos y eslavos sobre el corte de mala calidad de un traje soviético.

Quizá un hombre del NKVD apurando sin fin la misma bebida, para no tener que explicar una cuenta cuantiosa y decadente a sus superiores. Pero no había tales individuos, y era difícil saber cuántas de las miradas puestas en ellos se sentían realmente atraídas por el ágil y contoneante trasero de Anna.

Cuando la banda terminó, aprovechó el descanso para volver a la barra y comprobar si alguna mirada seguía fija en él. Anna también estaba casi sin aliento y le sonreía sorprendida.

—¿Dónde diablos has aprendido a bailar así? —preguntó, antes de inclinarse con coquetería—. ¿Creía que el Reich había prohibido el jazz por ser «moralmente corrupto»?

Wolff le devolvió la sonrisa y bajó la voz hasta convertirla en un susurro teatral. —Lo hicieron, pero crearon su propia versión permitida. Lo llaman el «paso a dos» de Goebbels.

Anna echó la cabeza hacia atrás y se rio, y Wolff sintió la natural subida de ego que produce flirtear con una chica guapa. Los detalles de la deformidad del *Reichsminister für Propaganda* eran de sobra

conocidos en Alemania, aunque rara vez se comentaban en público. Era otra de las infinitas incoherencias del nazismo: un miembro destacado de la supuesta raza superior con un pie zambo.

Wolff estaba a punto de decir algo más cuando se dio cuenta de que dos hombres seguían observándolos desde uno de los reservados al fondo de la sala. No había nada distintivo en la vestimenta o los gestos de ninguno de los dos. A lo sumo, Wolff podría decir que eran europeos en lugar de *amis*, pero eso era todo lo que podía aventurar.

Los hombres le sostuvieron la mirada durante unos segundos antes de reanudar la charla entre ellos. Wolff siguió mirándolos, pero aparte de alguna ojeada, la pareja no volvió a establecer contacto visual. Anna se percató de su mirada y se volvió para observar antes de encararlo de nuevo. —¿Amigos tuyos? —inquirió en tono de broma.

Wolff la miró, incapaz de reprimir una sonrisa recíproca. Aquella chica taxi vienesa empezaba a gustarle de verdad. Intentaba componer una respuesta ingeniosa cuando se desató el infierno al otro lado de la sala.

Los pilotos de la Luftwaffe habían reanudado su canto y ponían un énfasis especial en la estrofa que se refería a los líderes aliados y a su supuesto confederado estadounidense.

—*Adiós, adiós, adiós* —cantaban, saludando sarcásticamente con una mano y golpeando la mesa con la otra—. *A Stalin, Churchill, Roosevelt. Adiós, adiós, adiós.*

El aviador con aspecto más ebrio había estado dirigiendo a sus colegas con una botella de champán vacía boca abajo, y cuando uno de los estadounidenses finalmente respondió a las burlas con una peineta, el hombre de la Luftwaffe se la arrojó a la mesa.

Haciendo gala de una agilidad notable para ser un hombre tan corpulento, el agregado militar estadounidense atrapó la botella en pleno vuelo, invirtió el agarre y luego devolvió el servicio. La botella voló de regreso hacia la mesa alemana y aterrizó en medio de las copas del grupo, haciéndolas añicos y esparciendo champán por todas partes.

Los cinco pilotos se levantaron en un instante y cargaron como un solo hombre hacia la mesa estadounidense, cuyos ocupantes parecían tener mucho mejor equilibrio. En los segundos previos al choque de los dos bandos, Wolff observó que los tres adoptaban la clásica postura pugilística.

Pero cuando los puñetazos empezaron a volar y algunos de los participantes cayeron al suelo, hombres trajeados se levantaron de sus asientos en otras partes del bar y corrieron a unirse. En cuestión de segundos, se había desatado una pelea a gran escala con casi quince varones en el centro de la pista de baile.

Otros no combatientes y chicas taxi se apresuraron a alejarse de la creciente melé, que también empezaba a atraer a aún más clientes a los que no les gustaba que alemanes y estadounidenses se estrellaran contra sus reservados mientras se enzarzaban.

—Más vale que nos larguemos de aquí. —Wagner estaba junto al codo de Wolff, arrastrándolo hacia la salida. Mientras salían a paso ligero, Wolff vio a un grupo de unos ocho hombres fornidos, todos con barras de hierro, que caminaban decididos por la calle hacia el Riunione, abrían la puerta principal y entraban.

—¿Quién demonios son esos? —le preguntó Wolff a Wagner cuando ya estaban a una distancia segura del bar.

—De eso es de lo que teníamos que alejarnos —respondió Wagner —. Las chicas taxi proporcionan el entretenimiento en esta ciudad, los hombres taxi se encargan de la seguridad.

—Entrarán ahí y despacharán a cualquiera y a cualquier cosa que esté involucrada en la pelea, y quizás incluso a unos cuantos que no lo estén. —Miró a Wolff y sonrió con nostalgia—. No es la primera vez que pasa algo así. Me recuerda a Berlín en los tiempos de la República de Weimar.

—Vamos, te llevaré al Etoile. Si tu contacto estaba ahí dentro y ha conseguido salir a tiempo, lo más probable es que se dirija hacia allí. Si no, probablemente ya no lo verás más esta noche. —Se dieron la vuelta para irse cuando una voz les llegó desde atrás.

—¡Hermann! ¡Hermann! ¡Señor Schreiber!

Wolff se detuvo y se encaró de nuevo hacia el bar. Anna estaba allí de pie, mirándolo expectante con una sonrisa nerviosa. Había

desaparecido en el caos que siguió al estallido de la pelea, y Wolff había supuesto que había huido fuera o a una trastienda segura junto con las otras chicas.

Se acercó a despedirse. No necesitaba más complicaciones esa noche, aunque sentía que la chispa entre ellos era genuina. Mientras la tomaba de la mano y se inclinaba para darle un beso en cada mejilla, se sorprendió al sentir que ella le apretaba algo en la palma de la mano.

—Adiós, Hermann. Espero que quizá podamos vernos de nuevo mientras estés en la ciudad. Nunca me explicaste de dónde viene ese acento tan peculiar que tienes. —Le sonrió radiante, y Wolff sintió un deseo abrumador de despachar a Wagner e irse con ella a otro bar o, mejor aún, directamente a su hotel.

Solo un pensamiento atemperó ese deseo. Obviamente, lo habían estado vigilando dentro, y quienquiera que fuese había aprovechado la confusión para pasarle un mensaje a Anna para él. Pero el origen del acento *Baltendeutsche* que había heredado de sus padres no era lo único que no le había revelado.

Tampoco le había dado el apellido de su identidad falsa.

10

Wolff se despertó temprano con una resaca de moderada a fuerte por segundo día consecutivo, pero la apartó de su mente y se puso a hacer su ejercicio diario.

Tras marcharse de Riunione, él y Wagner habían seguido a un segundo bar, donde se había excusado rápidamente para ir al servicio. Una vez a salvo en el retrete, había abierto el trozo de papel doblado y había visto una dirección garabateada en cirílico y la hora: las 12:00.

Así que el NKVD, o al menos uno de sus esbirros locales, había estado en el bar todo el tiempo. Se preguntó dónde se habrían sentado. Cabía suponer que habrían tomado las debidas precauciones. Según Oster, los soviéticos implicados en el asunto tenían tanto que perder como ellos si las cosas salían mal, aunque en realidad estuvieran actuando con la plena aprobación de Stalin.

La noche anterior, Wagner le había preguntado qué harían los rusos si capturaban a un comando de Brandeburgo con uniforme enemigo. Aquel hombre del Abwehr había pasado la guerra hasta el momento a salvo en Sofía y sentía una curiosidad morbosa por las condiciones del frente.

Lo mismo que le harían a cualquier *Landser* con uniforme de la Wehrmacht, le había informado Wolff. Fusilarlos en el acto. ¿No los harían prisioneros para interrogarlos?, había insistido Wagner. A Wolff casi se le escapó la risa en su cara y solo el rango superior del hombre se lo impidió.

Hay pocos secretos en el frente oriental, le dijo a Wagner. Cada bando sabe dónde está el otro y lo que tiene que hacer. Matarlos. Las únicas ocasiones en que se hacían prisioneros eran cuando su número hacía que la ejecución llevara demasiado tiempo.

Wagner se había quedado callado entonces, quizás reflexionando sobre lo afortunado que era de no estar allí. La conversación había cambiado de tema y no se había vuelto a mencionar. Wolff terminó su serie de flexiones, abdominales y sentadillas y se tomó un respiro.

Las tropas regulares siempre miraban con perplejidad el entrenamiento matutino de su unidad de Brandeburgo. Era otra de las cosas que separaba a los hombres que Wolff dirigía de sus compañeros de tropa. La determinación de mantener unos estándares en una guerra que los había perdido hacía mucho tiempo.

Desayunó en el hotel, disfrutando de pan, huevos y café por primera vez en meses. Una ventaja adicional —quizás la única— de este viaje. Después de eso, se sentó un rato en el vestíbulo a leer los periódicos y hacer tiempo.

Un ejemplar del *New York Times* de hacía dos días le informó de que los Panzers de Guderian se encontraban ya a seiscientos cincuenta kilómetros de la capital soviética, tras haber cubierto casi el doble de esa distancia en poco más de un mes.

Aunque la resistencia rusa se estaba endureciendo, decía el periódico, se esperaba que la Wehrmacht tomara Moscú como muy tarde en noviembre. Incluso teniendo en cuenta la inevitable exageración orquestada por Goebbels, lo más probable era que los informes fueran correctos en líneas generales. No era de extrañar que los «ivanes» estuvieran tan desesperados por conseguir algún tipo de alto el fuego.

La noche anterior, Wolff había puesto en práctica algunos de sus recién aprendidos ejercicios de contravigilancia de camino a Riunione, pero había tan poca gente en las calles que rápidamente se dio cuenta de que sería imposible que le pusieran un seguidor. Aquella mañana había más ajetreo y asegurarse de que no lo seguían hasta el lugar de encuentro sería más complejo.

Tras estudiar rápidamente su mapa de Sofía una vez más, estuvo listo para partir. La mayor parte del centro histórico estaba trazado en una clásica cuadrícula, y las partes que no lo estaban conducían todas a la catedral de Sveta-Nedelya, en el corazón de la ciudad. Dobló el periódico bajo el brazo y salió a la calle.

Un rápido vistazo a la gente sentada fuera mostró a una pareja de ancianos tomando café, a dos hombres de negocios aparentemente extranjeros comiendo en mesas separadas y a la elección de Wolff, un hombre gordo con un traje arrugado que leía su propio periódico.

Giró a la derecha y se alejó a paso tranquilo. Su objetivo era dirigirse al barrio de Kyulutsite, un laberinto de callejuelas al noreste del centro histórico de Sofía, donde podría dar la vuelta, acelerar el paso y perder a quienquiera que lo siguiera.

Un par de manzanas lo llevaron más allá del teatro del Ejército Búlgaro hasta el cruce con el bulevar del Zar Osvoboditel. Allí, una mirada al escaparate de un edificio de enfrente le mostró a su sombra obesa corriendo calle abajo detrás de él para no perderlo de vista.

Wolff giró a la izquierda, en dirección a la antigua catedral. Si aquel tonto torpe era todo lo que Tashev podía destinar a vigilarlo, no tendría problemas. Siguió el bulevar por donde serpenteaba entre el palacio del zar Boris y el parque conocido como jardín de la Ciudad y giró de nuevo a la izquierda antes de meterse de repente en el propio parque.

Recorrió uno de los senderos laterales y se detuvo, aparentemente para admirar un bonito parterre de flores. Justo entonces, el gordo apareció corriendo por la entrada del parque, mirando frenéticamente a izquierda y derecha. Al ver a Wolff, mostró de inmediato un intenso interés por la hora y se quedó mirando su reloj

de pulsera durante un par de segundos antes de arrodillarse para juguetear con el cordón de un zapato.

Wolff negó con la cabeza. Voigt habría hecho picadillo a este tipo.

Wolff se dio la vuelta de nuevo y se dirigió hacia la salida este, que lo llevaría una vez más frente al palacio del zar. Luego giró a la izquierda, a la derecha y otra vez a la derecha, lo que lo llevó de vuelta al mismo punto donde había estado, entre el jardín de la Ciudad y la regia residencia de Boris.

Sin embargo, en lugar de volver a entrar en el parque, siguió recto hacia la catedral, en el centro de la ciudad, antes de girar a la derecha por el bulevar Dondukov, la calle que lleva el nombre del general ruso al que se atribuye la expulsión de los turcos más de sesenta años antes.

El nombre de la calle subrayaba de nuevo por qué el NKVD había elegido Sofía como lugar para la negociación. El Gobierno del país podría ser nominalmente un aliado de Alemania, pero Bulgaria siempre sería territorio amigo para los «ivanes» debido a su historia compartida.

Un par de cientos de metros más adelante por el bulevar, Wolff giró a la izquierda y se metió en el barrio de Kyulutsite, donde quería estar. Varios circuitos enrevesados y vueltas sobre sus pasos por sus calles unos minutos más tarde le confirmaron que, en efecto, estaba «limpio».

Sonrió al pensar en su corpulento acosador corriendo frenéticamente por alguna acera, con la cabeza girando a un lado y a otro en su busca. Pero no era momento de confiarse.

Ahora que estaba libre, tenía que asegurarse de seguir estándolo. Se quitó la chaqueta y la corbata, sacó la gorra plana de dentro del periódico y se la puso. Si el gordinflón había llamado al cuartel general para dar una descripción de su objetivo desaparecido, despistaría aún más a los posibles refuerzos.

Manteniendo su propio ritmo enérgico, Wolff tomó una ruta serpenteante por el bulevar del Zar Simeón hacia el oeste hasta el cruce con la calle Hristo Botev y luego giró hacia el sur en dirección a su destino. Los soviéticos querían reunirse en una cervecería

mugrienta de la calle Positano, lo que le pareció una elección extraña.

Tras pedir una cerveza y sentarse en una mesa junto a la ventana, Wolff esperó media hora, sin dejar de escudriñar la calle. No se quitó el sombrero, consciente de las advertencias que había recibido de Voigt sobre el peligro de que lo fotografiaran.

Aun así, necesitó toda su fuerza de voluntad para permanecer en un lugar tan visible, con todos sus instintos gritándole que se retirara a la penumbra. Se aseguró a sí mismo que estaba siendo ridículo. Los soviéticos no habían organizado aquella complicada reunión solo para que un francotirador eliminara a un espía alemán de rango medio y poca importancia en territorio neutral.

Mientras esperaba, pensó en dónde estaría su unidad en ese momento. Wolff no echaba de menos el frente ni la lucha, pero sí la certeza del vínculo inquebrantable que existía entre ellos, gracias al simple recurso de depender completamente los unos de los otros para sobrevivir.

Todos ellos comprendían demasiado bien el problema de ser forasteros en la Alemania moderna. Los Brandeburgo les ofrecían una aceptación que nunca obtendrían en ningún otro lugar del Reich. Quizás les debía el poder volver a casa con vida, a un país donde ya no serían juzgados por su acento, la longitud de su nariz o su lugar de nacimiento.

Quizás, solo quizás, aquello también haría que Ludwig reconociera por fin que la ideología a la que tan fervientemente juraba lealtad estaba construida sobre arena. Después de cuarenta minutos y sin señal alguna de contacto, Wolff estaba a punto de marcharse. Fue entonces cuando uno de los camareros se le acercó con un mensaje.

El hombre habló en búlgaro y, con cierta dificultad, Wolff descifró lo que decía. Había habido una llamada telefónica. Wolff debía ir al café Kolos, en la calle Stefan Karadja, a un corto paseo. Pero nada más entrar por la puerta del Kolos, una joven y sonriente camarera le entregó una servilleta.

En el reverso había dibujado un mapa rudimentario. Este lo llevó dos calles más al suroeste, a otro café en la esquina de una pequeña calle lateral llamada Uzundzhovska. Se tomó su tiempo en el camino,

desviándose intencionadamente y volviendo sobre sus pasos para ver si volvían a seguirlo, pero no pudo discernir nada.

Llegó al café, un local más pequeño y mugriento que los dos establecimientos anteriores. Allí no había camareros de camisa blanca, solo una anciana corpulenta que lo ignoró por completo mientras se sentaba en un reservado de un rincón, de cara a la puerta.

Había pasado ya una hora y cuarto de la hora acordada para la cita y empezaba a cansarse de aquellos jueguecitos. Sin embargo, diez minutos después, llegaron dos individuos que parecían poder ser sus contactos del NKVD.

Wolff nunca había visto a un ruso de paisano que no fuera un campesino, así que los examinó de arriba abajo mientras se acercaban. El primero, al que tomó por el líder, tendría unos cuarenta y pocos años y era pálido, con una gran nariz que le dominaba casi todo el rostro.

Su compañero tenía unos ojos rasgados de aspecto malicioso y una expresión agria, con las comisuras de los labios hacia abajo. Ambos llevaban la clase de traje y sombrero que se podían ver por las calles de Sofía, y Wolff reconoció que le habría costado mucho identificarlos como agentes del NKVD en cualquiera de los bares en los que había estado la noche anterior.

Ninguno de los dos desprendía un aire que pudiera describirse ni remotamente como amistoso. El Narigudo se deslizó en el reservado frente a él, mientras que el Vinagres se quedó de pie, mirando a su alrededor. A Wolff, el nerviosismo de ambos le resultó curiosamente tranquilizador. Estaba claro que a ellos les preocupaban tanto los motivos de Wolff como a este los suyos.

Les habrían advertido del secuestro que Heydrich había fingido ante los británicos en Venlo.

Las dos partes se quedaron mirándose durante unos segundos hasta que Wolff preguntó en voz baja:

—¿Por qué no le dice a su colega que se siente y deje de llamar la atención sobre nosotros?

El Narigudo parpadeó, como sorprendido por la fluidez de Wolff, aunque debía de haber supuesto que hablaría ruso.

—Ilyin —respondió bruscamente.

—Schreiber —replicó Wolff en un tono igual de seco.

Ilyin no se molestó en presentar al Vinagres cuando el otro hombre se sentó a su lado. Se produjo otro silencio de unos segundos mientras ambos bandos esperaban a que el contrario enseñara sus cartas.

—¿Cuál es la propuesta de su Gobierno? —dijo Wolff finalmente con una nota de impaciencia.

Ilyin sonrió, como complacido por haber forzado a su adversario a mover ficha primero. Se volvió hacia el Vinagres.

—Tráenos unos cafés.

—Yo estoy bien, gracias —se apresuró a decir Wolff. Ni de coña iba a ingerir nada en aquel lugar.

Ilyin se encogió de hombros.

—Como quiera.

Se quitó el sombrero, lo dejó sobre la mesa y se echó un poco hacia atrás, visiblemente más relajado ahora.

—Sabe, esperaba a alguien un poco mayor —dijo con naturalidad —. ¿De verdad tiene usted autoridad para representar a su Gobierno?

Ignora cualquier juego mental, le había dicho Oster a Wolff. *Haz que lo pongan sobre la mesa.*

—¿La propuesta? —repitió.

Ilyin se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

—La propuesta es la que se describió a través de los búlgaros —respondió a través de una nube de humo—. A grandes rasgos, los mismos términos que en Brest-Litovsk en 1918, excluyendo la independencia de Georgia. El camarada Stalin no está dispuesto a perder su tierra natal. Sin embargo, sí incluiría las repúblicas bálticas, Bielorrusia y parte de Ucrania.

—No toda —añadió rápidamente.

—¿Qué parte? —preguntó Wolff por reflejo.

—Eso es materia de negociación —replicó Ilyin—. Por el momento, estamos hablando de principios. Nuestra oferta viene de lo más alto. La cuestión es, ¿a quién representa usted aquí? Como digo, no inspira mucha confianza que envíen a alguien tan joven.

—Todos nuestros demás rusoparlantes están ocupados con tareas de lectura de mapas en este momento —dijo Wolff.

Las fosas nasales de Ilyin se dilataron. No le hizo gracia la broma. El Vinagres regresó con dos cafés y puso uno delante de su superior.

Era espeso, negro y de textura casi cremosa. A Wolff le habían servido el mismo en el desayuno y no había sido capaz de beber más de unos sorbos. Puede que los rusos hubieran expulsado a los otomanos de los Balcanes, pero su influencia perduraba.

—Lo que requerimos por su parte es una prueba del interés de Hitler —continuó Ilyin—. Eso significa alguien de alto rango, como Ribbentrop o su ayudante, Reinhard Spitzy, en Estocolmo o Estambul. Discretamente, por supuesto. Pero necesitaríamos tales garantías para proceder. Entonces podremos elegir dónde queremos seguir reuniéndonos.

—Le preocupa que sea una trampa —dijo Wolff.

Son conscientes de que hay un movimiento de resistencia dentro de Alemania, había dicho Oster. *Lo que no saben es cuán fuerte es o quién está implicado.*

—No creo que esto sea una preocupación importante para la Unión Soviética —respondió Ilyin con cierta petulancia. Se metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y sacó un periódico con las puntas dobladas, que arrojó sobre la mesa. Wolff bajó la vista hacia el periódico sin tocarlo.

Lo habían doblado para mostrar un artículo en ruso titulado «Advertencias contra los rumores y la propaganda alemanes». Continuó leyendo.

El camarada Lavrenti Beria, Comisario General de la Seguridad del Estado y jefe del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, ha instruido a los ciudadanos para que desconfíen de los rumores de un propuesto «armisticio» difundidos por espías, saboteadores y saboteadores.

El camarada Beria declaró a Izvestia: «El enemigo es consciente de su inminente derrota y busca la ayuda de elementos antisoviéticos y contrarrevolucionarios para desmoralizar y detener los avances de las valientes tropas del Ejército Rojo».

El artículo seguía y seguía en el mismo tono grandilocuente, anticipándose en esencia a cualquier intento alemán de utilizar la tentativa oferta soviética como prueba de que la URSS estaba pidiendo la paz para evitar el colapso total. Era una jugada comprensible por parte del NKVD, dada la habilidad del Ministerio de Propaganda de Goebbels para aprovechar cualquier cosa que pudiera y convertirla en desinformación a favor de los nazis.

De hecho, el tono del artículo no era muy diferente de cualquier cosa que pudiera aparecer en el *Berliner Tageblatt* o en cualquiera de los otros periódicos férreamente controlados en Alemania. De lo que los soviéticos no se daban cuenta era de que Goebbels y la jerarquía nazi no sabían ni sabrían nada sobre estas conversaciones. Al menos hasta que fuera demasiado tarde.

—Inteligente —dijo Wolff, devolviendo el periódico al otro lado de la mesa—. ¿Pero qué quiere decir con «rábanos»?

—Los leales al antiguo régimen zarista —respondió Ilyin—. Rojos por fuera, blancos por dentro. En fin —continuó—, esta es la base de la… sugerencia. ¿Qué garantías puede ofrecernos su bando?

Tírate un farol, le había dicho Oster, *recalca que solo eres un enviado. Es lo que esperarían en esta fase, de todos modos.*

—Mi papel aquí es ver qué hay sobre la mesa —respondió Wolff—. Todo lo que puedo decirle es que esto se ha discutido de forma preliminar al más alto nivel. Naturalmente, necesitaremos estar seguros del compromiso de su Gobierno con cualquier posible acuerdo.

La boca de Ilyin se convirtió en una línea apretada.

—¿Compromiso? Le recordaré qué bando rompió el Pacto de no Agresión y atacó al otro.

—Y yo le recordaré qué bando acaba de tomar Smolensk y bombardeó el Kremlin la semana pasada.

Estamos en una posición de ventaja en este momento, compórtate como tal.

—Ambos sabemos que la Unión Soviética necesita este acuerdo más que el Reich. Así que, si se aprueba, habrá condiciones. Como la retirada de sus tropas a una cierta distancia de las nuevas fronteras para crear una zona de contención.

Ilyin asintió. Los rusos habrían previsto tal exigencia.

—¿Se le ha presentado esto ya a Hitler? —Aquello era interesante. En realidad, estaban trabajando sobre la base de que el acuerdo se estaba discutiendo entre altas figuras del Reich antes de presentárselo a Hitler. Lo cual, en cierto modo, era así.

—Soy un enviado para ver qué tienen que ofrecer —repitió Wolff —. Pero como le he dicho, puede estar seguro de que esto se está revisando al más alto nivel.

Ilyin frunció el ceño, pero no dijo nada. En una sesión informativa antes de su partida, Canaris y Oster habían predicho lo que los soviéticos esperarían de él, y se había acordado satisfacer esas presunciones en la medida de lo posible. Tal como se había previsto, había sido la más cautelosa de las danzas.

—¿Y ahora? —insistió Ilyin.

—Y ahora ambos informamos a nuestros superiores y las comunicaciones continuarán. ¿Dónde puedo localizarle para futuros contactos?

Ilyin escribió el nombre de una cafetería y una calle en un trozo de papel. Wolff no reconoció ninguno de los dos, pero supuso que encontraría el lugar fácilmente.

—Puede dejarme un mensaje allí. Si nosotros queremos dejarle uno a usted, iremos a Riunione.

—Bien —respondió Wolff. No tenía ningún problema en volver al lugar donde trabajaba Anna. Hizo una pausa, recordando el consejo de Oster—. Huelga decir que es necesaria la máxima discreción en torno a estos asuntos, ¿verdad? —dijo Wolff.

Ilyin se sintió visiblemente ofendido por el tono arrogante adoptado por un hombre tan joven, pero era el acto final de la coreografiada actuación acordada en Berlín.

Se supone que te consideras un miembro de la raza superior. Compórtate como tal.

—No habrá filtraciones por nuestra parte —replicó Ilyin con rigidez.

—Muy bien —dijo Wolff—. Creo que sería mejor que nos fuéramos por separado, entonces. Usted y su camarada pueden irse primero. —Sonrió al otro hombre, que le devolvió una mirada fulminante—.

—Puede que ahora sí me tome ese café.

Observó a la pareja marcharse sin decir una palabra más y consultó su reloj. Acababan de dar la una y media de la tarde, pero había sido una mañana muy agotadora. Levantó el brazo hacia la anciana, que le devolvió la mirada con desinterés.

—Un aguardiente, por favor.

11

El punto de encuentro con los rusos, en constante cambio, había llevado a Wolff por pura casualidad muy cerca de adonde tenía que dirigirse después. La legación alemana se encontraba en una imponente mansión de estilo renacentista mediterráneo en el bulevar Patriarca Eutimio, en el extremo sur del casco antiguo de la ciudad.

El hecho de que fuera la hora de comer, momento en el que probablemente estaría casi vacía, era una ventaja. El racionamiento en toda regla aún no había llegado a Bulgaria, aunque Wagner le había hablado de episodios cada vez más frecuentes de lo que los restaurantes locales denominaban «viernes sin carne», en los que lo único que había en el menú era un plato de alubias.

Como era jueves, la mayor parte del personal diplomático, incluido el entrometido jefe del Abwehr, estaría fuera dándose un festín antes de las posibles privaciones del día siguiente. Solo un colega no se uniría a ellos: el criptógrafo de la legación, Pfeiffer, de quien Oster también le había asegurado que era «uno de los nuestros».

Oster había informado al hombre de que tendría que permanecer en la legación todo el día mientras durase la misión de Wolff, por si se requería su presencia para algún mensaje urgente.

Pfeiffer lo hizo entrar en el edificio vacío y lo acompañó hasta el pequeño despacho cerrado con llave que constituía la sección del Abwehr. Wolff se puso a redactar y a cifrar su mensaje. Como la mayoría de las comunicaciones militares, era escueto y directo.

La libreta de un solo uso que le había entregado Oster se consideraba prácticamente indescifrable, pero, aun así, su mensaje no se enviaría al Bendlerblock. Oster tenía una batería de teléfonos en su escritorio que formaba parte de una red de telecomunicaciones conocida como la «red A», para comunicarse con las lejanas oficinas del Abwehr.

Aunque se consideraba que estaba encriptada y, por tanto, era segura, aún existía la posibilidad de que el SD hubiera conseguido acceder a algunas de sus líneas o a todas ellas. Si sus expertos lograban descifrar alguna vez la transmisión a las máquinas de telégrafo de la red A, sería una sentencia de muerte para todos ellos.

En su lugar, la nota se transmitió al cuartel general del Ejército de Reserva, cuyo comandante en jefe, el coronel general Friedrich Olbricht, era uno de los confederados de Canaris y Oster. Eran las tropas de Olbricht las que recibirían la orden de acompañar a unidades selectas de los brandenburgueses para atacar la Cancillería y capturar al loco que había dentro cuando finalmente llegara el momento.

Su superioridad numérica sería suficiente para doblegar incluso a los miembros de la élite de la División *Leibstandarte SS Adolf Hitler*, que hacían de guardaespaldas de su amado Führer. Una vez enviado el mensaje, Wolff se dirigió de vuelta a su hotel, dejando instrucciones a Pfeiffer para que lo llamara en cuanto hubiera una respuesta.

El subterfugio de capa y espada del NKVD y la necesidad de contravigilancia le habían supuesto casi tres horas para llegar a la legación. Ahora, sin embargo, calculó que no estaba a más de veinte minutos a pie del Slavyanska Beseda y planeaba disfrutar del paseo en un día de brillante sol balcánico.

Pero poco después de abandonar la legación, el mismo Daimler que lo había recibido en el aeropuerto se detuvo a su lado.

—Herr Schreiber —lo llamó Tashev desde el asiento trasero.

Wolff fingió sorpresa.

—Comandante, ¿qué hace usted…? No me estará siguiendo, ¿verdad?

Tashev le dedicó una sonrisa, pareciendo apreciar la devoción de Wolff por el juego.

—¿Seguirlo? En absoluto, Herr Schreiber. Aunque supongo que sería bastante difícil intentarlo. Resulta que un colega mío estaba ayer en su misma calle y lo vio realizando lo que parecían ser maniobras de contravigilancia.

—Pensó que era algo bastante extraño para un representante comercial. No, pasaba por aquí y lo he reconocido. He pensado que podría llevarlo de vuelta a su hotel. A no ser, claro, que pueda llevarlo a alguna cita comercial que tenga.

Tashev salió del coche y se plantó en la acera, con la puerta abierta. Su lenguaje corporal obstructivo contradecía por completo sus palabras.

—Por favor.

Wolff se sentó a regañadientes en el vehículo y Tashev rodeó el coche hasta el otro lado, donde su chófer uniformado ya lo esperaba con la puerta abierta.

—¿Cómo va su viaje? ¿Ha vendido muchas cosechadoras? —preguntó Tashev despreocupadamente mientras el coche arrancaba de nuevo.

—Va bien, comandante, gracias —replicó Wolff—. Por desgracia, no puedo hablar de los detalles de mi misión por motivos de confidencialidad comercial.

Tashev sonrió.

—Sí, es un negocio competitivo en el que está usted, ¿no es así, Herr Schreiber? El de las ventas, quiero decir. Parece que últimamente llegan a Sofía todo tipo de personalidades en aviones fletados especialmente solo para intentar colocar diferentes cachivaches. Ayer, otros dos en un vuelo que, por lo demás, venía vacío.

Wolff giró la cabeza para mirarlo y se encontró con que Tashev le devolvía la mirada, con toda la ligereza desvanecida. Le pasó una

fotografía de dos pasaportes alemanes a nombre de Rudolf Möbert y Alfred Bonsen. Evidentemente, ahora era práctica habitual registrar los rostros de los nuevos visitantes del Reich.

El hombre que se hacía llamar Möbert era el de aspecto más veterano de los dos y miraba a la cámara con agresividad en la foto. Bonsen, por su parte, lucía algo parecido a una mueca de diversión burlona. Los pasaportes eran incuestionablemente falsos, y a Wolff le pareció que las imágenes habían sido tomadas especialmente para ellos, tan evidente era la lúgubre determinación en los ojos de ambos hombres.

Todo apuntaba a que estaban en Sofía con un propósito específico. Wolff esperaba que no estuviera relacionado con el suyo.

—Curiosamente, sin embargo, estos dos individuos parecían tener ya amigos en la ciudad —continuó Tashev—. Envié a dos de mis hombres, pero no los encontraron porque su vuelo llegó antes de tiempo. Sin embargo, sí vieron quién los recogió y se los llevó en coche. El brigadier Friedrich Panzinger, el agregado de la Gestapo en la legación alemana.

Ahora, los ojos de Tashev lo taladraban con la mirada, escrutando su rostro en busca de una reacción.

—Verá, Herr Schreiber, todo esto es bastante irregular. Un alemán en edad de servicio militar llega solo en un vuelo chárter y dice ser un vendedor de maquinaria agrícola.

—Al día siguiente, otros dos compatriotas suyos, también en edad de servicio militar y de paisano, llegan en otro y los recibe el oficial residente de la Gestapo. Y ahora no tengo ni idea de dónde están estos hombres ni de qué hacen en Sofía. ¿Qué se supone que debo pensar, Herr *Schreiber*?

Habían llegado al hotel. Wolff se giró y miró por la ventanilla mientras sopesaba su respuesta. Había un matiz forzado en el tono del búlgaro, y Wolff comprendió que tendría que darle algo para no granjearse un enemigo acérrimo.

Tashev obviamente sospechaba que los recién llegados estaban compinchados con él, aunque en realidad podrían ser hombres del SD enviados para contrarrestar la misión de Wolff. El papel del

búlgaro consistía principalmente en evitar cualquier incidente en su propio territorio que pudiera arrastrar a su país de lleno a la guerra.

Pero Tashev tenía otra preocupación aún más acuciante. Una que compartía con el zar Boris III. Impedir un posible golpe de Estado patrocinado por los alemanes como el que se había intentado en Rumanía. Wolff podía utilizar eso —y, por tanto, a Tashev— para apartarse a sí mismo del foco y ponerlo de lleno sobre Möbert y Bonsen, lo que podría ayudar a frustrar cualquier plan que tuvieran en marcha.

Salió del coche y se volvió hacia el búlgaro.

—Puedo asegurarle, comandante, que no estoy en su país para causar problemas. También puedo asegurarle que no sé nada de lo que hacen aquí estos dos hombres, pero, como usted dice, la forma en que han llegado es un tanto extraña.

—Quizá desee investigarlo más a fondo. Al fin y al cabo, todos hemos visto lo que los *agents provocateurs* han hecho en otros lugares de esta parte del mundo.

Giró sobre sus talones y entró en el hotel, sintiendo los ojos de Tashev clavados en él a cada paso que daba.

***

El primer instinto de Wolff al llegar al hotel fue volver inmediatamente a la legación para enviar otro mensaje cifrado exponiendo lo que Tashev acababa de contarle. Pero tras darle vueltas al asunto mientras se tomaba una copa en el bar del hotel, decidió que podía esperar.

En primer lugar, porque si los dos recién llegados eran una injerencia del SD, bien podría encontrarse con ellos allí. También existía la posibilidad de que Tashev se estuviera tirando un farol para poner a prueba sus reacciones, aunque Wolff le creía. Por último, pero no por ello menos importante, estaba el orgullo profesional de Wolff.

Durante la mayor parte del año anterior, se había valido de su ingenio y confianza para mantenerse con vida. Sofía no era ni de lejos tan peligrosa como el frente. Completar su misión mientras eludía la vigilancia del SD debería estar a su alcance. Tenía que estarlo si quería llegar algún día a Riga.

Sin nada más que hacer, subió a su habitación a echar una siesta y lo despertó una llamada telefónica de Pfeiffer una hora más tarde. Le dijo al criptógrafo que lo esperara y se vistió para dar el corto paseo hasta la legación.

Esta vez, eran dos en la terraza y en mucha mejor forma que el individuo orondo de esa mañana. Ambos llevaban gabanes que les llegaban a las pantorrillas a pesar del calor, muy probablemente para ocultar cualquier arma que pudieran llevar debajo.

No hicieron ningún intento por disimular lo que estaban haciendo, y Wolff no hizo ningún intento por quitárselos de encima. De todos modos, habría sido imposible, dado que no se separaron de él más de diez pasos. En ese momento, se alegraba de tenerlos allí. Actuarían como escudo contra cualquier posible acercamiento del SD.

Ya pensaría más tarde en cómo lidiar con ellos en caso de que hubiera otra reunión con los rusos. Después del enfrentamiento anterior con Tashev, Wolff estaba ansioso por ver la respuesta de Oster, pero resultó ser bastante decepcionante. *Dales largas. Di que nos reuniremos en Estocolmo, pero que solo enviaremos a nuestro embajador*.

Fue una jugada inteligente por parte de Oster. El embajador no era el alto cargo nazi que exigían los Ivanes, pero, aun así, era una figura reconocible. El NKVD sabría a través de sus espías el férreo control que Ribbentrop ejercía sobre su ministerio, así que darían por hecho que el ministro de Asuntos Exteriores del Reich formaba parte de la conspiración.

Wolff no tenía ni idea de si Oster tenía una estrategia o si simplemente estaba improvisando sobre la marcha. Sin embargo, esperaba no convertirse en el intermediario de un prolongado tira y afloja entre los conspiradores y el NKVD.

No podría esquivar al SD durante mucho tiempo. Pfeiffer no mencionó nada de que hubieran visto al brigadier de la Gestapo Panzinger en la legación con dos recién llegados de Berlín, y Wolff no le preguntó. En vez de eso, codificó otro breve mensaje describiendo lo que Tashev le había contado y se lo dio a Pfeiffer para que lo enviara.

Consultó su reloj. Eran casi las siete y media de la tarde. Hora de hacer otra visita al Riunione. Cuanto antes pudiera concertar otra reunión con los rusos, antes podría largarse de Sofía. Y, tenía que admitirlo, la perspectiva de pasar más tiempo en compañía de Anna también era bastante tentadora.

Él y sus dos perseguidores regresaron al Slavyanska Beseda, donde Wolff se cambió y se puso otro traje. Se sorprendió a sí mismo preguntándose si lo hacía por él o para impresionar a la chica de alterne vienesa.

Ahora que se había hecho a la distribución de la ciudad, Wolff recorrió a pie la corta distancia que separaba el hotel del Riunione, en el bulevar Dondukov, de nuevo seguido por los de los abrigos, que tomaron posiciones en extremos opuestos de la barra. No le preocupaba que lo vieran con Anna, algo que podría hacer pasar de forma plausible como un extranjero solitario en la ciudad que busca compañía femenina.

A pesar de lo temprano que era, el bar estaba tan lleno como la noche anterior. Wolff pidió una copa y recorrió el salón con la mirada. No había ni rastro de la pareja del NKVD, lo que no le sorprendió. Dudaba que el camarada Stalin aprobara que se pasaran el rato en una taberna capitalista burguesa sin necesidad.

Al principio tampoco vio a Anna, pero al final la localizó en un reservado con lo que parecía un grupo de hombres de negocios italianos. Sintió una punzada instantánea de celos y se dijo a sí mismo que espabilara. Se iría de Sofía en cuestión de días y no volvería a verla nunca más.

Se volvió hacia su copa y vio que el camarero servía con obsequiosidad a los de los abrigos, a quienes claramente reconoció. Wolff se preguntó si alguien más lo hacía. Pasados unos minutos, sintió una presencia a su lado y se giró para encontrarse a Anna allí de pie.

—¡Hermann, qué agradable sorpresa! —dijo con un ligero matiz sardónico, como si hubiera estado segura de que volvería. Él le devolvió la sonrisa, ocultando con indiferencia la emoción que sintió al tenerla de nuevo a su lado. «Esta chica vive de las propinas de los

clientes satisfechos del bar», se recriminó a sí mismo. «Claro que se alegrará de verme».

Aun así, se sintió incómodo y de repente se le trabó la lengua, tanto que se maldijo por las palabras que a continuación se le escaparon: —¿Tienes más mensajes para mí? —Anna retrocedió un paso y lo miró con sorna—. ¿De verdad, Hermann? ¿Eso es todo lo que soy para ti? ¿Una mensajera?

Apartó la vista y fingió poner un mohín. —Pensé que podríamos divertirnos un poco primero. —Justo en ese momento, la banda empezó a tocar a un ritmo más animado, y Wolff, desesperado, tomó la iniciativa de la única manera que sabía. Mientras la guiaba con destreza por la pista, pudo ver el placer genuino que ella sentía.

Otras parejas también se apartaron un poco y les dejaron espacio para lucirse. Durante unos instantes, volvieron a ser el centro de atención. Wolff sintió de nuevo el subidón de ego de tener docenas de pares de ojos masculinos envidiosos sobre él. Demasiado pronto, la melodía terminó y se encontraron de nuevo en la barra; Anna estaba sofocada por el esfuerzo, pero seguía radiante.

La fina capa de encanto coqueto que solía ofrecer había sido reemplazada por la alegría inequívoca de moverse en un ritmo perfecto con la música. —¿Dónde demonios has aprendido a bailar así, Hermann? Eres de los pocos hombres, quizás el único hombre que he visto entrar aquí, que sabe bailar de verdad.

Así que Wolff se lo contó. Las noches de verano en Porto Alegre, pasadas en lugares como Areal da Baronesa y Colonia Africana, donde los miembros de la banda de *forró* eran emigrantes del árido y pobre noreste de Brasil que habían viajado cientos de kilómetros hacia el supuestamente más rico sur, solo para acabar en un suburbio diferente.

El juego de pies preciso necesario para mantener a la pareja cerca y evitar chocar contra otras parejas en las abarrotadas chabolas que hacían las veces de salas de baile, evitando así provocar una pelea de borrachos. Y el orgullo que sintió al aprender y mejorar al darse cuenta de que los lugareños lo habían aceptado como uno de los suyos, a pesar de la discriminación y el desdén que recibían a diario

de su padre y otros miembros de la comunidad de inmigrantes alemanes.

Beber hasta altas horas de la noche antes de volver a casa a pie sin ser molestado a través de las viviendas improvisadas, porque todos sabían quiénes eran sus colegas y las consecuencias de tocarle. Era un *alemão*, un alemán, sí. Pero también era uno de ellos.

Cuando se detuvo, a ella le brillaban los ojos, y él pudo ver que ahora lo veía con otros ojos. Aun así, había vacilación. —¿Pero qué pensaría el gobierno de tu país de tal comportamiento? —preguntó ella finalmente—. ¿Mezclarse con… *razas inferiores*?

Una prueba, claramente. Pero aunque sus instintos le decían lo que ella quería oír, años de no decir nada inapropiado en Hamburgo lo frenaron. Finalmente, cedió. —No creo en ninguna de esas patrañas —respondió en voz baja—. Y no creo que lo haga nunca.

La expresión de ella se suavizó. —¿Quizás podrías invitarme a una copa, Hermann? —Así que lo hizo. A la que siguió otra y otra. Se retiraron a uno de los reservados, lo que, según Anna, enfadaría a Mamichka —que supuso que era la dueña—, ya que tenía capacidad para seis clientes en lugar de solo dos.

Entonces ella se sinceró con él, al principio un poco, luego más, antes de que todo saliera de ella en un torrente. No estaba en Sofía por elección propia, le dijo. Se había marchado de Viena tras el *Anschluss*, pues no le gustaba el nuevo régimen nazi y temía lo que estaba por venir.

Sus padres habían muerto, víctimas de la gripe española que siguió a la Gran Guerra, y la habían criado sus abuelos, que la enviaron a la academia de ballet de la *Wiener Staatsoper*, cosa que le había encantado. —¡Ah, eres bailarina! —Wolff dio una palmada.

La razón de su gracia y entusiasmo en la pista le quedó clara entonces, y se alegró de que la compenetración entre ellos aumentara. Pero la sonrisa que ella le dedicó en respuesta no era la de quien ha descubierto un alma gemela. En cambio, estaba teñida de tristeza.

Había sido bailarina, dijo, pero ya no lo era. Y dudaba que volviera a serlo. Junto con bastantes otras alumnas de la academia, se había

visto obligada a huir cuando Austria fue anexionada al Reich.

Incapaz de conseguir un visado para Suiza, se había ido primero a Budapest, pero se había mudado de nuevo a medida que Hungría adoptaba más y más políticas cuasinazis en un intento de ganarse el favor de Hitler y evitar una posible invasión. Ahora estaba aquí, donde noche tras noche sonreía y bailaba con hombres borrachos que podrían ser su padre, cuyas manos tenía que subirle a los hombros cuando se le resbalaban «accidentalmente» por la espalda.

Mamichka la trataba bien, pero veía que las cosas en Bulgaria iban por el mismo camino que en Hungría. El Gobierno, aunque a regañadientes, había introducido leyes similares a principios de ese año, aunque todavía no se habían aplicado. Si empezaban a hacerlo, podría quedar atrapada.

Los alemanes habían ocupado Yugoslavia al este y Grecia al sur. Al norte, Rumanía era tan fascista como el resto, y más allá estaban las líneas del frente. Eso dejaba Estambul, donde el gobierno había limitado estrictamente la inmigración a los de la «raza turca». Wolff vio claramente por dónde iban los tiros.

—¿Eres judía? —Ella lo miró con súplica en los ojos. Le había desnudado su alma, poniendo potencialmente su vida en sus manos. Él supo mientras lo decía que estaba cometiendo otro error, pero no pudo evitarlo de todos modos—. Te sacaré de aquí.

Ella lo miró fijamente, evidentemente desesperada por creer sus palabras, pero también plenamente consciente de que era un hombre al que acababa de conocer la noche anterior y, como mínimo, una especie de miembro no declarado del ejército del Reich, si no un espía del régimen nazi.

Había conocido a suficientes como para reconocerlos por su porte, aunque hasta ahora se hubiera evitado delicadamente el tema. —¿Adónde, Hermann? ¿Cómo?

—No lo sé, y tendrás que darme algo de tiempo —respondió Wolff —. Pero te juro por Dios que lo haré, aunque sea lo último que haga. Y mi nombre no es Hermann. Es Ako. —La esperanza brilló en sus ojos, y Wolff de repente sintió un miedo terrible.

La enormidad de lo que estaba prometiendo no admitía ambigüedad, y sería otro favor complicado que tendría que pedirle a

Canaris, enfureciendo sin duda a Oster al mismo tiempo. También existía la posibilidad de que se tratara de una trampa, diseñada para pillarlo *in flagrante* con una inmigrante ilegal de extraordinaria habilidad para la actuación.

Sirviéndole así a Tashev el medio perfecto para que lo expulsaran del país por comportamiento inmoral. Si era así, había tenido un éxito rotundo, porque, bajo la atenta mirada de los de los abrigos al final de la barra, Wolff era ahora esclavo de sus emociones y deseos.

Así que cuando ella se inclinó y sugirió tímidamente que fueran a su hotel, lo único que pudo hacer fue asentir sin palabras y pedir la cuenta con un gesto, con la boca demasiado seca para siquiera pronunciar las palabras.

12

Aunque el hotel estaba a solo unos minutos a pie, Wolff no estaba de humor para esperar a estar a solas con la chica. Pararon un taxi y le dio al conductor el nombre del hotel. Al llegar, le arrojó al hombre casi el doble de la tarifa en lugar de esperar a que contara el cambio.

Ya en la habitación, su primer encuentro fue frenético y nervioso. Después, se abrazaron un rato antes de que él estuviera listo de nuevo. Esta vez se tomaron su tiempo, casi como por un acuerdo tácito, y cuando por fin se estremecieron juntos, sintió un vínculo con esa mujer que nunca había compartido con ninguna de las pocas amantes que habían pasado por su vida.

Yacieron juntos en la oscuridad y entonces ella empezó a hacerle preguntas más detalladas sobre él. Comprendió que no era mera curiosidad ni por dar conversación, sino información que necesitaba si iba a depositar su fe en él.

Así que Wolff respondió con sinceridad. Le esbozó la huida de sus padres de Letonia después de la última guerra a instancias de su padre, Ludwig Wolff, que insistía en que la discriminación contra los *Baltendeutsche* les había hecho imposible quedarse.

Cuando, años más tarde, le había preguntado a *Mammu* por la naturaleza de aquella injusticia, ella había sonreído con tristeza y él había llegado a comprender que esa no era más que la primera de una serie de excusas que utilizaba su padre para quitarse de en medio cuando las cosas no le salían como quería.

Ese conocimiento había creado un vínculo secreto entre él y *Mammu*, que había llegado a llevar una existencia separada de su marido en Brasil. Había despreciado a los estirados inmigrantes alemanes de la zona, que se consideraban superiores tanto a los brasileños nativos como a ciertos estratos de su propia comunidad.

Mientras tanto, su padre se había pasado el tiempo inmerso en una frenética escalada social, sin ser consciente, según su esposa, de que aquellos a los que consideraba sus iguales nunca lo aceptarían del todo. Wolff se había educado en alemán, pero aprendió portugués en el almacén de su padre, donde Ludwig lo había utilizado como traductor y amortiguador social entre él y los hombres que cargaban sus pesados sacos de café en los barcos con destino a Europa y Norteamérica.

Allí también había chapurreado algo de español e inglés por sus interacciones con las tripulaciones de los cargueros mientras esperaban a que sus barcos fuesen cargados. Pero su madre nunca consiguió aprender más que unas pocas palabras de la lengua nativa de su nueva tierra.

Limitada a interactuar con gente por la que sentía desprecio, llevó una existencia desesperadamente solitaria y añoraba su hogar. Había insistido en hablar con Wolff tanto en letón como en ruso por si alguna vez volvían a Letonia, pero ambos fueron lo bastante listos como para ocultárselo a Ludwig.

Este se había vuelto un intolerante aún más estridente desde que descubrió el nazismo. Las teorías raciales de Hitler encajaban a la perfección con los prejuicios preexistentes de Wolff sénior, y su hijo se veía obligado a ocultar sus amistades y sus partidos de fútbol con los chicos de la zona para evitar un largo y pomposo sermón, una paliza o ambas cosas.

Wolff pudo ver a Anna hacer una mueca de dolor mientras describía las tribulaciones de su madre. La insensibilidad del varón

nazi no la sorprendía, pero supuso que le horrorizaba ver que la intolerancia de la que intentaba huir existía también al otro lado del mundo.

—¿Pero qué hizo tu madre al final? —preguntó ella finalmente—. ¿Se mudó a Alemania con tu padre? —Wolff guardó silencio un momento. Siempre había sido su teoría particular, que nunca había compartido con nadie, que la enfermedad de *Mammu* había sido la forma que tuvo la naturaleza de liberarla de esa carga.

La represión de las actividades nazis por parte del dictador Vargas fue solo una parte de la razón por la que Ludwig Wolff armó tanto alboroto con la idea de trasladarse a lo que él llamaba ridículamente su patria. La verdad era que el negocio de su padre estaba en aprietos y Wolff sénior no podía soportar la pérdida de prestigio que ello conllevaría.

Su madre, que había seguido de cerca los acontecimientos en Europa, estaba horrorizada ante la idea de mudarse a un país cuyo líder buscaba la guerra descaradamente. Mientras agonizaba, le había suplicado a su hijo que convenciera a su padre para que se quedase. Pero Ludwig no se dejaba convencer y reaccionaba con creciente ferocidad a los intentos de hacerle cambiar de opinión.

Cuando eso quedó meridianamente claro, *Mammu* le había hablado en cambio de Riga y le había suplicado a su hijo que viajara allí y encontrara lo único que todavía apreciaba, a pesar de todo el tiempo que había pasado. Y él, con lágrimas en los ojos, le había prometido que lo haría.

Wolff no podía ver el rostro de Anna mientras yacían juntos en la oscuridad, pero sintió cómo sus brazos se apretaban a su alrededor por un momento. Se dio cuenta de que a ella le habría alegrado y aliviado enormemente oír tales historias del hombre en quien ahora depositaba sus esperanzas.

—Parece que tu padre ha sido muy injusto contigo —dijo ella al fin —. ¿No pensaste en quedarte tú en Brasil y dejar que él volviera solo? —A él nunca se le había ocurrido, admitió Wolff. Por muy mal que estuvieran las cosas entre ellos, Ludwig era todo lo que tenía.

Pronto, Anna desvió la conversación con delicadeza hacia cómo la ayudaría él a llevar a cabo su propia fuga. En este punto, Wolff fue

escaso en detalles, más allá de una posible huida a Suiza or Portugal. Brasil era un lugar donde podría empezar una nueva vida, insistió.

El país también tenía sus problemas y carecía de las infraestructuras del viejo continente. Pero aun así era un sitio donde podría encontrar su sitio y quizás incluso resucitar su sueño perdido de convertirse en algún tipo de bailarina. Un barco a Palestina, donde se dirigían muchos refugiados judíos que huían de los horrores de Europa, era otra opción.

Pero para que cualquiera de las dos cosas sucediera, Wolff primero tendría que llevar a cabo la tarea para la que había sido enviado a Sofía. Probablemente tendría que regresar a Alemania —y con suerte a Riga— durante un tiempo antes de poder volver a Bulgaria para ayudarla.

Le estaba pidiendo que confiara en él, que aguantara solo un poco más para que él pudiera colocar las piezas que le permitirían huir. ¿Podía hacerlo? ¿Depositar en él una fe que él prometía con todo su corazón no traicionar?

No hubo respuesta inicial, y al principio Wolff temió que ella rechazara tales súplicas, posiblemente porque ya había oído promesas similares antes, solo para que su formulación se desvaneciera después en la noche. Solo cuando sintió la humedad en su pecho comprendió que no podía hablar.

La emoción brotó también en él hasta que ambos estuvieron llorando en silencio juntos durante unos minutos. Avergonzado, y para hacer avanzar la conversación, aprovechó la oportunidad para presionarla en busca de detalles que pudieran ayudar a su misión, consciente también de que cualquier información que pudiera atribuirle reforzaría sus argumentos para una extracción.

Esperaba que ella se diera cuenta de que se lo pedía a regañadientes, que nada era gratis en esta guerra cruel y detestable. Sin embargo, temía que, al hacerlo, la hubiera decepcionado de alguna manera, tanto con él como con su propia ingenuidad.

El sistema que operaba en el Riunione era relativamente simple. Todos los mensajes que las alternadoras pasaban a los clientes llegaban a través del jefe de barra, Kostadinov, quien recibía las

respuestas junto con los pedidos de bebidas. Los motivos de Kostadinov no estaban claros, y el asunto nunca se discutía entre las chicas, al menos no con aquellas con las que Anna tenía amistad.

Ella siempre había sospechado que el barman era comunista. Tenía un aire febril y reservado, como si su papel subrepticio estuviera al servicio a un propósito más elevado. ¿No podría ser igual de bien un fascista fanático?, había preguntado Wolff. Entonces, ¿por qué esconderse?, había insistido Anna en respuesta.

El zar Boris III había prohibido oficialmente las organizaciones de extrema derecha como los Ratniks y la Unión de Legiones Nacionales Búlgaras al principio de la guerra. Sin embargo, sus miembros todavía desfilaban abiertamente con las camisas rojas que vestían en un esfuerzo por «reconquistar» el color a sus odiados enemigos.

No así los comunistas, que eran activamente reprimidos desde el intento de asesinato del zar en 1925. Todo esto era información de fondo útil para Wolff, pero sería información de sobra conocida para gente como Wagner. A la Abwehr no le importarían las inclinaciones políticas de un camarero de bar de cabaret.

Cuanta más información pudiera darle sobre la actividad soviética en Sofía, le dijo él, más fácil le sería sacarla de allí. Ella se quedó callada un segundo, quizás porque todas las pretensiones sobre su presencia en Sofía habían sido abandonadas. Era posible que se preguntara si había caído en su propia trampa de seducción.Lo intentaría, dijo, pero tendría que tener cuidado. Nunca había leído las notas que pasaba de Kostadinov a los clientes; de todos modos, muchas estaban en un indescifrable alfabeto cirílico. Pero lo haría lo mejor que pudiese. Wolff pudo oír el temblor en su voz, y se le rompió el corazón por lo que le estaba pidiendo a una mujer a la que se había apegado desmesuradamente en el lapso de cuarenta y ocho horas.

Se había marchado poco después, vistiéndose de espaldas a él incluso con la tenue luz de la calle que entraba por las cortinas. Tal pudor fue para él una confirmación más de su autenticidad. Después de que ella le susurrara un adiós, lo besara y se fuera, enfática en que volvería a casa sana y salva por sus propios medios, Wolff se había quedado allí tumbado, dándole vueltas a todo.

El sueño no había sido un problema desde que Wolff había sido enviado al frente y había aprendido a arañar unas horas de descanso en cualquier superficie disponible, sin saber cuándo llegaría la próxima misión nocturna. Pero aquí, en su cómoda cama de hotel, le era esquivo.

En parte era una incrédula emoción por su noche de pasión con una mujer tan joven y hermosa que correspondía ávidamente a sus deseos. Las señales físicas de su excitación habían sido obvias e innegables. Pero también estaba la imponente realidad de su promesa de rescatarla, que ahora pesaba sobre él.

Necesitaría algo de tiempo para concretar los detalles, pero había jurado por la vida de su difunta madre que no le fallaría. La mecánica para sacarla de allí era relativamente sencilla: documentos de viaje falsos por cortesía de Canaris le conseguirían un pasaje a Suiza o a un lugar más lejano si lo deseaba.Obtener esos documentos requeriría un resultado exitoso aquí en Sofía, y eso distaba mucho de estar garantizado en ese momento. Al final, fue el insomnio lo que hizo que estuviera despierto cuando entraron con las primeras luces del alba. Eso y la corpulencia del gordo al que, inexplicablemente, habían traído consigo.

Su primer error fue el ruidoso acercamiento. La áspera orden al lacayo del hotel para que abriera la puerta y el subsiguiente traqueteo de la llave en la cerradura hicieron que se levantara de la cama antes de que entraran. No había armas a mano, así que cogió desesperadamente una almohada, sintiéndose ligeramente ridículo mientras la puerta se abría de un empujón y el incompetente y rotundo vigilante entraba de un salto.

Le seguía un Tashev que no sonreía, mientras que detrás de ellos el aterrorizado gerente de noche se daba la vuelta y huía por el pasillo. El gordo sonreía, disfrutando de su momento de venganza mientras apuntaba a Wolff con la pistola Luger P08 que sostenía.

Fuera lo que fuese, era serio, aunque el primer pensamiento de Wolff fue que el Departamento D tenía mucho que aprender sobre cómo pillar desprevenidas a sus presas visitándolas en la oscuridad de la madrugada. Sin embargo, no tuvo tiempo de reflexionar más, pues Tashev se saltó los preliminares y espetó: —Vístase.

Wolff se irguió e intentó ganar tiempo. —¿Qué significa esto, comandante? Soy ciudadano del Reich, y le aseguro que presentaré una enérgica protesta ante mi delegación. —Tashev no pestañeó. Extendió la mano hacia el gordo para coger el arma y ladró una orden, lo que llevó a su subordinado a sacar un par de esposas de su bolsillo y avanzar hacia Wolff, que levantó la almohada para protegerse.

—¿De qué se trata esto, comandante? —gritó Wolff de nuevo, con mucha menos bravuconería. Tashev no respondió, pero el gordo le complació en un alemán pobre y con mucho acento. —Te vimos con ella anoche. No nos mientas.

Por un segundo, Wolff pensó que lo estaban deteniendo en una especie de absurda redada antivicio, pero otra mirada al rostro de Tashev confirmó que algo mucho más grave se cocía ahí. El gordo estaba ahora cerca y enfadado. —No estás en Alemania, no puedes hacer estas cosas. —Entonces lo comprendió, como una bofetada en plena cara.

Anna.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? ¡Dígamelo! —Tashev lo miraba ahora de otra manera, como recalculando la situación. Había un atisbo de pesar en su expresión. —Está en el depósito de cadáveres, Herr Schreiber —replicó, habiendo desaparecido su brusquedad—. Y me temo que va a venir con nosotros.

13

Por un instante, el estupor dejó a Wolff sin habla. La hermosa chica cuyo perfume aún impregnaba la habitación estaba muerta, y era por su culpa. Su aturdimiento permitió que el gordo se acercase más, lo que devolvió a Wolff a la realidad de un tirón.

—¡No diga ridiculeces, comandante! —exclamó, empujando hacia atrás a su presunto captor—. ¡He estado aquí toda la noche! Ella se marchó sola hace horas e insistió en que volvería a casa por su cuenta. Pregúntele al gerente de noche. —Pero Tashev permaneció impávido, y entonces Wolff comprendió lo estúpido que había sido.

En lugar de protegerlo, su encuentro con Anna frente a los búlgaros que lo vigilaban le había dado a alguien la oportunidad de neutralizarlo de la forma más sencilla. Que fuera el SD o un tercero distinto era irrelevante en aquel momento. La misión se estaba desmoronando ante sus propios ojos.

Veía que Tashev no lo creía responsable, pero alguien tendría que pagar por aquella muerte. Si cargarle el muerto a Wolff servía a la vez para quitarse a Tashev una piedra del zapato y anular una investigación potencialmente perjudicial sobre la incapacidad del Departamento D para controlar su territorio, así sería.

Frente a todo eso, encontrar al verdadero asesino de una refugiada judía era de poca importancia. En el mejor de los casos, a Wolff lo enviarían a casa cubierto de deshonra, la protección de Canaris necesariamente retirada y las posibilidades de seguir hacia Riga extinguidas.

En el peor, una larga condena en una prisión búlgara cuyas condiciones harían que el campo de concentración de Flossenburg pareciese un balneario en las montañas de Baviera. Tashev hizo un levísimo gesto con la cabeza al gordo, que abrió ambos lados de las esposas y se acercó a él. Era todo lo que Wolff necesitaba.

Forcejeó con su oponente, usando la corpulencia del hombre como escudo contra la Luger que Tashev empuñaba. Tashev le gritaba ahora a su incompetente subordinado, sin duda deseando haber traído a un colega de mejor calibre. Sin embargo, el gordo no era mejor reduciendo físicamente a un objetivo que siguiéndolo.

Presa del pánico por la ira de Tashev, intentó descargar su peso sobre Wolff, que se movió ligeramente. Cuando su adversario trató de enderezarse para no perder el equilibrio y caer, Wolff le trabó una pierna detrás del tobillo y lo empujó, haciéndolo tambalearse hacia atrás contra Tashev y arrastrando a Wolff consigo.

Los tres cayeron torpemente entre la cama y la pared, con Tashev en el fondo de su desordenado montón. Al hacerlo, se oyó un disparo, y el gordo gruñó y soltó la muñeca de Wolff.

Tashev maldecía ahora a Wolff en búlgaro. Una de las manos del comandante estaba libre, y la usaba para agitarla inútilmente hacia la cabeza de Wolff. Wolff vio que la otra, que supuestamente sostenía la pistola, estaba atrapada entre el torso de Tashev y el peso muerto de su subordinado, ahora inmóvil.

Manteniendo la rodilla sobre los dos hombres, Wolff usó la mano izquierda para meterla entre los dos cuerpos que tenía debajo y arrancarle la pistola a Tashev de las manos. Luego usó la derecha para cachear al comandante mientras este yacía boca abajo en el suelo.

No recordaba haber visto a Tashev armado durante ninguno de sus breves encuentros, pero quería comprobar que no se le había pasado por alto una pistolera en la cadera durante la confusión

anterior. Satisfecho, se levantó y usó la pierna para apartar la cama y permitir que Tashev se quitara de encima el cuerpo del gordo y se incorporara.

Observando a Wolff con recelo, Tashev comenzó a intentar persuadirlo de que bajara el arma, pero Wolff le apuntó amenazadoramente. —Cállese, comandante. —Se agachó y recogió las esposas de donde habían caído al suelo durante la pelea—. Póngaselas.

Mientras Tashev obedecía, Wolff pensó en su siguiente movimiento. Su tiempo en Sofía había terminado, pero eso no significaba que la misión estuviera necesariamente en punto muerto. Ahora que el contacto se había establecido, podía ser continuada por uno de los enviados de mayor rango de Canaris.

De todos modos, Wolff habría sido reemplazado en las negociaciones, así que simplemente estaba adelantando los acontecimientos. Sin embargo, tendría que hacerlo por iniciativa propia: contactar con Oster para pedir más instrucciones era impensable.

También estaba la cuestión de qué más podría haber hecho el SD —suponiendo que fueran ellos— para sabotear las cosas. Volvió su atención a Tashev, que lo observaba con atención. —Siéntese en la cama y abra la boca solo para responder a lo que le pregunte o le prometo que se unirá a su amigo.

—¿Qué le ha pasado a la chica?

—La encontró una patrulla de la policía local en un callejón. Le habían cortado el cuello.

Wolff hizo una mueca momentánea, pensando en la joven divertida y vulnerable cuyo cálido cuerpo desnudo había yacido junto al suyo solo unas horas antes. Le había fallado. Se sacudió la culpa y se concentró en la tarea que tenía entre manos.

—¿La habían torturado?

Tashev lo miró un instante antes de responder. —Que yo sepa, no.

—¿Qué sabe del jefe de sala de Riunione, Kostadinov?

Tashev se encogió de hombros. —Lo conocemos, sabemos que es un comunista y que pasa información a los rusos. Pero, hasta ahora, lo hemos dejado donde está. Más vale malo conocido, ya sabe.

—¿Sabe dónde vive?

De nuevo, Tashev hizo una pausa, tratando de averiguar adónde conducía todo aquello. Pero Wolff no tenía tiempo para los intentos del búlgaro de utilizar la situación en su propio beneficio. Agarró a Tashev por la corbata y le clavó dolorosamente el cañón de la pistola en la sien.

—¡Sí! Sí. Tiene una habitación encima del club.

Wolff aflojó la presión, dejando clara su postura. —¿Quién más sabe de su visita aquí con el gordo?

—Nadie. Quería encargarme de esto internamente. Escuche, todavía podemos arreglar esto, Schreiber. O como se llame.

Wolff se rio de la oferta poco entusiasta. La situación había ido mucho más allá de un encubrimiento, y ambos lo sabían. —Tiene un coche fuera. —Fue una afirmación, no una pregunta.

—Zhelev tiene las llaves.

Wolff se agachó y palpó los bolsillos del gordo muerto hasta que las encontró. —De acuerdo, usted y yo vamos a dar un breve paseo en coche. Creo que la vida de Kostadinov podría estar en peligro y, lo crea o no, estoy tratando de evitarlo. No porque me importe, sino porque ya hay demasiados cadáveres por ahí.

—Si se porta bien, vivirá y podrá inventar la historia que quiera para salir de esta situación. Si intenta llamar la atención de algún modo, lo mataré. Hay asuntos importantes en juego, Tashev, y usted es irrelevante en el gran esquema de las cosas.

—Seguirá con vida mientras sea útil. Si no... —Señaló con la barbilla el cuerpo de Zhelev. Tashev no respondió, y Wolff creyó que el búlgaro comprendía la franqueza de la amenaza contra él. Se vistió rápidamente, recuperó lo que necesitaba de su maleta y bajaron por las escaleras hasta el vestíbulo.

Wolff le quitó las esposas a Tashev pero mantuvo la pistola en su espalda mientras el comandante advertía al aterrorizado gerente de noche que nadie debía entrar en la habitación de Wolff bajo ninguna circunstancia, so pena de arresto.

Las calles estaban prácticamente vacías mientras recorrían la corta distancia hasta Riunione. Tashev iba al volante del Daimler y había

recuperado parte de su compostura. Le preguntó a Wolff cuál era su verdadero nombre y para quién trabajaba en Sofía.

Wolff consideró amenazar al hombre, pero se dio cuenta de que tenía una oportunidad para dejar una pista falsa que podría jugar a su favor. —Quién soy no es asunto suyo. Trabajo para el *Sicherheitsdienst* y estoy aquí por un asunto de seguridad nacional del Reich en cooperación con las más altas esferas de su gobierno. Eso es todo lo que necesita saber.

Era una mentira burda, pero podría ayudar a enturbiar las aguas a la hora de atribuir responsabilidades si todo salía mal.

Tashev guardó silencio durante unos minutos mientras intentaba calibrar la veracidad de lo que Wolff le decía, y Wolff agradeció el respiro mientras averiguaba cómo manejar la situación con Kostadinov. Tener a Tashev con él sería útil. El camarero probablemente se mostraría más cooperativo ante un uniforme búlgaro que presionado por un extranjero armado.

Wolff había oído hablar de un coronel del Ejército Rojo que, al ser capturado, se había escondido una granada de mango en los pantalones, sabiendo que lo llevarían ante un homólogo de alto rango de la Wehrmacht para interrogarlo. Cuando comenzó el interrogatorio, activó el dispositivo, matándose a sí mismo y a todos los que estaban en la tienda antes que ser enviado a trabajos forzados.

Los fanáticos ideológicos eran impredecibles, y era imposible saber cuán comprometido estaba Kostadinov con su causa. Sin embargo, al girar hacia el bulevar Dondukov, vio que tales precauciones serían innecesarias.

Una espesa humareda se cernía en el aire sobre la calle, atrayendo a una multitud de curiosos mientras el cuerpo de bomberos local intentaba en vano extinguir las rugientes llamas que la producían. Los espías de Sofía tendrían que hacer sus intercambios de notas en otro cabaret en el futuro. Riunione y los dos pisos superiores estaban completamente en llamas.

Más peligroso para Wolff era que había un policía en medio del bulevar desviando el escaso tráfico para que rodeara el camión de bomberos. El policía le hizo señas al Daimler para que se acercara, y

Wolff le clavó el cañón de la pistola a Tashev en los riñones y le dijo que pasara de largo el obstáculo.

Si el comandante sabía algo sobre heridas de bala, sería consciente de que un disparo así sería casi con toda seguridad mortal. El policía se hizo a un lado para dejar que el coche se acercara y, al ver el uniforme de Tashev al volante, se enderezó y le ofreció un saludo. Luego se inclinó hacia la ventanilla abierta, mirando con curiosidad a Wolff.

Los oficiales de alto rango del ejército como Tashev no solían hacer de chófer para civiles, especialmente para los que tenían aproximadamente la mitad de su edad. Tras unos segundos de conversación, Tashev siguió conduciendo. El incendio se había comunicado hacía una hora aproximadamente, dijo.

A Wolff, esto le parecía cada vez más obra del SD, y se estaban moviendo rápido. Tuvo que asumir que habían obtenido lo que necesitaban de Kostadinov antes de prenderle fuego. Tashev condujo unos cien metros más allá de Riunione antes de detenerse a un lado de la calle. Wolff suspiró aliviado. El búlgaro, por el momento, estaba actuando con inteligencia.

—¿Y ahora adónde? —preguntó Tashev.

Wolff no había querido revelar su destino final a menos que fuera absolutamente necesario, pero estaba claro que ahora lo era.

—¿Dónde suelen alojarse los agentes del NKVD en esta ciudad?

Tashev parpadeó ante la pregunta, que era claramente inesperada, pero respondió sin dudar. —En el Estrella Roja, en la calle Panayot Volov. Es un tugurio en Kyulutsite.

Tashev señaló el barrio, que se encontraba al norte del bulevar. —Un alojamiento apropiadamente proletario —añadió con acidez.

—Vamos —dijo Wolff, dándole al búlgaro otro empujón en el costado con la pistola solo para recordarle quién estaba al mando. No tenía un plan real para cuando llegara al hotel, aparte de actuar con cautela. Confiaba en que sería capaz de detectar a cualquier alemán que anduviera por allí, y dudaba que ningún oficial del Reich se alojara en un establecimiento tan barato, frecuentado por soviéticos.

Tashev giró en una calle de aspecto ruinoso y se detuvo, señalando un edificio decrépito a poca distancia. Wolff pudo ver las letras cirílicas de «hotel» en un letrero que colgaba de la esquina. Tashev no había dicho nada desde que habían pasado por Riunione y claramente estaba tratando de averiguar qué estaba pasando.

Wolff decidió que confiarle parte de la información era la mejor manera de asegurarse la cooperación del oficial de inteligencia. Si Tashev podía estar seguro de que Wolff buscaba evitar más derramamiento de sangre en lugar de crearlo, sería mucho más fácil de manejar.

Además, el uniforme del hombre podría volver a ser extremadamente útil para conseguir una colaboración que de otro modo sería reacia, por no mencionar la traducción. Las tornas habían cambiado por completo desde que el jefe del Departamento D lo había recibido personalmente en el aeropuerto apenas dos días antes y había intentado intimidarlo para que revelara su misión.

Wolff se volvió hacia él. —No puedo decirle lo que está pasando aquí, pero ya debería haberse dado cuenta de que alguien está cometiendo una masacre e intenta culparme a mí. Sospecho que los responsables podrían estar en ese hotel, y voy a entrar para detenerlos.

—Si no están allí, necesitaré que me ayude a advertir al recepcionista. Dicho esto, lo que le dije antes sigue en pie. Aquí está sucediendo algo mucho más grande que usted, Tashev, y si intenta sabotearlo de alguna manera, lo mataré en el acto, junto con cualquiera que esté mirando.

—Colabore y vivirá para encontrar una manera de limpiar este desastre. ¿De acuerdo? —Tashev asintió con frialdad. Wolff vio que el búlgaro ahora confiaba en él, aunque claramente no le gustaba nada que le dieran órdenes.

Respiró hondo. —Bien, espabile. Vamos a entrar.

14

La campanilla de la puerta de entrada sonó cuando Wolff la empujó, pero no vio a nadie detrás del mostrador. El vestíbulo era poco más que una sala de estar de tamaño mediano con un par de sofás raídos y un diminuto mostrador, tras el cual se abría una puerta que daba a un despacho.

Wolff llevaba la pistola en la mano, a la altura de la cadera, mientras avanzaba lentamente hacia el interior. Todavía no estaba del todo seguro de cómo jugar sus cartas. Puede que se hubiera reunido con los rusos públicamente y bajo una tregua el día anterior, pero eso fue entonces; hoy sus naciones seguían en guerra.

Su primer dilema sería convencerlos de que no estaba allí para matarlos. Mucho más delicado sería explicar que otros alemanes posiblemente sí lo estaban. Nunca se había aclarado del todo a quién representaba Wolff, aunque Canaris y Oster habían comentado que los soviéticos lo creerían un emisario de figuras anti-Hitler dentro de las altas esferas del nazismo.

No hablaría muy bien de la credibilidad de dichas figuras si se descubría que sus actividades habían sido destapadas y que leales al Führer los habían seguido hasta Sofía con la intención de detenerlos a toda costa. Aun así, la forma tan pública en que el SD había

asesinado a Anna e incendiado el Riunione dejaba a Wolff con pocas opciones.

Los del NKVD no eran tontos y atarían cabos ellos solos, con o sin su ayuda. Hizo un gesto a Tashev para que se acercara al mostrador y dejó que el búlgaro tomara la iniciativa. Tashev avanzó con confianza y gritó: «¡*Politsiya!*», golpeando la deslucida campanilla del mostrador con autoridad.

Al no haber respuesta, ladeó la cabeza para mirar dentro del despacho, pero se echó hacia atrás al instante cuando vio algo en el suelo, detrás del mostrador. Con cautela, Wolff siguió su ejemplo e inclinó el cuello por encima de la encimera.

El cuerpo de un hombre de unos sesenta años yacía boca arriba; la mancha oscura en la parte delantera de su raída rebeca verde delataba la herida que tenía en la parte superior del pecho. Pistola en alto, Wolff se metió ahora detrás del mostrador y revisó la pequeña habitación, que estaba vacía.

Tocó el cuerpo, que aún conservaba algo de calor residual. El hombre había sido asesinado recientemente, pero Wolff no tenía ni idea de a qué velocidad se enfriaba un cadáver humano. Recogió de debajo del mostrador el barato libro que servía de registro de huéspedes.

El hombre que se hacía llamar Ilyin estaba registrado con ese mismo nombre en la tercera planta, en una habitación contigua a la de otro hombre llamado Kuznetsov. «Su compañero de traer cafés», pensó Wolff. Hojeó el libro de registro.

Había una docena de nombres más, pero esos eran los únicos que sonaban a ruso, lo que le pareció una chapuza como agentes. Quizá el NKVD se había acostumbrado tanto a alojarse allí que se había vuelto perezoso. Ahora tenía que tomar una decisión. Era difícil saber qué habría arriba.

Dos habitaciones saqueadas, como mínimo, o tal vez más cadáveres. Quizá el SD seguía allí, esparciendo parafina por el lugar con planes de prenderle fuego. Se acercó a la puerta de entrada, echó el cerrojo y bajó el mugriento estor.

—Ahí dentro —dijo, señalando el despacho con la pistola. Vio la alarma en el rostro de Tashev—. No se preocupe, no voy a matarlo.

Más bien al contrario. No tengo ni idea de lo que me espera ahí arriba, y no voy a ponerlo en peligro. Ni tampoco, ya que estamos, voy a dejar que se aproveche de cualquier confusión para desaparecer.

Sacó de nuevo las esposas del bolsillo de la cadera. No había nada en la habitación a lo que pudiera sujetar a Tashev. —Boca abajo en el suelo con las manos en la espalda —le ordenó al búlgaro, que obedeció a regañadientes. Wolff cerró las esposas con un chasquido, luego hizo rodar al hombre y le quitó bruscamente la corbata del uniforme.

—¿Qué hace? —exigió Tashev, furioso. Wolff podía sentir su humillación al ser tratado de esa manera por un hombre que le doblaba la edad, pero no había tiempo para preocuparse por el ego del comandante. Wolff lo empujó de nuevo para ponerlo boca abajo y usó la corbata para atarle los tobillos.

—¡Me está dejando indefenso! —protestó Tashev, indignado—. Si vuelve quienquiera que hiciera esto, seré un blanco fácil. —Wolff se giró desde el umbral—. Entonces, supongo que será mejor que guarde silencio para que no lo encuentren.

Avanzó hacia el ascensor de aspecto destartalado antes de cambiar de opinión y dirigirse a las escaleras. Al llegar al pasillo de la tercera planta, caminó sigilosamente hasta llegar al número 305, la habitación de Ilyin. La puerta estaba cerrada, así que escuchó fuera durante unos segundos. No se oía ningún sonido del interior.

Con la Luger en la mano, junto a la cadera, probó el pomo. Giró fácilmente y empujó la puerta. La habitación estaba a oscuras, con las cortinas corridas y un agrio olor metálico que Wolff reconoció de inmediato. Buscó a tientas el interruptor de la luz y estaba a punto de encenderla cuando oyó el inconfundible clic de un martillo de pistola al amartillarse.

—Ponga el arma en el suelo y patéela debajo de la cama —susurró una voz ronca en ruso. La primera reacción de Wolff fue de cierto alivio al ver que el hombre no hablaba alemán, antes de corregirse. El NKVD tenía las mismas probabilidades, si no más, de dispararle que el SD. Especialmente si el olor en el aire era lo que él pensaba.

Levantó la otra mano en el aire y se agachó para obedecer la orden. Al hacerlo, distinguió la silueta de su interlocutor al otro lado de la cama, contra las cortinas corridas. Por su postura, era evidente que el hombre le apuntaba directamente con su arma.

—Encienda la luz, cierre la puerta y apóyese contra ella con los brazos en alto —le ordenó el ruso. De nuevo, Wolff obedeció. La luz de la débil bombilla en el centro del techo reveló que la voz era la del Vinagres del café, alias Kuznetsov, según el registro de abajo.

También proporcionó suficiente iluminación para mostrar el cuerpo de Ilyin tendido en el suelo a los pies de la cama, con los ojos abiertos y sin vida. Una maleta volcada yacía en el suelo más allá de Ilyin, y la puerta del armario estaba entreabierta, lo que indicaba que la habitación había sido saqueada antes de que quienquiera que hubiera matado al hombre del NKVD huyera.

Kuznetsov cacheó a Wolff rápida y bruscamente en busca de otras armas. Satisfecho de que no había ninguna, dio un paso atrás, y lo siguiente que sintió Wolff fue el espasmo explosivo que le provocó el pie del hombre al impactar en su entrepierna. Se derrumbó en el suelo, retorciéndose de dolor, sin aliento.

Se lo habían machacado una y otra vez en el entrenamiento. En el combate cuerpo a cuerpo, si lograbas darle un golpe en los cojones a tu oponente, se acababa todo. Quizá el hombre del NKVD había tenido el mismo tipo de instructor.

Wolff se puso a cuatro patas y tragó aire mientras luchaba contra las náuseas que le subían por la garganta. —¿Qué se le olvidó? ¿Eh? —exigió la voz desde arriba—. ¿Qué ha venido a buscar? Imbécil.

La ira pareció crecer en el ruso, y apuntó la pistola a Wolff como si fuera a disparar. Consciente de que su vida dependía de hacerle entrar en razón, Wolff luchó por superar las oleadas de dolor paralizante que se extendían desde sus partes íntimas y agitó débilmente un brazo hacia su interrogador, como si eso fuera a persuadirlo para que bajara el arma.

—¿Kuznetsov? Kuznetsov, ¿verdad? —jadeó, recordando el nombre del registro de abajo. El Vinagres no dijo nada, pero tampoco hizo ningún esfuerzo por contradecirlo. Con un esfuerzo enorme, Wolff se

irguió apoyándose en la pared, para al menos poder mirar al ruso a la cara—. ¿Eran… eran alemanes?

Kuznetsov frunció el ceño con ira, y por un segundo Wolff pensó que cruzaría la habitación y volvería a atacarlo.

—¡Claro que eran putos alemanes! —espetó, levantando el arma casi por reflejo ante una pregunta tan idiota—. ¿Cree que los búlgaros harían esto? —Señaló con el cañón a su colega muerto.

—No hemos sido nosotros, Kuznetsov — jadeó Wolff, apenas capaz de recuperar el aliento y esperando que el uso del nombre del registro de abajo le hiciera ganar algo de tiempo—. No hemos sido nosotros. Ha sido el *Sicherheitsdienst*. El SD.

—Ya sé lo que es el SD —ladró el hombre, furioso—. ¿De qué organización es usted?

—De la Abwehr —jadeó Wolff—. De la Abwehr. Distintas… organizaciones. Rivales. Como el NKVD y la inteligencia del Ejército Rojo.

Wolff no tenía ni idea de si la rivalidad entre la todopoderosa seguridad del Estado de Beria y sus eternos rivales de segunda fila se parecía en algo a la que existía entre las organizaciones dirigidas por Canaris y Heydrich. Pero esperaba por Dios que así fuera.

Estaba a segundos de que le dispararan, se dio cuenta, ahora que el dolor paralizante de la entrepierna remitía. Solo le quedaba una carta por jugar: la posibilidad de poder salvar a este hombre del mismo destino que Ilyin si Beria se enteraba de lo que había sucedido allí.

—Escuche —dijo, con la respiración por fin bajo control—. Esto podría sonar estúpido, pero en realidad estamos del mismo lado. Necesitamos cooperar si queremos salir de esta de una pieza.

La leve sonrisa en el rostro del ruso le dijo que no tenía intención de permitir que Wolff lograra ese objetivo. Insistió. —Hay elementos dentro del SD que quieren que el acuerdo de paz fracase. Están conectados con las grandes empresas de armamento, Krupps, Mauser. Hay gente que se está haciendo de oro con la guerra, y no quieren que termine.

»Mi gente son los pragmáticos. Ven cómo acabará una guerra en dos frentes, y saben que es imperativo cerrar uno de ellos. —Cambió

de táctica, intentando desesperadamente evitar que el hombre apretara el gatillo—. De todos modos, ¿qué hacían aquí? ¿Qué buscaban? ¿Qué se llevaron?

Wolff sabía exactamente lo que habían estado haciendo allí: buscar pruebas para llevar de vuelta a Berlín. Sin embargo, admitirlo en ese momento sería una sentencia de muerte. Además, si quería salir de allí con vida, tendría que localizar a los hombres del SD y neutralizarlos o descubrir qué pruebas, si es que había alguna, habían reunido allí e informar a Canaris para que se pudiera inventar una versión alternativa.

El ruso lo miraba ahora de forma diferente, como sopesando qué información podría obtener antes de matarlo. Al cabo de unos instantes, respondió: —Estaba en el baño del fondo del pasillo cuando llegaron. Dos de ellos, creo, por el ruido. Oí un grito, y luego hubo un disparo.

»Sabía que quienquiera que fuese vendría a buscarme también a mí, así que me escondí en el armario de la ropa sucia. Entraron en mi habitación y registraron el baño también, pero no me encontraron. Eso fue hace una hora. Cuando estuve seguro de que se habían ido, salí y encontré a Morozov aquí —dijo el hombre, usando el que evidentemente era el verdadero nombre de Ilyin—. Estaba a punto de marcharme cuando lo oí en la puerta.

Wolff se incorporó de forma que su espalda quedó contra la puerta, y el movimiento hizo que un nuevo dolor le recorriera la entrepierna. El ruso apuntó su pistola de forma amenazante, y él levantó las manos para calmar al hombre. —¿Qué se llevaron? —resolló.

El hombre del NKVD lo estudió un momento antes de responder. —Parece que se llevaron sus notas.

—¿Qué había en ellas? —preguntó Wolff al instante. Necesitaba que el hombre siguiera hablando.

—El camarada Morozov era un hombre muy cuidadoso —continuó Kuznetsov—. Sabía que cuando regresáramos a Moscú, nos enfrentaríamos a un interrogatorio exhaustivo. Todo lo que usted dijo y la forma en que lo dijo sería examinado y analizado en un intento de calibrar hacia dónde se inclina su bando.

»Inmediatamente después de reunirse con usted, volvió aquí y escribió todo lo que se había discutido antes de ir a la embajada. Para ser sincero, cuando vimos lo joven que era, ya nos dimos cuenta de que todo el asunto estaba condenado al fracaso. Nadie que se tomara en serio tales negociaciones enviaría a un… muchacho a representarlos.

«Al contrario», pensó Wolff. «Mi bando se toma todo el asunto mortalmente en serio».

—Así que se llevaron sus notas —apremió al ruso—. ¿Eso es todo? ¿Falta algo más?

—No lo he comprobado, pero no creo que se llevaran su *makhorka* —fue la agria respuesta. El fuerte tabaco de pipa era a la vez despreciado y un motivo de orgullo para las tropas de primera línea del Ejército Rojo. Muchos soldados de la Wehrmacht se lo habían quitado a soviéticos muertos como recuerdo, pero su sabor repugnante hacía que solo lo fumaran si no tenían absolutamente nada más.

—Esas notas, ¿qué aspecto tenían? —El ruso lo miró un momento y se rio como si le hiciera gracia, pero Wolff vio un atisbo de esperanza en sus ojos—. Si me mata ahora, la posibilidad de un armisticio morirá conmigo —continuó Wolff.

»Mi bando creerá que el NKVD me tendió una emboscada en un mezquino acto de venganza, y redoblarán sus esfuerzos para llegar a Moscú, porque no hay otra opción. Puede contarles a sus superiores lo que pasó aquí, pero alguien tendrá que pagar el pato. ¿Quién cree que será?

La boca de Kuznetsov se contrajo en una línea tensa, pero Wolff le clavó la estocada con una lógica aplastante. —Si todo esto no llega a nada, ¿cree que Stalin dejará que las pocas personas que saben que intentó comprar a los invasores anden por ahí tan campantes sabiendo eso? Tendrá suerte si llega a Siberia.

»O —dijo Wolff, animándose con su propio discurso—, me deja volver a la embajada e informar. La oposición al acuerdo de paz se dirige desde dentro de las SS. Solo hay unos pocos de sus hombres en esta parte del mundo. No será demasiado difícil averiguar quiénes fueron una vez que se les aprieten las tuercas.

»Una vez que los tengamos, podemos conseguir los nombres de los que están más arriba en la cadena y eliminarlos a todos de una sola vez. Y las conversaciones pueden continuar. Lo que le ha pasado a su camarada es desafortunado, pero puede disfrazarlo de otra cosa. Una puñalada de algún borracho de la Wehrmacht en un bar o lo que sea. Estoy seguro de que tiene mucha imaginación.

Kuznetsov lo miraba fijamente ahora, y Wolff pudo ver que el cañón de la pistola, apoyado en el muslo del hombre, se había movido muy ligeramente hacia la derecha, de modo que ya no le apuntaba directamente.

—Entonces —dijo Wolff con una autoridad que en realidad no sentía—, ¿qué aspecto tenían esas notas?

15

—Encuéntrelos.

La respuesta de Oster había sido sucinta, cortante y no demasiado útil. No había habido tiempo de enviar un mensaje cifrado a través de la embajada ni de llamar al despacho de Olbricht en el cuartel general del Ejército de Reserva para transmitir un mensaje.

En su lugar, Wolff había llamado al coronel directamente a Berlín desde el teléfono del hotel y había descubierto con alivio que Oster era un madrugador en lo que al trabajo se refería. Por una línea abierta, Wolff le había explicado en improvisados términos en clave lo que había ocurrido.

Los amigos del músico habían cogido las notas de su pareja de baile y se habían ido a casa. Ya no habría concierto..., y existía un riesgo muy real de que los otros montaran su propio recital.

Oster había guardado silencio un instante, y Wolff se lo había imaginado de pie frente a su batería de teléfonos, asimilando la noticia de que Heydrich había saboteado otro intento más de salvar a Alemania, esta vez posiblemente con pruebas fehacientes para ponerlo al descubierto.

—Encuéntrelos —había repetido—, y recupere esas notas por los medios que sean necesarios. De lo contrario, puede que tengamos

que tocar *Para Elisa* nosotros mismos. ¿Entendido? —La referencia a una de las composiciones para piano más famosas de Beethoven no había requerido mucha interpretación.

Las historias sobre la predilección del Führer por estrangular lentamente a los traidores con la cuerda de acero templado de un piano de cola corto eran bien conocidas en todas las fuerzas armadas. La pregunta era: ¿por dónde empezar?

Ya había amanecido. El SD no iba a quedarse a afrontar las consecuencias de sus actos en el Riunione y en el hotel Estrella Roja, por no mencionar el asesinato de Anna.

Con el cuerpo de Zhelev pudriéndose con el calor del verano en su habitación del Slavyanska Beseda y un Tashev furibundo tirado a pocos metros del cadáver en similar estado de descomposición que tenía a sus pies, Wolff tenía sus propias razones para largarse de la ciudad a toda prisa.

Pero si quería tener alguna posibilidad de recuperar el diario incriminatorio del SD, tendría que seguirles la pista. Y tendría que hacerlo desarmado. Kuznetzov había recogido sus cosas y se había fugado, pero se había llevado la pistola de Tashev. Al fin y al cabo, él y Wolff seguían siendo enemigos.

Wolff necesitaba toda la ayuda posible, pero no se fiaba de Wagner, de quien pensaba que probablemente le delataría si lo presionaban. No le quedaría más remedio que confiar en el criptógrafo, Pfeiffer.

Wolff marcó el número de la legación y mantuvo la voz baja para que Tashev no le oyera a través de la puerta ahora cerrada del cuarto trasero. Alguien acabó contestando al teléfono, y Wolff preguntó por Pfeiffer. Por suerte, el criptógrafo estaba allí, y le pasaron con él en cuestión de segundos.

Invocando su todopoderosa carta de Canaris, Wolff le dijo que llamara inmediatamente al aeropuerto y comprobara si había algún vuelo procedente de Berlín antes de devolverle la llamada. Pocos minutos después, Pfeiffer estaba de nuevo al teléfono.

No había nada previsto para el resto del día, dijo. El mal tiempo sobre la capital del Reich hacía que todos los vuelos hubieran sido cancelados hasta nuevo aviso. Además, añadió, los búlgaros habían

ordenado que no se permitiera despegar a ningún avión desde Sofía hasta nuevo aviso.

Aquello había causado un gran malestar entre algunos miembros de la Luftwaffe. Wolff sonrió y dedicó un saludo militar burlón a la puerta cerrada tras la que yacía Tashev.

—Bien, Pfeiffer —dijo Wolff, haciéndole partícipe de más información confidencial—. Lo que voy a decirle es un asunto del más alto secreto militar, y su divulgación puede acarrear un consejo de guerra, ¿entendido? —El criptógrafo le confirmó que así era.

—Estoy tratando de seguir y detener a dos individuos que podrían estar intentando regresar al Reich. Se cree que estas personas están detrás de al menos cuatro asesinatos aquí en Sofía, y su captura y entrega discreta a las autoridades búlgaras se ha considerado de alta prioridad.

—Si no lo logramos, podría tener consecuencias políticas catastróficas para nuestras relaciones con un aliado del Pacto Tripartito.

—Entiendo..., Herr Schreiber. —Wolff percibió la dificultad de Pfeiffer para acatar tal instrucción de un compañero de la Wehrmacht que se hacía pasar por civil, aunque uno con una carta como la que Wolff tenía en su poder.

—Si estos individuos no pueden volar desde Sofía, puede que intenten salir de la ciudad por otros medios. ¿Y los trenes? ¿Podrían intentar llegar a Atenas?

Pfeiffer tardó un momento en contestar. —Hay conexiones internacionales directas desde Sofía a Bucarest y Estambul. Pero si alguien quisiera dirigirse en tren a territorio controlado por el Reich o a cualquier otro lugar desde aquí, tendría que pasar por Yugoslavia.

Wolff se enderezó. Era eso, lo supo instintivamente. El SD se habría puesto en contacto con Berlín y, casi con toda seguridad, les habrían informado de las restricciones impuestas a los vuelos de salida como consecuencia de sus acciones.

A un carnicero como Heydrich no le habrían importado unas cuantas muertes en Sofía una vez que tuviera pruebas con las que desacreditar a su antiguo superior de la Marina y arrebatarle el control de todos los servicios de inteligencia del Reich.

Pero también habría reconocido que sus hombres tenían que salir de Bulgaria y que el valor de esas pruebas descartaba el riesgo potencial que suponía un largo viaje en tren hasta Estambul y un vuelo de vuelta desde territorio neutral.

En lugar de eso, a los dos asesinos del SD que se hacían llamar Möbert y Bonsen les habrían ordenado llegar a territorio controlado por los alemanes lo más rápido posible y requisar un avión de la Luftwaffe para volver al Reich junto con el valioso diario.

—Pfeiffer, si estos individuos huyeran en tren hacia Grecia o Yugoslavia, ¿cuál sería el primer servicio que podrían coger desde Sofía? ¿Podría llamar a la estación principal de tren y comprobarlo, por favor?

—No es necesario, Herr Schreiber, tengo los horarios aquí delante. —Wolff rezó una silenciosa plegaria de agradecimiento por la organización innata del funcionario del Estado alemán—. Hoy solo hay un servicio tanto a Belgrado como a Salónica.

—Pero ambos salen a la misma hora. Es el mismo tren hasta Niš y luego los pasajeros tienen que hacer transbordo para continuar hacia el norte o el sur. Sale de la Estación Central de Sofía dentro de una hora.

***

Wolff esperaba impaciente al final del último vagón mientras el tren cruzaba la frontera hacia lo que antes se llamaba Yugoslavia. Como muchos de sus homólogos, el país había sufrido las consecuencias de enfrentarse a los nazis.

Cuando a Hitler se le había negado el paso libre de las tropas alemanas en ruta para invadir Grecia a través de territorio yugoslavo, había bombardeado Belgrado hasta los cimientos y había cogido lo que quería igualmente.

El precio que pagaron los yugoslavos fue ver su país —que de todos modos nunca fue más que un mosaico de grupos étnicos— desmembrado, con porciones entregadas a los búlgaros, italianos y húngaros.

Las dos mayores secciones restantes eran Croacia, dirigida por los aliados fascistas de Alemania, los ustachas, y Serbia, que ahora

estaba bajo ocupación directa y se llamaba oficialmente Territorio del Comandante Militar.

La antigua frontera yugoslava se encontraba a apenas sesenta kilómetros de Sofía, pero el tren no solo había salido con más de media hora de retraso, sino que había tardado una eternidad en recorrer la corta distancia hasta la frontera. El retraso en la salida había puesto a prueba los nervios de Wolff, pero había aprovechado ese tiempo para explorar discretamente los distintos vagones desde el andén de la Estación Central.

Se sintió aliviado al ver a Möbert y a Bonsen sentados entre los pocos civiles que iban a bordo, con los sombreros bien calados y sin conseguir en absoluto pasar desapercibidos. Sombreros de ala ancha. Qué ironía.

En el siguiente vagón iba lo que parecía ser una compañía entera de paracaidistas, seguramente de camino a reforzar la débil presencia de la Wehrmacht en lo que antes se llamaba Serbia.

Por fragmentos de conversación que oyó entre los soldados mientras fumaban en el andén, se enteró de que se dirigían allí para hacer frente al levantamiento partisano que había estallado tras la invasión de Rusia.

Este amenazaba con desbordar a la fuerza existente de reclutas mal equipados comandados por viejas liebres, como se conocía a los veteranos de las trincheras de la Gran Guerra. Los aguerridos *Fallschirmjäger* que iban a bordo eran enviados desde Grecia, donde ya no eran necesarios, para ayudar a sofocar la rebelión.

Ninguno de ellos era mayor que Wolff, pero tenían un aire fanfarrón que resultaba demasiado familiar. La confianza de quienes han visto el combate y han salido airosos. Por sus puyas despectivas, estaba claro que estaban deseando enseñar a sus camaradas de Serbia cómo se hacían esas cosas.

Cuando el tren por fin entró en Kalotina, la última estación búlgara antes de cruzar la frontera, Wolff observó atentamente por la ventanilla. Habían pasado casi tres horas desde que había abandonado a Tashev en el hotel, y probablemente ya se habría soltado.

Ahora averiguaría si el comandante era listo o testarudo. De los cuatro asesinatos cometidos por el SD, tres podían ser encubiertos por la policía local como robos fallidos o como una muerte accidental en un incendio.

El cuarto, el de Ilyin, probablemente lo disimularía el propio NKVD. Es de suponer que los controles de Tashev en el aeropuerto y el aeródromo se impusieron cuando creía que estaba persiguiendo a Wolff por el asesinato de Anna.

Es probable que hubiera impuesto restricciones similares en las fronteras búlgaras. Ahora que estaba claro que se enfrentaba a algo de proporciones mucho mayores, podría haberlas retirado para asegurarse de que los alborotadores se quitaran de en medio de su jurisdicción. Suponiendo, por supuesto, que hubiera conseguido liberarse a estas alturas.

Observó con nerviosismo cómo dos guardias fronterizos búlgaros avanzaban por el tren hasta el último vagón, en el que él se encontraba. Ambos llevaban los fusiles colgados al hombro y llevaban pistolas en las fundas.

Ninguno de los dos parecía especialmente alerta, pero Wolff llevaba el cuchillo del Ejército Rojo en la manga de la camisa, listo para dejarlo caer en su mano. Los rusos lo llamaban la *finka*, ya que lo habían adaptado a partir de la tradicional cuchilla finlandesa para destripar pescado y convertirlo en algo que se usaba en objetos mucho más grandes.

Lo había traído de Alemania simplemente porque no tenía otro lugar donde dejarlo a buen recaudo. Junto con sus documentos, era lo único que había cogido de la maleta antes de abandonar su habitación del Slavyanska Beseda horas antes. Kuznetzov no se había dado cuenta al cachearlo antes, y ahora se alegraba muchísimo de ello.

Si los dos guardias intentaban algo, los mataría en el acto, saltaría del tren y cruzaría la frontera a pie. Eso haría mucho más difícil seguir a los hombres del SD, pero seguía siendo infinitamente mejor que ser enviado de vuelta a Sofía.

Los dos guardias llegaron a su altura, y el primero extendió la mano para pedirle el pasaporte a Wolff, mientras que el segundo se

quedó atrás, mirándolo de arriba abajo. Le entregó los documentos a nombre de Hermann Schreiber, y el primer hombre sacó el permiso que lo identificaba como representante comercial.

Se giró y masculló algo a su compañero, que ahora estudiaba a Wolff con más atención. Wolff bajó el brazo hacia el suelo, dispuesto a dejar que el cuchillo se deslizara y cayera en su palma mientras repasaba mentalmente cómo iba a encargarse de ellos.

Dejaría caer la hoja con una mano y usaría la otra para levantar la barbilla del primer hombre mientras le rebanaba la tráquea con un movimiento suave. El segundo guardia probablemente intentaría descolgarse el fusil de la espalda, lo que permitiría a Wolff ir a por su cuello o costado desprotegidos.

La prioridad era silenciarlos rápido, antes de que a alguno se le escapara un tiro. Los dos hombres habían terminado con su pasaporte, pero aún no se lo habían devuelto. Intercambiaron una mirada y Wolff recolocó los pies con discreción mientras dejaba que la afilada punta del cuchillo cayera suavemente sobre sus dedos curvados.

De repente, el segundo guardia esbozó una amplia sonrisa y levantó el pulgar. —Mannheim Z-960. *¡Gut!* —Los hombros de Wolff se relajaron con alivio mientras sonreía y extendía la mano libre para recuperar sus papeles.

Había estado a punto de asesinar a un par de aficionados a los tractores balcánicos.

El tren cruzó a Serbia y todo el proceso se repitió en la siguiente estación, Caribrod; solo que, esta vez, con un par de adolescentes renanos con uniforme gris de campaña, charlatanes como ellos solos.

Le hicieron un par de preguntas, extrañados, en particular, de por qué estaba sentado en tercera clase cuando tenía un billete de segunda. Wolff esquivó la pregunta con una sonrisa, explicando que solo estaba estirando las piernas a lo largo del tren y había decidido sentarse un rato.

Preguntó cuánto tardaría el viaje a Belgrado y le dijeron que unas seis horas. —Cuando aparezca el nuevo maquinista —dijo el mayor, poniendo los ojos en blanco. Ahora que el tren había cruzado a

Serbia, el viaje tenía que continuar con un maquinista de lo que antes se conocía como los Ferrocarriles Yugoslavos.

La mayoría no eran precisamente puntuales. Era evidente que se había corrido la voz, y muchos de los pasajeros habían bajado a esperar en el andén. A Wolff le habría gustado unirse a ellos para escapar del aire sofocante del vagón, pero se quedó donde estaba. El riesgo de que su presa lo viera era demasiado alto.

Así que permaneció en su sitio, al fondo del vagón, observando lo que ocurría fuera. Una media hora más tarde, el tren se puso en marcha y Wolff volvió a centrarse en cómo neutralizaría a los hombres del SD. Los dos reclutas le habían confirmado que el pesado viaje de seis horas hasta Belgrado se vería interrumpido por una parada en Niš, donde los que se dirigían al sur, a Grecia, harían transbordo.

Le pareció el lugar ideal para atacar. No había servicio de comidas ni bebidas en el tren, y sin duda todos los que iban a bordo bajarían en Niš para conseguir algo de comer.

Era ya media tarde y Wolff no había probado bocado desde que Tashev lo había sacado bruscamente de la cama al amanecer. Le rugían las tripas con fuerza. Casi con toda seguridad, Möbert y Bonsen estarían sufriendo las mismas punzadas de hambre.

Se apoyó en la ventanilla, se caló el sombrero sobre la cara y se dispuso a echar una siesta de un par de horas. El último vagón del tren era para los pasajeros de tercera clase, donde los asientos eran poco más que incómodos bancos de madera y había un penetrante olor a excrementos de gallina de las aves enjauladas con las que habían subido un par de campesinos.

Durmió a intervalos, despertado periódicamente por las sacudidas del vagón y siempre con un microsegundo de confusión sobre dónde se encontraba antes de orientarse. Por fin, el tren entró en Niš y Wolff abrió los ojos al sentir que el convoy iba reduciendo la velocidad hasta detenerse.

Los campesinos y sus gallinas se bajaban todos aquí, y Wolff los usó como cobertura mientras él mismo salía al andén y se apostaba para observar detrás de un oportuno poste. Los pasajeros salían a raudales del tren, entre ellos el hombre mayor del SD, Möbert, que

caminó rápidamente hacia los aseos de la estación, claramente con la intención de adelantarse a la marabunta. Wolff no lo culpaba.

El hedor que emanaba de algunos de los retretes de a bordo con el calor de agosto disuadiría a todos los viajeros, salvo a los más desesperados. Wolff sopesó la idea de seguir al hombre, pero la descartó. Las posibilidades de reducir a Möbert en los abarrotados baños eran minúsculas, y existía un alto riesgo de que lo reconocieran.

Unos minutos más tarde, el hombre del SD reapareció y volvió a subir. Ahora desembarcó Bonsen y fue su turno de usar los servicios. Wolff maldijo con frustración. Esos dos no iban a bajar la guardia, ni siquiera ahora.

Pocos minutos después, Bonsen salió y se dirigió a la cafetería adonde ya habían ido muchos de los soldados que iban a bordo. Wolff avanzó sigilosamente por el andén, con cuidado de mantener la espalda hacia los vagones para evitar que Möbert lo viera.

Se asomó a la ventana de la cafetería, como un viajero que intentara decidir si la multitud era excesiva como para molestarse. El lugar estaba, en efecto, atestado, casi en su totalidad por alemanes, y el hombre y la mujer detrás del mostrador intentaban frenéticamente servir a sus nuevos clientes lo más rápido posible.

Había un espejo en la pared detrás del mostrador, y Wolff pudo ver en su reflejo que Bonsen ya estaba a la cabeza de la cola. Esto le indicó que debía tener como mínimo un rango superior al de sargento, ya que había varios suboficiales en la fila.

Era una información potencialmente útil si surgía alguna situación en la que el rango importara, aunque ahora no le servía de nada. Observó en el espejo cómo Bonsen entregaba algo de dinero y cogía unos sándwiches. Wolff agachó la cabeza para que no lo vieran y regresó por el andén, desde donde vio salir a Bonsen de nuevo al exterior.

El hombre del SD miró a un lado y a otro del andén como si decidiera qué hacer a continuación, y Wolff esperó por un segundo que quizá decidiera hacer otro viaje al baño. Sin embargo, tras unos instantes, Bonsen pareció tomar una decisión y subió de nuevo al tren.

Wolff maldijo entre dientes. Paciencia. Habría sido un suicidio hacer un movimiento aquí. Podrían presentarse otras oportunidades más tarde.

El silbato del tren sonó para la salida, pero la mayoría de los paracaidistas lo ignoraron; algunos estaban fumando en el andén. Los demás salieron de la cafetería poco a poco y se unieron a ellos.

El silbato sonó dos veces más con impaciencia y, al final, aparecieron algunos de los suboficiales y empezaron a arrear a los hombres hacia el tren como maestros que reúnen a sus alumnos revoltosos. Wolff subió por su cuenta, delante de una anciana de la zona cargada con un par de maletas.

Ayudó a la mujer con su equipaje y recibió a cambio una rápida sonrisa de agradecimiento y una deferente inclinación de cabeza. Tras depositar las maletas dentro, la mujer se asomó por la ventanilla de la puerta del vagón, despidiéndose de alguien, pero la puerta se abrió de repente hacia fuera por su peso, haciéndola caer al andén.

No parecía herida, pero sí avergonzada, y la joven de la que presumiblemente se estaba despidiendo corrió a ayudarla a levantarse del suelo. Un interventor local puntilloso, que había permanecido en silencio mientras los soldados se tomaban su tiempo para subir, se acercó entonces a las dos mujeres y empezó a reprenderlas en serbio, a lo que la más joven respondía en tono suplicante.

Algunos de los últimos paracaidistas que esperaban para subir miraban divertidos, mientras que otro hombre de la zona que fumaba apoyado en un poste observaba la escena en silencio. Ninguno se adelantó a ayudar. Wolff volvió a bajar para ayudar a la anciana a levantarse.

Lanzó una mirada fulminante a los paracaidistas sonrientes y al fumador ocioso antes de cortar en seco la perorata del interventor con unas cuantas palabras bien elegidas en alemán. Ayudó a la mujer a subir de nuevo los empinados escalones para volver al tren.

Wolff recibió por parte de ambas mujeres la misma inclinación de cabeza en señal de gratitud; la más joven señaló la puerta e intentó

explicarle algo que no entendió. Obviamente, no había que fiarse de las cerraduras de las puertas.

El silbato sonó de nuevo, esta vez con un pitido largo e impaciente, y el interventor ahuyentó a la joven. El tren empezó a avanzar con lentitud, y Wolff ayudó a la mujer con su equipaje hasta el vagón de tercera clase.

El interventor estaba de pie en el andén, mirándolo con cara de pocos amigos por su humillación pública, con el fumador a sus espaldas observando aún impasible. Wolff hizo una mueca. Había sido estúpido por su parte llamar la atención de esa manera. ¿Y si Möbert o Bonsen habían oído el alboroto y se habían asomado a la ventanilla para ver qué causaba el retraso?

Wolff resolvió dejar a un lado cualquier otro acto de caballerosidad hasta que la misión estuviera completada. Era evidente que carecía de la dedicación egocéntrica necesaria para los fríos y duros cálculos del juego de la inteligencia. Volvió a ocupar su asiento en el fondo del tren y pensó en su siguiente movimiento.

Como en Niš no se habían presentado oportunidades, tendría que encontrar otra manera. Su presa probablemente querría usar los aseos de nuevo al llegar a Belgrado. Tendría que encontrar la forma de reducir a uno de ellos o a ambos allí y coger el diario.

Si lo descubrían, podría chillar a voz en cuello en alemán sobre un ataque partisano, echarle la culpa a algún lugareño desventurado y desaparecer en la confusión. No era un gran plan, pero era mejor que nada. No parecía haber ninguna posibilidad de atacarlos en el tren sin llamar la atención de los paracaidistas del vagón de al lado.

Wolff reprimió una creciente sensación de pánico, que amenazaba con abrumarlo mientras consideraba su situación. Todavía contaba con el elemento crucial de la sorpresa, y sería cuestión de encontrar la oportunidad y actuar en consecuencia. Empezó a formular un plan aproximado en su cabeza, de nuevo basado en reducir silenciosamente a uno de los dos en un baño con su cuchillo.

Entonces podría esconder al hombre en un cubículo con los pies visibles por debajo de la puerta y esperar a que el segundo viniera a investigar, antes de infligirle el mismo destino. Si Möbert, que presumiblemente llevaba el diario, era el primero en entrar en el

aseo, puede que no necesitara matar a Bonsen en absoluto. Podría simplemente coger la prueba y desaparecer.

Todo dependía de bastantes factores, por supuesto, como entrar sin ser visto tras su presa y ser capaz de superarlo a él o a ellos sin que se diera la alarma. Pero no era imposible. Además, ambos oficiales del SD vestían de civil, por lo que el descubrimiento de sus cuerpos no provocaría la misma protesta inmediata que los de hombres con uniforme militar.

Era una tarea diferente a cualquiera a la que se hubiera enfrentado hasta ahora, en las que siempre había tenido la tranquilidad de saber que tu camarada te cubría las espaldas y tú las suyas. Aquí y ahora, Wolff solo podía contar consigo mismo.

Una vez más, recurrió a las palabras del sargento mayor Salomon, su antiguo instructor en Quenzgut, como se conocía la escuela de perfeccionamiento de los Brandeburgueses. Le habían servido en numerosas ocasiones, y buscó de nuevo su consuelo, visualizando a Salomon desfilando ante los jóvenes que tenía delante mientras se preparaba para enviarlos al subterfugio y a jugarse la vida tras las líneas enemigas.

No os centréis en las ventajas que os faltan, centraos en las que tenéis.

Salomon sabía de lo que hablaba. Había servido en la Gran Guerra a las órdenes del general Paul von Lettow-Vorbeck, el legendario *León de África*. Entre ambos, habían inmovilizado a una fuerza aliada combinada de 300 000 hombres con solo 14 000 de los suyos, en su mayoría *askaris* nativos.

Como miembro de la *Schutztruppe*, la fuerza de protección colonial de Lettow-Vorbeck, Salomon había vivido de la tierra y de los conocimientos de sus hombres para eludir la derrota durante cuatro años, hasta que se vio obligado a rendirse por el armisticio de 1918.

La suya era una misión mucho más difícil, con muchas más piezas móviles en un entorno inhóspito y con la amenaza constante de la traición, y sin embargo, la había cumplido. Y durante cuatro largos años. Comparado con lo que Salomon había enfrentado, reducir a esos dos matones era relativamente sencillo. Especialmente porque todavía contaba con el factor sorpresa.

Wolff empezaba a sentirse vagamente seguro de sus posibilidades de éxito cuando sintió una presencia en la entrada del vagón. Levantó la vista.

Allí, empuñando una pistola y con una sonrisa triunfante en el rostro, estaba el hombre del SD que se hacía llamar Alfred Bonsen.

16

—¿Cómo nos ha rastreado?

La actitud de Bonsen era una mezcla de ira y temor, y Wolff tardó un segundo en comprender por qué. Así como Canaris era consciente de que tenía gente dentro del Abwehr que informaba a Heydrich, era obvio que Bonsen creía que el almirante tenía topos dentro del SD.

Jugar con ese miedo podría ser lo único que evitara que Bonsen le pegara un tiro allí mismo. Bonsen lo había cacheado y le había encontrado el cuchillo. Había obligado a Wolff a quitarse la corbata que se había puesto en Sofía en un esfuerzo por parecer menos desaliñado y le había atado las muñecas con ella.

Bonsen observaba a su cautivo desde su asiento al otro lado del vagón, ahora vacío. No había ninguna posibilidad de que Wolff pudiera reducirlo. Su cuerpo sería arrojado por la puerta trasera a la vía después de quitarle todos los papeles de identificación.

No habría ningún funeral glorioso en el que Ludwig pudiera estrechar manos con solemnidad y aceptar el pésame de los pocos que pudieran asistir. En cambio, su hijo sería clasificado oficialmente como un desertor, en otra aplastante decepción para un empresario

fracasado de mediana edad cuya vida se había convertido en una serie interminable de ellas.

—Me temo que no puedo decírselo —respondió Wolff, recibiendo a cambio una mirada gratificantemente enfurecida.

—¿Se cree muy listo, eh? —replicó Bonsen con desdén—. Lo hemos estado vigilando desde el principio, desde que apareció en el Bendlerblock. —El comentario hizo mella, como era su intención, y Wolff fue incapaz de ocultar la sorpresa de su rostro.

Ahora fue el turno de Bonsen de adoptar una sonrisa de suficiencia victoriosa—. Sí, así es. Hicimos que lo investigaran y algo no cuadraba. ¿Por qué iba Canaris a arrastrar a un hombre que se enfrentaba a un consejo de guerra en el este hasta Berlín? Incluso si era un miembro de una de sus unidades de sangre mixta que había atacado a un oficial de las SS.

—Somos conscientes de la envidia del almirante hacia las *Schutzstaffel*, pero eso sería extraordinariamente mezquino, incluso para él. Pero entonces todo quedó claro. No tiene adónde más ir, ¿verdad? Incluso con ese ridículo credo de voluntario, estaba garantizado que aceptaría cualquier cosa que le ofreciera. Solo teníamos que averiguar qué era.

—Y, por Dios, el almirante no decepcionó, ¿a que no? ¿Negociar con el enemigo a espaldas del Führer? —Bonsen negó con la cabeza con algo parecido a la admiración—. El *Obergruppenführer* Heydrich llevaba mucho tiempo esperando para pillar al viejo traidor con las manos en la masa. Y usted nos ha conducido directamente a la prueba.

Sonrió con lástima, pero los ojos de Wolff se sintieron atraídos por el contorno rectangular de algo que abultaba en el pecho de Bonsen, en el bolsillo interior de la pechera de su chaqueta. ¿Llevaba Bonsen el diario encima?

—Debió de pensar que era muy listo, ¿verdad?, ¿quitarse de encima a los búlgaros? —continuó Bonsen, sermoneándolo con aire de suficiencia—. Seguíamos a su hombre, así que cuando usted lo perdió de vista, nosotros lo perdimos a usted. Pero la chica…

Bonsen volvió a negar con la cabeza, esta vez con sorna—. Ni siquiera podía mantener su *Schwanz* dentro de los pantalones, ¿eh?

¿Sabía que era judía? No me sorprendería. Probablemente ya haya contaminado su raza con cosas peores por ahí en Brasil.

—Aunque era valiente, eso se lo reconozco. Al principio intentó protegerlo, pero se soltó en cuanto vio el cuchillo. No sabía mucho, pero conocía a su contacto, el camarero de Riunione. Una vez que lo tuvimos a él, lo tuvimos todo.

Wolff lo miró con puro odio. Bonsen ignoró la mirada y ladeó la cabeza con curiosidad—. Por cierto, ¿cómo se escapó de los búlgaros? Vimos a Tashev entrando en el hotel con ese bufón gordo. —Como Wolff no contestó, se encogió de hombros—. Déjeselo a los profesionales, hijo. Esto le viene completamente grande.

—Incluso en la estación de Niš. ¿Sabe cómo lo descubrí? Por el reflejo en la ventanilla del tren. Cuando salí del café, pude verlo asomándose por detrás del poste y luego retirar la cabeza bruscamente cuando miré en su dirección.

Soltó una risita, y Wolff sintió el intenso ardor de la humillación y la vergüenza. Su torpeza y su subestimación de hasta qué extremos despiadados llegarían Heydrich y sus secuaces habían provocado la muerte de Anna y apretado la soga no solo alrededor de su cuello, sino también del de Canaris y Oster.

Alguien tendría que cargar con el muerto por todo esto, y no era difícil imaginar quién sería.

—Entonces, ¿quién es el topo?

Wolff no respondió, pero adoptó un gesto desafiante con la mandíbula.

Concéntrate en las ventajas que tienes.

Bonsen lo miró con curiosidad—. No creo que lo sepa realmente. Seamos sinceros, está muy por encima de su nivel, y todos sabemos lo cuidadoso que es Canaris a la hora de compartimentar estas cosas. Aun así, lo averiguaremos muy pronto, cuando lo entreguen a la Gestapo en Belgrado, ¿no es así?

Bonsen arrugó la nariz, como si considerara desagradable la tortura necesaria para extraer dicha información, antes de ponerse en pie y mirar a su alrededor—. Este vagón apesta. Volvemos a primera clase. El *Hauptsturmführer* Udolph está encantado con cómo

han ido las cosas hasta ahora. Presentárselo será la guinda del pastel.

—Ninguno de los dos podemos leer ese ridículo alfabeto eslavo del diario de *Bolo*, pero estoy seguro de que hay alguna mención a un Herr Schreiber por ahí. —Udolph. Así que ese era el verdadero nombre de Möbert.

—Faltan unas horas para Belgrado y tiene que tomar una decisión. Piense en su futuro, muchacho. Estos traidores van a caer con o sin usted. Si coopera, puede que incluso consiga una sentencia corta y vuelva al frente en unos años. —Sonrió de forma desagradable—. Aunque no como teniente, me temo.

Wolff se levantó despacio, aprovechando el tiempo para sopesar sus opciones. Incluso con las manos atadas, podría reducir al hombre si conseguía asestarle un golpe limpio en la mandíbula con uno de sus codos mientras estaban en el pasillo. Si Bonsen tenía el diario, podría deshacerse de él, coger la prueba y simplemente desaparecer en la siguiente estación.

O esperar y matar a Udolph, o Möbert, o como demonios se hiciera llamar, para estar seguro. El cabrón se lo merecía de todos modos después de lo que le había hecho a Anna. Pero Bonsen no era tonto. Mantenía constantemente al menos un metro de distancia entre ellos.

—Necesito ir al servicio —dijo Wolff en un intento de ganar tiempo.

—Por mí como si se caga en los pantalones —replicó Bonsen—. De todos modos, es probable que eso ocurra en algún momento cuando la Gestapo le ponga las manos encima en Belgrado. Siga caminando.

Atravesaron otro vagón de tercera clase y luego tres más de segunda, y todos los ocupantes apartaron la vista al ver a un hombre con las muñecas atadas conducido por otro que le apuntaba con una pistola. Mejor no saber nada.

Wolff caminó lo más despacio que pudo, esperando que las constantes sacudidas y el balanceo del tren pusieran a Bonsen a su alcance. En un par de ocasiones, Bonsen se acercó tentadoramente, pero supo instintivamente que no era lo bastante cerca.

Estaban a punto de entrar en el vagón contiguo al que estaba lleno de paracaidistas cuando el tren dio una sacudida lo suficientemente violenta y Bonsen tropezó, cayendo por una fracción de segundo contra su prisionero.

Fue todo lo que Wolff necesitó.

Girando sobre sí mismo, usó las palmas extendidas de sus manos atadas para desviar la pistola hacia un lado, justo cuando Bonsen efectuó un disparo que reverberó con fuerza por todo el vagón. Durante una fracción de segundo, la barbilla de Bonsen quedó desprotegida, y Wolff se pasó las muñecas entre las piernas, dobló las rodillas y luego usó el impulso ascendente para clavarle los puños juntos en la garganta.

Ya desequilibrado pero aferrado a su pistola, Bonsen agarró desesperadamente con la mano libre las ataduras de Wolff para estabilizarse y disparar de nuevo. En lugar de eso, Wolff corrió hacia él, de modo que el hombre del SD se tambaleó hacia atrás.

Juntos, ambos hombres se estrellaron contra la puerta del vagón que tenían detrás, que cedió bajo su peso combinado y se abrió hacia fuera. La pareja se precipitó a tierra desde el tren, que circulaba a velocidad moderada.

Aterrizaron pesadamente a un lado de la vía, con el cuerpo de Bonsen actuando como un cojín bajo Wolff, quien, no obstante, se quedó sin aire. Tras un momento de conmoción, Wolff se apresuró a llevar las manos atadas al cuello de su oponente para rematarlo.

Pero no hubo resistencia, y cuando miró los ojos sin vida de Bonsen, comprendió por qué. La cabeza del hombre estaba ligeramente inclinada donde había caído contra una pequeña roca, medio enterrada en la tierra que bordeaba el terraplén de la vía férrea.

Ya fuera por el golpe en la nuca o por una fractura de cuello, Bonsen no volvería a torturar ni a asesinar a nadie jamás.

Wolff se puso en pie y miró los vagones que se alejaban en la distancia. Si alguien había visto a dos pasajeros caer juntos por la puerta, desde luego no había dado la alarma.

Sin duda, como todas las demás poblaciones que se encontraban bajo la ocupación alemana, habían aprendido que cuanto menos

interactuaran con sus nuevos colonizadores, mejor. Con dificultad, Wolff hizo rodar a Bonsen hasta ponerlo boca abajo y sacó la *finka* de la parte trasera de su cintura.

Cayó de rodillas y se encajó el mango del cuchillo entre los muslos con la hoja hacia arriba, antes de usar su filo para serrar la corbata que le rodeaba las muñecas.

El siguiente pensamiento de Wolff fue para el bulto que había visto en la chaqueta de Bonsen. Volvió a dar la vuelta al muerto y le abrió la chaqueta del traje. Metió la mano en el bolsillo, sacó el cuaderno que había dentro y lo abrió.

Supo de inmediato que no era lo que buscaba. Lo que había dentro estaba escrito en caracteres latinos, no cirílicos, y en alemán. Eran las notas de Bonsen. Volvió a maldecir en voz alta.

Un rápido vistazo a todo el cuaderno lo confirmó. Había anotaciones cortas con fechas y horas, la última del día anterior, cuando Wolff había conseguido quitarse de encima a su torpe perseguidor búlgaro.

El sujeto ha realizado maniobras anti-vigilancia, es claramente un agente de inteligencia experimentado. Sospecho que se ha reunido con un contacto sin ser observado.

—Gracias por el cumplido —le murmuró al cadáver de Bonsen. No había más entradas. Era obvio que los dos hombres del SD habían decidido no registrar sus asesinatos de una mujer inocente, un camarero de un club nocturno, un recepcionista de hotel y un agente del NKVD.

Cacheó más a fondo a Bonsen y encontró una cartera de cuero que lo identificaba como el teniente Andreas Axmann del *Ausland-SD*, el brazo de inteligencia exterior de la organización de Heydrich. En otro bolsillo, encontró una tarjeta de identidad de un capitán Kirill Igorevich Morozov del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos.

Los ojos esquivos de Morozov/Ilyin miraban a ambos lados de su voluminosa nariz. Era difícil saber si Bonsen había guardado la tarjeta del agente muerto del NKVD como prueba, como recuerdo, o ambas cosas. Ciertamente habría formado parte de las pruebas

reunidas por Heydrich, pero seguía siendo secundaria en importancia al diario.

Arrojó tanto la cartera como la tarjeta a la hierba alta que bordeaba la vía y se obligó a analizar la situación con lógica, otra cosa que Horst Salomon les había inculcado.

Para poder explotar las ventajas de las que dispones, primero debes saber cuáles son, así como a qué obstáculos te enfrentas.

En el lado positivo, estaba ileso y había logrado neutralizar a uno de sus dos oponentes, haciéndose con una pieza clave de la prueba de los enlaces entre el Abwehr y el NKVD en el proceso. Además, a juzgar por lo que Bonsen/Axmann le había dicho, su superior, Udolph, no estaba al tanto de su presencia en el tren.

Bonsen había tenido la intención de exhibirlo ante su superior y presentárselo como un trofeo atado y bien atado. Por lo tanto, la desaparición del hombre del SD subalterno acabaría por notarse y podría incluso servir para retrasar aún más la huida de Udolph hacia Berlín, permitiendo potencialmente a Wolff alcanzarlo.

Wolff todavía tenía su cuchillo y ahora podía añadir la pistola del muerto a su arsenal. En su contra, estaba tirado en medio del campo sin tener ni idea de dónde se encontraba, con su presa restante alejándose cada vez más a cada minuto que pasaba. Se tragó su desesperación.

Dada la crueldad con la que el SD había actuado hasta ahora, era muy posible que Udolph siguiera adelante hacia Berlín lo más rápido posible, dejando la búsqueda de su subordinado desaparecido a otros. Además, aunque Wolff lograra alcanzarlo, Udolph estaría aún más nervioso debido a la inexplicada desaparición de su camarada y era menos probable que bajara la guardia.

Lo mejor que Wolff podía esperar era llegar a la guarnición alemana más cercana, mostrar una vez más la carta de plenos poderes de Canaris y exigir que lo llevaran inmediatamente a Belgrado, adonde se dirigía Udolph. Allí ya se las arreglaría para matar al hombre del SD.

Tomada la decisión, se agachó y agarró la chaqueta de Bonsen por las solapas, arrastrando su pesado cadáver con cierta dificultad hacia la hierba alta. Recogió la pistola del muerto de donde había caído y

se la metió en la parte baja de la espalda, deslizando la *finka* también en las trabillas traseras de sus pantalones.Luego empezó a caminar con dificultad por la vía en la misma dirección del tren del que acababa de caer. El avance era lento, no solo por la necesidad de pisar uniformemente las traviesas para evitar torcerse un tobillo. Pero al cabo de un rato, adoptó una especie de ritmo, mientras exploraba constantemente el horizonte en busca de cualquier signo de habitación y escuchaba cualquier tráfico de una carretera cercana.

Al cabo de una hora aproximadamente, llegó a una pequeña estación desierta, poco más que un tramo descubierto de hormigón mal mantenido a cada lado. No había señales que le indicaran dónde estaba —estas probablemente habían sido retiradas por los yugoslavos tan pronto como vieron que su país estaba siendo invadido— y aún no habían sido reemplazadas.

Un camino estrecho y polvoriento salía de un lado de la parada, descuidada y llena de maleza, aunque a saber adónde conducía. Calculó que era poco probable que una estación tan pequeña sirviera a un puesto de avanzada lo suficientemente grande como para justificar una guarnición alemana y siguió adelante con esfuerzo.

El caluroso sol de la tarde balcánica caía a plomo sobre él mientras caminaba, y al cabo de otra hora, agradeció ver que se acercaba a una zona de la vía férrea bordeada a cada lado por un bosque de coníferas. Al acercarse, se detuvo y la observó desde unos cientos de metros de distancia.

Ir en contra de todos sus instintos militares duramente ganados para adentrarse en un terreno así. Decidió abandonar la vía, meterse entre los árboles y seguir caminando en paralelo. No le ofrecería mucha defensa, pero evitaría que lo pillaran a la intemperie como un blanco fácil si había alguna partida hostil cerca.

Sacó la Walther PPK de Bonsen y comprobó el cargador. La *Polizeipistole Kriminalmodell*, utilizada antes de la guerra por la policía, también había sido entregada a las SS y al SD para distinguirlos de sus colegas inferiores de la Wehrmacht. Incluso Hitler había recibido su propia versión chapada en oro y con sus iniciales por su 50 cumpleaños en 1939.

Pero al igual que la P38 del ejército, tenía capacidad para ocho cartuchos, lo que le dejaba con siete balas dado el disparo efectuado por Bonsen durante su lucha en el tren. Si se metía en un tiroteo en el que necesitara más que eso, probablemente estaría condenado de todos modos.

Se adentró entre los árboles, que tenían troncos más gruesos y estaban más juntos de lo que parecían desde la vía, lo que significaba que la visibilidad se reducía a unos pocos metros en la penumbra. La densidad del bosque también dificultaba el avance, y era muy consciente del ruido que hacía al moverse.

Después de media hora así, se detuvo. En el frente, lo llamaban *Kriegsspielen*, o juegos de guerra. Esa sensación instintiva e inexplicable que se adquiere en combate de saber cuándo se está en peligro inminente. Tan silenciosamente como pudo, amartilló la pistola y empezó a avanzar con más cautela.

Al salir a un claro natural entre los pinos, miró al suelo. Se veían algunas huellas de animales en el barro, que permanecía blando aquí, en la penumbra, lejos de los rayos del sol. Un movimiento a su izquierda le llamó la atención, y se giró con la pistola en alto para ver a un muchacho adolescente salir de detrás de un árbol.

El chaval aparentaba unos quince años y era escuálido, con ropa gastada y sucia. Su mirada era a la vez hostil y temerosa, pero tenía las manos vacías. Wolff bajó ligeramente la pistola y estaba considerando qué hacer cuando oyó un ligero ruido a sus espaldas y la inconfundible sensación de un cañón de pistola presionado en la base de su nuca.

Wolff se quedó helado mientras le arrebataban la Walther por detrás y le arrancaban el cuchillo de la parte baja de la espalda mientras lo cacheaban de forma brusca pero minuciosa. Una voz femenina le siseó una orden en lo que supuso que era serbio, y lo agarraron por el cuello y tiraron de él bruscamente hacia atrás, haciéndole perder el equilibrio.

Le clavaron la pistola dolorosamente en el costado, le dieron la vuelta y lo obligaron a caminar con las manos en alto.

Lejos de la vía que conducía al norte, hacia Belgrado, y adentrándose más en el bosque.

17

Wolff echó un vistazo furtivo a sus captores mientras lo adentraban en el crepúsculo umbrío. Después de que no hubiera sido capaz de responder a un par de preguntas en serbio, una mirada cómplice entre ellos indicó que habían llegado a una conclusión lógica sobre su origen.

Quizá fue esto lo que determinó su actitud hacia él. La mujer que sostenía la pistola y daba las órdenes se mantenía a unos dos metros por detrás, descartando cualquier intento por parte de Wolff de acortar la distancia para intentar algo.

Era joven, tal vez de diecinueve años, pero con una expresión feroz en el rostro, acentuada por su pelo corto. Las probabilidades estaban aún más en su contra, ya que el chico que la acompañaba, el que había registrado a Wolff, mantenía la misma distancia a un lado, empuñando la navaja del Ejército Rojo.

Estaba en plena adolescencia, y sus intentos de mostrar el mismo aire agresivo se veían en cierto modo socavados por el miedo que se filtraba por debajo. Ambos tenían ese aire de suciedad que Wolff tan bien reconocía, y supo con qué estaba tratando.

No en vano, los *frontschweine,* los 'cerdos del frente' del Grupo de Ejércitos Norte se referían a los piojos que inevitablemente los

infestaban al cabo de unas semanas como «partisanos». Era un cumplido con retranca: ambos eran increíblemente persistentes y capaces de sobrevivir incluso a los intentos más duros por exterminarlos.

Sin embargo, la chica era la que más le preocupaba. A las partisanas del este se las conocía como *Flintenweiber* —brujas de la escopeta—, un término que indicaba el profundo miedo que inspiraban. A menudo eran mucho más violentas que sus homólogos masculinos, quizá para disuadir a los posibles depredadores sexuales de que pudieran ser presas fáciles.

Aquella no era ninguna bruja y, en tiempos de paz, no le habrían faltado pretendientes. Wolff solo esperaba no convertirse en el medio para que demostrara que podía ser tan sanguinaria como cualquier hombre.

Sus captores le hicieron subir por la ladera cada vez más empinada del bosque hasta que coronaron la cima y los árboles empezaron a ralear. Cruzaron varios campos de hierba salvaje que llegaba hasta las pantorrillas y entraron en otro bosque, aún más denso, que se extendía hasta el horizonte.

Caminaron unos cinco kilómetros más, y Wolff observó que se dirigían hacia el oeste en una línea bastante recta, lo que delataba su falta de experiencia en el manejo de prisioneros. Sin embargo, ambos eran demasiado listos como para caer en ninguno de sus intentos por atraerlos.

Después de que su tercer intento de ganar tiempo le valiera una violenta punzada en el hombro con su propia navaja, se rindió y siguió marchando sin oponer resistencia. Mientras avanzaba, se estrujaba los sesos intentando recordar lo que sabía de la situación allí.

El levantamiento había comenzado el mes pasado tras la victoria alemana del abril anterior. Había dos grupos implicados: los chetniks monárquicos —soldados del derrotado Ejército Real Yugoslavo que se habían echado al monte— y los siempre presentes comunistas.

Era difícil saber qué bando lo había capturado, pero supuso que lo averiguaría muy pronto. Fuera quien fuese, no podía esperar

ninguna ayuda externa. Nadie sabía que estaba en el tren, y no se organizarían partidas de búsqueda por él.

Tras media hora más de caminata por el bosque, llegaron al campamento partisano, un círculo irregular de tiendas de lona gastadas, sucias y combadas, sujetas con vientos a los árboles cercanos. Había un olor a humo de leña y el hedor a lana húmeda y cuerpos sin lavar.

Su llegada atrajo a una multitud de unas cincuenta figuras delgadas y miserablemente vestidas que claramente llevaban allí bastante tiempo. Algunos de ellos acosaron a preguntas a la chica, que respondió con sequedad, pero, por lo visto, de forma suficiente.

Dos hombres portaban fusiles que Wolff reconoció como el Kar98k, el arma reglamentaria de la Wehrmacht, muy probablemente arrebatada a soldados alemanes muertos. Uno de ellos lo sostenía sobre el pecho en la postura militar reglamentaria, mostrando cuatro muescas en la culata. Le dedicó a Wolff una sonrisa desagradable.

Otros se acercaron y le escupieron en la cara o intentaron abofetearlo hasta que un gruñido de la chica le puso fin. A pesar de todo, Wolff tuvo la sensación de que esperaban a alguien más. Dicha persona tardó otra hora en llegar, tiempo que Wolff pasó de pie, con los brazos fuertemente atados a un tronco de árbol a su espalda.

El recién llegado y sus tres compañeros traían los cadáveres ya rígidos de varios conejos. Incluso sin que todas las miradas se volvieran hacia él, Wolff se dio cuenta de que aquel era el líder del grupo. El hombre era tan delgado y tenía los ojos tan hundidos como el resto, pero desprendía un aire de autoridad inconfundible.

Ignorando a Wolff, se acercó y empezó a sermonear airadamente a la chica, que le respondió con la misma brusquedad. El serbio era un idioma considerablemente distinto tanto del ruso como del letón, pero, por lo que Wolff pudo discernir, la estaba reprendiendo por no haber seguido sus órdenes.

También estaba claro que existía algún tipo de relación entre ambos. Quizá fueran hermanos o primos. La chica parecía demasiado joven para ser la amante del hombre, aunque, en aquellos tiempos, quién sabe. La discusión acabó por amainar a medida que la resistencia verbal de la chica se agotaba y el hombre,

cuyo nombre, Darko, había deducido por la sarta de gritos, centró su atención en Wolff.

Tras examinar de arriba abajo a su cautivo con curiosidad, le ladró una pregunta a la chica, que respondió de mala gana. A continuación, Darko le palpó los pantalones del traje a Wolff antes de abrirle la chaqueta y sacar la cartera del bolsillo interior izquierdo del pecho.

Examinó con interés el considerable fajo de billetes búlgaros que contenía antes de volver a guardarlo y lanzarle la cartera a la chica. Darko probó entonces en el bolsillo del otro lado y encontró lo que Wolff esperaba que pasara por alto.

Su *Soldbuch*.

La cartilla militar que se entregaba a todos los soldados alemanes servía también como principal documento de identidad. La de Wolff había sido alterada para mostrar una unidad ficticia, según la política de la Abwehr. Pero ahora su identidad era incuestionable debido a la fotografía de él con el uniforme gris de campaña.

—Alfredo —dijo, leyendo el segundo nombre que la madre de Wolff le había puesto en previsión del tan discutido traslado de sus padres a América Latina—. ¿Habla español?

A Wolff se le cayó el alma a los pies.

Solo había un lugar en el que un serbio podría haber aprendido español y una sola razón por la que habría viajado allí. La cuestión de qué tipo de partisanos lo habían capturado ya no dejaba lugar a dudas. Si el hombre era el tipo de comunista devoto que había ido a España a luchar, Wolff estaba en un aprieto aún mayor de lo que había pensado. Darko seguía mirándolo expectante. Asintió secamente.

—¿Qué dice esto? —Darko había desdoblado la carta de Canaris que ordenaba prestar toda la ayuda necesaria a su portador. Evidentemente, el serbio apenas entendía el alemán.

La verdad, decidió Wolff, era lo único que podría jugar a su favor. —Es una carta del jefe de la inteligencia militar alemana, el almirante Wilhelm Canaris. Ordena a todos los miembros del ejército alemán que hagan lo que les pida.

Darko frunció el ceño. Estaba claro que no esperaba una respuesta así. Los demás los observaban ahora con más atención, conscientes por el lenguaje corporal de su líder de que algo intrigante estaba en marcha.

—¿Y por qué ibas a necesitar algo así? —preguntó Darko finalmente. —Porque me enviaron a Sofía a llevar a cabo negociaciones secretas de paz con los soviéticos.

Esta vez, la cabeza de Darko se echó hacia atrás. Se quedó mirando a Wolff, escrutando su rostro en busca de cualquier señal de insolencia. Wolff le devolvió la mirada con la expresión más transparente y serena que pudo fingir. Darko ladró otra orden por encima del hombro, esta vez sin mirar.

Unos segundos después, Wolff fue desatado del árbol, aunque inmediatamente le volvieron a atar las manos a la espalda. Darko le apretó la mano en el hombro con firmeza, pero sin brusquedad. —Siéntate y ponte cómodo —dijo—. Tenemos mucho de qué hablar.

Los partisanos se afanaron un rato en preparar algo de comida. Un par de los conejos de aspecto escuálido fueron puestos sobre el fuego en largos palos para asarlos. También había algo de pan y unas cuantas latas.

Wolff no había comido en todo el día, pero no le ofrecieron nada mientras el grupo, claramente hambriento, se disponía a preparar la cena. De vez en cuando, sorprendía a otros mirándolo con curiosidad.

Para ellos era evidente que lo que le hubiera dicho a Darko había causado impresión, pero el líder partisano no estaba por la labor de compartirlo: un intento de la chica que lo había capturado de volver a entablar conversación con él fue zanjado con brusquedad.

Eso Wolff lo entendía. Darko obviamente le estaba dando vueltas en su cabeza y quizá preparando trampas mentales para cazar cualquier mentira en el interrogatorio que se avecinaba.

Al menos, reflexionó, el hombre no era el tipo de fanático que rechazaría al instante la idea de que los nobles bolcheviques se relacionaran con el malvado invasor fascista. Y eso le daba alguna esperanza de que hubiera una salida. Al final, Darko se sentó junto a Wolff y comió ruidosamente mientras lo acribillaba a preguntas.

¿Por qué estaba Hitler manteniendo conversaciones si era evidente que iba ganando?

¿Cuál era el objetivo de las negociaciones? ¿Por qué Sofía?

¿Por qué había estado en un tren a Belgrado en lugar de en un vuelo de regreso a Berlín?

Wolff respondió a cada pregunta con la mayor sinceridad posible, recurriendo a suposiciones lógicas para rellenar las lagunas de su conocimiento. Darko le preguntó adónde se dirigía en el momento de su captura, y Wolff volvió a responder con franqueza, provocando otra risita de incredulidad por parte del serbio.

El partisano llamó a la chica y la interrogó largamente, buscando a todas luces cualquier invención en la historia de Wolff.

Darko pareció satisfecho con su explicación, y Wolff notó que seguía estupefacto con lo que le estaba contando. Podía empatizar con él. Hasta hacía una semana, él habría reaccionado de forma similar.

La conversación derivó entonces hacia Wolff y sus antecedentes. ¿De dónde venía el nombre de Alfredo? ¿Por qué no llevaba uniforme? ¿Qué pensaba hacer si hubiera conseguido matar a Udolph, el segundo hombre del SD también conocido como Möbert?

Wolff se encontró relatando la historia de su vida a un completo desconocido. Evitó cualquier adorno sobre sus credenciales antinazis, especialmente cuando los ojos de Darko se entrecerraron mientras repasaba los detalles de lo que había sucedido en la aldea de Letonia.

—¿Por qué te iba a importar lo que le pase a un puñado de campesinos? —preguntó con desdén—. Yo luché por los republicanos en Brunete y vi lo que vuestra Legión Cóndor les hizo a los civiles. Llegaban, bombardeaban pueblos y ametrallaban a los civiles.

Wolff lo miró a los ojos. —Precisamente por eso acepté viajar a Sofía. Estamos en bandos opuestos, es cierto. Pero algunos de nosotros creemos que la guerra se puede librar, si no con honor, al menos sin asesinatos deliberados. ¿Sabe usted lo que es un *Einsatzgruppe*?

Darko negó con la cabeza.

—Se traduce como «Grupo Especial de Tareas».

—No conozco esa expresión. Ve al grano.

—Son unidades de las SS que se dedican a reunir a personas que los nazis consideran «indeseables» para después llevarlas a fusilar.

—¿Y quiénes son esos… indeseables?

Wolff se encogió de hombros. —En Polonia, fueron los sacerdotes y la aristocracia. Después de eso, los judíos y los gitanos. Yo no lo vi personalmente porque siempre nos habíamos adelantado, hacia donde estaban los combates. Al principio, llegaban después de que nos fuéramos y cometían sus crímenes sin que nadie los viera.

»Ahora es diferente. Llegan justo después de que el ejército asegure un lugar y se ponen a trabajar de inmediato. En los países bálticos, han estado matando principalmente a judíos y comunistas. A los comisarios políticos los fusilan en el acto. Hacen su trabajo por separado del ejército, pero todo el mundo sabe lo que está pasando.

»Incluidos los soviéticos, a estas alturas. Por eso hay que detener esta guerra ahora y derrocar a Hitler. Porque, de lo contrario, Alemania no puede esperar piedad si las tornas cambian.

—Los estadounidenses ya están favoreciendo abiertamente a los británicos dándoles barcos, tanques y aviones a través de su programa de Préstamo y Arriendo. Si algo sucediera que los hiciera entrar de lleno en la guerra del lado de los Aliados, sería desastroso para Alemania.

En ese momento, Wolff agradeció enormemente la sesión informativa que Canaris le había dado en Berlín, que esperaba estar repitiendo correctamente.

Darko lo miraba pensativo. —Incluso si lo que dices es verdad —respondió al cabo de un rato—, parece que Alemania está condenada de todos modos. Cuando los americanos entren en la guerra, vuestro país quedará atrapado entre ellos y el Ejército Rojo, y perderá.

—Si se llega a un acuerdo de paz y se derroca a Hitler, Alemania seguirá siendo un estado fascista con toda su infraestructura nazi intacta. Eso no se puede permitir.

—*Si* los estadounidenses entran en la guerra —lo corrigió Wolff. Tenía la sensación de que sus argumentos empezaban a hacer mella en el líder partisano—. Todavía tienen un fuerte grupo de presión

aislacionista, y no está nada claro que lo hagan, o cuándo. La pregunta es: ¿seguirá existiendo la Unión Soviética en ese momento? Cuando dejé el frente, la Wehrmacht avanzaba a un ritmo de sesenta y cinco kilómetros al día, y ahora mismo, están a dos semanas de Moscú si las cosas siguen como están.

Wolff contaba aquí con el hecho de que Darko tuviera acceso regular a los periódicos yugoslavos. Incluso si esos periódicos estuvieran sujetos a la censura nazi, seguirían informando fielmente de las victorias alemanas en el este. —El Ejército Rojo lo hacía lo mejor que podía, pero aun así era derrotado una y otra vez.

—Mis coconspiradores me han mostrado proyecciones de la Wehrmacht —añadió, mezclando una pequeña mentira para reforzar la verdad—. Esperan haber tomado el Kremlin para Navidad. ¿Adónde irá Stalin entonces? ¿A Siberia? Hizo estas propuestas porque sabe que la paz es su única esperanza de supervivencia.

Darko no dijo nada, con la mirada perdida en el frente.

Wolff decidió remachar su argumento. —En España, Hitler y Mussolini enviaron ayuda a los fascistas. ¿Quién fue el único que ayudó a los republicanos? La URSS es la primera nación comunista del mundo, y aún no ha sobrevivido 25 años. Si se derrumba, ¿qué futuro le ve a su causa?

Darko se volvió hacia él, y Wolff pudo ver por la ira en el rostro del hombre que se había equivocado en sus cálculos. —Puede que hayas visto combate, pero en lo que respecta a entender cómo funciona el mundo, todavía eres un niño —espetó—. La gente de Stalin pasó tanto tiempo en España intentando hacerse con el control de la República como ayudándola.

—Hubo mucha gente que fue asesinada misteriosamente lejos del frente. Stalin no representa el marxismo, y si es derrotado, la revolución simplemente continuará de otra forma. No morirá. Tiene demasiada gente en todo el mundo luchando por ella como para que eso ocurra.

Se sumieron entonces en el silencio. Darko, sintiendo claramente que había puesto a su prisionero en su sitio, y Wolff, simplemente por no tener más argumentos que esgrimir. Ya había oscurecido y, poco después, los partisanos empezaron a prepararse para dormir.

Le pasaron una cuerda alrededor de los tobillos a Wolff y por encima de las ataduras de sus muñecas.

Le arrojaron una manta fina y sucia, que tendría que echarse por encima con la ayuda de los dientes. Se tumbó incómodamente de lado, sin nada a su alcance que pudiera usar como almohada.

Quizá lo fusilarían por la mañana.

18

Un par de horas después del amanecer, Wolff se recostó contra un árbol y observó a los partisanos discutir sobre cuál sería el mejor uso que podían darle.

Cinco de ellos participaban en el debate a unos metros del campamento principal, mientras que el resto miraba sentado. Estaba agarrotado, dolorido y helado. Le habían dejado las manos atadas toda la noche y le habían amarrado también los pies, por si acaso.

Había lloviznado, y la manta y la ropa se le habían empapado. Cuando había intentado cambiar de postura contra el árbol a una ligeramente más cómoda, uno del grupo principal se le había acercado por su ángulo muerto y le había propinado un brutal puñetazo en la cara.

Una venganza mezquina mientras los líderes del grupo estaban distraídos. Wolff no podía culpar al hombre. Había visto cosas mucho peores infligidas por los de su propio bando en Rusia. Se reclinó contra el tronco, haciendo caso omiso de sus dolores, los escalofríos y el bulto que notaba cómo le salía en el pómulo.

¿Así iba a acabar todo?

La muerte siempre llegaba por sorpresa. Había visto morir a demasiados heridos graves como para no saberlo ya. Todos y cada

uno de ellos, con la misma expresión de asombro en el rostro.

Que una de aquellas balas que silbaban a su alrededor le había alcanzado *a él* precisamente y que ahora le tocaba el turno de desangrarse mientras sus camaradas lo rodeaban y le susurraban mentiras evidentes sobre que se pondría bien.

Mentiras que, sin excepción, se creían a la desesperada hasta que la luz se desvanecía de sus ojos. Pues ¿quién quería plantearse que su vida estaba a punto de extinguirse? Tenía una lógica demencial. Un hombre no podía funcionar como es debido si pensaba constantemente en cuándo le llegaría el final.

Y si aquel era su final, ¿qué había conseguido? Había llevado una existencia tan honorable como había podido en un mundo cada vez más repugnante en el que la vida humana se valoraba cada vez menos. No se arrepentía de nada, salvo de su promesa incumplida a *Mammu*.

Una promesa cuyo cumplimiento podría haber sido imposible de todos modos, aunque eso nunca lo sabría con certeza. Mucho había cambiado desde que su madre había dejado Riga hacía casi dos décadas.

Eso y Anna. Ella había depositado su fe en él, y él le había fallado. Había matado a Bonsen, pero no podía borrar las burlas del hombre sobre cómo él y el otro cabrón habían asesinado a la chica.

Contuvo la respiración involuntariamente al pensar en la conmoción y el terror en aquellos hermosos ojos marrones después de que uno de los dos le pasara un cuchillo de repente por la garganta. Nadie la sujetaba de la mano, nadie le decía que todo iría bien. Había muerto asustada y sola.

Se oyó un silbido a unos cientos de metros de distancia en el bosque, que Wolff supuso que procedía de uno de los centinelas. Levantó la vista y vio llegar al campamento al joven que le había ayudado en su captura.

El muchacho tenía una expresión triunfante en el rostro y fue directo hacia donde estaban sentados Darko y la chica para entregarles algo. Wolff observó con interés cómo Darko lo miraba antes de empezar a examinar los objetos uno por uno.

Hubo un destello de color rojo vivo, y el ánimo de Wolff se disparó de repente al darse cuenta de que el partisano sostenía una cartilla de identidad roja del NKVD en las manos.

¡Habían enviado al chico a buscar el cuerpo de Bonsen y lo había encontrado!

Sin embargo, su entusiasmo inicial pronto se disipó un poco cuando se convocó una reunión. Darko, la chica y otros tres se sentaron a la cabeza, mientras que los demás se reunieron a su alrededor en un semicírculo poco definido. Aquello era similar a un consejo de guerra sumarísimo, y las pruebas que el adolescente había traído solo constituirían una parte del mismo.

Como en todos esos procesos, las inclinaciones de los autoproclamados jueces importarían mucho más. Parecía que eran cinco, y su condición quedaba clara por sus asientos, apartados del resto del grupo. Aunque estaba demasiado lejos para oír nada, incluso si entendiera el serbio, el lenguaje corporal respectivo de cada uno dejaba claras sus posturas.

Darko parecía estar de un lado, mientras que otros dos adoptaban diversos tonos de frustración y súplica, y la chica se enzarzaba en la oposición más vociferante al comandante partisano. El quinto individuo, un hombre de veintitantos años, se mantuvo en silencio al principio, pero más tarde pareció intervenir cada vez más del lado de Darko.

El resto de los guerrilleros se limitó a observar el rápido debate con gran interés, y uno o dos levantaron la mano en un momento dado para hacer contribuciones que sonaban deferentes, pero que no parecieron ganar mucha tracción. Wolff contó treinta y seis en total.

Menos de los cincuenta que había supuesto al principio, pero todavía demasiado numerosos para que él intentara nada si se presentaba la oportunidad. Las numerosas miradas en su dirección a lo largo del debate despejaron cualquier duda de que él era el tema principal de discusión.

Rezaba por haber convencido a Darko de la autenticidad de su misión la noche anterior y porque el partisano estuviera sugiriendo que lo liberaran para continuarla. De ser así, los intentos de Darko

estaban encontrando una considerable resistencia, sobre todo por parte de la chica, que acentuaba sus afirmaciones cada vez más airadas con gestos acusadores con el dedo hacia donde Wolff estaba sentado.

Se preguntó cuántos camaradas habrían perdido hasta el momento y qué papel jugaría eso en la decisión sobre su suerte. Había oído que una de las razones por las que los republicanos habían perdido la guerra civil en España era porque algunos de los movimientos comunistas no tenían una estructura de mando central e insistían en someter todo a votación antes de tomar cualquier decisión.

Si Darko dirigía ese tipo de operación aquí, estaba condenado. Después de aproximadamente una hora de esto, la chica se levantó y se marchó furiosa, poniendo fin a la discusión. Era una señal positiva, pero nada más. Quizá no lo ejecutarían hoy, pero no había ninguna garantía para mañana.

Para distraerse, su mente volvió a analizar lo que había visto y cómo podría utilizarlo si se presentaba la oportunidad de escapar. Era lógico que hubiera otras ciudades de tamaño considerable a lo largo de la línea de tren en dirección norte hacia Belgrado, por lo que tendría que seguirla de cerca sin perderla de vista.

¿Quién sabía cuántos grupos partisanos operaban en esta zona? Sería una ironía demasiado grande liberarse de uno solo para acabar en manos de otro. Volver al territorio controlado por los alemanes solo sería el principio de sus problemas, por supuesto.

Era imposible adivinar lo lejos que estaría Udolph ahora o cómo habría reaccionado a la desaparición de su compañero. Si él estuviera en el lugar del hombre de las SD, se dirigiría directamente a Berlín.

Empezó a llover de nuevo, ahora con más fuerza que la noche anterior, y la mayoría de los partisanos se retiraron a sus tiendas y se tumbaron o se sentaron en las aberturas mirando el aguacero. A Wolff lo dejaron en su sitio y se apretó contra el tronco del árbol, aunque de poco le sirvió para no empaparse. Para colmo de males, el viento se levantó, arreciando gran parte de la lluvia sobre él.

Alrededor de una hora después, hubo otra llegada al campamento. El hombre era una figura baja y fornida, vestida con un impermeable con la capucha puesta para protegerse del diluvio. Miró hacia donde estaba sentado Wolff y se quedó mirándolo fijamente durante un largo rato.

Wolff observó cómo el hombre lo estudiaba con atención, aunque no podía ver gran cosa bajo la capucha, salvo la parte inferior de su rostro. Luego, el hombre entró en la tienda en la que estaban sentados Darko y la chica.

Darko asomó la cabeza por la solapa y dio una orden, y los otros tres que antes habían discutido su destino salieron de sus propias tiendas y también entraron en la suya. Quizá este recién llegado era un comandante partisano de otro lugar traído para tomar una decisión, y se había vuelto a convocar el consejo de guerra.

Estaba bastante apretado dentro, y Wolff podía ver los contornos de las espaldas del grupo sobresaliendo a través de la lona. Sobrevino otra discusión agitada con voces alzadas, y estaba casi seguro de que su destino era de nuevo el tema de debate.

Tras una hora de aquello, Darko salió. La lluvia había amainado, pero el viento seguía soplando a rachas. Los otros partisanos también salieron de sus tiendas y empezaron a desmontarlas. Estaban levantando el campamento. Nunca era prudente permanecer demasiado tiempo en un mismo lugar. Los grupos guerrilleros tenían que mantenerse ligeros y móviles para evitar ser capturados.

Llevar consigo solo lo que pudieran cargar y estar libres de estorbos como cónyuges o hijos.

O prisioneros.

Darko se acercó a donde estaba sentado Wolff, con el rostro teñido de una expresión de resignación. Estudió a Wolff por un momento antes de sacar la *finka* confiscada de la parte baja de su espalda y desenvainarla de su funda metálica. Instintivamente, Wolff se pegó todo lo que pudo al tronco del árbol.

El partisano miró la hoja, que Wolff siempre había mantenido muy afilada. Parecía reacio a llevar a cabo lo que fuera que iba a hacer a continuación.

—Es irónico —dijo por fin en su español con marcado acento—. Usted le quitó esto a un soldado soviético muerto como recuerdo, y ahora está aquí, en manos de otro enemigo a miles de kilómetros. Podría llamarlo destino.

Se inclinó sobre Wolff, empujándole el hombro hacia un lado. Wolff hizo una mueca de dolor mientras se preparaba para el agudo dolor de la punta del cuchillo deslizándose en su torso. Una herida mortal, aunque una que mataría más lenta y agónicamente que un simple tajo en la tráquea.

Imágenes de las historias de advertencia contadas alrededor de las hogueras del Grupo de Ejércitos Norte pasaron por su mente. Lo que había sucedido a los soldados de la Wehrmacht capturados en ataques partisanos. Sus cuerpos cubiertos de moscas encontrados colgando de los árboles, sin orejas ni nariz.

Estómagos rajados y genitales cortados y metidos en la boca, la gravedad de las heridas indicaba que los habían dejado desangrarse.

Pero en vez de eso, Darko le puso la mano en la parte superior de la espalda, obligándolo a doblarse antes de cortar las ataduras que le sujetaban los brazos por detrás. Wolff llevó lentamente las manos al frente, masajeándose las muñecas para recuperar parte de la circulación en sus miembros.

Se preguntó qué le esperaba ahora. Quizá se lo llevaran con ellos.
—Mis camaradas creen que soy un necio —continuó Darko—. Quieren desentrañarlo y colgarlo de un árbol en la ciudad con guarnición más cercana como mensaje. Sin embargo, su historia es tan extraña que creo que existe la posibilidad de que realmente esté diciendo la verdad.

—El chico encontró el cuerpo junto a las vías y la documentación que llevaba. Los cuervos lo llevaron hasta allí. —Miró a Wolff, buscando una reacción. Wolff no ofreció ninguna. No podría haberle importado menos si los lobos hubieran esparcido los restos de Bonsen por todos los Balcanes.

—Tenemos otro testigo del tren que dice que lo que vio de usted concuerda con lo que ha afirmado. Así que o es usted un genio contando historias o está realmente comprometido en un esfuerzo

por liberar a Alemania del hombre más malvado de Europa. El tiempo lo dirá.

—Los serbios tenemos un dicho: «un hombre muerto no paga deudas». Sobre esa base, creo que las posibilidades de que tenga éxito merecen que lo deje con vida. Si está mintiendo y envía a sus camaradas aquí a buscarnos, le prometo que se arrepentirá. Aunque al hacer esto, puede que haya firmado mi propia sentencia de muerte.

—Ahora mismo, mi hermana sería la primera en la cola para ejecutarla.

Sostuvo el cuchillo en posición vertical por la hoja frente a Wolff. —Se le devolverá esto cuando sea liberado. Con suerte, le recordará sus obligaciones y el hecho de que podría haberse usado para matarlo. El arma, nos la quedaremos. Nuestra necesidad es mayor que la suya.

Otro partisano se acercó y volvió a atar las manos de Wolff, pero esta vez más sueltas y por delante. El hombre se quedó allí, agarrando con fuerza el antebrazo de Wolff mientras esperaba a que un camarada que llevaba un fusil terminara de hablar con Darko.

La tienda de Darko fue la última en ser desmontada y, mientras recogían los vientos, la hermana de Darko y el misterioso visitante que había respondido por él salieron de dentro. El hombre aún llevaba la capucha puesta, pero una ráfaga de viento se la enganchó y se la echó hacia atrás momentáneamente.

El visitante se giró a toda prisa hacia un lado mientras se afanaba por ocultar de nuevo sus facciones, pero ya era demasiado tarde. Wolff lo había reconocido. Era el revisor de la estación de tren de Niš. La cabeza le daba mil vueltas. El hombre se había mostrado de lo más odioso con una anciana que había retrasado accidentalmente la salida del tren unos minutos, a pesar de que ya iba con mucho retraso.

Se había retirado servilmente en cuanto Wolff se había identificado como alemán. Como tapadera para un informante partisano, era una genialidad. Wolff apartó la cabeza rápidamente, no fuera que el hombre alzara la vista y viera que había descubierto su identidad.

Wolff abandonó el campamento en compañía de otros dos partisanos, caminando hacia el noreste durante tres horas. A juzgar por el número de veces que le hincaron las pistolas en la espalda al principio, sus guardianes pertenecían claramente al bando ideológico de la hermana de Darko.

Al final se detuvieron junto a una carretera bordeada por el bosque, y uno de los hombres le desató las manos y le dijo algo escueto en serbio mientras señalaba hacia el norte. Había terminado sus instrucciones escupiéndole a Wolff en la cara y blandiendo su pistola con agresividad y, por un momento, Wolff pensó que iba a desobedecer las órdenes de Darko.

En lugar de eso, la pareja se desvaneció entre los árboles, dejando que Wolff caminara hacia el norte por la carretera. Una vez que hubieron desaparecido, echó a correr, temeroso de que pudieran cambiar de opinión y regresar.

Mientras apretaba el paso, pensó en el revisor, una sorpresa más en una guerra cuyas líneas del frente estaban cada vez más difuminadas. El hombre era, presumiblemente, un comunista y un enemigo acérrimo de los nazis, y sin embargo su aportación había contribuido a garantizar la libertad de Wolff.

Permitir que siguiera allí casi con toda seguridad resultaría en la muerte de muchos soldados alemanes, pero Wolff no se veía capaz de condenar a su improbable salvador a una muerte espantosa a manos de la Gestapo. Mentalmente, aparcó el asunto para más tarde.

Ahora mismo tenía problemas más acuciantes en los que centrarse, aunque dudaba de que fuera la última vez que se enfrentaría a un dilema semejante antes de que acabara la guerra. Al cabo de unos cuarenta minutos, llegó a un pequeño pueblo sin nombre con un exiguo cuartel alemán. Darko le había quitado la pistola, pero le había devuelto todos sus documentos.

Bastó con que Wolff enseñara fugazmente su carta de Canaris para que lo colocaran en la parte delantera de un camión de la Wehrmacht que transportaba a diez soldados de infantería. Tras enterarse de la captura de Wolff a manos de los partisanos, el

sargento, un perro viejo, al mando de la guarnición no quería correr ningún riesgo.

Le habían radiado desde Belgrado la desaparición de un oficial del SD del tren, y se había transmitido la orden de registrar todas las estaciones entre Niš y la capital yugoslava. Sin embargo, aquel hombre no había sobrevivido a dos guerras sin aprender nada.

Wolff no ofreció ninguna explicación sobre qué hacía a pie en mitad de la campiña serbia, y el hombre tampoco se la pidió. Se sentiría aliviado de quitarse de en medio cuanto antes a aquel potencial alborotador.

***

—No quiero saber nada de esto.

Wolff se encontraba en el despacho de Belgrado del general de división Friedrich Weber, del 65.º Cuerpo Especial, intentando alternativamente amenazarlo y engatusarlo para que cooperara. Asumiendo una vez más un riesgo calculado, Wolff ya había llamado a Oster desde el cuartel y le había explicado dónde estaba.

Oster había descrito a Weber como un «antiguo amigo», con el que no había hablado desde su destino a lo que solía ser Yugoslavia. Wolff había captado el código improvisado: Weber había sido miembro de la resistencia en su día, aunque eso ya no era seguro.

Oster había añadido que era posible que Weber se hubiera olvidado de él con todo lo que había pasado desde entonces y que necesitara que le «refrescaran la memoria». Wolff veía ahora que Oster se había quedado algo corto. La mezcla de furia y pánico en el rostro de Weber no podía ser más evidente. Apenas era sorprendente.

Weber solo era uno del abigarrado grupo de oficiales militares alemanes tras el régimen títere que gobernaba el Territorio del Comandante Militar en Serbia. Entre sus colegas, sin embargo, se encontraba el coronel de las SS Wilhelm Jürs, que había sido designado para supervisar todas las operaciones de las SS y el SD en la recién conquistada adición al Reich.

Era a Jürs a quien Udolph lógicamente acudiría en busca de ayuda, de ahí el miedo que se había apoderado de Weber, a pesar de que técnicamente tenía un rango superior al del hombre de las SS. Lo

que Wolff necesitaba saber era si algún avión de la Luftwaffe ya había despegado hacia Berlín con Udolph a bordo, o si todavía tenía una oportunidad de alcanzarlo.

Casualmente, Jürs se encontraba en una de sus incursiones periódicas a Croacia para asegurarse de que los aliados fascistas locales de los nazis, los ustachas, estuvieran reuniendo debidamente a los judíos de la zona. Pero Weber seguía aterrorizado de que cualquier pregunta que hiciera sobre los vuelos a Berlín llegara a oídos del hombre de las SS.

El jefe nominal del gobierno militar en Belgrado era un general de la Luftwaffe, y nadie sabía de qué pie cojeaba. Wolff sintió que era el momento de subir la apuesta de la intimidación.

—Con el debido respeto, mi general, no estoy seguro de que comprenda lo acuciante que es esta situación —le dijo a Weber, que lo miraba con un odio apenas disimulado—. Si este individuo consigue llegar hasta Heydrich, podríamos estar todos en grave peligro.

Como Wolff esperaba, Weber levantó la vista bruscamente al oírle utilizar la palabra «todos».

—La única forma de evitarlo es atraparlo y, ehm, hablar con él antes de que pueda salir de Belgrado. Dice usted que no hay ninguna conexión programada con Berlín hasta mañana por la noche.

—Este hombre va a querer volver allí antes. Necesito encontrarlo, pero no tengo ni idea de dónde está. Así que necesito saber si ha habido alguna petición especial de aviones para poder interceptarlo. —Weber se movió inquieto, negándose todavía a mirar a Wolff a los ojos.

—¿Y cómo sabemos que no se lo habrá dicho a alguno de los hombres de Jürs? —replicó con brusquedad—. Entonces, si aparece muerto —y supongo que eso es lo que tiene planeado para él—, habrá una investigación enorme. ¿Qué pasará entonces?

—No creo que lo haya hecho —insistió Wolff.

—Ah, ¿no lo cree? —dijo Weber con sorna.

—No, mi general, no lo creo —respondió Wolff, con un tono de osadía asertiva—. Porque no lo necesita. Tiene que entender lo que

está pasando aquí, mi general. Udolph se encuentra en una posición un tanto precaria. Sus instrucciones eran observar, reunir pruebas e informar. Desde luego, no eran asesinar al dueño de un hotel local y a un diplomático soviético en el territorio de un aliado del Reich.

Wolff estaba improvisando, tal y como había visto hacer en el pasado a su antiguo superior de los brandenburgueses con nerviosos centinelas rusos antes de su muerte.

—Esto va a causar un gran revuelo en Sofía. Los búlgaros me han dicho que el hotelero muerto es cuñado de un ministro del gobierno. Si Udolph vuelve con Heydrich con su… información, entonces todo eso se pasará por alto.

—Pero hasta entonces, no se va a arriesgar a ir largando por ahí lo que ha estado haciendo en Bulgaria y arriesgarse a que llegue a oídos indeseados en Berlín para que pueda ser utilizado contra Moses Handel. —Weber se inmutó cuando Wolff usó el apodo naval de Heydrich por su supuesta herencia judía.

—Probablemente tampoco lo necesite —continuó Wolff, ya en pleno flujo creativo—. Me imagino que tiene una de estas. —Blandió su importantísima carta de Canaris—. Así que si se presenta en el aeródromo y empieza a exigir un vuelo a casa, la noticia se va a extender, ¿no es así?

Weber asintió casi inconscientemente, como si intentara convencerse de la lógica de Wolff. Wolff decidió dar la estocada final.

—Ahora es el momento de actuar, mi general —dijo con suavidad —. Si empiezan a arrestar a gente en Berlín, quién sabe lo que se dirá bajo tortura.

La cabeza de Weber se irguió de golpe y volvió a la realidad, y se puso en pie de un salto. Se desabrochó la funda de la pistola y extendió el arma sobre el escritorio, de modo que quedó a no más de unos centímetros de la nariz de Wolff.

—No me tomo bien las amenazas de los oficiales subalternos —gruñó—. Podría pegarle un tiro aquí mismo, y se acabaría todo. Nadie volvería a oír hablar de usted.

Wolff levantó las manos en señal de apaciguamiento.

—Es demasiado tarde para eso, mi general. Ya he contactado con el Bendlerblock. Además, yo no soy la amenaza contra usted.

Estamos en el mismo bando, ¿recuerda? —Weber bajó la pistola.

Una hora más tarde, Wolff se encontraba en Belgrado-Zemun, ignorando las miradas del personal de tierra de la Luftwaffe mientras cuchicheaban entre ellos. Debía de ser lo más emocionante que habían visto en semanas. El aeródromo solo tenía una dotación mínima, ya que estaba muy lejos del frente, y funcionaba principalmente como una parada para repostar para los vuelos que se dirigían al sur, a Grecia, o que regresaban de nuevo al norte.

Ahora, en el espacio de unas pocas horas, primero Udolph y ahora Wolff se habían presentado con papeles de aspecto importante y habían anunciado que requisaban aviones para volver al Reich. Wolff había tenido suerte.

La combinación del retraso del tren por la búsqueda de Bonsen y unas oportunas tormentas de verano durante la noche había hecho que su presa no pudiera salir de Belgrado hasta esa mañana. A Udolph no le había hecho ninguna gracia el retraso, y eso también había jugado a favor de Wolff.

La típica arrogancia de aquel hombre del SD había enfurecido tanto al comandante de la Luftwaffe a cargo del aeródromo que había radiado al despacho del general de la Luftwaffe a cargo de Serbia… y le habían ordenado rápidamente que hiciera lo que Udolph quisiera.

Habiendo recibido la orden de obedecer una vez, el comandante no volvería a comprobar si debía obedecer la última orden de Wolff. La actitud más apologética de Wolff también le había permitido obtener algunos detalles vitales. Udolph había despegado en un Storch hacía poco menos de una hora con destino a Budaörs, otro aeródromo utilizado para repostar cerca de Budapest, en Hungría.

El Storch era un avión monomotor de movimiento lento que se utilizaba principalmente para transportar a funcionarios. Tardaría hasta dos horas y media en llegar a su siguiente parada, y eso le daba a Wolff otra ventaja. El comandante de la Lutfwaffe mostró una clara curiosidad cuando Wolff le preguntó qué avión le permitiría alcanzar o adelantar al hombre del SD.

Si Wolff iba a causarle problemas a Udolph de alguna manera, él estaba dispuesto a ayudar. El comandante señaló un Junkers Ju-88

con destino a Atenas, que estaba repostando en la pista de hierba. El *Schnellbomber* bimotor tenía una velocidad máxima de más de 500 km por hora, casi tres veces la del Storch.

—Me temo que voy a tener que requisar ese, entonces —dijo Wolff. Recibió un encogimiento de hombros apesadumbrado como respuesta, pero, notablemente, ninguna resistencia.

Wolff asintió en señal de agradecimiento y le entregó al hombre un mensaje sellado que debía ser entregado inmediatamente en mano a Weber para su transmisión codificada al cuartel general del Ejército de Reserva y su reenvío a Oster.

A Wolff le habían asegurado que Olbricht, el comandante del Ejército de Reserva, no estaba bajo sospecha, pero aun así omitió los detalles de lo que había sucedido y lo resumió lo menos posible sin arriesgarse a que Oster no captara el significado.

Interrumpido, pero reanudado. Objetivo en el aire, rumbo a Budaörs, luego a Macho Cabrio. Persiguiendo.

Si el SD había descifrado los códigos del Abwehr, entonces tendrían que llevar el mensaje al propio Heydrich para entenderlo del todo. Wolff sonrió al pensar en Heydrich intentando explicar la importancia del mensaje y qué medidas debían tomar sus subordinados como respuesta.

Sin explicar el apodo que se había ganado durante sus días en la Kriegsmarine por su risa caprina y aguda.

19

El Ju-88 volvió a botar sobre un bache invisible en el exterior y Wolff contuvo las náuseas.

Se había pasado la mayor parte del viaje de una hora a Budapest vaciando el estómago en medio de unas turbulencias extremas.

Al piloto, de nombre Sauer, le había hecho mucha gracia al principio el miedo a volar tan evidente de Wolff. Luego, le preocupó que el olor a vómito pudiera hacer inhabitable la cabina y le ordenó al pasajero que se fuera más atrás, al fuselaje.

Al igual que el comandante de la Luftwaffe de Belgrado, a Sauer le intrigaba lo que estaba pasando e intentó sacarle a Wolff tantos detalles como pudo, pero este se ciñó a lo básico y le dijo que necesitaba tener una «reunión» urgente con Udolph.

La forma que adoptaría dicha reunión dependería de bastantes factores, pero había una alta probabilidad de que acabara mal para uno de los dos, o para ambos. Cuando se disponían a aterrizar en Budapest-Budaors, el piloto señaló el Storch, que se encontraba un poco apartado de la pista con un camión cisterna dirigiéndose ya hacia él.

No había ni rastro de nadie en sus inmediaciones, por lo que Wolff supuso que Udolph se habría dirigido al gran edificio de la terminal,

en la esquina suroeste del aeródromo, para esperar y quizá para avisar por radio a Berlín.

Budaors había sido el aeropuerto civil que daba servicio a la capital húngara antes de la guerra y ofrecía más comodidades que un punto de reabastecimiento medio de la Luftwaffe, por lo que podría haber incluso comida o bebida de la que el hombre de las SD pudiera dar buena cuenta.

Wolff le indicó a Sauer que fuera hasta el final de la pista, lo bastante lejos como para que no lo reconocieran al bajar. Nada más detenerse el Junkers, Wolff ya estaba fuera y caminaba hacia los hangares que flanqueaban la pista, buscando la forma de acercarse a la terminal sin ser visto.

Sauer había contactado por radio antes de salir de Belgrado diciendo que se dirigía a Berlín desde Atenas y que necesitaría parar en Budaors, aunque tenía combustible de sobra. Al bajar del avión, Wolff oyó cómo desde la torre de control protestaban airadamente por la radio, preguntando por qué Sauer se había ido tan lejos por la pista. Le dijo al piloto que no hiciera caso.

Vio un jeep Horch 108 que se dirigía hacia ellos a toda velocidad, con un hombre erguido de forma imperiosa, al estilo de Rommel, en el asiento del copiloto. Sin duda, iba a averiguar por qué Sauer se estaba comportando de una forma tan extraña, pero Wolff esperaba que una discreta exhibición de su orden de Canaris bastara para asegurarse la cooperación de aquel hombre.

El jeep frenó en seco y el hombre del asiento del copiloto se bajó de un salto y caminó a paso ligero hacia donde estaba Wolff. Tenía la mano medio metida en el bolsillo interior de la guerrera, sacando la carta, cuando el hombre, que llevaba un mono de personal de tierra de la Luftwaffe, lo sorprendió.

—¿Teniente Wolff?

Él asintió.

—Me llamo Schönebeck. He venido a recibirlo en nombre de un amigo común. Me dijo que le comunicara que me envía Viejo Calvo.

Wolff se relajó un poco. Un mensaje así solo podía proceder de la afilada lengua de Oster. —¿Está usted al corriente de la situación? —

preguntó Wolff con cautela, sin quitarle el ojo al conductor, que estaba a unos metros.

—Sí. No nos ha dado usted mucho tiempo. —Schönebeck miró al conductor e hizo un gesto vago con la mano—. No se preocupe, está conmigo. Suba atrás.

Wolff obedeció y el jeep arrancó de nuevo a toda velocidad hacia la terminal. Wolff se encorvó en el asiento trasero mientras Schönebeck se volvía hacia él. —Nuestro amigo recién llegado va a tener un pequeño problema de motor con su Storch una vez que haya repostado.

—Algo con los rodamientos, creo. Es casi seguro que exigirá otro avión, así que le sugiero que le diga a su piloto que desaparezca un rato.

Wolff asintió.

—No se esperan más vuelos hasta dentro de un par de horas —continuó Schönebeck—. O, al menos, eso es lo que le dirán a él. Hay un Heinkel de camino desde Berlín ahora mismo con un par de nuestra gente a bordo. Se lo llevarán, lo vigilarán y verán qué pueden hacer.

Wolff lo miró con enfado. —¿Vigilarlo? ¿De qué servirá eso? ¿Sabe usted lo que tiene en su poder?

El Horch se detuvo con una sacudida frente al hangar más cercano a la terminal, y Schönebeck se bajó y se dirigió hacia él. Wolff lo siguió, calándose el ala del sombrero de fieltro sobre la cara. Se había dado cuenta de que lo hacía cada vez más en los últimos días, intentando ocultarse de enemigos omnipresentes y ocultos.

En cierto modo, encarnaba aquello en lo que se estaba convirtiendo. Un sombrero de ala ancha.

—¿Por qué no deja que el Storch se vaya con él y lo derriba con el Heinkel? —exigió al alcanzar a Schönebeck.

Schönebeck lo miró con una expresión de lástima. —¿Ha estado usted alguna vez en un combate aéreo? —le preguntó.

—Yo lucho en tierra, no en el cielo —respondió Wolff secamente.

—Ya, y se nota —replicó Schönebeck, sin dejar de caminar con determinación—. En primer lugar, estamos en el que posiblemente sea el corredor aéreo más seguro de todo el continente. Los aviones

enemigos más cercanos están a mil quinientos kilómetros, en Járkov, y ahora mismo tienen bastante de lo que ocuparse.

—En segundo lugar, derribar un avión no es una ciencia exacta, y menos con un Heinkel He 111. Es un bombardero, así que las únicas armas que tiene son defensivas, en el morro, detrás de la cabina y en la panza. El Storch es un avión mucho más lento, por lo que tendrían que hacerle varias pasadas, lo que le daría al piloto tiempo de sobra para comunicar por radio que su propio bando lo estaba atacando.

—Podría causar cierto revuelo, ¿no le parece? No, probablemente sea mejor que evitemos ese enfoque, Wolff, si queremos salir de esta con la cabeza sobre los hombros.

Wolff lo miró y, a continuación, se hizo ligeramente a un lado y empezó a evaluar la terminal, a doscientos metros de distancia.

—Está ahí dentro, ¿verdad? —preguntó.

Schönebeck se rio entre dientes y negó con la cabeza. —Me temo que también puede olvidarse de eso, a no ser que piense matar a todo el mundo, además del piloto que lo saque de aquí. —Retrocedió un paso y examinó a Wolff de arriba abajo—. ¿Pensaba usar un cuchillo o una garrota?

Wolff lo fulminó con la mirada. —No creo que se dé usted cuenta de la gravedad de esto.

—Oh, sí que me doy cuenta, teniente —le susurró Schönebeck—. Desde luego que sí. Sin embargo, su papel aquí ha terminado. Tuvo la oportunidad de atraparlo y la desperdició. Ahora va a tener que dejarlo en nuestras manos.

***

Wolff estaba en un despacho mugriento en la parte de atrás, observando a través de una ventana mugrienta cómo Udolph protestaba furiosamente con Schönebeck, quien respondía con una serie constante de encogimientos de hombros impotentes. La noticia de los repentinos problemas técnicos del Storch no había sido bien recibida.

Había algunos otros miembros del personal de tierra de la Luftwaffe trabajando en otros aviones desmontados, que se detuvieron cuando el Storch fue remolcado al hangar para completar

la farsa. Presumiblemente, informarían de sus hallazgos directamente a Schönebeck, que parecía ser un auténtico oficial de la Luftwaffe.

Udolph dio vueltas furioso durante un rato antes de sentarse finalmente en un banco y encender un cigarrillo. El hombre llevaba un maletín bajo el brazo, que mantuvo pegado a su costado incluso cuando se sentó. Ahí estaba el diario.

Schönebeck le había pasado a Wolff una Walther P38, aunque esta era prácticamente inútil en un lugar tan público. Incluso si hubiera convencido de alguna manera a Schönebeck para que despejara discretamente el hangar, Udolph iba armado casi con total seguridad, y él no tenía ninguna posibilidad de cubrir las pocas decenas de metros que los separaban sin ser visto.

El sonido de un tiroteo haría que todo el mundo en un radio de casi un kilómetro acudiera en masa. Un sentimiento de impotencia abrumó a Wolff mientras observaba a Schönebeck regresar de la terminal y verter algo de un termo en una taza antes de ofrecérsela a Udolph, que se la arrebató con rabia.

Había intentado sacarle a Schönebeck algunos detalles más sobre lo que Canaris y Oster habían planeado exactamente para detener al hombre de las SD una vez que aterrizara en Berlín, pero se había mostrado exasperantemente vago. Lo único que Schönebeck le dijo fue que Udolph tendría que presentarse directamente ante Heydrich.

En esto se mantuvo firme. El jefe del *Sicherheitsdienst* era un hombre que guardaba la información como si fuera un bien más valioso que el oro. Su lugarteniente de confianza, el héroe de Venlo, Walter Schellenberg, sería informado, pero la decisión sobre qué hacer con el diario la tomaría el propio Heydrich.

La buena noticia era que Heydrich se encontraba en ese momento en el cuartel general de la Guarida del Lobo de Hitler, en Prusia Oriental, desde donde el Führer dirigía personalmente el asalto a Rusia. El acceso al complejo estaba muy restringido, por lo que Udolph tendría que esperar el regreso de Heydrich a la capital, lo que daría a los conspiradores un par de días.

A Wolff, aun así le parecía imposible. Era casi seguro que Udolph llevaría las pruebas directamente para depositarlas en el despacho

de Heydrich en la Prinz Albrecht Strasse para su custodia, después de lo cual todo lo demás sería irrelevante. ¿Qué le pasaría entonces a Wolff?

Si Oster era un buen ejemplo, los conspiradores eran fanáticos a su manera, una especie de imagen especular de los nazis que estaban tan decididos a deponer. A pesar de lo que Oster le había dicho sobre la negación plausible, dudaba que se le permitiera caer en manos de la Gestapo si se llegaba a ese punto. Era demasiado arriesgado.

Podrían simplemente hacerlo desaparecer. No era tan difícil imaginar a Oster dando la orden, con o sin la aprobación de Canaris. Wolff se había llevado la impresión de que el coronel era un individuo más despiadado que su superior en el Abwehr y que no dudaría en actuar en una situación así.

Y, después de todo, ¿qué registros había de los movimientos de Wolff? Un hombre del Abwehr lo había sacado de las celdas de la prisión de Tegel y lo había llevado directamente al despacho de Canaris.

Nadie, excepto las SD, lo había visto entrar o salir, y ellos no iban a preguntar por su paradero. Oster haría desaparecer de los archivos sus órdenes de traslado y su ascenso. Los brandenburgueses estaban bajo el control directo del Abwehr, después de todo.

Wolff se convertiría en una víctima más del gran juego entre Canaris y Heydrich. El almirante saldría perjudicado, es cierto, pero viviría para luchar otro día. Wolff no.

En tales circunstancias, el siguiente movimiento de Wolff era obvio. Si Canaris y Oster estaban decididos a ocuparse del problema del diario a partir de ese momento, el asunto estaba completamente fuera de su alcance, como afirmaba Schönebeck. Su papel en esto había terminado.

Sin embargo, la segunda parte de su trato con Canaris, la verdadera razón por la que había accedido a ir a Sofía, seguía muy viva. Tocó la carta que llevaba en el bolsillo interior de la guerrera. Tenía autoridad total sobre su propio cazabombardero de largo alcance.

Recordó haber leído una vez que había unos novecientos sesenta kilómetros de Berlín a Riga, así que supuso que desde Budapest sería más o menos la misma distancia. Eso le permitiría llegar a Letonia en menos de tres horas, sin contar las paradas para repostar por el camino.

Acabarían por detenerlo, pero Canaris difícilmente podría permitirse emitir una alerta de búsqueda con Heydrich vigilando cada movimiento del Abwehr. Le daría la oportunidad de hacer lo que necesitaba, de cumplir la promesa hecha tantos años atrás.

Se oyó el zumbido ensordecedor de un gran avión que iba a aterrizar y, momentos después, un avión que Wolff reconoció como un Heinkel pasó rodando hacia el círculo de hormigón frente al edificio de la terminal para realizar un giro. Udolph se puso en pie de un salto y echó a andar hacia la pista, sin soltar el maletín, fuertemente aferrado a su cuerpo.

Realmente, todo quedaba en manos de Canaris y Oster. Schönebeck regresaba hacia el despacho, caminando despreocupadamente con la arrogancia desenfadada que Wolff había visto en tantos pilotos de la Luftwaffe en el pasado. Todos se creían invencibles.

Schönebeck lo ignoró y dejó el termo sobre el escritorio mugriento, que estaba cubierto de documentos técnicos manchados. —Acaba de despegar, así que es usted libre de irse cuando quiera.

—Sí, ya lo he visto haciendo de anfitrión cordial —espetó Wolff con acritud—. ¿Por qué no le ha preparado un sándwich, ya que estaba?

—Ya, café de verdad —replicó Schönebeck, casi con tristeza—. Una pena desperdiciarlo así, pero la idea era mantenerlo contento en lugar de que hiciera demasiadas preguntas sobre lo que estaba pasando.

La ira de Wolff por la indiferencia de aquel hombre estalló. Una de las pocas cosas positivas de su viaje a Sofía había sido la oportunidad de beber algo que no fuera la basura de sucedáneo en una cafetería, aunque no le gustara especialmente el espeso brebaje negro otomano que preferían los lugareños.

Y ahora Schönebeck confirmaba que había estado mimando al hombre que había asesinado a Anna y que, literalmente, tenía el

destino de Wolff en sus manos. Sobre todo, teniendo en cuenta que el propio Wolff luchaba por mantener los ojos abiertos. Se inclinó hacia delante y le arrebató el termo a Schönebeck. —Deme eso.

El hombre de la Luftwaffe observó con la misma exasperante media sonrisa cómo Wolff se servía una medida en la tapa y se encogía de hombros.

Wolff se puso de pie y observó cómo el Heinkel con Udolph a bordo comenzaba a coger velocidad por la pista mientras se preparaba para despegar. Cuando oyó el cambio en el tono del motor que indicaba que estaba en el aire, golpeó el vaso de plástico contra la mesa sin decir una palabra más y salió a grandes zancadas a buscar a Sauer, dondequiera que se hubiera escondido.

20

Wolff se despertó sobresaltado cuando el avión aterrizó bruscamente en la pista. Comprobó su reloj y vio que habían pasado tres horas desde que despegaron de Hungría y que había dormido durante todo el trayecto. El agotamiento de su incómoda noche en los bosques serbios al fin le había pasado factura.

—Riga-Spilve —gritó Sauer desde la cabina, girándose para hacerse oír por encima del ruido de los motores. Wolff le hizo una seña con el pulgar hacia arriba y se acercó a trompicones a la puerta. Antes de salir de Budapest habían acordado que allí se separarían.

Wolff no tenía ni idea de cuánto tardaría en hacer lo que tenía que hacer en Letonia, y se suponía que Sauer debía estar a miles de kilómetros al sur, en Grecia. Wolff tendría que confiar en poder requisar otra aeronave cuando llegara el momento.

—Has montado un buen lío, ¿sabes? —le había dicho Sauer justo después de despegar de Budapest—. El jefe del Undécimo *Fliegerkorps* se ha puesto en contacto con la oficina de Canaris desde Atenas y ha exigido saber qué demonios estaba pasando. Espero que haya merecido la pena.

—El tiempo lo dirá —respondió Wolff, en el que posiblemente fuera el único comentario directo y sincero que le había hecho al piloto desde Belgrado. Salió y se quedó en la pista, examinando los destrozos a su alrededor.

Spilve había sido la principal base de la Fuerza Aérea Roja en Riga y la Luftwaffe la había bombardeado intensamente el mes anterior, antes de la captura de la ciudad. La torre de control se había volatilizado cuando un depósito de combustible saltó por los aires, y habían puesto a los prisioneros soviéticos a trabajar para retirar los escombros.

Se despidió de Sauer con la mano y se dirigió con paso decidido hacia el suboficial de la Wehrmacht que supervisaba al pelotón de trabajo. Le presentó su *Soldbuch* para pedir que lo llevaran al centro de la ciudad. Si al hombre le sorprendió la inusual visión de un teniente del ejército vestido de civil, no dio ninguna muestra de ello. Quizá las llegadas de los de los sombreros flexibles eran frecuentes por allí.

Diez minutos después, Wolff iba de camino al centro de la ciudad en el camión que se utilizaba para transportar a los prisioneros al aeropuerto desde el campo donde estaban recluidos. El centro estaba a diez kilómetros y, mientras avanzaban, Wolff miró a su alrededor. Era solo un niño cuando se marcharon y era demasiado joven para recordar su tierra natal.

Por las viejas fotografías de su madre, había esperado ver casas elegantes con grandes jardines. En lugar de eso, la carretera que se adentraba en la ciudad junto al río Daugava estaba flanqueada por viejas granjas destartaladas rodeadas de vallas desvencijadas y sin pintar. Wolff había albergado la esperanza de sentir algo de pertenencia al regresar a su tierra natal, pero no sintió nada.

Letonia había experimentado cambios considerables desde que sus padres habían emigrado, sobre todo en los últimos dos años, durante los cuales dos invasores distintos habían intentado dejar su impronta en el país.

A un lado de la carretera se había erigido un flamante cartel que daba la bienvenida a los visitantes a la provincia general de Letonia, parte del *Reichskommissariat Ostland*. En el suelo, acribillado por

unos cuantos agujeros de bala, yacía otro cartel casi igual de nuevo, en alfabeto cirílico, que proclamaba la entrada de la República Socialista Soviética de Letonia en la URSS.

El joven y parlanchín soldado raso de Hesse al que le habían encargado llevar a Wolff a la ciudad le contó, con cierta jactancia, la efusiva bienvenida que habían recibido de los lugareños al entrar en Riga sin disparar un solo tiro. Wolff volvió a pensar en el pueblo bombardeado a doscientos cuarenta kilómetros de Riga que se había estado preparando para hacer lo mismo, pero no dijo nada.

El conductor interpretó su silencio como incredulidad y siguió parloteando. La alegría había sido genuina, insistió.

—Aquí odian a los comunistas —cotorreó alegremente—. Y a los judíos. Aunque no estoy seguro de cuántos judíos quedan, de todos modos. Stalin mandó a un montón de ellos a Siberia cuando tomó el poder.

Al no recibir respuesta de nuevo, el soldado raso percibió la falta de entusiasmo de Wolff por la conversación y se puso a hablar de los bares de la zona.

Unos minutos después, cruzaron el Daugava por un puente de pontones —«los ivanes volaron todos los demás al irse»— y llegaron a la orilla oriental de la ciudad. Allí, Wolff observó otro cartel recién pintado a mano que indicaba Kaiserwald.

Allí era donde sus padres se habían establecido originalmente tras su matrimonio, hasta que el resentimiento de su padre por la discriminación que percibía después de que Letonia declarara su independencia en 1920 los llevó a miles de kilómetros, al otro lado del Atlántico.

Según *Mammu*, no todos los alemanes étnicos del Báltico se sentían así. Ella siempre suspiraba en voz baja y ponía los ojos en blanco ante las diatribas de Ludwig sobre la intolerancia en Riga. Su familia había sido resueltamente mitad y mitad; se sentían tan cómodos hablando en letón como en alemán.

La familia del padre, sin embargo, sabía lo justo del idioma local para apañárselas y evitaba decididamente usarlo entre ellos. Para esa clase de *Baltendeutsche* de Riga, Kaiserwald había sido un enclave seguro y frondoso en la periferia noroccidental de la ciudad

que los libraba de tener por vecinos a quienes consideraban abiertamente inferiores.

El barrio había sido rebautizado como Mezaparks bajo el gobierno nacionalista de entreguerras al que Ludwig Wolff culpaba de tantos de sus males, pero ahora había vuelto a su nombre alemán bajo el último periodo de subyugación de Letonia. Allí era donde Wolff empezaría.

Lo ideal habría sido disponer de su propio transporte para recorrer las calles de Kaiserwald, que contaba con hasta mil residencias repartidas en una amplia zona. Tenía la fotografía de la propiedad que *Mammu* le había dado, pero Dios sabía cómo podría haber cambiado en ese tiempo.

Sin embargo, intentar usar su carta para requisar un automóvil por un periodo de tiempo desconocido no sería una jugada inteligente. Riga era una ciudad pequeña y la voz correría. Tampoco era un vehículo de la Wehrmacht el medio más discreto para evitar atraer una atención no deseada.

Según su chófer parlanchín, con la llegada de los alemanes habían aparecido numerosos colaboradores locales que ofrecían sus servicios con avidez, con la esperanza de compartir el botín de guerra. Fue con uno de esos grupos con el que Wolff se topó poco después de bajar del camión y empezar a caminar por Kaiserwald.

La zona, bien dispuesta, parecía estar a un mundo de distancia de los horrores del frente, a solo unas horas en coche. Había señales de vida en la mayoría de las casas de estilo *art nouveau*, aunque varias de ellas ya estaban en mal estado. La suntuosidad del lugar contrastaba por completo con el Ford-Vairogs V8 de color verde y cubierto de polvo que se detuvo a unos cien metros de distancia mientras él caminaba por Wilhelmstrasse.

Wolff pudo ver a través del parabrisas, la única parte limpia del vehículo, que sus tres ocupantes intentaban calibrarlo. Estaba claro que no era de la zona, por el estilo y el corte de su traje, pero tampoco llevaba uniforme militar, a pesar de su relativa juventud.

¿Pero qué era, entonces? ¿De la Gestapo? ¿Un administrador civil?

Quizá uno de los ricos antiguos residentes *Baltendeutsche* de la zona, la mayoría de los cuales se habían visto obligados a marcharse

a Prusia Oriental tras la firma del Pacto Mólotov-Ribbentrop. Sus propiedades habían sido cedidas a la Oficina Principal de Bienestar para los Alemanes Étnicos del Reich, que las había vendido por una fracción de su antiguo valor para financiar las nuevas vidas de los reacios emigrantes.

Fuera quien fuese, decidieron los tres jóvenes del coche, era alguien que merecía un trato deferente. Los tres salieron del coche, y el conductor, que obviamente era su líder y solo un par de años mayor que Wolff, se adelantó a los otros two.

Al igual que sus compañeros, llevaba un brazal rojo y blanco, que Wolff supuso que sería la insignia de alguna milicia profascista local. Esa sospecha se confirmó cuando el hombre se acercó a pocos metros de Wolff, se puso firme y lanzó un «Heil Hitler» del que un hombre de las SS podría sentirse justificadamente orgulloso.

Wolff respondió con un gesto lánguido y más discreto. Estaba decidido a tomar el control de la situación desde el principio.

—Konrads Kalejs, señor. Somos miembros de la Policía Auxiliar de Seguridad de Letonia, encargada por el *Brigadeführer* Stahlecker de buscar bandidos en esta zona. Tenemos informes de que algunos judíos todavía se esconden por aquí.

Wolff asintió.

El soldado raso del aeropuerto también le había hablado de este grupo, conocido de manera menos formal como el *Arajs Kommando*, por su líder, Viktor Arajs. Midió a Kalejs de arriba abajo con la misma arrogancia imperiosa que había visto emplear a los hombres de las SS y la Gestapo con otros tantas veces en el pasado.

Kalejs se puso rígido bajo su mirada, enderezando su postura inconscientemente.

—Teniente Wolff —dijo secamente, acercándose al Vairogs y mirando con desdén su interior. Los otros dos ocupantes intentaron hacer el saludo de Hitler, que resultó cómicamente limitado por el reducido espacio del vehículo. Había una cómoda junto al hombre del asiento trasero.

—¿Sabe usted que el saqueo se castiga con la muerte según el reglamento 221, cláusula b, del Reichskommissariat? —preguntó Wolff, inventándose una ley y una pena sobre la marcha.

—No la hemos robado, señor —respondió Kalejs apresuradamente —. Pertenece a la madre de mi compañero. La llevaba a arreglar.

Wolff miró con altivez al letón.

—Estoy esperando a que me envíen un chófer, pero parece que se ha perdido. Mientras tanto, puedes llevarme tú.

—Por supuesto, señor. —Kalejs casi se cae en su afán por mostrarse servicial.

Se acercó rápidamente al coche y ladró una orden al hombre que estaba sentado en el asiento del copiloto, quien salió, abrió la puerta trasera y sacó la cómoda antes de colocarla en el bordillo.

Es de la madre de mi acompañante. *Menudos cretinos*. Wolff se sentó en el asiento del copiloto, que había quedado libre, y echó un vistazo al interior. A pesar de la suciedad del exterior, el Ford-Vairogs parecía relativamente nuevo. Seguramente también de saqueo.

Kalejs no cesaba en su perorata, en un alemán pasable, sobre sus hazañas de matón y las de sus compinches desde que la Wehrmacht había llegado a Riga. De cuántos judíos había detenido, de su estrecha colaboración con Stahlecker, quien Wolff supuso que era el comandante del grupo de operaciones especiales local, encargado de masacrar a tantos seres humanos como fuera posible.

Estuvieron dando vueltas un rato hasta que se metieron en otra carretera flanqueada por coníferas. Un cartel en cirílico la anunciaba como la avenida Strupovich, seguramente rebautizada el año anterior en honor a algún lacayo bolchevique. Según Kalejs, algunos miembros de la nueva élite comunista se habían mudado a esa zona, pero la mayoría había preferido quedarse en el centro de la ciudad para vigilarse los unos a los otros mientras continuaba la lucha por el poder.

Pero el nombre original todavía era visible en una placa de piedra incrustada en el suelo que, a juzgar por las mellas del borde, había sobrevivido a la fuerza que se había empleado para intentar retirarla. *Hamburgas Iela*. A Wolff se le aceleró el pulso.

Recordó que su madre había mencionado el nombre con cierta sorna en relación con su padre. Que su marido hablaba con orgullo de la ascendencia hamburguesa de su familia, pero que lo más cerca

que había estado de dicho lugar era la calle en la que habían vivido en Riga.

Siguieron por la carretera y, unas cuantas hileras de casas más adelante, dieron con la que reconoció de la fotografía.

—Parad aquí —le dijo a Kalejs, y el letón se detuvo obedientemente junto al bordillo. Wolff se bajó y recorrió el sendero hasta la puerta principal. La casa estaba construida al estilo Fachwerk, intrínsecamente alemán, con vigas de madera vistas y fachada encalada, rematada por un tejado inclinado de tejas rojas.

Las ventanas a ambos lados de la robusta puerta de roble estaban bien tapiadas y, cuando Wolff rodeó la casa por el lateral, no vio señales de vida. Al volver a la parte delantera, Kalejs y los otros dos estaban fuera del coche, observándolo y hablando entre ellos en voz baja.

—Me han encargado encontrar alojamiento apropiado para los funcionarios del Reich que se harán cargo del gobierno de la ciudad —le dijo a Kalejs—. ¿Hay muchas otras casas de este tipo en la zona?

—Muchísimas, señor —respondió Kalejs—. Muchas de ellas, bastante más grandes que esta. Estaré encantado de mostrarle algunas más.

—No. Creo que daré un paseo para hacerme una idea del barrio e inspeccionarlas con calma. De todos modos, mi chófer no tardará en llegar. Puede irse, Kalejs.

—Gracias, señor. —Los tres hombres hicieron el saludo de Hitler, aunque solo Kalejs entrechocó los talones al estilo nazi. Se subieron al coche y se marcharon. A Wolff le habría venido bien la fuerza de los tres para encontrar una forma de entrar en la propiedad, pero ya había cometido el error de mostrar tanto interés en ella delante de ellos y no deseaba agravarlo.

Se había topado una y otra vez con individuos como aquellos mientras avanzaban hacia el este. Hombres ansiosos por congraciarse con los nuevos conquistadores y dispuestos a vender a sus compatriotas por la más mínima recompensa, ya fuera un beneficio económico, la oportunidad de saldar viejas cuentas o una combinación de ambas cosas.

Había visto esa misma mirada en los ojos de Kalejs, el rápido cálculo de cómo podía sacar provecho de una situación. Era mejor deshacerse de ellos antes de seguir adelante. Regresó a la parte trasera de la casa y volvió a examinar todas las aberturas.

Tanto la puerta principal como la trasera parecían macizas y habían resistido un esfuerzo considerable para derribarlas, a juzgar por las numerosas marcas que presentaban. Las ventanas también parecían firmemente clavadas, aunque la fuerza bruta tendría más probabilidades de éxito en este caso, siempre que pudiera encontrar el ariete adecuado.

Había un cobertizo al fondo del gran jardín, así que fue a echar un vistazo. Hacía tiempo que se habían llevado todo lo de valor, pero quedaba algo de leña, principalmente troncos grandes sin cortar que habrían sido demasiado pesados para que los carroñeros se los llevaran a pie.

Cogió un robusto tronco de pino, del que aún sobresalían varios muñones de ramas que le servirían de asideros, y lo arrastró hasta el porche trasero. Probó la esquina superior derecha de lo que supuso que era la ventana sobre el fregadero de la cocina, dada su ubicación.

Había cedido un poco más que las otras. Atacarla por ahí significaba que tendría que balancear su pesada herramienta de asalto improvisada por encima del hombro en lugar de hacerlo por debajo, lo que era más cómodo, pero no había otra forma. Se quitó la chaqueta y se puso manos a la obra.

Afortunadamente, la parte trasera de la casa todavía estaba a la sombra pero, aun así, no tardó en sudar a mares con el calor de la tarde. Tras unos quince minutos de trabajo cacofónico y agotador, consiguió que la esquina del grueso tablero de contrachapado se soltara del clavo que lo sujetaba por dentro.

Dejó el tronco unos minutos para descansar sus doloridos hombros antes de subirse a la barandilla que bordeaba el porche. Con un pie como ancla, empezó a golpear con el talón donde el tablero estaba clavado al marco de la ventana.

Otros veinte minutos agotadores de aquello y el tablero yacía en el suelo de la cocina. Saltó al interior por encima del fregadero y la

encimera, y se quedó escuchando los sonidos de la vieja casa. El aire estaba viciado y fétido, pero había un hedor subyacente que Wolff reconoció y que inmediatamente lo puso en alerta.

Excrementos humanos. Alguien, hacía muy poco, había estado haciendo sus necesidades allí.

Dado que era una casa antigua con la letrina en la parte de atrás, eso significaba que había alguien escondido. Si seguían allí, no habrían podido evitar oírlo entrar.

Wolff sacó la Walther P38 que le había dado Schönebeck de la sobaquera y la amartilló con el mayor sigilo posible. Apartó la vista del rayo de sol que entraba por la ventana y dejó que sus ojos se acostumbraran a la penumbra.

La cocina era un largo rectángulo que recorría la pared trasera de la casa y, al fondo, se abría a otra habitación. Escuchando atentamente cualquier sonido que indicara la presencia de alguien, Wolff dobló la esquina y se encontró en un gran salón con un sofá y un par de sillones en el centro.

El olor a mierda y a meados era más fuerte allí, pero seguía sin haber rastro de nadie. El polvo flotaba perezosamente en los escasos haces de luz que se colaban por los bordes de los tablones que cubrían las ventanas. Se dirigió con cuidado hacia la puerta que daba al pasillo y a la escalera, probando cada tabla del suelo antes de descargar todo su peso sobre ella.

La puerta estaba entornada y, a medida que se acercaba, el hedor se intensificaba. Quienquiera que estuviera ensuciando la casa, lo estaba haciendo en el vestíbulo. Con la pistola en ristre, abrió la puerta de un tirón. Se veía un orinal junto a la puerta principal, al pie de la escalera.

Wolff avanzó lentamente por el pasillo y se detuvo en el primer escalón, ignorando la inmundicia a sus pies. Si había alguien en la casa en ese momento, estaba en el piso de arriba. Escuchó durante unos segundos pero no oyó nada. Lo habrían oído, por supuesto.

Despacio, y de nuevo probando cada escalón con cuidado mientras mantenía la vista fija en lo alto, Wolff empezó a subir las escaleras. En el rellano, se detuvo y aguzó el oído otra vez. Nada. Había cuatro

dormitorios; uno pequeño a su derecha, frente a la escalera; dos en el centro; y el último a la izquierda, con vistas a la calle.

Ninguna de las ventanas de arriba estaba tapiada y las cortinas corridas no conseguían impedir el paso de la luz del sol de la tarde. Wolff pudo despejar la primera habitación pequeña que tenía delante, ya que su puerta estaba abierta, mientras que la cuarta parecía igualmente vacía.

Eso dejaba los dos dormitorios del medio, cuyas puertas estaban cerradas. Avanzó tan sigilosamente como pudo y se colocó contra el trozo de pared que separaba las dos puertas antes de probar el pomo de la de su derecha. No estaba cerrada con llave, y la empujó hacia dentro. La puerta chirrió ruidosamente al abrirse.

Wolff contuvo la respiración y escuchó. Sabía, simplemente sabía, que había alguien dentro. *Kriegsspielen*. Juegos de guerra.

—Voy a entrar y estoy armado —gritó en letón—. Como no tengáis las manos en alto, os pego un tiro. —Repitió la advertencia en ruso. No hubo respuesta.

Se agachó y entró, arrodillándose con la espalda contra la pared, de cara a la ventana, con la pistola sujeta con ambas manos. Tres figuras se recortaban contra la cortina iluminada con los brazos en alto. —Corred las cortinas —dijo en ambos idiomas, sin dejar de apuntar al trío con el arma.

La figura de la izquierda se giró lentamente y descorrió la cortina con una mano mientras mantenía la otra en alto y a la vista. Al otro lado, la tercera persona hizo lo mismo, antes de volver a encararlo.

Con la intensa luz del día, pudo ver a un hombre de mediana edad, a una mujer de veintitantos años y a un joven un par de años menor que ella, de pie y en fila. Había miedo en los rostros de los dos primeros; una expresión desafiante, en el del tercero. Ninguno representaba una amenaza inmediata. Wolff bajó un poco la pistola.

—¿Vivís aquí? —preguntó en letón. El hombre asintió lentamente —. ¿Cómo os llamáis?

Los tres intercambiaron una mirada, pero no respondieron. —¿Cómo os llamáis? —repitió Wolff con más fuerza, levantando la pistola hacia ellos y apuntándoles directamente. Al final, el hombre mayor respondió.

—Arturs Bernstein —dijo—. Esta es mi hija, Urzula, y mi hijo, Darius.

Wolff asintió y se puso en pie, dejando caer la mano que sostenía la pistola a un costado.

—Me llamo Ako —dijo—. Soy el hijo de Hilda y Ludwig, y soy vuestro sobrino y primo.

21

Wolff escuchó en silencio mientras Arturs, Darius y Urzula le contaban su historia. Arturs no había ido a su gestoría en el centro de la ciudad desde que los soviéticos habían tomado el control el verano anterior, tras la firma del Pacto de no agresión germano-soviético que dividía Europa del Este en esferas de influencia.

No tenía sentido, una vez que los bolcheviques prohibieron los negocios privados. El rápido éxito de la invasión del Ejército Rojo en junio de 1940 había sido un golpe devastador para muchos en Letonia, que habían esperado poder repetir el éxito de los finlandeses en contener a los rusos.

Arturs nunca se había contado entre los optimistas. Después de que Molotov y Ribbentrop sorprendieran al mundo con su insólito acuerdo en agosto de 1939, había sacado documentos importantes de su despacho y ahora los guardaba en una caja fuerte en la casa.

También había empezado a encurtir las verduras del huerto de atrás y a almacenarlas en el sótano, junto con una provisión de conservas. Era esta previsión lo que mantenía ahora a la familia. —Un judío siempre debe tener una vía de escape —dijo Arturs con tristeza.

Decenas de miles de personas, muchas de ellas judías, habían sido deportadas a Siberia tras la llegada de los soviéticos. Confirmando el relato de Kalejs, Arturs contó cómo algunas altas figuras comunistas habían venido y requisado casas para ellos en Kaiserwald.

Sin embargo, la casa que Arturs había comprado a su cuñada y al marido de esta cuando emigraron era una de las más pequeñas del barrio y la habían pasado por alto en favor de otras más grandes.

Para curarse en salud, habían roto algunos cristales de las ventanas y tapiado todas las aberturas desde el interior. La familia no se había enterado de los pogromos «espontáneos» instigados por los alemanes tras tomar el control, ya que la casa no tenía electricidad y solo salían en la oscuridad a recoger setas. Sin embargo, no les sorprendía.

Habían visto a Kalejs y a sus cohortes merodeando por la zona en coche, saqueando casas. Unos cuantos habían hecho un intento poco entusiasta de echar abajo la puerta principal antes de marcharse en busca de un botín más suculento. Pero Arturs temía que volvieran.

—Han estado merodeando cada vez más en coche estas últimas semanas, buscando cualquier cosa que puedan rapiñar —añadió—. Pensábamos que eras uno de ellos. Pero ahora que estás aquí, puedes parar todo eso, ¿verdad? ¿Te ha asignado aquí la inteligencia militar?

Wolff respiró hondo y suspiró. —No exactamente. Estoy aquí para sacaros a todos.

La familia intercambió miradas de confusión. —¿Qué quieres decir con «sacarnos»? ¿Sacarnos adónde? —intervino Urzula por primera vez.

Wolff levantó las manos en un gesto apaciguador. —Escuchadme unos minutos. Por favor.

Se lanzó a exponer el argumento que había preparado. Su promesa a *Mammu*. La Noche de los Cristales Rotos, las leyes raciales y cómo las cosas estaban empeorando progresivamente para todos los judíos bajo el dominio alemán. Cómo, a pesar de las flores entregadas a las tropas de la Wehrmacht a su llegada, la vida sería tan mala como bajo los soviéticos. Si no peor.

Hubo más intercambio de miradas, y Wolff pudo ver que, como esperaba, sus revelaciones no estaban sentando nada bien. Esta vez fue Darius quien respondió. —Pero todo eso ya lo sabemos —contestó con impaciencia.

—La Estrella de David, los toques de queda, todo. Tenemos periódicos en este país, ¿entiendes? O los teníamos, al menos. No somos completamente ignorantes. Obviamente, será difícil, sobre todo viendo que él se niega a cortarse eso.

Hizo un gesto vago hacia donde colgaban los *peot* de Arturs de sus sienes, ganándose una mirada fulminante de su padre. Wolff intuyó que no era la primera vez que salía el tema.

—Pero nosotros fuimos criados como luteranos, no como judíos, así que nada de eso nos afectará —continuó Darius—. Puede que él tenga que mantenerse oculto hasta que se establezca cierto orden, pero después podremos salir a trabajar y a comprar comida. Como mínimo, yo puedo reabrir la gestoría a mi nombre.

—Eso no era posible con los comunistas. Este es nuestro hogar, Ako, ¿entiendes? Puede que tu padre te arrastrara a miles de kilómetros para empezar una nueva vida, pero ¿qué vamos a hacer si nos vamos al extranjero?

—Esto, todo esto —recorrió el salón con un amplio gesto de la mano—, lo perderíamos todo. Antes de la guerra, habría valido miles. ¿Quién va a comprarlo ahora? No nos ofrecerían nada. A los que se fueron en 1939 les dieron una miseria por sus propiedades.

—No. No podemos abandonar el trabajo de toda la vida de mi padre sin nada a cambio. Quizá cuando las cosas se calmen y haya algo de estabilidad y dinero en el país, podamos plantearnos mudarnos. —Por el rabillo del ojo, Wolff vio a Arturs negar con la cabeza inconscientemente en respuesta—. Pero ahora mismo no, necesitamos reunir algo de dinero primero —concluyó Darius.

Wolff bajó la mirada al suelo. Se lo esperaba y se había guardado un as en la manga. —No podréis hacer nada de eso si estáis en una fosa común sin nombre —dijo en voz baja.

***

Wolff estaba arriba, observando la calle a través de una rendija en las cortinas. Estaba silenciosa como una tumba, pero sabía que solo

era temporal. Kalejs y sus compinches matones habían pasado dos veces más en coche desde que él estaba dentro, reduciendo la velocidad cada vez para examinar la casa con la mirada.

Por sí solos, no eran un problema, pero los informes de un alemán que se identificaba como teniente pero vestía de civil mientras inspeccionaba casas en el suburbio más rico de Riga podrían despertar el interés del jefe local de las SS, Stahlecker.

Si había un área en la que a los nazis les gustaba asegurarse de que rara vez los superaran, era en la adquisición de botines. La discusión en el salón continuaba, aunque con menos furia. En un momento dado, los gritos habían subido tanto de tono que había bajado y les había pedido que bajaran la voz para que no los oyeran desde fuera.

Lo habían mirado con furia entonces, el intruso que traía todos esos problemas a sus vidas. Aun así, sintió que la sospecha sobre sus motivos se había disuelto con sus descripciones sencillas y sin adornos de los sanguinarios Grupos de Tareas Especiales y su horrible trabajo.

No había visto las pruebas con sus propios ojos, pero transmitió las historias de segunda mano de colegas que habían oído hablar de operaciones en Polonia para acorralar a judíos y llevarlos a zonas boscosas donde se habían cavado grandes zanjas. Cómo el sonido de múltiples disparos individuales había resonado toda la tarde antes de silenciarse cuando aún quedaba una hora de luz para echar algo de tierra sobre los cadáveres.

Cualquier duda sobre si se planeaba lo mismo para Letonia se había disipado con la interacción con Kalejs. El *Einsatzgruppe A* ya estaba aquí y comenzaba sus actividades asesinas y eficientes bajo el mando de Stahlecker.

El trabajo de los bolcheviques al deportar a algunos de los judíos más prósperos del país solo podía significar un mayor peligro para la familia: al desaparecer los objetivos ostentosamente ricos, la atención se centraría en otros que pudieran tener una riqueza menor pero igualmente codiciable. Hombres como Arturs.

Wolff también había atajado de raíz el argumento de Darius sobre su educación luterana. En Alemania, ambos hermanos serían

clasificados como *Mischlingen* de primer grado, o mestizos. Aunque su padre era judío, su nacimiento había precedido a la introducción de las leyes raciales de Núremberg en 1935.

Como tales, gozarían de cierto grado de protección en el Reich, aunque Arturs no. Pero en el este ocupado se aplicaban reglas diferentes. Aquí, los hijos de judíos eran considerados judíos y solo había un destino que los Grupos de Tareas Especiales tenían en mente para ellos. La ascendencia alemana báltica de su madre no los salvaría.

Las SS ya estaban revisando los registros de nacimiento letones con la ayuda de colaboradores locales. Vendrían a buscar a Arturs, y no se dejarían disuadir tan fácilmente como los matones del Arajs Kommando.

Mientras discutían entre ellos, la familia se había dividido en tres bandos distintos, que a veces formaban alianzas temporales de dos contra uno y momentos después pasaban a reñir furiosamente todos a la vez.

En un extremo se encontraba Arturs, que se negaba en rotundo siquiera a considerar la posibilidad de abandonar el país. No solo eso, sino que insistía con suavidad, casi con impotencia, en que simplemente no podía quitarse los *peot*, sin importar el precio que pudiera pagar. La Torá lo prohibía, y eso era todo.

En el otro extremo estaba Urzula, que había comprendido rápidamente el impacto de lo que Wolff había relatado y se había dado cuenta de que no tenía sentido ser un cadáver con propiedades.

En medio estaba Darius, que argumentaba en contra de ambos, sosteniendo que podían quedarse por un tiempo indeterminado, pero que Arturs tendría que alterar su apariencia y encontrar un escondite lejos de la casa, al menos durante las horas del día.

Preocupantemente, el joven también había expresado vagas nociones de unirse a algún tipo de organización de resistencia contra los nazis, aunque admitía no estar seguro de que tal grupo existiera. Su ira, aunque comprensible, suponía una amenaza para los planes de Wolff.

Fue Darius quien había expresado las sospechas compartidas por los tres sobre qué hacía un oficial alemán ayudando a un judío y a sus dos hijos a escapar. Estaba claro que temían una trampa, y Wolff no podía culparlos.

Su identidad no estaba en duda. Aparte de los detalles que les había dado, sabía que los rasgos de su madre brillaban en los suyos. Pero desde su perspectiva, existía la posibilidad de que se hubiera convertido en el hijo del temperamental y amargado Ludwig en lugar del hijo de la valiente pero gentil cuñada que Arturs recordaba con tanto cariño.

Así, Wolff se vio obligado a ahondar en su pasado con su padre y también a abordar una serie de preguntas sobre sí mismo que nunca había tenido que discutir con nadie desde que se mudó a Alemania. ¿Qué era él, después de todo? ¿Brasileño? ¿Alemán? ¿Letón?

Era las tres cosas, insistió, algo que era posible antes de que Hitler y sus sembradores de odio tomaran el poder. Ya no, respondió Arturs con calma. En la guerra, uno tenía que elegir bando. ¿En cuál estaba él?

Wolff abrió la boca para responder, pero vaciló. Los acontecimientos de los últimos días le habían dejado meridianamente claro quiénes eran sus aliados y sus enemigos, pero algo todavía le hizo dudar.

—Estoy de vuestro lado —respondió al fin—. Sé que sospecháis de mí, a pesar de que somos parientes de sangre. Pero yo no soy mi padre, y estoy decidido a no serlo nunca. Puedo poneros a salvo. No tendréis mucho dinero y lo dejaréis todo atrás, es cierto.

—Pero al menos estaréis vivos, y si os quedáis aquí, es solo cuestión de tiempo que vengan a por vosotros. —Fue este discurso directo y sin adornos el que inclinó la balanza, aunque por muy poco.

Después de que se pusiera el sol, se unió a ellos en su humilde cena de verduras encurtidas. Arturs aceptó a regañadientes que le mostraría a Wolff cómo usar la cámara Zeiss Ikon Ikonta de la familia para hacerles las fotos contra una pared lisa a la mañana siguiente.

Era un aparato bastante sencillo de usar y Wolff confiaba en que le cogería el tranquillo. De alguna manera se las había arreglado para conservar los pasaportes en blanco que le había dado Canaris antes de partir hacia Sofía, y llevaría los negativos a la ciudad para revelarlos y pegarlos en los documentos.

Wolff no quiso ensombrecer más el ambiente mencionando lo arriesgada que sería esta salida.

22

Wolff esperaba su turno frente al mostrador, reflexionando sobre la ironía de la situación.

Para evitar que su tío y sus primos fueran asesinados a sangre fría, iba a necesitar la ayuda de la misma gente que perpetraría la matanza. Se había preparado para los problemas esa misma mañana. Habría sido imposible hacerle la foto a Arturs sin quitarle los *peyes.*

Preparado para una acalorada discusión sobre el tema, Wolff se sintió aliviado al ver que Urzula se limitaba a sacar unas tijeras y cortar de un tajo los tirabuzones mientras su padre permanecía sentado en silencio, con una mirada que delataba su resentimiento ante la situación.

Era como si el hombre hubiera decidido que, durante aquella «temporal» mudanza al extranjero, podía dejar «temporalmente» de lado las normas religiosas que habían regido toda su existencia. Fuera cual fuese el mecanismo mental que había aplicado, Wolff se sintió enormemente aliviado de que lo hubiera ingeniado.

Con la típica eficiencia alemana, los servicios de transporte urbano ya se habían restablecido en toda Riga. Tras bajar del autobús que había cogido desde Kaiserwald, Wolff le había preguntado a una

patrulla que pasaba cómo llegar a las oficinas de la recién creada Provincia General de Letonia.

Tomar el control una vez terminados los combates era un área en la que Himmler y Heydrich siempre se habían especializado. A medida que el ejército avanzaba más y más hacia el este, se creaba un vacío de poder tras las líneas del frente. ¿Y quién mejor para llenar ese vacío que las SS, la columna vertebral de la Oficina Central de Seguridad del Reich?

En su nuevo cuartel general de la calle Reimersa, ya estaban ocupados implementando los elementos del nuevo régimen que más les concernían. La recaudación de impuestos, la confiscación de alimentos y otras materias primas para enviarlas al Reich y la identificación de tierras para nuevos colonos alemanes estaban en marcha.

Pero la prioridad era terminar el trabajo que los bolcheviques habían empezado y dejar los estados bálticos *Judenfrei*. Wolff había supuesto que las SS estarían revisando los registros de nacimiento, y descubrió que, en efecto, así era.

Una nueva y dinámica burocracia ya estaba en marcha, asignando un nuevo estado civil a los colaboradores locales y a los letones «corrientes». También se dedicaba a la caza activa de judíos para su *Abbeförderung*, o «traslado», otro término nazi anodino acuñado para evitar pronunciar la desagradable verdad.

Era esa burocracia la que Wolff tendría que superar para conseguir lo que necesitaba. No podía arriesgarse a ir al *Ast* local de la Abwehr, ya que Canaris, o más probablemente Oster, podrían haber adivinado dónde se encontraba y haber dado órdenes de que lo detuvieran en cuanto lo vieran.

Esa amenaza podía reducirse recurriendo a las SS, aunque al mismo tiempo era difícil calibrar cómo sería recibida allí su carta del almirante. La Abwehr era una organización del ejército, y las SS no recibían órdenes del ejército.

Wolff entró en el edificio y pidió que le revelaran los negativos en la sección de fotografía. Lo enviaron dos pisos más arriba y al fondo de un largo pasillo con suelo de linóleo, donde un cuarto de baño se había convertido en un laboratorio improvisado.

El olor de los productos químicos utilizados para revelar las copias impregnaba el pasillo mientras avanzaba y entraba en el despacho contiguo al cuarto oscuro. En cuanto entró, presintió que aquello iba a ser complicado.

Su atuendo de civil apenas había llamado la atención del suboficial de aspecto agobiado del mostrador de la entrada, pero allí lo recibió un hombrecillo regordete de unos treinta y tantos años con la insignia de sargento de las SS en el cuello que lo miró de arriba abajo con desdén.

Un típico *papiersoldat*, el oficinista en el que Lothar soñaba convertirse, solo que con la ventaja añadida de un uniforme que lo mantenía alejado de los combates.

Cuando Wolff se presentó y dijo su rango, el hombre se puso en pie de un salto y bramó un saludo a Hitler. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Wolff le respondió del mismo modo con la versión tradicional del ejército, a pesar de no llevar uniforme.

Advirtió el ceño de desaprobación que recibió como respuesta.

Una vez más, sacó la carta de Canaris del bolsillo interior de su chaqueta y adoptó un tono imperioso que consideró que funcionaría mejor con el hombre de las SS mientras se la entregaba desplegada para que la leyera.

—Estoy aquí por un asunto de vital importancia para el Reich y necesito usar urgentemente sus instalaciones de laboratorio fotográfico —declaró de forma perentoria—. Tengo aquí una película que necesito que esté revelada para el final del día y poder recogerla.

El hombre volvió a doblar la carta, pero no hizo ademán de devolvérsela.

—Muy bien, señor, pero como estas son instalaciones de las SS y no están bajo la jurisdicción del ejército, me temo que debo solicitar la aprobación de mi superior en este asunto. ¿Puedo enseñársela un momento?

Wolff se armó de paciencia. No deseaba que el contenido de su carta, que ni siquiera estaba seguro de que siguiera en vigor, fuera copiado y transmitido por teléfono a la Prinz-Albrecht-Strasse, en Berlín.

—No, no puede, sargento. Quizá no me he explicado con suficiente claridad. Esa es una carta del jefe de la Abwehr, y él me ha enviado aquí personalmente para un asunto importante relacionado con la eliminación de espías y terroristas.

—Por lo tanto, necesito que se revele cierto material para su transporte urgente de vuelta al Bendlerblock lo antes posible. Debo añadir que se trata de un asunto de alto secreto y que tendré que hablar con su técnico antes de marcharme para recalcarle el nivel de discreción requerido.

La actitud del sargento cambió drásticamente.

—No será necesario, señor. Lo revelaré yo personalmente. Fui técnico en AEG antes de la guerra y tengo experiencia con varios tipos de película. Tenga la seguridad de que le prestaré toda mi atención.

—Gracias…

—Baumann, señor.

—Gracias, Baumann. Me aseguraré de mencionar su amabilidad si alguien pregunta cómo me las arreglé en Riga.

—Gracias, señor.

Baumann sabría que mentía, por supuesto, pero la vaga perspectiva de que eso ocurriera realmente le proporcionaría un incentivo adicional para mantener la boca cerrada.

Se levantó, esta vez haciendo un pausado saludo a Hitler, y salió del despacho. No estaba seguro de si Baumann mantendría su palabra, pero tenía cosas más importantes de las que preocuparse que aquel remilgado hombrecillo de las SS.

Tras horas de discusión con la familia, se había acordado mudarse a Suiza como solución intermedia. Wolff les había dicho que conseguiría suficiente dinero de sus superiores para que se instalaran en Zúrich hasta que pudieran recuperarse.

Sin embargo, esto no hizo más que avivar la sospecha innata de Arturs sobre todo el asunto. ¿Quiénes eran sus superiores y por qué estaban dispuestos a entregar semejante cantidad de dinero? ¿Qué sacaban ellos de todo esto?

Wolff acabó perdiendo los estribos con el anciano, explicándole que se estaba poniendo en grave peligro para cumplir los deseos de

su madre y volviendo a recalcar lo que había visto de los Grupos de Tareas Especiales y sus actividades.

Después, Arturs se había ido a empezar a preparar sus pertenencias para el viaje, aunque con el aire petulante de un niño malhumorado. La ira latente de Wolff por la intransigencia de la familia hizo que saliera del cuartel general de las SS preocupado.

Había entrado con la mayor discreción posible, con la cabeza gacha y el ala del sombrero calada sobre el rostro, como debe hacer un *Schlapphut*. Pero al salir, sumido en sus pensamientos sobre lo que le esperaba, vio a dos hombres charlando fuera bajo el sol y se apartó rápidamente, conmocionado.

A uno de ellos no lo reconoció. Pero el otro era Stumpfegger, el capitán de las SS al que había intentado estrangular por ejecutar a un niño apenas unas semanas antes. Evidentemente, Stumpfegger había sido reasignado a Riga desde sus funciones en el frente con las Waffen-SS.

Probablemente para ayudar al Grupo de Tareas Especiales de Stahlecker. Después de todo, el hombre no había mostrado ningún escrúpulo a la hora de asesinar a civiles inocentes.

Wolff caminó rápidamente por la calle y entró en el parque Esplanāde, donde se colocó detrás de un árbol y observó a Stumpfegger, que seguía inmerso en una conversación con el otro oficial. No lo había visto.

Sin embargo, tendría que tener mucho cuidado al volver al edificio. Era otra complicación más que se podría haber ahorrado.

***

De vuelta en la casa, Arturs y Darius estaban terminando de hacer las maletas. Les había dicho que se limitaran a una maleta cada uno, pero se consternó al descubrir que Arturs tenía cuatro veces esa cantidad y se empeñaba en llevarse sus libros de contabilidad.

La insistencia de Wolff en que no le servirían de nada en el extranjero no le convenció; en lugar de eso, Arturs se lanzó a despotricar sobre la lealtad que debía a sus clientes, con los que era obvio que esperaba volver a reunirse tras un tiempo fuera. Wolff lo dejó pasar.

Ahora tenían algo de tiempo antes de que Wolff tuviera que volver a por las fotos del pasaporte, pero ninguna forma inmediatamente aparente de ocuparlo. Las maletas estaban hechas, y la familia había aceptado claramente la necesidad de abandonar Letonia como un todo.

Sin nada más que hacer, Wolff empezó a preguntar a Arturs por sus padres. Se sorprendió al oír a su tío pintar un cuadro bastante halagador de la pareja. Ludwig y *Mammu* habían estado muy enamorados, dijo Arturs.

La familia Wolff había sido de dinero viejo en Letonia, pero había visto disminuir gran parte de su riqueza con la desintegración de sus fincas rurales bajo las reformas agrarias del nuevo gobierno nacionalista en 1920, dos años antes de que sus padres partieran hacia Brasil.

En cambio, la familia de *Mammu*, que eran comerciantes, había conseguido conservar la mayor parte de sus riquezas durante los turbulentos años de la Depresión. La casa en la que vivía la pareja se la habían regalado a su madre sus padres, dijo Arturs, y esto molestaba mucho a Ludwig Wolff.

—Tu padre es un hombre orgulloso —dijo su tío—. Quería demostrarle a tu madre que podía triunfar por sus propios medios. Ella lo quería y lo entendía. Por eso aceptó marcharse, aunque no quisiera. La verdadera raíz del problema estaba en tu abuelo paterno.

Wolff se inclinó hacia delante. Nunca había oído nada de esto antes.

—El padre de Ludwig fue uno de los principales partidarios de las milicias alemanas del Báltico que se enfrentaron a las fuerzas letonas y perdieron después de la Gran Guerra. No fue el único. Unos cuantos de los grandes terratenientes *Baltendeutsche* apoyaron a los Freikorps como medio para preservar sus fincas.

—La lucha fue salvaje, Ako. Ninguno de los dos bandos hacía prisioneros. Y cuando los Freikorps perdieron, sus partidarios iban a ser siempre el objetivo de la nueva administración. La mayor parte de las tierras de la familia Wolff estaban cerca de Jelgava, a unos

sesenta y cinco kilómetros al sur de aquí, y fueron todas confiscadas.

—Tu abuelo le ordenó a tu padre que reuniera a unos cuantos veteranos de los Freikorps para ir allí e intentar recuperarlas. Fue una causa perdida y, para ser sinceros, tuvieron suerte de escapar con vida. Cuando tu padre volvió a Riga, tu abuelo lo llamó cobarde y lo culpó de arruinar a la familia.

—Fue después de eso cuando tu padre empezó a hablar de irse al extranjero. Le dijo a tu madre que podían ir a Brasil a hacer fortuna antes de volver para recomprar las antiguas fincas y salvar el honor de la familia. Dijo que volverían y construirían la villa más grande de Kaiserwald para demostrar lo bien que le había ido.

Arturs lo miró con tristeza.

—Por desgracia, no les fue del todo así. La vida rara vez lo hace, por desgracia.

Bordearon el tema del cáncer que se había llevado tanto a *Mammu* como a su hermana. Su tío se mostraba filosófico sobre la muerte de su esposa, prefiriendo centrarse en los buenos momentos que habían disfrutado juntos que en los malos.

Le dijo a Wolff que después de eso se había concentrado en su negocio, manteniéndolo en secreto incluso después de la ocupación soviética. Sus hijos eran lo más importante del mundo para él, y fue por ellos por lo que finalmente había accedido a abandonar Letonia, dijo.

Para entonces, ya era hora de que Wolff volviera a recoger las fotografías de Baumann. En el autobús de vuelta al centro de la ciudad, reflexionó sobre los diferentes enfoques de Arturs y su padre.

Ludwig Wolff, siempre con algo que demostrar, había arrastrado a su mujer al otro lado del mundo en su búsqueda, y luego había arrancado a su hijo de una vida feliz y estable cuando sintió de nuevo que las cosas se habían vuelto en su contra.

Amargado y resentido, había abrazado con entusiasmo a los nazis y sus convenientes explicaciones para todos los males de Alemania. No era el único que se tragaba esas mentiras. Canaris y Oster

también habían apoyado a Hitler en su día. Wolff se preguntó cuánto tardaría su padre en abrir los ojos. O si lo haría alguna vez.

Al llegar, Wolff se dirigió con cuidado a la calle Reimersa. Ver a Stumpfegger el día anterior había sido un golpe tremendo, y permaneció al borde del parque Esplanāde observando el cuartel general de la Provincia General durante media hora antes de decidirse a arriesgarse a entrar, de nuevo con el sombrero calado sobre el rostro.

Solo esperaba que Baumann hubiera cumplido lo acordado y no fueran necesarias más molestias, ya que Wolff no estaba en situación de armar un escándalo en una administración dirigida por las SS.

Para su alivio, el pequeño oficinista se mostró notablemente amable y rápido al entregarle las fotos, que sin duda tenían calidad suficiente para ser utilizadas como imágenes de pasaporte. Normalmente, estas se fijarían a un *Reisepass* con una pequeña anilla metálica en la esquina, pero no tenía forma de conseguirla allí.

El pegamento tendría que bastar hasta que llegaran a Berlín, donde podría poner a sus primos bajo la protección de Canaris. Como medida de precaución, Wolff pidió los negativos, que el desconcertado sargento le entregó debidamente. Quería dejar el menor rastro posible allí.

Le dio las gracias a Baumann y le prometió de nuevo mencionar su cooperación a sus superiores, antes de salir rápidamente con la cabeza gacha y el sobre de manila que contenía las imágenes en alto y tapándole la cara.

No se dio la vuelta para asegurarse de que no lo seguían hasta que estuvo bastante lejos calle abajo, antes de dirigirse a la parada del autobús para lo que esperaba que fuera su último viaje a Kaiserwald.

El plan era volver al centro de la ciudad con la familia en autobús antes de requisar el vehículo militar más cercano para llevarlos al aeródromo. Una vez allí, utilizaría su carta para garantizarse a sí mismo y a los otros tres un sitio en una de las conexiones diarias que transportaban a altos oficiales de la Wehrmacht, figuras de las

SS y personal civil de alto rango entre Berlín y su nuevo *Reichskommissariat.*

El parlanchín soldado le había informado de que un vuelo solía salir a media mañana, seguido de un segundo a última hora de la tarde. Con suerte, podrían coger este último. Si no, se lo jugaría todo a una carta y exigiría un avión para ellos solos para llevarlos a Alemania, aunque la atención que esto podría atraer significaba que sería un último recurso.

Todavía no tenía forma de saber qué órdenes, si es que había alguna, existían para su detención. Al bajar, se dirigió de nuevo a la casa a través de las desiertas y frondosas calles de Kaiserwald y dio el golpe convenido.

Darius abrió la puerta trasera, y él se deslizó dentro mientras un coche volvía a subir por la calle, que supuso que eran miembros del Kommando Arajs haciendo otra pasada por la zona.

Unas horas más y podrían tener la casa para ellos solos, por lo que a él respectaba. Darius lo condujo al salón, donde Arturs y Urzula esperaban con su equipaje. Tanto el padre como el hijo llevaban sus mejores galas, mientras que Urzula llevaba un bonito vestido de verano y zapatos cómodos.

Wolff dijo simplemente:

—Vámonos.

Y se dirigieron hacia la puerta trasera por última vez. La abrió y retrocedió de golpe cuando una pistola extendida lo obligó a retroceder a la cocina. Kalejs y sus dos compañeros del Ford-Vairogs verde entraron detrás de él mientras Stumpfegger, con una sonrisa triunfante ahora en el rostro, examinaba a la familia y su equipaje.

—Así que, Wolff. Creo que ahora es usted teniente y, para colmo, proporciona pasaportes a desconocidos. Tendrá que ponerme al día sobre cómo escapó del batallón de castigo. Estoy seguro de que es una historia fascinante.

—No se preocupe, tengo toda la tarde.

23

Wolff se sentó con los demás y observó cómo los dos matones anónimos registraban el equipaje de los primos. Uno se había hecho cargo de la maleta de Darius y el otro disfrutaba visiblemente rebuscando en la de Urzula, compartiendo sonrisitas zafias con su camarada cuando encontraba la ropa interior de ella.

Para alivio de Wolff, ninguno de los dos tenía nada comprometedor entre sus posesiones, pero lo que le preocupaba era lo que pudiera haber en el equipaje del anciano. Wolff había llevado a Urzula a un lado antes de ir a revelar las fotos y le había pedido que se asegurara de que su padre no metiera en la maleta nada que pudiera delatar su verdadera identidad.

Sus pasaportes estaban todos a nombre de Felsko, el apellido familiar de sus madres y una opción más segura que la alternativa claramente judía de Arturs: Bernstein. Incluso esto había provocado una oleada de protestas por parte del anciano, que exigió saber cómo iban a poder registrarse legalmente una vez en Suiza.

Wolff había planeado informarles, una vez en camino, de que Brasil era un destino mucho más seguro, añadiendo algún detalle falso sobre planes ultrasecretos en marcha entre la cúpula nazi para

invadir a su vecino del sur y apropiarse de las toneladas de oro guardadas en los bancos del país, famosos por su discreción.

Confiaba en poder persuadir a la familia de que un traslado transatlántico era la única opción. Ningún otro lugar del continente era seguro —España y Portugal estaban ambos bajo sus propios regímenes fascistas— y el norte de África tampoco era famoso por la bienvenida que ofrecía a los judíos.

Solo en Brasil, cuya postura antinazi ya había recalcado con insistencia, podían esperar vivir en auténtica libertad. Siempre y cuando pudieran superar la situación actual, claro está.

Stumpfegger había ocupado una silla mientras sus secuaces se dedicaban al registro, y la incertidumbre en los ojos del hombre era evidente mientras tamborileaba impaciente con la pistola contra el brazo del asiento. El capitán de las SS había confiscado la pistola que le habían dado a Wolff en Budapest y la había metido en su propia pistolera vacía.

La *finka* se la habían dado a Kalejs, que la sostenía con reverencia, sin saber que Stumpfegger consideraría indigno quedarse con un objeto así. Stumpfegger se había jactado de lo fácil que le había resultado encontrarle. Baumann se había quejado a todo el que quisiera oírle del arrogante joven oficial de la Abwehr que ni siquiera tenía un nombre propiamente alemán.

Aquello despertó la curiosidad de Stumpfegger cuando se enteró y tanteó a Kalejs y a sus gamberros. Cuando confirmaron que un teniente Wolff que respondía a la descripción de Ako había mostrado un interés considerable en esta casa, les ordenó que la mantuvieran bajo vigilancia. Y, efectivamente, Wolff había vuelto a aparecer.

Sin embargo, Wolff veía que el aire imperturbable que había adoptado había desestabilizado la arrogancia intrínseca de Stumpfegger. A las SS les importaba un bledo la Abwehr o interrumpir cualquier operación que pudiera tener en marcha. Pero la perspectiva de un rapapolvo desde Berlín por una queja de Canaris afectaría gravemente a la carrera de Stumpfegger.

Por esta razón, sospechaba Wolff, Stumpfegger había optado por llevarse a miembros del Comando Arajs en lugar de a otras tropas de las SS. Los lugareños harían exactamente lo que se les ordenara y

podrían ser utilizados como cabezas de turco en caso de una investigación posterior.

Hasta ahora, Wolff se había mostrado cortés con Stumpfegger por su rango superior y había insinuado lástima por las inminentes consecuencias de los actos del capitán de las SS. Todo dependía de lo que pudiera haber en las maletas, que ahora yacían abiertas en el suelo. De ahí el nerviosismo de Stumpfegger.

Kalejs estaba revisando ahora los libros de contabilidad de Arturs, que no parecían contener más que registros contables corrientes y tediosos, a juzgar por la creciente aversión en el rostro de Stumpfegger. Kalejs señaló emocionado algunos nombres aquí y allá, pero tener clientes judíos no era suficiente, y Stumpfegger lo sabía.

—Creo que ha llegado el momento de que se explique, Wolff —dijo, quitándose una mota de algo de la pernera de su pantalón del uniforme—. Verá, hice algunas averiguaciones después de que la Policía Secreta de Campaña se lo llevara. Quería asegurarme de que esos idiotas del ejército aplicaran el castigo adecuado.

—La verdad es que debería haberle pegado un tiro allí mismo, pero el papeleo… —Abrió las manos con fingida frustración—. Oí que lo habían enviado de vuelta a la prisión militar de Tegel, en Berlín, a la espera de su consejo de guerra y de su expulsión de esa miserable unidad suya, y me preocupó la tardanza en asignarlo al batallón penal.

—Luego me enteré de que, simplemente, se había esfumado de las celdas y nadie sabía dónde. Fue frustrante, pero lo dejé a un lado y me concentré en mi trabajo aquí. Y ahora aparece usted por Riga, como teniente, nada menos, y haciendo alarde de esta carta de la Abwehr.

—Lo que al menos responde a la primera parte de mi pregunta, pero no a la segunda. ¿Qué hace en Riga y quién es esta gente? Ya veo lo que dicen sus pasaportes, pero no me creo ni una palabra. La Abwehr tiene fama de cooperar con los judíos, y si descubro que ese es el caso aquí, bueno… —Stumpfegger sonrió de nuevo.

—Afortunadamente, la mayoría de los registros de la propiedad quedaron intactos cuando los bolches se retiraron, así que descubrir quién es el verdadero propietario de esta casa debería ser

relativamente sencillo. —Wolff mantuvo el rostro impasible, aunque por dentro se le revolvían las tripas.

—Con el debido respeto, *Hauptsturmführer*, ha leído la carta que solicita la plena cooperación de cualquier oficial del Reich con su portador. Se trata de un asunto ultrasecreto de la inteligencia militar —dijo Wolff, poniendo un gran énfasis en la penúltima palabra.

—Se me espera en Berlín esta noche, y si no llego, se harán preguntas. Y, por desgracia, tendré que explicar que un capitán de las SS —Wolff volvió a enfatizar el rango de Stumpfegger— decidió desafiar la autoridad de todo un almirante debido a sus infundadas sospechas.

Wolff dejó que la amenaza flotara en el aire un momento antes de añadir:

—Lo que suena bastante a motivo para su propio consejo de guerra, *Señor*. —El comentario, combinado con la insolencia de la despedida, dio en el blanco, y Wolff vio cómo la furia crecía en el rostro de Stumpfegger. Volvió a coger la pistola del reposabrazos y se inclinó hacia delante—. Maldito gilipollas, yo…

—¡Capitán! —La incipiente perorata de Stumpfegger fue interrumpida por un graznido de excitación de Kalejs, que agitaba triunfante algo que le había entregado uno de los que registraban.

La expresión de Stumpfegger pasó al instante de la furia al ávido interés mientras se levantaba de la silla. Kalejs se dirigió hacia él con entusiasmo, libro en mano. Una sonrisa de suficiencia se extendió por el rostro de Stumpfegger al aceptar el tomo.

Aunque el libro no tenía marcas visibles en su cubierta descolorida y gastada, Wolff pudo ver el tenue contorno de una estrella de cinco puntas en el lomo. Cerró los ojos para controlar la furia que crecía en su interior ante la estupidez del anciano, maldiciéndose por no haber insistido en revisar su equipaje.

Stumpfegger hojeó las páginas de manera pausada y burlona antes de cerrarlo suavemente con un chasquido. Lo sostuvo en alto como si fuera a prestar juramento y le dedicó una sonrisa maliciosa a Wolff.

—Creo que esto es algo que requiere una mayor investigación, ¿no le parece?

Stumpfegger sacó uno de los tres pasaportes del bolsillo de su pechera y lo abrió.

—Si, como esto parece indicar, el Herr… *Felsko* es efectivamente judío, entonces está obligado por la normativa del Reichskommissariat a llevar un identificador con la estrella de David.

—También tiene prohibido poseer uno de estos —Stumpfegger señaló la radio antigua y polvorienta que había en un aparador del salón—. Pero ya volveremos a eso. Entretanto, me temo que todos ustedes tendrán que acompañarme al cuartel general de la Provincia General. —Sonrió a Wolff—. Sabe dónde está, ¿verdad, teniente?

Wolff chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco. Se metió las manos en los bolsillos con indiferencia para que Stumpfegger no viera cómo se le cerraban en puños de forma inconsciente. Dio un par de pasos despreocupados hacia donde estaba el equipaje esparcido por el suelo para darse un momento.

Había una última salvaguarda que podía usar si no había otra opción. Como parte del trato que Wolff había cerrado con Canaris antes de dirigirse a Sofía, el almirante le había explicado que la Abwehr era el único organismo del Reich exento de las ridículas leyes de arianización del Reich.

Canaris se las había arreglado para persuadir a Hitler de que lo permitiera a regañadientes, señalando que podría tener que depender de información de fuentes judías. Esto era lo que proporcionaría un nivel extra de protección a Wolff si salía a la luz el origen de Arturs, Urzula y Darius.

Sin embargo, Canaris también había admitido que este acuerdo secreto con el Führer no era muy conocido y que él lo guardaba como una especie de as en la manga. Wolff no podía permitirse una minuciosa investigación de las SS sobre los antecedentes de Arturs y sus hijos como parte de una guerra de desgaste de Heydrich contra su antiguo superior de la marina.

Tenía que haber otra manera. Stumpfegger estaba de pie sobre Arturs, Darius y Urzula, que seguían sentados en el sofá junto al sillón de Wolff, con aire impaciente. El trío sabía que estaba en problemas, pero como las conversaciones se habían desarrollado

íntegramente en un alemán vertiginoso, no estaban seguros de qué estaba pasando exactamente.

A diferencia de *Mammu*, su madre nunca les había hablado en otra lengua que no fuera el letón.

—Levantaos —les dijo Stumpfegger a sus tres nuevos cautivos, haciéndoles señas con la pistola. El cañón del arma brilló con la luz que entraba por la ventana. Lo habían pulido cuidadosamente desde la última vez que Wolff lo vio, cuando estaba salpicado de sangre y materia cerebral.

El gesto y el tono de Stumpfegger no dejaban lugar a dudas, pero ninguno de los tres en el sofá se movió. Urzula miraba a Wolff con expresión suplicante. Darius parecía desafiante y Arturs, simplemente resignado. Stumpfegger los fulminó con la mirada un instante y luego retrocedió y asintió a sus propios compañeros.

Los dos secuaces de Kalejs, captando la indirecta, pasaron por donde Wolff estaba ahora de pie. Uno agarró a Arturs, lo levantó del sofá y lo empujó bruscamente en dirección a la cocina. El anciano perdió el equilibrio y trastabilló hacia adelante, tropezando con una de las maletas que aún estaba abierta en el suelo y estrellándose pesadamente contra el aparador sobre el que estaba la radio.

Kalejs soltó una risita, lo que incitó al matón que había empujado a Arturs a intentar repetir la hazaña con Urzula. Darius, que estaba sentado junto a su hermana, agarró el brazo del hombre y ambos forcejearon un momento antes de que el segundo matón interviniera también, dando lugar a un forcejeo a tres bandas entre ellos.

Mientras tanto, Urzula se había arrodillado para ayudar a su padre, que estaba aturdido. Stumpfegger, que lo había estado observando todo con callada diversión, se giró y le ladró a Kalejs que fuera a ayudar a sus camaradas con Darius. El primo de Wolff estaba consiguiendo mantener ocupados a ambos hombres con su resistencia.

Kalejs avanzó, desenvainando la *finka*. Agarró a Urzula por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás para dejarle el cuello al descubierto. Eso llamaría la atención de su hermano. Significó que Stumpfegger se distrajo una fracción de segundo y, cuando el capitán de las SS volvió a mirarlo, Wolff se levantó y dio un paso adelante.

Entonces le dio una fuerte patada a Stumpfegger en la entrepierna. El capitán de las SS se desplomó hecho un ovillo y Wolff se le echó encima al instante. Sin embargo, Stumpfegger aún sujetaba con firmeza la Walther mientras Wolff intentaba arrancársela. Kalejs se giró y soltó a Urzula.

Se abalanzó sobre el lugar donde Stumpfegger y Wolff luchaban por el control del arma. Wolff agarró la muñeca de Stumpfegger y giró la pistola hacia Kalejs, que corría hacia ellos. Apretó el dedo índice de Stumpfegger, que estaba dentro del guardamonte.

El disparo fue ensordecedor en el pequeño salón, y todos se quedaron paralizados. Kalejs pareció detenerse en mitad de su embestida y se miró la mancha roja que se extendía desde el centro de su pecho. Luego cayó de rodillas y se desplomó hacia delante, boca abajo.

Mientras Stumpfegger levantaba la cabeza para mirar, estupefacto, Wolff giró el cañón de la pistola hacia el hombre de las SS. Stumpfegger tardó una fracción de segundo en darse cuenta de lo que estaba haciendo, pero fue suficiente. Toda la arrogancia de Stumpfegger se desvaneció al luchar frenéticamente para evitar que su propia arma fuera utilizada contra él.

Pero la inercia de Wolff y el ángulo del forcejeo jugaban en su contra. El rugido de Stumpfegger, una mezcla de ira y miedo, se vio interrumpido cuando la pistola reculó una vez más. La cabeza del capitán se sacudió hacia atrás y este se desplomó de rodillas.

Wolff le quitó el arma de la mano al muerto y se puso en pie, apuntando a los dos compañeros de Kalejs, que retrocedieron con las manos en alto. —¡*Nē*, *nē*! —dijo el hombre que había empujado a Arturs, antes de que Wolff le disparara en la cabeza.

Luego apuntó con la pistola al otro hombre, que parecía a punto de echarse a llorar. Wolff disparó dos veces más. Se acercó a cada hombre caído y comprobó si daban señales de vida. Después, empujó con brusquedad el cadáver de Stumpfegger al suelo y rebuscó en su túnica hasta que encontró tanto su importantísima carta de Canaris como los tres pasaportes.

Por suerte, ninguno había sufrido daños en el tiroteo. Wolff se levantó y miró a sus primos y a su tío. Urzula seguía arrodillada en el

suelo, con un brazo protector alrededor de su padre. Darius estaba de pie junto al sofá, con la boca abierta, flanqueado por los dos fascistas letones muertos.

—Bueno —dijo Wolff—. Creo que será mejor que nos pongamos en marcha, ¿no creéis?

***

Si había algo positivo en matar a Stumpfegger y desencadenar una persecución por toda la ciudad, era que había convencido a los primos de Wolff de su buena fe más allá de toda duda y había eliminado la terquedad infantil de Arturs.

El anciano no puso ninguna objeción cuando registraron rápidamente su equipaje en busca de más material potencialmente letal. Tampoco dijo ni pío cuando Wolff cogió las maletas llenas de libros de contabilidad y las colocó definitivamente bajo la escalera. Otro de los beneficios colaterales de los asesinatos fue el asunto del transporte.

Stumpfegger había llegado a la casa en un Kubelwagen, mientras que Kalejs y sus compinches lo habían hecho en el Ford-Vairogs verde. Wolff aparcó el Ford en la parte trasera de la casa, fuera de la vista, antes de que se marcharan.

Había barajado la idea de prender fuego a la casa para ocultar los cadáveres, pero consideró que era buscarse más problemas de los que valía. El humo se vería a varios kilómetros y atraería la atención sobre la zona y sobre quienes hubieran sido vistos abandonándola.

Las investigaciones posteriores podrían encontrar testigos que recordaran a cuatro personas vestidas de civil llegando al aeródromo en un vehículo de las SS. Wolff también estaba convencido de que Stumpfegger no había informado a sus superiores de adónde iba.

Era una misión personal, y la recogida de pruebas era secundaria. Wolff también cogió el *Ausweis* de Stumpfegger, aunque quitarle la tarjeta especial de identificación de las SS solo retrasaría la identificación de sus restos unas pocas horas como mucho. La familia ya había retirado los escasos retratos familiares de la casa, junto con cualquier otro material identificativo.

Wolff y Darius arrastraron los cuatro cuerpos hasta el sótano mientras Urzula limpiaba las manchas de sangre del suelo de madera

lo mejor que pudo. Las fundas habían absorbido la mayor parte de la sangre que había caído sobre el sofá, aunque algo se había filtrado. Tendría que ser suficiente.

Si todo iba bien, él y sus primos estarían a salvo en un tren con destino a Suiza para cuando se diera la alarma. Wolff condujo con toda la calma que pudo hacia el aeródromo, luchando contra el impulso de acelerar para llegar antes.

Durante todo el trayecto, Darius permaneció a su lado, con Arturs y Urzula en el asiento trasero. El enfrentamiento en la casa había acabado con cualquier pretensión que mantuvieran sobre su situación. Abandonaban su patria con solo una fracción de sus posesiones, y parecía poco probable que fueran a regresar.

Las matrículas de las SS del Kubelwagen les habían servido para que les dieran paso rápidamente por el puente de pontones hacia el lado oeste de Riga, pero Wolff decidió detenerse de camino al aeródromo, las arrancó y las arrojó al Daugava junto con el *Ausweis* de Stumpfegger.

Cualquier pregunta de un centinela curioso en el aeródromo podría solventarse con un simple gesto mostrando su carta de Canaris, que, de todos modos, pensaba utilizar para conseguir que los cuatro subieran a un avión con destino a Berlín. La espera en el aeródromo sería lo peor.

Los horarios de salida del vuelo de la tarde desde Berlín eran irregulares y, hasta que no estuvieran en el aire, se verían obligados a esperar sentados mientras su imaginación les jugaba malas pasadas. Tal como estaban las cosas, la espera proporcionó a la familia una prueba más de lo que les aguardaba.

Prisioneros con ropa de civil mugrienta trabajaban junto a hombres de aspecto demacrado con gastados uniformes del Ejército Rojo para reconstruir la terminal destruida. La mayoría de los que no llevaban ropa militar iban en mangas de camisa bajo el calor del verano, pero algunas de las figuras de más edad aún llevaban sus chaquetas, todas ellas cumpliendo con las leyes recientemente introducidas que obligaban a los judíos de Ostland a llevar una estrella de David amarilla.

Para que no quedara ninguna duda, un par de hombres también lucían los *peot* que ahora le habían cortado a Arturs. Wolff oyó a su tío contener la respiración, y al mirar vio que agachaba la cabeza mientras Urzula le agarraba la mano con fuerza y le susurraba al oído.

—¿Qué pasa? —exigió saber.

—Reconoce a algunos de los hombres —dijo ella, señalando con la barbilla a los prisioneros. Maldiciendo su propia estupidez, Wolff les dijo que se levantaran y los condujo rápidamente más lejos por el aeródromo.

Lo último que necesitaba era que uno de los desdichados viera a Arturs y llamara la atención sobre ellos intentando asegurarse algún tipo de salvavidas. Se desplazaron hasta donde el armazón ennegrecido de un hangar quemado proporcionaba algo de sombra contra el sol implacable. El olor a gasolina de aviación seguía siendo intenso.

—Este es el futuro, Arturs —dijo en voz baja—. No exageraba. Tus propiedades confiscadas y tú y tus hijos trabajando hasta la muerte aquí o en otro lugar. Y si eso no os matara… —Terminar la frase era innecesariamente cruel. El anciano se secaba los ojos mientras su hija intentaba consolarlo.

El sonido de un zumbido distante pero creciente interrumpió la conversación y, tras unos segundos, apareció un punto negro en el horizonte. —Ya está, es el avión —dijo Wolff, levantándose deprisa. Aunque había intentado no demostrarlo a los demás, había estado con los nervios de punta desde que llegaron allí hacía más de una hora.

Le había enseñado la carta de Canaris al lacónico capitán de la Luftwaffe a cargo de Spilve, un bávaro que no mostraba el más mínimo interés ni por Wolff ni por lo que estuviera haciendo. El vuelo que llegaba transportaba suministros médicos y alcohol para los faisanes dorados de la calle Reimersa, declaró, pero no pasajeros.

El hombre tampoco tenía información sobre viajeros con destino a Berlín. —O simplemente aparecen o nos avisan por radio para que retengamos el avión —se encogió de hombros. Los comentarios del aviador demostraban al menos que no era un nazi convencido,

aunque Wolff no daba mucho por su futuro a largo plazo si tenía la costumbre de repetir esas frases a completos desconocidos.

El avión era otro Heinkel He 111 y sus dos pilotos no parecían tener ganas de entretenerse en Riga. Las instalaciones de Spilve eran, como mucho, básicas y, de todos modos, las tripulaciones estaban acostumbradas a volar diez horas seguidas desde los bombardeos sobre Inglaterra del año anterior.

Una vez descargado el avión, el capitán de la Luftwaffe le hizo una seña a Wolff para que se adelantara y le dio un formulario para que lo firmara con su propio número de identificación y los datos falsos del pasaporte de su tío y sus primos.

Mientras Wolff firmaba, observó una lejana nube de polvo en la larga y recta carretera que salía del aeródromo y que corría paralela al Daugalva hasta llegar al centro de la ciudad. Parecía que la causaba más de un vehículo. Dio las gracias al bávaro y le hizo una última pregunta, recibiendo una respuesta perpleja.

Satisfecho, Wolff metió a los demás a toda prisa por la escotilla trasera, en el reducido interior del avión. Al igual que el otro Heinkel, le habían quitado las ametralladoras central y trasera, así como la situada en la panza del avión, para tener más espacio.

Wolff cerró la puerta y levantó el pulgar hacia el piloto en medio del rugido ensordecedor de los motores al ralentí. El avión empezó a girar inmediatamente en la plataforma frente a la antigua torre de control, orientándose hacia el norte para despegar por la pista principal.

Al hacerlo, Wolff pudo ver una especie de conmoción en la puerta principal, donde se había detenido un jeep Kfz. 1, seguido de un camión. Su vista quedó interrumpida cuando el Heinkel se enderezó y empezó a rodar con velocidad creciente hacia el mar Báltico.

El avión se elevó de la pista y Wolff observó cómo los tres rostros a su alrededor palidecían mientras empezaba a ascender hacia el cielo. Conocía esa sensación. Cuando el piloto viró a la izquierda para poner rumbo al oeste, Wolff miró hacia abajo y vio a la infantería desplegándose por la zona.

Incluso a esa distancia, pudo ver una mancha blanca en un lado de sus cascos. El escudo con la insignia del doble rayo de las

Waffen-SS. El oficial al mando, identificable por el gris más claro de su gorra de plato flexible, caminó rápidamente hacia donde Wolff había aparcado el Kubelwagen de Stumpfegger.

Vio cómo el hombre se asomaba al interior del vehículo y luego alzaba el rostro al cielo en dirección al Heinkel que se alejaba.

24

Instantes después del despegue, mientras los pilotos se concentraban en estabilizar el avión, Wolff indicó a los demás que guardaran silencio y se irguió hasta donde le permitía la estrechez del fuselaje, quedando medio agachado.

Tras asegurarse de que los aviadores no le prestaban atención, se movió tan rápido como pudo hacia la radio, situada bajo la torreta defensiva dorsal, que estaba vacía. Normalmente, un avión del tamaño del Heinkel tendría una tripulación de hasta siete personas.

Como se trataba de un vuelo de transporte, la habían reducido a dos pilotos, uno de los cuales hacía las veces de operador de radio auxiliar. El perplejo capitán bávaro de la Luftwaffe le había confirmado dónde se encontraba la radio justo antes de que se cerrara la puerta.

Wolff tenía apenas unos segundos para inutilizarla antes de que llegara una llamada de la torre de control de Riga-Spilve ordenándoles dar media vuelta. La carcasa metálica protectora que la rodeaba llevaba el sello FuG10, y supuso que era una versión de onda larga de los dispositivos portátiles *Kleinfunkgeräte* que usaba el ejército en el campo de batalla.

Tras un rápido vistazo, decidió no cortar el cable de alimentación que salía de ella. Si se percataban de un sabotaje tan obvio en pleno vuelo, los pilotos podrían insistir en aterrizar en el aeródromo más cercano para una revisión completa en tierra y así asegurarse de que no se había manipulado nada más.

Casi con toda seguridad, habían usado la radio para avisar a Riga-Spilve de su inminente llegada, por lo que sus cuatro nuevos pasajeros también podrían acabar siendo interrogados por la policía militar de la Luftwaffe.

En lugar de eso, Wolff se arrodilló y localizó un manojo de cables blancos visibles en el minúsculo hueco que había entre la parte inferior de la radio y el soporte de la pared. Introdujo la hoja de la *finka* y los serró y acuchilló hasta que los cortó del todo.

Un rápido vistazo le confirmó que no había más cables que pudiera cortar sin que se notara, así que regresó discretamente a su asiento y sonrió a los demás, que lo miraban con ansiedad. No hacían falta explicaciones.

Entonces esperó.

Casi dos horas después del despegue, el copiloto se levantó de su asiento, se estiró y recorrió el pasillo que quedaba entre las piernas encogidas de sus cuatro pasajeros. Wolff supuso que pensaba contactar con Gatow, el aeródromo favorito de Adolf Hitler al oeste de Berlín, antes del aterrizaje previsto allí.

Pero Wolff se había asegurado de que no pudiera hacerlo. O, al menos, eso esperaba.

Aunque Wolff había descolgado el auricular para asegurarse de que el aparato estaba muerto, contuvo la respiración mientras observaba al copiloto intentar contactar repetidamente con Gatow antes de rendirse, frustrado. Tal como esperaba, el hombre comprobó el cable de alimentación, pero no encontró nada anómalo.

Con cara de fastidio, regresó junto a su compañero para informarle de que se habían quedado sin medios para contactar con su destino. Hubo un tenso intercambio de palabras entre los dos, y ambos se giraron para mirar con recelo a sus pasajeros.

Arturs y los demás bajaron la cabeza con modestia, como harían unos civiles al tratar con militares, pero Wolff les devolvió la mirada

con una convincente expresión de perplejidad. Cuando su gesto se tornó en enfado por su mala educación, se dieron la vuelta. Como siempre, todo era cuestión de lenguaje corporal.

Wolff esperó unos instantes más antes de acercarse y apoyarse en los hombros de ambos hombres.

—Teniente Wolff, Abwehr —dijo—. ¿Hay algún problema?

Los dos pilotos se miraron antes de que el de mayor rango respondiera, sin dejar de mirar al frente.

La vergüenza de tener que admitir un problema técnico a un chupatintas de Berlín era abrumadoramente evidente.

—Hay un problema con la radio.

—Ya veo. —Wolff puso toda la decepción y desaprobación posibles en esas dos palabras—. Bueno, eso *es* un inconveniente. Verán, ha habido un cambio de planes, caballeros. No he podido decírselo antes por razones de seguridad operativa. No podemos aterrizar en Gatow. Tenemos que seguir hasta Brandenburg-Briest.

El aeródromo, cercano a la base de entrenamiento de Wolff en el lago Quenz, al oeste de Berlín, era el único que conocía lo suficientemente bien como para estar seguro de que la seguridad sería relativamente laxa. Al principio de la guerra, Brandenburg-Briest había sido la plataforma de lanzamiento de los bombardeos sobre los polacos y de las fases iniciales de Barbarroja.

Ahora, sin embargo, estaba demasiado lejos del frente para ser utilizado como algo más que una escuela de instructores de vuelo y un campo de pruebas para la cercana fábrica de aviones Arcado. El piloto de mayor rango se tensó en su asiento, pero no miró hacia atrás.

—Me temo que eso es totalmente imposible, teniente —dijo con voz tensa—. Nuestra radio ha dejado de funcionar de repente, y tendremos que aterrizar inmediatamente en Gatow para asegurarnos de que todo lo demás a bordo está como debe.

Era evidente que ninguno de los dos hombres consideraba una coincidencia el mal funcionamiento de la radio y la brusca exigencia de Wolff de un cambio de destino.

Era el momento de poner en marcha la segunda parte del plan, utilizando a su favor, por una vez, la eterna rivalidad entre las

distintas fuerzas armadas del Reich. La Abwehr y el SD no eran las únicas organizaciones de Alemania que estaban constantemente a la greña. Las relaciones entre la Luftwaffe y la Kriegsmarine eran igual de malas.

La disputa había comenzado en la década de 1930, con la Armada exigiendo el control de su propia ala de aviación y las Fuerzas Aéreas negándose a ceder tal poder.

Un miembro de la unidad Brandenburger de Wolff, cuyo hermano era artillero aéreo, le había contado una vez que las relaciones entre la Armada y las Fuerzas Aéreas habían llegado a tal punto que la Kriegsmarine había ocultado durante años a la Luftwaffe los detalles de su sistema de alerta temprana de ataques, y que luego, una vez descubierto el secreto, había intentado obstaculizar los esfuerzos de esta última por desarrollar el suyo propio.

Wolff se inclinó hacia ellos en plan conspirador.

—¿Ven a esos dos hombres de ahí atrás?

Ambos pilotos giraron la cabeza hacia Arturs y Darius, que les devolvieron la mirada con incertidumbre.

—Puede que no parezcan gran cosa, pero estaban trabajando en un sistema de radar avanzado para los rusos.

»Canaris quiere entregárselos a sus viejos compinches de la Kriegsmarine para que los interroguen. Sin embargo, he recibido contraórdenes del Reichsmarschall Göring para que los lleven a Brandenburg-Briest, donde serán interrogados por alguien de la Luftwaffe.

Los dos aviadores se miraron, y Wolff pudo ver en sus ojos las dudas previsibles. El piloto principal también se giró y volvió a mirar de reojo a Arturs, que tenía toda la pinta del contable que era, y a Darius, que apenas tenía edad para afeitarse.

—¿Tiene órdenes escritas a tal efecto?

Wolff resopló.

—¿Usted qué cree? ¿Por qué esperé a que estuviéramos en el aire para informarle del cambio de destino?

Ambos pilotos parecían preocupados y no era difícil entender por qué. Por un lado, un hombre que decía ser de la Abwehr les presentaba un cambio arbitrario de destino, traicionando

misteriosamente a su propio jefe de servicio en favor de un rival, aunque dicho rival fuera la segunda figura más poderosa del Reich después de Hitler.

Y esto, después de que su radio también dejara de funcionar de repente, lo que les impedía comprobar sus afirmaciones. Wolff contaba con que supieran de la disputa entre la Kriegsmarine y la Luftwaffe por el sistema de alerta temprana de ataques para dar credibilidad a su historia.

También esperaba que fueran lo bastante inteligentes como para saber cómo funcionaban realmente las cosas entre los faisanes dorados, y las consecuencias de desafiar a un hombre tan poderoso como Göring. Por muy inverosímil que sonara el relato de Wolff, si resultaba ser cierto y ellos se negaban, se meterían en un verdadero lío.

El piloto al mando le dijo a su compañero que tomara los mandos. Se volvió hacia Wolff.

—Deme su *Soldbuch*.

Wolff se metió la mano en el bolsillo de la pechera y le entregó el documento. El piloto lo abrió y comparó la fotografía con el rostro de Wolff. Pasó varios segundos memorizando los detalles antes de cerrarlo y devolvérselo.

—Si hay algún problema con esto, usted cargará con el muerto.

Wolff se limitó a sonreír y el hombre se dio la vuelta y reanudó el control del Heinkel sin decir una palabra más.

El Heinkel aterrizó en Brandenburg-Briest sin incidentes después de realizar un par de pasadas mientras balanceaban las alas hacia la torre de control, lo que Wolff supuso que era una señal universal de socorro de la Luftwaffe.

Mientras los pilotos se iban a buscar a un técnico de radio, Wolff apresuró a Arturs, Darius y Urzula a bajar del avión y utilizó de nuevo la carta de Canaris para requisar un coche de campaña Horch 901 que vio aparcado junto a la torre de control. Tenía que hacer un corto viaje a la escuela de entrenamiento de los Brandenburger en el lago Quenz, le dijo a un suboficial de la Luftwaffe que lo miraba con recelo.

La artimaña podría servir para enviar a sus perseguidores a otra búsqueda inútil. En realidad, pensaba recorrer los ochenta kilómetros que lo separaban de Berlín, donde necesitaría la ayuda de Oster. Cuanto antes se pusiera en marcha, menos posibilidades habría de que las SS levantaran controles de carretera para detenerlo.

***

—¿Cómo has podido cagarla de esta manera, Wolff?

Wolff esperaba que Oster estuviera enfadado. Después de todo, no solo lo buscaban activamente las SS, sino que también había llevado a tres refugiados judíos y medio judíos letones directamente al elegante apartamento del coronel en Charlottenburg.

Sin embargo, a Oster no pareció preocuparle demasiado aquello y se limitó a gruñir cuando Wolff le informó de que había matado a tiros a Stumpfegger y a sus secuaces locales en Riga.

En cambio, la preocupación del coronel parecía centrarse por completo en lo que había ocurrido en Sofía y la posterior persecución a través de Yugoslavia. Insistió en discutirlo en su cocina antes siquiera de abordar la cuestión de qué hacer con los tres extraños que estaban en su salón.

Aquello irritó a Wolff, que consideraba que el coronel ya conocía los detalles más importantes. A fin de cuentas, estaba meridianamente claro que cualquier posibilidad de alcanzar la paz con los soviéticos se había esfumado gracias a la intervención del SD. Aun así, Oster repasó los hechos una y otra vez, interrogando a Wolff desde distintos ángulos sobre cada suceso.

¿Había visto a alguno de los hombres del SD merodeando por Riunione?

¿Qué le había dicho exactamente el ruso en el hotel?

¿Fue el diario lo único que el SD le quitó al Iván muerto, o había algo más?

Pronto Wolff comprendió que el interrogatorio tenía tanto que ver con comprobar y volver a comprobar su propia versión de los hechos como con cualquier otra cosa relacionada con el SD. Se mordió la lengua y dio respuestas tan completas como pudo, esperando que

Oster quedara satisfecho pronto para poder pasar a lo que, para él, era un asunto mucho más acuciante.

El destino de las tres personas que esperaban fuera. Pero antes, necesitaba saber dónde estaba el objeto que podía hundirlos a todos.

—¿Consiguió interceptar a Udolph, o lo tiene ahora Heydrich? —preguntó. No era necesario especificar qué era «lo».

Oster no contestó. En lugar de eso, se tomó un tiempo exasperantemente largo para sacar una cajetilla de cigarrillos Eckstein N.º 5 del bolsillo de la cadera, colocar uno en una boquilla de plástico, encender una cerilla y acercarla a la punta del cigarrillo.

Dio un par de caladas con furiosa concentración, como si al fumar estuviera cometiendo un acto intrínsecamente antinazi, lo que posiblemente era cierto, dados los repetidos intentos del partido por desalentar su consumo en honor a su ascético líder.

Incluso la marca de tabaco parecía encajar con las opiniones políticas de Oster: una empresa de antigua propiedad judía que había conservado su apellido de resonancia judía. Finalmente, cuando a Oster le pareció que sus pulmones se habían rebelado lo suficiente contra el régimen, volvió a mirar a Wolff.

—No creemos que lo que Heydrich tiene sea prueba suficiente para presentarla a Hitler —dijo—. El Cerdo es el juez supremo en estas cosas. Solo si él está satisfecho, Heydrich podrá actuar.

»Hitler ha creado tantas organizaciones con responsabilidades superpuestas por una razón. Quiere que luchemos entre nosotros en lugar de intentar derrocarlo. —Suspiró—. Por desgracia, la mayoría de las veces, le complacemos.

—Entonces, ¿estoy limpio?

Oster asintió. Wolff apenas podía creerlo. Había visto el Heinkel desaparecer en la distancia en Budapest con el fatalismo de un hombre cuya sentencia de muerte acababa de ser dictada.

Todo lo que había hecho desde entonces se había regido por el principio de que vivía con tiempo prestado. Había disparado a Stumpfegger y a sus tres matones porque sentía que no tenía otra opción, pero ahora se enteraba de que se había puesto a sí mismo y a los primos en un peligro mayor del necesario.

La emoción abrumadora que lo recorría no era el alivio que habría esperado, sino la indignación.

—¿Está seguro, mi coronel?

Oster lo miró con desdén a través de la neblina del humo del cigarrillo.

—¿Les has dejado llevarse algo más, Wolff?

Wolff se mordió el labio y respiró hondo antes de contestar.

—No, mi coronel. No creo que se llevaran nada más cuando asesinaron al hombre del NKVD mientras yo dormía en mi propio hotel.

Una levísima sonrisa apareció en los labios de Oster.

—Bueno, entonces, no deberías tener nada de qué preocuparte.

Wolff volvió a reprimir su creciente furia. La prioridad era llevar a las tres personas que estaban fuera, en el salón, a Suiza y, si conseguía convencerlos, de allí a Brasil.

Había pensado en unirse a ellos, en regresar a la tierra donde se crio y donde estaría a salvo, pero no podía abandonar a Ludwig a su suerte bajo las aborrecibles leyes de responsabilidad familiar colectiva, la *Sippenhaft*.

Incluso si de algún modo lograra cruzar el país hasta Hamburgo, no había ninguna posibilidad de que su padre accediera a ir con ellos. No, el viejo moriría en Alemania, eso era seguro. La única cuestión era si sería en aquel húmedo apartamento de Ottensen o en un campo de concentración.

Pero también había algo más que lo retenía, lo sabía. Un futuro más prometedor para ambos pendía tentadoramente del hilo de Canaris y Oster. Algo mejor para Alemania. Para Wolff, para Ludwig, para Arturs, Darius, Urzula y para Lothar.

Algo en lo que sentía que tenía un interés y por lo que valía la pena seguir luchando. Sacudió la cabeza y se centró de nuevo en el problema que tenía entre manos. Necesitaban nuevos documentos para sacar a Arturs, Darius y Urzula de Berlín lo antes posible, le dijo a Oster.

A estas alturas, las SS ya tendrían los datos de los pasaportes a nombre de Felsko presentados en el aeródromo de Riga.

Necesitarían nuevas identificaciones antes de poder trasladarlos de nuevo.

Además, Wolff aún no había ideado una excusa creíble para justificar por qué conducía el Kübelwagen de un oficial de las SS asesinado que previamente lo había denunciado por agresión e insubordinación. Tampoco estaba seguro de cómo podría ocurrírsele una. Confiaba en ocuparse de todo eso más tarde.

—La Abwehr tiene aquí algunas propiedades desconocidas para el SD donde podemos esconderlos mientras preparamos nuevos pasaportes —dijo Oster, reconociendo por primera vez las preocupaciones de Wolff, después de pasar una hora acribillándolo a preguntas sobre Sofía, Yugoslavia y Budapest—. Supongo que se puede confiar en que se quedarán allí y no saldrán a la calle para llamar la atención.

Wolff asintió. De eso no había duda. Cualquier obstinación que Arturs y Darius hubieran mostrado inicialmente en Riga había desaparecido por completo, reemplazada por el miedo y una obediencia incondicional.

Harían lo que se les dijera en una ciudad extraña, aterrorizados por las consecuencias si no lo hacían.

—¿Cuánto tardarán los pasaportes? —preguntó.

—Un día o dos —respondió Oster con displicencia—. Dependerá mucho de si la gente adecuada está de servicio o no, y eso no lo sé de memoria. Heydrich todavía tiene sus espías dentro de nuestra organización, y tenemos que asegurarnos de que no sepan nada de esto.

Wolff frunció los labios. Instintivamente sentía que sus primos y su tío corrían un peligro mucho mayor aquí, en el vientre de la bestia, aunque sabía que probablemente era todo lo contrario.

—Alguien tendrá que ir a comprarles los billetes de tren a Zúrich también —dijo—. Es mejor que no sea yo, por si me están vigilando. Una vez que estén en Suiza, puedo hacer los arreglos para que vuelen a Lisboa y tomen el barco a Sudamérica.

—En realidad, es mejor que no cojan el tren en absoluto —replicó Oster. Esperó un segundo, pareciendo disfrutar de la expresión de alarma en el rostro de Wolff—. Ese tren parará en todas las ciudades

importantes entre aquí y la frontera, lo que dará a las SS la oportunidad de subir y comprobar las identificaciones.

»Aunque los sientes por separado, puede que estén buscando a tres no alemanes, y probablemente tendrán una descripción del capitán de la Luftwaffe de Riga. Es demasiado arriesgado. Tendrán que coger un vuelo comercial. Hay una conexión diaria de Swissair a Zúrich. Hace una parada para repostar en Stuttgart, pero eso no se puede evitar.

Wolff no sabía si sentirse aliviado por la sugerencia de Oster o irritado por la forma indirecta en que la había hecho. En lugar de eso, intentó canalizar su molestia en algo productivo. Se inclinó hacia delante para mostrarle a Oster lo serio que era.

—Mi coronel, pase lo que pase, tiene que prometerme que los sacará de aquí. Yo no me importo, pero esta fue la última promesa que le hice a mi madre en su lecho de muerte. Si los cogen, los enviarán a un campo y no estoy seguro de que sobrevivan. Le pido como un caballero que me lo garantice.

Por primera vez desde que se habían reunido varios días antes, Oster lo miró directamente a los ojos con una expresión totalmente transparente.

—Tiene mi palabra de oficial alemán, Wolff.

La sensación de una carga que se le levantaba de los hombros fue casi vertiginosa, y Wolff sintió la necesidad de apoyarse en la encimera. Pero Oster no era hombre de detenerse en asuntos sentimentales.

—En cuanto a lo que te ocurra a ti ahora, bueno, muchacho, esa es una historia completamente diferente.

»Tengo una idea de cómo puedes salir de esta de una pieza. Pero mañana vas a tener que venir a verme y explicárselo todo al Viejo Cabezablanca.

25

Tras pasar la noche con su tío y sus primos en un piso franco de la Abwehr en una recóndita calle secundaria del oeste de Berlín, Wolff caminó hasta una esquina de la Kurfürstendamm, donde lo recogieron Oster y su chófer personal.

Oster le aseguró que alguien se encargaría de llevar el vehículo de campaña «prestado» de Brandenburg-Briest de vuelta al aeródromo y lo abandonaría cerca para evitar preguntas innecesarias de la Luftwaffe sobre su paradero. Wolff se había opuesto brevemente a acompañar a Oster a la oficina para informar a Canaris a la mañana siguiente.

A él le pareció totalmente innecesario y otro ejemplo de la aparente adicción del coronel a asumir riesgos inútiles. Sin embargo, Oster se había mostrado inflexible y Wolff había estado demasiado agotado por la tensión del día como para oponérsele más.

A pesar de haber dormido casi doce horas, seguía hecho polvo mientras recorrían la famosa y antigua avenida y pasaban junto al Tiergarten en dirección al cuartel general de la Abwehr, a orillas del canal Landwehr. Berlín estaba verde y radiante bajo el sol de verano.

No había ni rastro de la guerra de exterminio que se estaba librando en las polvorientas llanuras de tierras a miles de kilómetros

de allí. ¿Cuán conmocionados se quedarían los hombres y mujeres bien vestidos que veía pasear por las calles si supieran lo que sus hijos estaban haciendo en nombre de la Patria?

O quizá ya lo sabían en secreto, pero preferían ignorarlo mientras ocurriera en Ostland. Oster le dijo a su chófer que parara en la parte trasera del Bendlerblock y condujo a Wolff por una puerta lateral y a través de un laberíntico entramado de escaleras y pasillos.

Al final, reconoció el sombrío corredor por el que avanzaban como el que conducía al despacho de Canaris. Oster, que iba unos pasos por delante de Wolff, llamó una vez a la puerta y entró sin esperar respuesta. Wolff lo siguió y, al entrar, oyó a Canaris decirle al coronel que «los» estaban esperando a «ustedes dos, caballeros».

Ya estaba dentro cuando descubrió con sobresalto quiénes componían ese «nosotros». Sentados frente al almirante había dos hombres con los dobles rayos de las SS en las solapas del cuello, acompañados del parche romboidal en la manga y la blusa amarilla que indicaban que eran miembros del SD.

Uno de ellos, con una amplia sonrisa, era Udolph. El otro era un hombre menudo, de rasgos aniñados, casi afeminados, y una sonrisa que no se reflejaba en su mirada. Wolff buscó con los ojos a Oster, que estaba ocupando su asiento, pero no encontró ayuda alguna en la mirada vacía que recibió como respuesta.

—Entre, Wolff —dijo Canaris con gravedad—. Este es el teniente coronel Walter Schellenberg y el capitán Udolph, del *Sicherheitsdienst*. Me he encontrado con ellos fuera cuando volvía de montar a caballo esta mañana con el general Heydrich.

Schellenberg. El héroe de la emboscada de Venlo y la mano derecha de Heydrich.

—Hay un pequeño asunto que desean aclarar y en el que quizá usted pueda ayudarnos. —El corazón de Wolff se detuvo al ver el «pequeño asunto» al que presumiblemente se refería Canaris. Lo que parecía ser el diario azul del NKVD descrito por Kuznetzov en el hotel Estrella Roja de Sofía reposaba frente a Schellenberg, sobre el escritorio del almirante.

A juzgar por su ascenso de comandante, el prestigio de Schellenberg dentro del SD no había hecho más que aumentar

desde sus audaces hazañas en Holanda dos años antes. También estaba sobradamente claro que la llegada de la pareja del SD al Bendlerblock esa mañana no era ninguna casualidad.

Sin embargo, Wolff estaba perplejo. ¿Por qué estaba Schellenberg sentado allí y no el propio Heydrich? Quizá Heydrich prefería tratar esos asuntos con cierta distancia, considerando la confrontación directa con su antiguo superior de la Marina como algo excesivamente sórdido. Había, por supuesto, otra posibilidad.

Que Schellenberg, un hombre propenso a la audacia, hubiera decidido venir por su cuenta. Mientras estaban sentados en el despacho de Canaris, con el almirante acariciando el teckel de pelo duro que tenía en el regazo, Wolff empezó a esperar y a creer que ese podría ser el caso.

Era sabido que Heydrich era un hombre que recompensaba la iniciativa. Schellenberg probablemente buscaría esa recompensa. La Cruz de Hierro que colgaba del bolsillo de su guerrera demostraba su historial en ese sentido. Pero ¿cómo era posible que Schellenberg supiera que Wolff estaría en el Bendlerblock esa mañana?

¿Estaba vigilando el edificio en busca del coche de Oster, o había algo más siniestro en marcha? Después de todo, había sido Oster quien le había asegurado a Wolff con un gesto que estaba «fuera de peligro». ¿Era este otro de esos ridículos juegos de espionaje en los que la formulación utilizada se prestaba a diversas interpretaciones?

¿O simplemente una traición en toda regla?

No había ninguna pista en el rostro de Oster, que era inescrutable, aparte de su habitual media sonrisa. Tampoco se traslucía nada en la expresión de Schellenberg, que lo estudiaba con fríos ojos grises. Wolff se tomó un segundo para examinarlo a su vez. No era lo que habría esperado.

Lejos del estereotipo de un corpulento guerrero ario, Schellenberg parecía pálido y casi demasiado pequeño para la gorra de plato flexible que descansaba sobre el escritorio frente a él. El único indicio de cualquier posible crueldad en su esbelta figura era una cicatriz de duelo en el lado derecho de la boca.

Incluso esto parecía totalmente incongruente con su comportamiento general. Quizá fuera precisamente esa impresión la

que había inducido a los hombres de la inteligencia británica a una falsa sensación de seguridad. En cualquier caso, si se necesitaba músculo, el corpulento Udolph parecía más que dispuesto a proporcionarlo de nuevo.

Así que allí estaban sentados, Canaris y Oster a un lado del escritorio, Schellenberg y su matón de confianza al otro. A Wolff lo dirigieron a una silla junto a la ventana, muy al margen, tanto física como en todos los demás sentidos. La disposición recordaba a un juicio, y lo que contenía el cuaderno de tapa dura azul que había entre los otros cuatro serviría como prueba de cargo.

—Lamento profundamente tener que llamar su atención sobre este asunto, almirante —decía Schellenberg. En otra de esas paradojas infinitas que impregnaban el Tercer Reich, Wolff tuvo la sensación de que el hombre del SD no mentía—. Obviamente, he pensado que debía llevárselo discretamente a usted primero —continuó Schellenberg— para que pudiéramos decidir cuál es la mejor forma de manejarlo.

Schellenberg tenía ahora su propio cuaderno, que al parecer contenía una traducción del diario de Ilyin. —Como verá, almirante, el espía bolchevique tomó notas exhaustivas de su reunión con el traidor. —El displicente ademán con el que Schellenberg señaló a Wolff reforzó su condición de mero espectador indefenso ante lo que se estaba desarrollando.

Schellenberg leyó de su propio cuaderno en un tono tranquilo y objetivo. —Hay detalles sobre las negociaciones de paz propuestas, la naturaleza del acuerdo y dónde se pactaría. Los bolcheviques parecían creer que un alto funcionario del Reich aceptaría reunirse con ellos en Estocolmo para continuar las conversaciones.

Schellenberg siguió y siguió, resumiendo con calma y precisión el alcance de las interacciones de Wolff con el NKVD, que Ilyin parecía haber documentado con tanta fidelidad. Durante todo ese tiempo, el cuaderno azul permaneció intacto sobre el escritorio frente a él.

Tampoco giró la cabeza hacia Wolff ni una sola vez, limitándose a señalar con la mano libre cuando era necesario, casi con desagrado. Era como si interactuar con cualquiera de los dos más de lo mínimo indispensable fuera a contaminar la pureza del nacionalsocialismo

del hombre del SD, el único absoluto en estas discusiones del que no podía haber desviación pública.

Como pieza de teatro, era notable, y Wolff no pudo sino maravillarse ante la estrategia de Schellenberg. Había cargado la responsabilidad de todo el asunto sobre los hombros de Wolff, pero la pregunta tácita de cómo un mero teniente recién ascendido podía tomarse la libertad de negociar una paz secreta con la inteligencia soviética pesaba en el ambiente.

Un teniente ascendido por Canaris, además, tras haber sido sacado de las celdas de la prisión militar de Tegel, donde esperaba un consejo de guerra acusado de intentar estrangular a un capitán de las SS. Un capitán de las SS que, por una notable coincidencia, había sido encontrado asesinado junto con tres auxiliares letones en una casa de Riga, después de que un honrado funcionario que se había mudado a una casa cercana informara de haber oído disparos en el interior.

El vehículo del capitán fue abandonado más tarde en el aeródromo principal de la ciudad por un hombre que se identificó como Wolff en compañía de tres individuos de dudoso origen. Al parecer, Wolff también había solicitado previamente el revelado de tres fotografías de pasaporte en el Reichskommissariat Ostland el día anterior, y luego se había llevado los negativos para asegurarse de que no quedara ningún registro.

Todo era bastante irregular, explicó Schellenberg. La casa de Kaiserwald todavía estaba siendo registrada, añadió, pero los registros de la propiedad indicaban que había pertenecido a un judío llamado Bernstein antes de que los soviéticos ocuparan los estados bálticos en junio de 1940. En conjunto, era bastante incriminatorio.

Y dejaba a Canaris con dos opciones desagradables: respaldar a su hombre y arriesgarse a caer con él, o declararse horrorizado por el alcance de la malvada traición de Wolff y verse salpicado por la asociación. El almirante asimiló la información sin decir palabra, recostándose en su silla con un brazo apoyado en el regazo y el otro acariciando distraídamente la cabeza de su teckel.

—¿Me permite? —preguntó finalmente, extendiendo la mano. Schellenberg asintió a Udolph, quien cogió el diario y se inclinó sobre

el escritorio para pasárselo a Canaris—. ¿Y la traducción? —Esta vez, fue el propio Schellenberg quien se levantó ligeramente de su asiento para entregarle su propio cuaderno.

Canaris hojeó el libro azul del NKVD durante unos segundos antes de mirar hacia donde estaba sentado Wolff por primera vez desde que había comenzado la reunión. —Teniente —dijo—, acérquese, por favor. —Wolff obedeció, y Canaris, a través de Oster, le pasó ambos objetos, confirmando aún más su condición de intocable para los protagonistas de esta discusión.

—Compare ambos y asegúrese de que la traducción es correcta. Puede usar ese escritorio de allí, en la esquina. Tómese su tiempo, no hay prisa. —Wolff miró al almirante a los ojos mientras aceptaba los dos tomos, buscando algún tipo de señal sobre lo que podría hacer, pero no recibió nada.

En su lugar, Canaris parpadeó y se volvió hacia Schellenberg. Oster ni siquiera lo miró. Wolff llevó ambos libros a donde Canaris le había indicado y se sentó para empezar a hojearlos, mientras Schellenberg y el almirante entablaban una educada charla sobre caballos.

Canaris empezó a contarle a Schellenberg cómo Heydrich había estado en su casa de Schlachtensee un par de noches antes. Canaris había cocinado lomo de jabalí y después, Heydrich —o Reinhard, como lo llamaba Canaris— había tocado el violonchelo mientras la esposa de Canaris, Erika, tocaba el violín.

La conversación era tan banal como alarmante, y Wolff dudaba ahora de todo lo que le habían dicho desde que lo habían llamado por primera vez a este despacho sombrío y cargado menos de una semana antes. Había oído hablar de mantener cerca a los enemigos, pero no de que tocaran música con la esposa de uno.

Wolff se sentó y empezó a revolver el cuaderno soviético. Descubrió con consternación que Ilyin había recopilado notas exhaustivas de su conversación, todas escritas con una pulcra caligrafía cirílica.

«El contacto, que usa el nombre de Schreiber, es joven pero típicamente arrogante a la manera capitalista burguesa… la oferta fascista parece ser genuina, son claramente conscientes del terrible

error que han cometido… puede haber potencial aquí para permitir que los nazis se decapiten a sí mismos desde dentro…»

Ilyin había intentado protegerse de posibles acusaciones de derrotismo por parte de su propio bando llenando su análisis con sovietismos apropiadamente patrióticos, pero, desde el punto de vista de Wolff, seguía siendo todo lo condenatorio que podía ser.

Entre esto y la muerte de Stumpfegger, parecía que Canaris y Oster no tendrían más remedio que ofrecerlo como cordero sacrificial. ¿Y qué pasaría con Arturs, Urzula y Darius? ¿Seguirían ellos también el mismo camino?

Si Canaris tomaba las decisiones, Wolff confiaba en que se haría lo correcto. Pero para Oster, la viabilidad de su sagrada misión de eliminar a «el Cerdo» prevalecería sobre todo lo demás.

¿Era esta la forma que tenía el coronel de apartar al viejo? Oster había dado su palabra de oficial alemán y había parecido sincero, pero Wolff había aprendido por las malas cómo se jugaba en el mundo del espionaje. No estaba seguro de lo que ocurriría ahora.

Schellenberg podría insistir en arrestarlo y llevárselo a la Prinz Albrecht Strasse para interrogarlo. Allí, el caso —y Wolff— sería desmenuzado entre las distintas partes de la Oficina Principal de Seguridad del Reich.

El educado, casi remilgado Schellenberg se retiraría, y los hombres de la Gestapo con las mangas arremangadas tomarían el centro del escenario. Quizá con la entusiasta ayuda del capitán Udolph. O Canaris podría hacer valer su rango e informar al hombre del SD de que la Abwehr se ocuparía de su propio renegado.

Fuera como fuese, era su fin. Era un peón en la delicada partida de ajedrez de alto riesgo entre el almirante y Heydrich. Y todo el mundo sabía lo que les pasaba a los peones. Mientras cerraba los libros y se levantaba para devolverlos al escritorio de Canaris, se tomó un momento para serenarse.

Aunque su suerte estaba echada, se sentía extrañamente tranquilo. Quizá fuera mejor así, reflexionó. Daba igual que muriera aquí o en combate, pero al menos había cumplido la promesa que le hizo a *Mammu*. Se le formó un nudo en la garganta al pensar en lo

que le esperaba a su padre, pero tampoco podía hacer nada al respecto.

El viejo había tomado su decisión. Arturs, Darius y Urzula no habían tenido esas opciones. Ni Anna.

Le devolvió ambos cuadernos a Oster y se aclaró la garganta, poniéndose firme en una postura que no había adoptado desde que se unió a los brandeburgueses. —Puedo confirmar la exactitud de las traducciones, almirante. —Se preparó para lo que viniera y se sorprendió cuando Canaris le ordenó amablemente que volviera a su asiento junto a la ventana.

Schellenberg miraba al almirante con expectación, pero en su rostro había un matiz de pesar más que de victoria. Estaba claro que realmente apreciaba al viejo. Junto a Schellenberg, Udolph era como un rottweiler apenas contenido, esperando la orden de saltar y llevar a Wolff a su coche.

Canaris se aclaró la garganta. —Bien, coronel, puedo confirmar que su agente tiene razón. El teniente Wolff, en efecto, se reunió con dos miembros del NKVD en Sofía. —Wolff se quedó boquiabierto de asombro. Canaris iba a dar la cara por él.

Hasta Schellenberg pareció sorprendido ante aquel giro inesperado de los acontecimientos. A su lado, un conato de sonrisa apareció en el rostro de Udolph.

—Pero la reunión del teniente con los rusos tenía un contexto —Schellenberg esbozó una sonrisa cortés, casi compasiva. Era imposible que Canaris se librara de esta. Udolph también lucía una mueca de victoria casi despectiva.

Con expresión afligida, Canaris abrió un cajón y sacó algo antes de volverse hacia Oster.

—¿Me permites?

Oster le entregó algo, también fuera de la vista, tras el escritorio. Canaris cogió el cuaderno azul de la NKVD, lo abrió por las páginas centrales delante de sí y arrojó una especie de líquido transparente sobre ellas. Con la misma rapidez, abrió la carcasa metálica del mechero que había aparecido en su otra mano y accionó la rueda de pedernal.

Una llamarada azul brotó al instante del diario y remitió con la misma celeridad. Udolph soltó un graznido de protesta, se puso en pie de un salto e hizo ademán de arrebatarle el cuaderno. Solo se lo

impidió Oster, que se levantó a su vez y le ordenó con dureza que volviera a sentarse.

Tras unos segundos, Canaris, sin apartar la vista de Schellenberg, giró el cuaderno para que quedara frente a los dos oficiales del SD. De los dos, solo Udolph se inclinó para ver qué había en él. Schellenberg apenas bajó la mirada antes de volver a sostener la de Canaris. La expresión triunfante había desaparecido, sustituida por una de fría furia.

—Esas son las frecuencias de transmisión y los códigos de una libreta de un solo uso entregada al agente de la NKVD Ilyin, cuyo nombre real es Kirill Igorevich Morozov, para comunicarse con nosotros al regreso de Wolff de Bulgaria —dijo Canaris en voz baja.

—Como sin duda sabes —y como es evidente que el capitán Udolph no—, estaban escritos con tinta invisible hasta que se trata con la solución correcta y se le aplica calor. Códigos que proporcionó el teniente Wolff, debo añadir, en el café de Sofía donde se reunieron.

—Morozov también ostentaba el rango de teniente en la NKVD. Era georgiano y había ascendido en el escalafón con Beria. Morozov había seguido siendo una figura de confianza incluso durante la ola de paranoia desatada por las purgas de Stalin. Además, su hermano gemelo también estaba en la NKVD y era el encargado de vigilar a las unidades del Ejército Rojo en el Cáucaso, donde el Grupo de Ejércitos Sur espera asegurar los campos petrolíferos de los alrededores de Bakú.

Canaris se recostó y entrelazó los dedos sobre el pecho con un suspiro lastimero.

—El Führer lleva tiempo exigiendo que el Abwehr consiga más agentes en Moscú, pero la distancia, el duro régimen implantado por Stalin y la falta de oportunidades lo hacían bastante difícil —dijo.

—Solíamos dirigir a los agentes desde la legación de allí, pero eso ya no es posible por razones obvias. Esto significa que no tenemos a nadie infiltrado en la URSS que nos diga cuáles son los planes de Stalin a largo plazo. Una información que le ahorraría al Wehrmacht bastante tiempo y recursos, por no hablar de vidas.

—Morozov iba a convertirse en nuestro primer gran éxito en ese campo —Canaris chasqueó la lengua con pesar y bajó la vista hacia el diario sobre el escritorio como si lo culpara de la debacle a la que se había visto obligado a hacer frente, antes de volver a mirar a Schellenberg.

—Y tu hombre lo ha matado.

El silencio flotó en el aire, insoportable, durante un instante, hasta que Oster se aclaró la garganta.

—Almirante, quizá llegados a este punto, dado que estamos tratando asuntos de alto secreto, todos los que no tengan la autorización necesaria deberían abandonar la sala —sugirió, mirando directamente a Udolph.

El corpulento capitán abrió la boca para protestar, pero lo silenció una mirada furiosa y una sacudida de cabeza de Schellenberg. Udolph se puso en pie, se enderezó la guerrera del uniforme y realizó un saludo a Hitler de manual e innecesariamente ruidoso, antes de salir de la sala. Nadie se molestó en responder.

Schellenberg miraba ahora a Canaris con una mezcla de asombro y respeto en los ojos. Estaba claro que no se creía ni una palabra de lo que le habían contado, pero era igual de obvio que su carta ganadora se acababa de hacer humo.

—¿Y la muerte del capitán de las SS Stumpfegger en Riga? —preguntó con ligereza, aferrándose a su última esperanza de salvar la situación.

Canaris cogió algo de su propia guerrera y se frotó los dedos para dejarlo caer al suelo. Levantó la vista hacia Schellenberg con aire casi distraído.

—Me temo que no tengo información al respecto —contestó con voz inexpresiva—. Como sabrá, según los términos de mi acuerdo con el *Obergruppenführer* Heydrich, el Abwehr solo es responsable de los asuntos exteriores. Ostland y los demás territorios nuevos dependen del SD.

Se enderezó.

—El teniente Wolff necesitaba urgentemente transporte al aeródromo para coger el último vuelo del día a Berlín. Vio el Kübelwagen aparcado en el centro de la ciudad con las llaves

puestas, usó su iniciativa y lo cogió. Me informa de que no había placas de las SS en el vehículo cuando lo encontró.

—Le aseguro que no se pretendía ofender a nuestros hermanos de las Schutzstaffel, pero era un asunto de cierta urgencia. En cuanto al desafortunado capitán Stumpfegger, solo puedo imaginar que su asesinato fue obra de partisanos.

—Bien podría ser que haya espías bolcheviques en ese grupo fascista letón que utiliza la nueva administración, y que quitaran la matrícula del vehículo para facilitar su huida. Quizás eso sea algo que la Oficina Principal de Seguridad del Reich pueda investigar —concluyó Canaris secamente.

Miró fijamente a Schellenberg, y Wolff pudo ver en los ojos del almirante el desafío al hombre del SD para que jugara su última carta. Wolff esperaba que Schellenberg no lo hiciera, aunque después de la brillante destrucción del caso del SD por parte de Canaris, casi estaba deseando ver el *coup de grâce.*

Sería útil saber si el SD había averiguado que el propietario de la casa de Kaiserwald, Arturs Bernstein, era el viudo de una mujer llamada Felsko. Aunque si no lo habían hecho ya, probablemente se descubriría en el futuro. Sin embargo, era evidente que Schellenberg sabía cuándo retirarse.

Se puso en pie, levantando su gorra de plato del escritorio.

—Bueno, me alegro de que hayamos podido llegar al fondo de este asunto, Wilhelm —dijo afablemente.

—En efecto, Walter —replicó Canaris—. Me alivia que tuvieras el buen juicio de traérmelo a mí primero discretamente. —Hizo una pausa de un segundo antes de añadir—: Para que pudiéramos encontrar la mejor manera de gestionarlo.

Schellenberg parpadeó, sorprendido al oír sus propias palabras de hacía solo unos minutos citadas en su contra. Por primera vez desde que Wolff había entrado en la habitación, Oster se giró para mirarlo, con un brillo de diversión en los ojos que casi impulsó a Wolff a estallar en una risa nerviosa.

—¿Te veré en el bosque de Grunewald para montar a caballo el domingo? —Canaris sonreía cordialmente a Schellenberg.

—En el mismo sitio de cada semana —replicó Schellenberg amablemente.

—Coronel —dijo, asintiendo a Oster, antes de girarse hacia donde Wolff se ponía en pie con dificultad. Todavía estaba aturdido por cómo había pasado de un pelotón de fusilamiento a estar libre de cargos en el espacio de diez minutos.

—Teniente —dijo Schellenberg, y se giró a medias para marcharse antes de detenerse—. Parece que es usted una estrella en ascenso en la comunidad de inteligencia. Estoy seguro de que nuestros caminos volverán a cruzarse en el futuro. —Wolff asintió, sin saber qué más hacer mientras Schellenberg salía del despacho.

Canaris observó cómo el hombre del SD salía por la puerta antes de volverse hacia Wolff con las cejas arqueadas. Wolff abrió las manos sin decir nada, las preguntas evidentes en su mirada. En lugar de responderlas, Canaris dijo:

—Tiene que tener mucho cuidado, Wolff. Se ha ganado un adversario muy peligroso.

—Un hombre tan ambicioso que ya antes ha secuestrado y ahora matado a agentes enemigos en suelo neutral para medrar. Schellenberg ha visto cómo Heydrich ascendió explotando la obsesión de Hitler de que los británicos estaban detrás de la bomba de Georg Elser en Múnich. Lo de Sofía fue su intento de obtener la aprobación de Heydrich de forma similar.

—Ha sido humillado aquí, y es capaz de hacer literalmente cualquier cosa para redimirse. Cualquier cosa, Wolff.

Wolff asintió sin comprender. Los peligros que planteaba Schellenberg, por muy reales que fuesen, eran lo último que tenía en mente en ese momento.

—Pero ¿cómo…?

Fue Oster quien respondió, con la sonrisa arrogante de nuevo en su rostro.

—Su vuelo de Budapest a Riga, Wolff. ¿Qué tal fue? ¿Disfrutó de una pequeña siesta durante el trayecto? —Wolff lo miró fijamente—. El café.

—Sí, el café. Me han dicho que pareció usted bastante agraviado al darse cuenta de que a Udolph lo agasajaban con tan exquisita

bebida. Tanto que insistió en tomar un poco usted mismo. —Wolff bajó la cabeza, avergonzado. Se sentía tremendamente estúpido, un *ingenuo* en un mundo de eruditos. Miró a Oster.

—Así que los códigos se escribieron mientras él estaba inconsciente.

Oster compartió otra de sus miradas conspiradoras con Canaris.

—El plan original era cambiar el cuaderno por otro, pero no podíamos estar seguros de que Udolph no hubiera fotografiado las páginas como precaución. Por desgracia, el SD también tiene acceso a la cámara Minox que le enseñaron a usar en Hamburgo.

Wolff lo miró sin comprender.

—Pero ¿cómo pudieron cambiar…? —Bajó la vista a la característica cubierta azul antes de volver a mirar a Oster y a Canaris.

—Ah, eso. —Esta vez fue Canaris quien respondió. Sonrió a Oster antes de volverse hacia Wolff—. Dotación estándar de la NKVD —dijo mientras abría un cajón, sacaba otros dos cuadernos idénticos y los sostenía en alto—. La belleza del comunismo. Todos tienen que usar los mismos.

—Confiscamos docenas de ellos cuando entramos en Minsk. Los Ivanes tenían tanta prisa por escapar que ni siquiera se molestaron en quemar el lugar. —De repente, la trascendencia de lo por poco que se había salvado Wolff lo golpeó, y se sentó de forma casi involuntaria.

Se sentía en deuda con Canaris, aunque fuera él quien lo había obligado a llevar a cabo la misión en primer lugar.

Pero era esto. Esto era lo que había estado buscando. Su lugar en el Reich, pero sin la necesidad de ignorar los males del nazismo. Ahora, se enfrentaría a ellos. Y, si Dios quería, les pondría fin.

Con la impecable presciencia que se había convertido en su sello distintivo, Canaris dijo:

—Así que, Wolff. Ahora es uno de los nuestros. —Una afirmación, no una pregunta. Le tendió la mano y Wolff la estrechó.

—Sí, almirante. Me ha salvado la vida. —Wolff estaba ansioso por demostrar que no era un desagradecido por lo que acababa de presenciar—. Lamento que las cosas no salieran bien en Sofía.

Subestimé hasta qué punto estaba dispuesto a caer bajo el SD. Le aseguro que no volverá a ocurrir.

Canaris suspiró y se sentó pesadamente en su propia silla.

—Yo me culpo a mí mismo, Wolff. Pensaba que habíamos aislado con éxito a los espías de Heydrich aquí, pero una vez más se ha demostrado que no fuimos lo bastante cuidadosos. Y ahora es Alemania quien pagará por nuestros errores.

—Nuestras fuentes en el Gobierno búlgaro nos dicen que, al principio, Stamenov intentó evitar verse involucrado en este asunto. En primer lugar, porque temía que le estallara en la cara a su Gobierno y, en segundo, porque veía lo que cualquier análisis racional de la situación concluiría.

—Que nunca venceremos por completo a los rusos y, sin una paz negociada, esta guerra está abocada al desastre, igual que le ocurrió a Napoleón. Puede que hayamos despachado a Schellenberg con el rabo entre las piernas, pero Heydrich aun así ha logrado arruinar cualquier conversación antes incluso de que empezara.

—Igual que consiguió con los británicos a través del secuestro de Venlo. Se han negado a tratar con nosotros de forma significativa desde entonces, y ahora esto… —Abrió los brazos con aflicción.

—Esta, me temo, era nuestra última oportunidad. Estamos condenados, Wolff. Solo es cuestión de tiempo que llegue el fin.

27

Wolff estaba sentado en la sala de embarque prácticamente vacía del aeropuerto de Tempelhof, en Berlín, con la mirada fija en el suelo.

Debería haber estado eufórico tras su apurada huida del día anterior y por haber cumplido la promesa que le había hecho a *Mammu*, pero los comentarios finales de Canaris lo habían dejado abatido. Ayudar a escapar a su tío y a sus primos había puesto de manifiesto, una vez más, su propia situación con una claridad hiriente.

Había abandonado una vida que amaba por lealtad a su padre y ahora se encontraba en una sociedad que despreciaba. Todavía le era posible huir, ya que su nuevo estatus dentro de la Abwehr le permitiría urdir una excusa para visitar un país neutral desde el que podría escapar a Brasil.

Sin embargo, el destino de Ludwig Wolff ya no era la única ancla que se lo impedía. Wolff se había jugado la vida por Alemania en el este docenas de veces en los últimos meses, pero solo ahora sentía que de verdad estaba luchando por ella.

Le parecía extraño sentir un deber hacia un lugar que sus antepasados habían dejado atrás hacía cientos de años, por no

hablar de lo discordante que resultaba con la humildad, rasgo inherente de los brasileños. Aun así, se sentía obligado a quedarse y ayudar en el esfuerzo por derrocar a Hitler, aunque hubiera descubierto su existencia hacía menos de una semana.

Por primera vez en su vida, tenía un objetivo honorable a largo plazo por el que luchar, más allá de la promesa de rescatar a su tío y a sus primos. El análisis de Canaris sobre lo que les esperaba si no tenían éxito era completamente lógico. Wolff había sido testigo directo del servilismo fatalista de los soldados del Ejército Rojo, que se lanzaban desesperadamente contra los fusiles alemanes, aparentemente indiferentes a las consecuencias.

La actitud inicialmente positiva de los lugareños en Ucrania, Rusia Blanca y los países bálticos se vería aún más socavada cuando llegaran los colonos de Hitler, dispuestos a reclamar su *lebensraum*. Lo mejor que los invasores podrían esperar era una paz precaria a lo largo de una frontera extensa e imposible de defender, con el temor interminable a un eventual contraataque masivo soviético.

Arturs y Darius parecían compartir su abatimiento mientras aguardaban con aire sombrío el único vuelo diario a Zúrich. Wolff se había quedado genuinamente impresionado por el tamaño de Tempelhof que, según les había informado Oster cuando los dejó allí, era el aeropuerto más grande del mundo.

La terminal tenía forma de T, con las puertas de embarque formando el trazo superior en una curva cóncava. El vestíbulo que representaba el cuerpo de la letra medía casi ochocientos metros de largo y estaba completamente vacío mientras lo cruzaban, con el eco de sus pasos rebotando en las escuetas superficies de piedra caliza.

Hermann Göring había concebido Tempelhof como una introducción para los visitantes al poder irresistible del nacionalsocialismo. Desde luego, había contribuido a intimidar a la familia y sumirla en el silencio. Incluso la normalmente infatigable Urzula había sucumbido a la melancolía general.

Una parte de Wolff comprendía su sufrimiento. A pesar de la agitación de los últimos años, la familia siempre había podido aferrarse a la certeza de la pertenencia. Ahora, incluso eso les había

sido arrebatado. Pero también sentía resentimiento por su negativa a aceptar la nueva realidad en la que vivían.

Podía admitir que resultaba difícil creer la horrible verdad sobre los Einsatzgruppen, los grupos de operaciones especiales, pero eso era lo que les esperaba. Sin duda, Arturs habría sido ejecutado, y Darius y Urzula probablemente habrían sufrido el mismo destino al intentar salvarlo.

Sus propiedades habrían sido confiscadas bajo la gigantesca cleptocracia que era el Tercer Reich. De no ser por la llegada de Stumpfegger y sus matones del Arajs Kommando, puede que todavía estuviera intentando convencerlos para que se marcharan de Riga. También había arriesgado su propia vida y la de su padre para salvarlos, pero no había recibido ni una pizca de gratitud a cambio.

Desechó esos pensamientos, no fuera que amargasen las últimas horas que pasaría con sus parientes. Acompañaría al trío hasta Stuttgart por si había algún otro intento de interferencia por parte del SD. Una vez que el avión repostara allí, ellos continuarían el resto del viaje solos y, después de eso, tal vez no volviera a verlos nunca más.

Quería que su despedida fuera en buenos términos, que se dieran cuenta de lo importantes que habían sido para *Mammu* y, en consecuencia, para él. En cierto modo, eran su último medio para mantener viva la conexión con su madre.

Como si percibiera su necesidad de ese vínculo, Urzula empezó a preguntarle en voz baja más cosas sobre la vida en Brasil. Les había hecho un breve resumen en la casa de Riga, pero su explicación se había visto limitada por la hostilidad manifiesta de Arturs y Darius y por su precaria situación. Ahora, con solo la espera del vuelo por delante, Wolff entró en más detalles.

Le habló de su infancia en Porto Alegre, de la comunidad alemana de allí. Le habló del gran puerto natural de la ciudad junto al río Guaíba y del olor a café y a los sacos de arpillera utilizados para transportarlo que impregnaba el almacén de su padre.

Los hermosos veranos y los suaves inviernos del sur de Brasil, la arquitectura neocolonial codeándose con edificios más funcionales y

la sencilla alegría del brasileño de a pie, a pesar de las humildes circunstancias en las que muchos de ellos vivían.

Al principio, Darius miró a su hermana con reproche, como si estuviera traicionando el recuerdo de la patria de la que acababa de huir. Pero pronto su curiosidad natural lo absorbió tanto en la conversación que hasta Arturs empezó a prestar suma atención.

Wolff esperaba que su tío lo interrumpiera en cualquier momento con protestas sobre que solo estarían en Suiza hasta que las cosas en Riga se calmaran. Una de las objeciones más vehementes de Arturs a abandonar Letonia era que también significaría renunciar al hogar que él y su difunta esposa habían construido con tanto amor. Pero no hubo ninguna, y la irritación de Wolff hacia el anciano se suavizó.

Él era el sobrino que Arturs nunca había conocido, que había entrado en sus vidas para, simultáneamente, salvarlos de una muerte horrible y arrancarlos de todo lo que habían amado. Arturs necesitaría tiempo para adaptarse. Tan absortos estaban todos en esta esperanzadora conversación sobre su futuro que Wolff perdió la noción del tiempo, hasta que de repente Darius preguntó si el vuelo a Zúrich no embarcaría pronto.

Miró su reloj y se dio cuenta de que pasaban diez minutos de la hora de despegue programada. El Douglas DC-2 estaba en la pista, con el piloto visible dentro de la cabina, pero no había ninguna otra señal de que se prepararan para la salida.

—Quizá haya mal tiempo sobre los Alpes —sugirió Wolff.

Al instante se arrepintió de sus palabras al ver cómo Arturs palidecía visiblemente y apretaba con más fuerza la maleta contra su pecho. Se quedaron en silencio entonces; las descripciones deliberadamente hagiográficas de Wolff sobre Brasil se agotaron mientras los minutos pasaban y todos se contagiaban del nerviosismo silencioso de los demás.

No había nadie cerca a quien Wolff pudiera preguntar por el retraso, y no quería dejar a la familia sola para investigar más a fondo. Solo otro pasajero esperaba el vuelo en el cavernoso y desierto edificio: un hombre de negocios con un traje caro que Wolff

juzgó que sería un banquero suizo. El único tipo de gente que realmente hacía negocios con el Reich en esos días.

La puerta en la que esperaban estaba en el lado izquierdo del semicírculo. Después de cuarenta minutos, Wolff vio a un hombre de mediana edad con uniforme de la Luftwaffe que caminaba lentamente por el pasillo desde la dirección de la torre de control y supuso que era uno de los controladores que terminaba su turno.

Se acercó al hombre, que tenía una expresión de agotamiento en el rostro.

—Disculpe, mis acompañantes y yo estamos esperando para embarcar en el vuelo a Zúrich, y parece que se ha retrasado. ¿Sabe usted qué ocurre?

El controlador lo miró con curiosidad, sin duda preguntándose qué hacía un hombre tan joven y vestido de paisano lejos del frente. Finalmente, pareció aceptar que la forma más rápida de quitarse de en medio el obstáculo que le impedía irse a casa era responder.

—Sí, nos han dicho que lo retengamos.

—¿Sabe por qué?

Esta vez la respuesta llegó de la espalda del controlador mientras se encogía de hombros, cansado del impedimento en su camino, y continuaba arrastrando los pies.

—Quizá por algún pez gordo. ¿Quién sabe?

Wolff regresó junto a la familia, que lo miraba con temerosa expectación. En su experiencia, las conversaciones con hombres uniformados rara vez tenían un desenlace positivo.

—Algún pez gordo va con retraso y ha ordenado que retengan el avión para él —repitió con una jovialidad segura de sí misma que no sentía.

Arturs lo miró con una expresión de gratitud casi patética mezclada con súplica. *No dejes que todo se desmorone ahora.*

Wolff intentaba reavivar la conversación sobre Brasil cuando lo silenció el sonido de las puertas batientes de la entrada de la terminal al abrirse y cerrarse de golpe. Le siguió rápidamente la cacofonía de varias pisadas que se dirigían por el largo vestíbulo hacia ellos.

Aunque los pasos no iban acompasados, el ritmo militar, elegante y rápido, sonó alto y claro: procedían de piernas calzadas con botas de caña alta. Los tres miraron a Wolff al mismo tiempo.

—Ese debe de ser nuestro pez gordo. Ya era hora, ¿eh? —dijo Wolff, intentando de nuevo aligerar el ambiente. Nadie sonrió. En su lugar, permanecieron inmóviles, escuchando cómo las pisadas se acercaban cada vez más. A la vez aterradoramente rápidas y agónicamente lentas.

Tras lo que pareció una eternidad, el grupo que avanzaba finalmente dobló la esquina hacia el ala curva de las puertas de embarque. Wolff se quedó helado. A la cabeza iba Walter Schellenberg, caminando con confianza hacia ellos, con la figura más alta de Udolph a su lado.

Ambos hombres estaban flanqueados a cada lado por dos corpulentos soldados rasos de las Waffen SS, con subfusiles MP38 colgados del cuello. Detrás del cuarteto venía otra figura, que quedaba oculta a la vista. En el rostro de Udolph había una sonrisa fea y triunfante y, cuando los militares se apartaron para dejar pasar a la persona que los seguía, Wolff descubrió por qué.

Allí, ataviado con la andrajosa versión de su mejor traje y con la insignia dorada del partido prendida en la solapa, estaba Ludwig Wolff.

Se oyó un jadeo de Arturs, que pareció encogerse físicamente en su asiento. No había soltado su maleta desde que llegaron al aeropuerto, pero ahora casi intentaba esconderse detrás de ella. Con su presa a la vista, Schellenberg aminoró un poco la marcha mientras cubría los últimos metros que los separaban.

Wolff podía oír a Urzula susurrarle preguntas urgentes a su padre en letón, pero de Arturs no salía ni una palabra. Por el rabillo del ojo, Wolff también vio a Darius girar la cabeza rápidamente entre los recién llegados, su padre y Wolff, intentando descifrar exactamente qué estaba pasando.

Wolff se levantó y se irguió, separando los pies en una postura amenazante delante de la familia. Fútil o no, decidió que tendrían que apartarlo por la fuerza antes de permitir que los arrestaran y se los llevaran.

—Teniente —dijo Schellenberg amablemente.

—Coronel —respondió Wolff, manteniendo una postura tan agresiva como le fue posible. Schellenberg sonrió con tristeza, como si se disculpara por lo que Wolff iba a obligarle a hacer. En contraste, Udolph parecía estar disfrutando de lo que estaba a punto de ocurrir.

—Me temo que han surgido algunas irregularidades en el asunto concerniente a sus protegidos, y tendrán que venir conmigo.

Wolff comprendió entonces por qué Schellenberg no había insistido en el asunto delante de Canaris el día anterior.

De alguna manera, tal vez mediante un intenso rastreo nocturno de los registros de nacimiento en Riga, el SD había descubierto el vínculo entre Wolff y su tío y primos. Habían enviado a buscar a su padre para que los identificara.

Aunque Ludwig no podía mirarlo a los ojos, la conmoción y la vergüenza en su rostro llevaron a Wolff a creer que no le habían informado de antemano de lo que se le iba a pedir. Podía imaginar lo que estaría pasando por la mente de Wolff padre en ese momento.

A juzgar por su forma de vestir, había estado de patrulla con sus colegas de las SA durante un apagón cuando lo encontraron. Wolff podía imaginar la mezcla de desconcierto y orgullo que debió de sentir al ser recogido por el coche enviado por algún importante oficial del Reich para un misterioso propósito.

Las miradas de curiosidad y envidia de los otros que salían con él cada noche con aquellos ridículos brazaletes. Cómo habría estado deseando su padre saciar, o quizá prolongar, la intriga a su regreso.

El SD no le habría dicho nada, por supuesto, aparte de alguna vaga tontería sobre un importante deber para el Führer. Y Ludwig Wolff habría sido lo suficientemente vanidoso y habría estado tan desesperado por encajar que se habría prestado de todo corazón.

Ahora, allí estaba, frente al hijo al que había repudiado apenas unos días antes y al cuñado judío al que no había visto en dos décadas. Un hombre cuya religión había aprendido a despreciar en el ínterin.

—¿Y bien, Herr Wolff?

Schellenberg sabía, sin necesidad de que se lo dijeran, que por fin había dado en el clavo de una manera que ni siquiera Canaris podría

anular. Era claro como el agua que Ludwig Wolff reconocía al hombre sentado frente a él, y viceversa. Todo lo que se necesitaba era la identificación oficial.

—¿Herr Wolff?

El apremio de Schellenberg fue un poco más enérgico esta vez. No era un sádico y quería terminar con esto rápidamente. Los ojos de Ludwig Wolff se encontraron por fin con los de su hijo, y Wolff pudo ver el arrepentimiento en ellos.

Wolff le devolvió la mirada, tranquilo pero inflexible. Vio un destello en la expresión de su padre, y el hombre derrotado del traje gastado se enderezó casi imperceptiblemente.

—¡Responda al coronel! —espetó Udolph, acercando su cara a la de Ludwig, de modo que el anciano dio un paso involuntario hacia atrás.

—Sí —masculló su padre.

Una fina sonrisa apareció en el rostro de Schellenberg. Ludwig Wolff carraspeó.

—Puedo confirmar que este hombre —dijo señalando a Wolff con el dedo índice— es mi hijo. Pero no reconozco a los otros.

La sonrisa se desvaneció al instante de la boca de Schellenberg. Miró a Ludwig con dureza.

—¿Está seguro, Herr Wolff? Vuelva a mirar bien y asegúrese de que no se equivoca. Le recuerdo las penas por mentir a un oficial del Reich. ¡Levántese!

Arturs, que reaccionó con demasiada lentitud al ladrido de Schellenberg, fue puesto en pie bruscamente por los dos soldados rasos de las SS.

—¿Está diciendo que este hombre no es su cuñado, Herr Arturs Bernstein? —Ahora le tocó a Schellenberg invadir el espacio personal de Ludwig Wolff, pero esta vez el anciano no se inmutó. Ignorando a Schellenberg, miró con gravedad a Arturs, que a su vez parecía a punto de desplomarse.

—Sí, coronel —respondió Ludwig, con un matiz de desafío malhumorado y amargado que se colaba en su voz—. No he visto a este hombre en mi vida.

La furia en la expresión de Schellenberg era aterradora, pero una vez más, la innata necesidad alemana de seguir procedimientos y documentación adecuados se impuso. Dado lo que ya había ocurrido, las reglas tendrían que ser obedecidas aquí.

Wolff comprendió ahora que si el hombre del SD se había sentido frustrado al ver cómo un adversario digno como Canaris le arrebataba el premio de las manos en el último momento, estaría incandescente al ser frustrado una vez más por la terquedad de un anciano.

La única gracia salvadora para Ludwig Wolff era que no había mucho más que pudieran hacerle. Ya vivía en una de las peores zonas de Hamburgo, tenía un trabajo de baja categoría en una fábrica y se ofrecía voluntario para el turno de noche que nadie más quería.

Pero sus débiles esperanzas de ascender en la sociedad del Tercer Reich morirían aquí y ahora, y Wolff pudo ver en el rostro de su padre que él lo sabía sin lugar a dudas. Schellenberg era demasiado inteligente para haber informado a sus superiores del as que tenía en la manga hasta haberlo jugado con éxito.

De lo contrario, el hasta entonces patéticamente leal y viejo nazi podría encontrarse pronto en un campo de concentración por algún cargo político inventado. Ludwig Wolff no tendría la satisfacción de explicar los acontecimientos de esa tarde a sus colegas de las SA. Se vería obligado a desviar sus preguntas, y no podría regodearse en su curiosidad.

Wolff intentó transmitir sin palabras su propio pesar por que su padre se hubiera visto arrastrado a esta situación, pero el anciano simplemente asintió y dijo:

—Cuídate, Ako.

Luego retrocedió arrastrando los pies, con los ojos en el suelo. Schellenberg le lanzó una última mirada penetrante y Wolff recordó la advertencia de Canaris, antes de que el hombre del SD diera media vuelta y se marchara por donde había venido.

Udolph, con expresión incrédula, se apresuró a seguirlo, seguido por los dos soldados de las SS que marchaban a paso ligero y, por último, Ludwig Wolff, que casi trotaba en un intento de seguir el

ritmo. Cómo se las arreglaría para volver ahora a Hamburgo era una incógnita, pero esa no era la prioridad en ese momento.

Una vez que todo el grupo dobló la esquina y se dirigió audiblemente hacia la grandiosa salida, Arturs finalmente se derrumbó en su asiento, temblando como un flan.

Urzula consoló suavemente a su padre mientras Darius miraba con incredulidad a su primo, cuyos propios ojos seguían fijos en el lugar por donde había desaparecido su padre.

—Tú también, papá —susurró.

FIN

Hechos reales tras la historia

Los sucesos descritos en esta novela son ficticios, pero podrían haberse convertido en realidad. La oferta de paz de Stalin que se menciona en las primeras páginas tuvo lugar tal y como se describe, según las memorias de Pável Sudoplátov.

Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre si Sudoplátov, que llegó a ser teniente general del KGB, dice la verdad, y no existen pruebas de que el embajador Stamenov llegara a transmitir esa información a Berlín.

Bulgaria caminaba sobre la cuerda floja que se describe en estas páginas y es posible que simplemente quisiera mantenerse al margen. Si Stamenov llegó a hacerlo, la oferta fue desestimada rápidamente, lo cual no es de extrañar, dada la euforia reinante en la cúpula nazi tras los primeros éxitos de la Operación Barbarroja.

Como gran aficionado a la historia de la Segunda Guerra Mundial, también me he esforzado por mantener la mayor exactitud histórica posible en el resto del contenido de esta novela.

Existió una división Brandeburgo bajo el control de la Abwehr que llevaba a cabo operaciones como las que se describen. Estaba formada por tropas multilingües de etnia alemana que se habían

criado o habían vivido en el extranjero, en lugares tan dispares como Palestina, Brasil y Sudáfrica.

También existió un movimiento nazi brasileño que fue rápidamente aplastado por el dictador Getúlio Vargas, que temía la presencia de quintacolumnistas en la considerable comunidad de inmigrantes alemanes del país.

Y, por último, pero no por ello menos importante, el almirante Wilhelm Canaris y el coronel Hans Oster se contaron entre los líderes de la muy criticada organización alemana conocida como *Der Widerstand* (a lo largo de la novela me refiero a ella por su nombre en alemán, ya que su traducción literal, «la Resistencia», suele asociarse más a organizaciones como los maquis franceses).

Los papeles de Canaris y Oster en ese movimiento fueron, a grandes rasgos, los que aquí se describen, aunque con ciertas licencias poéticas. Ako Wolff representa el punto de vista de la mayoría de los oficiales del Estado Mayor alemán durante la Segunda Guerra Mundial, según lo que el oficial de la Abwehr capturado, el comandante Richard Ernst Heinrich Wurmann, contó al MI5.

Sin embargo, a diferencia de la mayoría de esas altas personalidades, Wolff está dispuesto a actuar en consecuencia.

Owen Conlon
Junio de 2024

P.D. Si has disfrutado de este libro, te agradecería enormemente que dejaras una reseña —tan larga o corta como quieras— en su página de venta de Amazon escaneando el código QR de la página siguiente con tu móvil (¡no te preocupes, es totalmente legítimo!). Podría marcar una enorme diferencia en el éxito del libro. Un millón de gracias.

A continuación, puedes seguir leyendo un avance del segundo libro de esta serie, *Operación Segunda Oportunidad*.

Escanear este código QR con tu móvil te llevará a Amazon para que dejes una reseña. Te lo agradezco de verdad, Owen.



¡Gracias! Ahora sigue leyendo los dos primeros capítulos de *Operación Segunda Oportunidad.*

Adelanto de Operación Segunda Oportunidad

Enero de 1942 . Hitler ha arrastrado al Tercer Reich aún más hacia su propia perdición al declarar la guerra a Estados Unidos.

Supone otro duro golpe para las figuras antinazis de Alemania que esperan derrocarlo y rescatar al país del abismo.

Entonces salen a la luz detalles sobre planes para el asesinato en masa de judíos en los territorios ocupados del este.

A medida que las posibilidades de una paz negociada se alejan todavía más, el agente de la Abwehr Ako Wolff es enviado de nuevo a buscar el apoyo de los Aliados para un golpe de Estado antes de que sea demasiado tarde.

Sin embargo, los nazis más fanáticos a los que eludió en el pasado siguen persiguiéndolo. Esta vez, tienen las pruebas para acabar con él..., o para obligarlo a sacrificar a sus compañeros de conspiración.

Para escapar, tendrá que enfrentarse directamente al más peligroso de todos: el general de las SS Reinhard Heydrich.

1

Enero de 1942,
Gátchina, al sur de Leningrado, Unión Soviética

—Desnúdese —le dijo el teniente Ako Wolff al hombre.

Lo había hecho todas las veces y, como los demás, este se le quedó mirando con la boca abierta.

Al principio, había intentado explicarse, pero ahora se limitaba a dar la orden. Al fin y al cabo, era por su propio bien. Y no le preocupaba especialmente herir los sentimientos de este en particular.

—¡Quítese la ropa! —repitió, esta vez con más contundencia.

Lenta y dubitativamente, el agente A-701 empezó a desvestirse. Su reticencia era comprensible. Aparte de la humillación, en la calle estaban a veinte grados bajo cero y probablemente no hacía mucho

más calor dentro de la antigua fábrica de maquinaria vacía en la que se encontraban.

Incluso con su pesado capote de lana, Wolff sentía el frío calándole hasta los huesos. Quería acabar de una vez para poder volver al despacho con calefacción que la *Abwehr* había requisado allí, en la ciudad.

La ciudad en sí no tenía nada de especial, pero poseía una historia accidentada que resumía el turbulento pasado de Rusia. El último zar, Nicolás II, se había criado en el palacio real de las afueras. Tras la revolución de 1917, había sido rebautizada en honor a Trotski.

Cuando este se convirtió en una no persona bajo el régimen de Stalin, recibió el nombre de Krasnogvardeysk, o Ciudad de la Guardia Roja. Sus últimos libertadores la llamaban Lindemannstadt, por un general integrante del Grupo de Ejércitos Norte. Mientras tanto, las SS saqueaban el palacio, llevándose todo lo que podían cargar.

En privado, Wolff se refería al lugar como Gátchina, en su propio gesto de desafío, pequeño e inútil. Estudió la complexión del hombre mientras se quitaba el uniforme del Ejército Rojo. Delgado, como la mayoría de la gente en esa parte del mundo en aquel momento, pero no especialmente escuálido.

El comandante Redwitz, superior de Wolff aquí en el este, había sugerido que lanzaran al hombre en paracaídas sobre Leningrado para vigilar la situación sobre el terreno.

Wolff había ignorado la sugerencia. El hombre simplemente no estaba lo bastante demacrado para alguien que sobrevivía al asedio de la ciudad, que ya duraba cuatro meses, con una dieta de ratas capturadas, gelatina de cinturones de cuero hervidos y pan mezclado con serrín de pino.

El A-701 nunca habría pasado por un *blokadnik*. La temida NKVD lo habría descubierto al instante y se lo habría llevado para interrogarlo.

El hombre estaba ya en ropa interior. Wolff asintió con aprobación. Al menos, no llevaba ninguna joya absurda. En septiembre, habían enviado a tres emigrados rusos equipados con radios tras las líneas soviéticas para espiar a sus propios compatriotas.

Wolff descubrió más tarde que los tres habían entrado en unos baños públicos llevando pequeñas cruces ortodoxas de oro al cuello. Los habían arrestado, interrogado y fusilado. Hizo una mueca al recordar. Eso fue en los viejos tiempos; la NKVD se había vuelto mucho más lista desde entonces.

Los calzoncillos de este eran del tipo correcto, al menos. De fabricación soviética, con los botones de la bragueta cubiertos. El SMERSH, la recién creada unidad de la NKVD cuyo nombre era un acrónimo de «Muerte a los Espías», lo comprobaría. Así que Wolff también tenía que hacerlo.

Esta guerra había convertido la ropa interior en una cuestión de vida o muerte.

Pero no podía detenerse ahí. —Esos también. —El agente lo miró con el ceño fruncido, alarmado. Wolff suspiró. No tenía tiempo para esto—. ¡Quíteselos! ¡Ahora!

Lentamente, el hombre se bajó los calzoncillos de lana hasta el suelo y se quedó allí de pie, receloso, cubriéndose las partes íntimas con las palmas de las manos. Wolff bajó la vista. El interior de la prenda estaba mugriento. No iba a tocar aquello. —Sujételos en alto.

El hombre se agachó y enganchó los pulgares en la cinturilla, mostrándoselos para que los inspeccionara. Sin etiquetas identificativas. Bien. Menos con lo que el SMERSH pudiera trabajar. Le miró los genitales, provocando una contorsión instintiva y defensiva.

—Estese quieto, por el amor de Dios.

Sin circuncidar. Bien también. En la NKVD tampoco escaseaban los antisemitas. Aunque se lo habría esperado de este, dada parte de la repugnante retórica que había soltado antes sobre los *Zhydi*.

El odio del hombre hacia los judíos y su fe ortodoxa encubierta eran, aparentemente, la razón por la que se había ofrecido voluntario para trabajar como espía alemán tras las líneas soviéticas, a pesar de ser ruso.

Aunque, en realidad, en esta guerra nunca se sabía. La gente hacía las cosas por los motivos más extraños. Wolff había renunciado a intentar analizarlos.

El A-701 permaneció allí, temblando durante unos segundos en las temperaturas bajo cero, mientras Wolff caminaba a su alrededor para una última inspección. Satisfecho al fin, asintió. —Vale, vuelva a vestirse.

Esta vez no hubo vacilación al cumplir la orden.

Wolff se acercó a la ventana mientras el hombre se vestía. Leningrado estaba a menos de ochenta kilómetros y, en la distancia, pudo ver un Stuka iniciar otro de sus pronunciados picados para prepararse a soltar su carga de bombas.

Podía imaginar a quienes estaban debajo mirando hacia arriba y oyendo las «trompetas de Jericó», las estridentes sirenas de accionamiento neumático instaladas a propósito en las alas para infundir terror en los civiles y las tropas defensoras.

O quizás recibirían la muerte como una liberación. Lo harían, si supieran lo que los nazis tenían planeado para ellos.

Redwitz no hablaba ni ruso ni letón y dependía en gran medida de Wolff como sus ojos y oídos por Riga. También lo necesitaba para interrogar e informar a aquellos que, como este hombre, se ofrecían voluntarios para ser enviados de vuelta tras las líneas soviéticas para espiar para la Abwehr, como se conocía a la inteligencia militar alemana.

Como tal, dejaba que Wolff se enterara de mucho más de lo que debería.

Como la orden de Hitler de dejar morir de hambre a los atrapados en Leningrado entre la *Wehrmacht* y los finlandeses. Bajo ninguna circunstancia debía el mariscal de campo von Leeb aceptar la capitulación y la carga de alimentar a tres millones de civiles.

No, se les debía permitir morir de hambre. Hitler incluso había hecho que sus científicos estimaran cuánto tiempo tardarían si el Eje impedía la entrada de más alimentos. Cuestión de semanas, supuestamente. Después, su ciudad —con sus numerosos y hermosos palacios, catedrales y canales— sería arrasada y el territorio ofrecido a los aliados finlandeses de Hitler.

—Listo, señor.

La voz tan cercana a su espalda hizo que Wolff diera un respingo y se volviera bruscamente. Se había permitido divagar en sus

pensamientos, lo que podría haber sido fatal. Cierto es que el hombre no estaba armado.

Solo le entregarían su revólver Nagant de fabricación soviética y la munición justo antes de saltar del avión. Simplemente no se confiaban armas a los rusos en territorio controlado por el Reich.

Demasiados soldados fanáticos del Ejército Rojo habían fingido deponer sus fusiles en los primeros días de la Operación Barbarroja solo para sacar armas cortas y empezar a disparar de nuevo en un gesto suicida de desafío cuando los soldados alemanes se acercaban para hacerlos prisioneros.

Wolff empezó una última comprobación de la documentación del hombre. Si eso no cuadraba, el A-701 ni siquiera tendría la oportunidad de demostrar que llevaba ropa interior de fabricación soviética.

Las patrullas de la NKVD recorrían la zona tras la línea del frente en la que el hombre sería lanzado en paracaídas, buscando espías, desertores, saboteadores y cualquier otro que les cayera mal.

Cualquiera en esa zona tenía que llevar entre cinco y diez documentos diferentes, incluidas órdenes de permiso, una cartilla de identificación militar, una cartilla de pago y órdenes militares.

Todos estos podían ser y eran falsificados por los «zapateros» de la Abwehr, como la agencia llamaba a sus especialistas en documentación, por lo que los rusos habían empezado a prestar especial atención a los detalles de dicho material.

Mientras Wolff examinaba los papeles, el A-701 empezó a parlotear de nuevo. Wolff había olvidado el verdadero nombre del hombre. Mijaíl algo.

—... no lo decepcionaré, señor. Odio a los bolcheviques tanto como usted, la mayoría de los rusos los odian. Nos prometieron todo y no nos dieron nada...

Los ojos de Wolff iban del A-701 a un último repaso de la documentación. La motivación que el hombre alegaba, que sus padres habían sido *kulaks* —campesinos relativamente ricos que lo habían perdido todo por las granjas colectivas forzosas—, parecía auténtica.

O era un actor de talla mundial o de verdad despreciaba a los comunistas. Con eso, Wolff no tenía ningún problema. Eran sus otras declaraciones. Comprobó las órdenes militares falsificadas del A-701 y carraspeó para sus adentros.

Wolff llevaba semanas pidiendo a los zapateros de Riga que desgastaran los bordes de sus sellos de goma para que se parecieran a los muy usados que empleaban los oficiales soviéticos. Los sellos demasiado nítidos eran un claro indicio de falsificación.

Este había sido emitido con un sello algo erosionado, pero a ojos de Wolff todavía parecía demasiado definido. No había nada que pudiera hacer al respecto ahora.

—... solo desearía que me hubieran permitido participar en algunas de las ejecuciones, pero parece que solo dejan que los bálticos y los ucranianos se unan a las Fuerzas de Tareas Especiales. Incluso participar en sacar a esos desgraciados *kikes* a los bosques, casi habría sido suficiente...

Wolff miró al hombre fijamente, sin intentar ocultar su aversión. Como los otros, el A-701 había pasado por seis semanas de entrenamiento en la escuela de espías de la Abwehr a las afueras de Riga después de que, como prueba, lo fotografiaran disparando en la cabeza a un compañero prisionero de guerra del Ejército Rojo.

El propio Destacamento de Reconocimiento del Frente de Wolff, como se llamaban estas unidades de infiltración de espías, era solo una de las docenas que había a lo largo de los casi tres mil kilómetros de la línea del frente oriental. Sus operaciones eran generalmente infructuosas, ya fuera porque la NKVD estaba demasiado alerta o porque sus agentes entraban en pánico y se entregaban.

Las evaluaciones de Berlín estimaban que solo el cuarenta por ciento de las misiones en el frente oriental resultaban en la obtención de algún grado de información. Pero Redwitz le había confesado a Wolff que la tasa real era del veinte por ciento.

El resto eran capturados por la NKVD y ejecutados o forzados a participar en juegos de radio, transmitiendo información falsa a sus controladores alemanes. Cuando la Abwehr finalmente se percataba del juego, los agentes capturados eran fusilados.

A Wolff no le importaría especialmente que esto le ocurriera al antisemita del A-701. Incluso el criptónimo del hombre era deprimente. La Abwehr había usado claves consistentes en una letra y tres números para sus *V-men*, u hombres de confianza, desde el estallido de la guerra.

El primero con el que Wolff había tratado había sido el A-459. Eso había sido cuatro meses antes. Ahora iban por el A-701, sin ninguna mejora discernible en el producto. Tantas vidas malgastadas en misiones que daban pocos beneficios apreciables.

Era una metáfora de esta guerra en general.

Sacó al A-701 al exterior y se metieron en un *Kübelwagen*, con el techo de lona del coche de estado mayor combado bajo toda la nieve que había caído sobre él antes.

Wolff consideró quitarla con las manos, no fuera que el peso rasgara la tela, pero luego se dio cuenta de que no le importaba. Entró y arrancó el motor. No había muchas cosas por las que se preocupara por aquí.

La mayoría de sus acciones aquí en el frente no tenían sentido. Diseñadas para obtener un ligero avance en una zona, solo para ser repelidos en otra. Tan inútiles como la propia Operación Barbarroja.

Incluso si la invasión de la Unión Soviética hubiera alcanzado su objetivo previsto de la «línea A-A» —una nueva frontera de la Gran Alemania que se extendería desde el ártico Arcángel hasta la semiárida Astracán en el mar Caspio—, los alemanes simplemente se habrían enfrentado a los mismos problemas al otro lado de Moscú.

Ataques implacables y periódicos de un enemigo implacable a lo largo de una frontera teórica de dos mil kilómetros, con colonos arios, los llamados «campesinos defensivos» de los nazis, sirviendo de baluarte contra las hordas eslavas.

Pasaron el corto trayecto hasta el aeródromo en silencio y Wolff pudo sentir cómo crecía la tensión en el hombre a su lado. Como era de esperar de alguien que iba a saltar de un avión a ciento cincuenta metros de altura y aterrizar sin sufrir lesiones.

Sin ningún entrenamiento.

De noche.

Wolff había discutido sobre la estupidez de esto con Redwitz, pero le habían quitado la razón. El entrenamiento de paracaidismo, que consumía mucho tiempo, no debía desperdiciarse en hombres que tenían menos de un veinte por ciento de posibilidades de éxito en la misión.

Lo que, paradójicamente, contribuía en primer lugar a su baja tasa de éxito. Pero no. Los *V-men* eslavos eran prescindibles para el Reich.

Al A-701 le darían la misma charla motivacional que a los demás. Le dirían que un salto de práctica solo lo habría puesto más nervioso. Que no pasaría nada si seguía las instrucciones.

Pies juntos y rodillas flexionadas al aterrizar, aunque era difícil ver el suelo en una noche sin luna. Meter los codos y rodar hacia un lado, para que primero las pantorrillas, luego los muslos y después el trasero golpearan el suelo, amortiguando la caída.

Pan comido. Y luego el remate. Que los primeros saltos solían ser «de suerte». Wolff odiaba pronunciar esa frase manida en particular, sobre todo porque siempre se la creían. Querían creerla, necesitaban creerla.

Ya estaban en el aeródromo. Cuatro de los hangares habían sido reconstruidos, pero los otros seis seguían tal como los habían dejado los rusos en su retirada, dinamitados, con los techos retorcidos e inclinados ebriamente hacia el suelo.

Oscurecería en una hora. El A-701 tendría que esperar hasta entonces para partir e intentar tener éxito contra todo pronóstico.

Wolff decidió hacerlo entrar, presentárselo a la tripulación y recordarles que no le entregaran el Nagant cargado hasta el segundo antes de que fuera a saltar. Y solo mientras ellos mismos sostuvieran una de sus armas cortas.

Con algunos de los *V-men*, se había quedado hasta que el Junkers Ju-52 despegaba. No con este. No tenía intención de escuchar más elogios del A-701 sobre el trabajo de los *Einsatzgruppen*, las llamadas Fuerzas de Tareas Especiales, en los bosques.

Miles de hombres, mujeres y niños estaban siendo masacrados semanalmente. Estaba ocurriendo en todas partes. Justo antes de Navidad, más de veinticinco mil habían sido obligados a marchar

varios kilómetros desde el gueto de Riga hasta los bosques de Rumbula y fusilados al borde de fosas gigantes.

Wolff ya estaba bastante enfadado por la instrucción del cuartel general de la Abwehr en Berlín de no interferir en tales asuntos. Más específicamente, órdenes del jefe de la Abwehr, el almirante Wilhelm Canaris, el hombre que lo había introducido en *der Widerstand*, la resistencia alemana contra Hitler.

No participar, pero tampoco interferir. De alguna manera, había esperado más de Canaris, un patriota alemán que siempre encontraba la manera de frustrar las órdenes nazis.

Entendía la lógica. Los asesinatos se llevaban a cabo por orden de Himmler, el jefe de las SS y uno de los hombres más poderosos del Reich después de Hitler.

Los intentos de detenerlos habrían estado condenados al fracaso y podrían haber llamado la atención sobre las conspiraciones antinazis de Canaris.

Pero, aun así, Wolff sentía que era mucho más fácil dar tales instrucciones a miles de kilómetros de distancia, en Berlín, que obedecerlas donde estaban ocurriendo las masacres. Hervía de rabia por su propia incapacidad de hacer otra cosa que no fuera fingir que no estaba sucediendo.

Una de las razones por las que a Wolff no le gustaba visitar esta ciudad en particular era que el Einsatzgruppe A, el batallón de la muerte para los países bálticos y el noroeste de Rusia, la había elegido como su base de avanzada.

Esta tarde, volvería al despacho, quizás jugaría una partida de cartas con los demás y pasaría otra noche incómoda en el catre. Y luego esperaría el contacto del A-701.

Iba a saltar sin radio, con instrucciones de contactar a otro *V-man* que sí había ido con una y que había desaparecido.

Wolff resopló. Las posibilidades de este eran probablemente incluso inferiores al veinte por ciento. Salió del Kübelwagen y se dirigió hacia el interior.

—¡*Leutnant*! Lo hemos estado esperando.

El sargento a cargo del personal de tierra de la Luftwaffe. Razonablemente cortés, pero no excesivamente amigable. No habían

hablado más de lo necesario hasta ese momento y a Wolff le alarmó ligeramente el tono del hombre.

Si el sargento intentaba decirle que el salto no podía realizarse esa noche por la razón que fuera, no se alegraría. Nada en absoluto. No quería hacer de niñera de este toda la tarde.

En cambio, el sargento dijo: —Hemos recibido un mensaje de radio de Riga. Debe subir a un avión con destino a Berlín.

—De inmediato.

2

Aeropuerto de Tempelhof, Berlín

El general de división Hans Oster estaba esperando a Wolff cuando este llegó. Tempelhof era el principal aeropuerto civil de la ciudad, pero en los últimos tiempos se utilizaba principalmente con fines militares. Como todo lo demás en Alemania.

Se habían visto obligados a volar hasta allí, ya que era una de las pocas instalaciones cercanas al centro de la ciudad que contaba con medios para aterrizajes nocturnos. La orden de partir hacia Berlín de inmediato, en lugar de esperar a la mañana, había inquietado a Wolff.

Ver a Oster esperándolo lo puso aún más en guardia. El siempre mordaz exoficial de caballería, que había sido ascendido de coronel desde la última vez que Wolff lo vio, no estaba allí para darle la bienvenida.

Eso era evidente por el hecho de que no se molestó en salir de su Opel Kadett con chófer, sumado al lacónico gesto con la cabeza que Wolff recibió a través de la densa humareda del interior, generada por el incesante consumo de tabaco de Oster.

Se marcharon en silencio, y Wolff esperó a que hubieran pasado a los guardias armados de la puerta para hablar. El conductor era el mismo que Oster siempre había utilizado, y Wolff sabía que el hombre era de fiar.

—¿De qué va todo esto, señor?

—No lo sé, teniente. Esperaba que usted pudiera decírmelo.

Oster mostraba su habitual expresión despreocupada, pero Wolff pudo percibir el trasfondo de frustración en su voz. Wolff lo sopesó por un momento. Fuera lo que fuera, la mano derecha de Canaris en el Abwehr y compañero conspirador contra Hitler, tampoco tenía ni idea.

Oster miraba por la ventanilla. Berlín estaba completamente a oscuras. Los apagones eran obligatorios desde los primeros bombardeos de la RAF en agosto de 1940, a pesar de las fanfarronadas del jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring, de que ni un solo avión aliado sobrevolaría jamás Alemania.

—Lo ha mantenido todo en secreto —dijo Oster finalmente. La irritación en su voz era palpable—. Me dio la impresión de que todavía estaba esperando recibirlo cuando dio la orden de que regresara usted del frente esta misma mañana.

—Lo último vino de fuera y fue subiendo por la cadena de mando, así que no había razón para no compartir la información. Pero esto parece haber venido de dentro del Reich. A mí no me ha dicho nada.

Lo «último», como lo calificó Oster con tanta indiferencia, había comenzado el pasado agosto, cuando Wolff fue sacado de una celda de la prisión militar de Tegel, donde esperaba un consejo de guerra por intentar estrangular a un oficial de las SS que había disparado a un niño letón delante de él.

Y casi había terminado con Wolff en la guillotina para traidores de la prisión de Plötzensee.

Canaris y Oster lo habían enviado a Sofía para negociar un acuerdo de paz secreto con los soviéticos. Creían que tal acuerdo

convencería por fin a los siempre vacilantes generales del ejército para derrocar a Hitler.

Sin embargo, las cosas habían salido desastrosamente mal cuando el *Sicherheitsdienst*, la agencia de inteligencia de las SS conocida por todos como el SD, se había enterado.

Quizá eso era lo que se escondía tras la cautela de Canaris y el pesimismo de Oster. La insistencia del almirante en el secretismo para evitar más filtraciones era comprensible. Pero la exclusión de su radical adjunto antinazi claramente le molestaba.

—Por cierto, ¿qué tal ha estado él? —preguntó Wolff, intentando aligerar un poco el ambiente.

Canaris lo había salvado en última instancia de las garras del SD con una genialidad. Como resultado, Wolff sentía un gran afecto por el veterano oficial de la marina, aunque la orden de Canaris de no interferir en las atrocidades de los Einsatzgruppen había tensado un poco sus sentimientos.

—Eso es lo extraordinario, Wolff —replicó Oster.

—Estaba bastante abatido después de que lo de Sofía saliera mal, no paraba de decir que había sido nuestra última oportunidad. Eso no hizo más que empeorar cuando la Gestapo arrestó a uno de nuestros hombres en Praga el pasado octubre y tuvo que arreglarlo todo.

Oster hizo una pausa mientras encendía un nuevo cigarrillo y se ceñía el abrigo contra el frío glacial del interior del coche.

—Ya le contaré eso en otro momento. Un tipo llamado Thümmel. Un asunto bastante peliagudo. El caso es que el pobre Cabeza Blanca estaba aún más deprimido después de que los rusos nos hicieran retroceder por primera vez a las afueras de Moscú, justo antes de Navidad.

—En las reuniones de mando no paran de señalarse culpables. Stalin ha movilizado tropas siberianas de la reserva que desconocíamos, y se está presentando como un fallo de inteligencia del Abwehr. Lo cual, supongo, es cierto.

—Y luego, por supuesto, se declaró la guerra a los *amis* al día siguiente de Pearl Harbor. Claro que una estupidez de ese calibre

deprimiría a cualquiera. El almirante pasaba mucho tiempo visitando a nuestra gente en el sur de España.

—Decía que estaba allí para supervisar sus labores de vigilancia de las rutas de navegación, pero creo que solo quería alejarse de todo. Básicamente, tuve que hacerme cargo de todo aquí. Pero lo que sea que ha recibido últimamente lo ha rejuvenecido.

—Es como si hubiera recuperado la chispa. Aunque no quiere decir por qué. —Wolff notó de nuevo el tono malhumorado de Oster. Pero más que eso, por primera vez, Oster se dirigía a él casi como a un igual. Esto sí que era terreno completamente nuevo.

El general lo miró. —¿Así que si le pregunta a usted cómo van las cosas por el este, no cargue las tintas, eh?

Entraron en el patio del Bendlerblock, como se conocía al cuartel general del Abwehr, y accedieron al edificio por el ala central de su arquitectura en forma de H. El calor del interior era sofocante y Wolff se quitó el abrigo mientras subían al despacho de Canaris en el viejo y desvencijado ascensor.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta y Wolff siguió al general por el estrecho pasillo. Entraron en el despacho y encontraron a Canaris de pie frente a un magnetófono apoyado en el borde de su escritorio.

Wolff había visto uno de aquellos nuevos aparatos de grabación en una emisora de radio capturada en Riga, donde se utilizaba para retransmitir propaganda nazi y audios de los discursos de Hitler a la población local. Era casi tan grande como una vaca pequeña.

—Ah, bien —se giró Canaris—. Bienvenido, Wolff. Hans, ¿quizá puedas ayudarme con esto?

Oster frunció el ceño disimuladamente a Wolff y fue a ayudar a su superior a colocar las enormes bobinas de cinta, del tamaño de un torso, en el aparato. Canaris, mientras tanto, sonrió y señaló una de las dos sillas que había frente a su *escritoire* del tamaño de un acorazado antes de volverse de nuevo hacia la máquina.

Wolff se sentó. El asiento contiguo estaba evidentemente destinado a Oster. El contraste con la primera visita de Wolff, el verano anterior, no podía ser mayor. En aquella ocasión, Oster había formado un frente unido con Canaris al otro lado del escritorio.

Wolff había aprendido a no dar nada por sentado desde que entró en el mundo de la inteligencia, ni siquiera las declaraciones de sus colegas antinazis de la Widerstand. Pero la puesta en escena y el comportamiento general de Oster daban crédito a sus afirmaciones de que estaba completamente a oscuras en este asunto.

Oster terminó de conectar las bobinas y tanto él como Canaris tomaron asiento. Canaris se inclinó y estaba a punto de pulsar el botón de reproducción del magnetófono cuando vaciló y miró a Oster.

—¿Estás seguro de que has conectado todo esto bien? —preguntó —. Esto es bastante importante, Hans.

—Eso creo, Wilhelm. Pero no soy un experto. Si quieres, puedo hacer que uno de los técnicos venga a echarle un vistazo. —Canaris sonrió ante la impertinencia de la respuesta. Ambos sabían que, fuera lo que fuera lo que había en la cinta, nadie fuera de esa habitación sería invitado a escucharlo.

Canaris pulsó un botón y la cinta empezó a reproducirse con un leve siseo.

—Buenas tardes, caballeros, y gracias por venir. Estamos hoy aquí para encontrar una manera de abordar la cuestión judía en Europa. El pasado julio, el Reichsmarschall Göring me designó como encargado de encontrar una solución a ese problema.

—Para cuando termine esta reunión, deberíamos haber encontrado esa solución final.

—Lo más importante es que habrá un control centralizado en la gestión de esta solución final, independientemente de las fronteras geográficas.

La voz era aguda y nasal, y Wolff frunció el ceño al tratar de reconocerla. Sonaba a la vez juvenil y remilgada, pero también rencorosa y autoritaria. —Heydrich —dijo Canaris en voz baja.

Reinhard Heydrich.

El ambicioso jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, la organización que englobaba al SD, la Gestapo y la *Kriminalpolizei* ordinaria. Quien constantemente intentaba socavar y debilitar a Canaris y al Abwehr en su conjunto.

Y que también era, paradójicamente, el compañero de equitación habitual del almirante.

El audio continuó y continuó, con Heydrich detallando estadísticas sobre los niveles de población judía en toda Europa. Dijo que las «evacuaciones» al este habían sido aprobadas ahora que a los judíos se les prohibía emigrar de Alemania. Ya se habían llevado a cabo «deportaciones a pequeña escala».

Wolff había oído hablar de esto. Judíos trasladados a la fuerza de una zona de los territorios ocupados a otras. Para trabajos forzados, supuso. Por lo que él sabía, las masacres de los Einsatzgruppen se limitaban a los estados bálticos y Ucrania.

En la cinta ahora, había interjecciones ocasionales de otras voces, pero solo brevemente, y para hacer preguntas que Heydrich respondía con impaciencia o simplemente ignoraba. Canaris fue detallando los nombres de los demás a medida que hablaban.

Heinrich Müller, alias «Gestapo» Müller, jefe de la tristemente célebre policía secreta. Rudolf Lange, comandante del SD en Riga. Otto Hoffmann, jefe de la Oficina de Raza y Asentamiento de las SS. Era difícil saber cuántos estaban presentes en total, pero a Wolff le dio la sensación de que eran más de una docena.

No pudo evitar mirar a Hans Oster, quien captó el movimiento y le devolvió la mirada de reojo. Ahora estaba meridianamente claro por qué Canaris había sido tan reservado con todo esto.

De algún modo, se las había arreglado para colocar micrófonos en una reunión de alto nivel a la que asistían algunos de los nazis más poderosos del Reich.

El audio había degenerado en una larga y repulsiva discusión sobre «medio judíos» y «judíos en matrimonios mixtos privilegiados». Wolff se estremeció involuntariamente. Estaban hablando de gente como sus primos letones, Urzula y Darius, y su padre judío, Arturs.

Wolff los había rescatado a los tres de las garras de las SS el verano anterior, aunque casi le había costado la vida.

—*Caballeros, caballeros.* —La voz alzada de Heydrich hizo que los demás guardaran silencio en la grabación. No cabía duda de quién estaba al mando de aquella reunión, dondequiera que se hubiera

celebrado—. *Me parece que nos estamos desviando del punto principal de las discusiones de hoy.*

—Las muy útiles Leyes de Núremberg pueden utilizarse para especificar quién cumple los requisitos para la evacuación y evitar así estas tediosas intervenciones en favor de este judío y de aquel otro. Para cuestiones particulares, como los judíos que lucharon por el Káiser en la última guerra, hemos creado un campo de concentración especial en Theresienstadt, a unas 65 kilómetros al norte de Praga.

—Esto se presentará como un gueto modelo, donde dichos individuos podrán establecerse y vivir su jubilación. Sin embargo, estos serán una minoría de los casos. Donde no existan tales impedimentos, los judíos serán puestos a trabajar en el este bajo una dirección apropiada como parte de la solución final.

—Allí, se abrirán paso hacia el este construyendo carreteras. La inmensa mayoría será eliminada por causas naturales. Aquellos elementos que sobrevivan tendrán que ser tratados apropiadamente para evitar, como confirma la experiencia histórica, el germen de un nuevo resurgimiento judío.

Los labios de Wolff se contrajeron, dejando al descubierto sus dientes. Tal como había sospechado, la esclavización de todo un pueblo para alcanzar el objetivo absurdo e imposible del nazismo. A su lado, Oster se acariciaba la garganta y hacía una mueca.

Solo Canaris parecía no estar afectado por todo ello. Tranquilo. Paciente.

Como si la parte más importante aún estuviera por llegar.

Se oyó a Heydrich dar por concluida la reunión, seguido del alboroto general de conversaciones individuales e insustanciales. Finalmente, el audio enmudeció por completo y el único ruido fue el leve siseo de las bobinas al girar y girar.

Los segundos se convirtieron en un minuto y luego en otro. Oster se inclinó para pulsar el botón de parada.

—No, no, Hans. —Canaris sacudió la cabeza a modo de disculpa.

Oster volvió a mirar a Wolff, con incertidumbre en los ojos. Se recostó en su asiento y la cinta continuó emitiendo su estática apenas audible.

Entonces, de repente, las grabaciones comenzaron de nuevo. Se oían más conversaciones de fondo, pero de un nivel más bajo y con menos personas participando. Se podía oír a Heydrich preguntando a la gente si querían un coñac.

Todo parecía mucho más cordial, más informal que antes. Y con menos eco. La discusión anterior sonaba como si hubiera tenido lugar en una especie de sala de juntas. Esta, como si fuera en un salón, con alfombras, cortinas y tapicerías que absorbían las reverberaciones.

Canaris se aclaró la garganta.

—Lo que están a punto de oír, caballeros, se grabó hace un par de semanas en una villa en Wannsee, justo después del bosque de Grunewald, donde Reinhard Heydrich y yo vamos a cabalgar cada fin de semana. En los círculos nazis de alto nivel se conoce como el Protocolo de Wannsee.

—Y creo que les va a costar creer lo que oyen.

Compre *Operación Segunda Oportunidad* en Amazon, Kobo, Apple, Barnes & Noble o dondequiera que compre sus libros

Agradecimientos

Al autor le gustaría agradecer a su familia, amigos y pareja el apoyo recibido durante la escritura de este libro. Cualquier error factual, histórico o geográfico es responsabilidad exclusiva del autor.

Sobre el autor

Owen Conlon es periodista desde hace más de veinte años. Comenzó su carrera en la radio, pasó un tiempo en España trabajando como periodista *freelance* y actualmente es subdirector de noticias del grupo irlandés en Reach plc, propietaria de los periódicos *The Star* y el *Irish Mirror* en Dublín, Irlanda. Habla español, portugués y un francés mediocre, y vive en Dublín con su pareja y su perro, simpático pero flatulento.

Otras obras de Owen Conlon

Ficción
Operación Segunda Oportunidad
Proyecto Zorro del Desierto
No ficción (con Stephen Breen)
The Cartel
The Hitmen

Derechos de autor

Copyright © 2024 de Owen Conlon
Todos los derechos reservados.
No se puede reproducir, distribuir ni transmitir ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio, incluidas las fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitar permisos, póngase en contacto con Owen Conlon.
La historia, y la mayoría de los nombres, personajes e incidentes retratados en esta obra son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), más allá de las específicamente identificadas como figuras históricas, ni con lugares, edificios y productos.
Diseño de cubierta de Getcover.com
Primera edición: 2024